

ÍCONOS | 13

Revista de FLACSO-Sede Ecuador Número 13 marzo de 2002



Lacan, psicoanálisis y ciencias sociales

- Argentina: entre la dolarización y la devaluación
- Geopolítica del conflicto: el mundo después del 11 de septiembre
 - Joseph Stiglitz: el desarrollo como transformación de la sociedad
- Los usos de la cultura política: diálogo con María Luz Morán

ICONOS13

Revista de FLACSO-Ecuador

No 13. marzo, 2002

ISSN 13901249

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de **ICONOS**

Director de Flacso-Ecuador

Fernando Carrión

Consejo editorial

Felipe Burbano de Lara (Editor)

Edison Hurtado (Co-editor)

Franklin Ramírez

Alicia Torres

Mauro Cerbino

Eduardo Kingman

Producción:

FLACSO-Ecuador

Diseño

Antonio Mena

Ilustraciones

Gonzalo Vargas

Alexandra García

Antonio Mena

Impresión:

Edimpres S.A.

FLACSO-Ecuador

Ulpiano Páez N 19-26 y Av. Patria

Teléfonos: 2232-029/ 030 /031

Fax: 2566-139

E-mail: fburbano@flacso.org.ec

ehurtado@flacso.org.ec

Indice

Coyuntura

6

Argentina:

cuando el uno a uno no es empate

Gustavo Gamallo

14

Entre la dolarización y la devaluación:

la crisis de la convertibilidad en Argentina

Eduardo Basualdo

21

La debacle neoliberal

Protesta social y crisis política en Argentina

José Seoane

Dossier

32

Figuras del sujeto

Daniel Gutiérrez V.

48

Lacán y la filosofía

Carlos Tutivén Román

56

Psicoanálisis y ciencias sociales:

apuntes para una reflexión

Mauro Cerbino

62

Lacan,

psicoanálisis y la lengua en las ciencias sociales

Antonio Aguirre

66

Adolescencia:

entre lo posible y lo imposible

Piedad Ortega

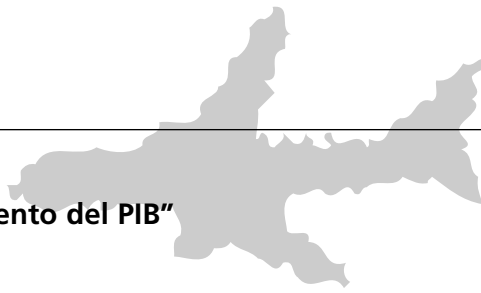


Debate

72

“El desarrollo no es sólo crecimiento del PIB”

Conferencia de Joseph Stiglitz



Díálogo

88

Los usos de la cultura política

Diálogo con María Luz Morán

Felipe Burbano, Edison Hurtado y Franklin Ramírez

Temas

102

Sobre bonanzas y dependencia

Petróleo y enfermedad holandesa en el Ecuador

Guillaume Fontaine

111

Partidocracia y democracia plebiscitaria

El ascenso de un “nuevo régimen” en Venezuela

Alfredo Ramos Jiménez

Frontera

124

Geopolítica del conflicto:

el mundo después del 11 de septiembre

Joaquín Hernández Alvarado

129

Ciudad, Estado y sistema internacional:

el mundo árabe en el sistema occidental

Mark Atila

138

Reseñas

148

Sugerencias bibliográficas

154

Conenido ICONOS 12





Primer encuentro internacional de estudios ecuatorianos de LASA

Quito, del 18 al 20 de julio de 2002

Usted está cordialmente invitado a participar en el Primer Encuentro de la Sección de Estudios Ecuatorianos de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), que tendrá lugar en Quito entre el 18 y el 20 de julio de 2002 en las instalaciones de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales- Sede Ecuador. Para participar señale claramente dentro de qué tema será considerado el panel, taller, ponencia o evento que usted propone y escoja, de entre los formularios que están en www.ecuatorianistas.org, el que corresponda a esa propuesta.

Una copia completa de su propuesta -como documento de MS Word o Word Perfect- deberá ser enviada, antes del 15 de abril del 2002, a la siguiente dirección de correo electrónico: encuentro@ecuatorianistas.org. La comisión encargada de los asuntos temáticos confirmará la recepción de todas las propuestas completas y comunicará su decisión al organizador, vía correo electrónico, **antes del 1 de junio de 2002.**

Temas:

(Usted debe señalar bajo cuál de los siguientes temas se clasifica su propuesta)

- a. Movimientos sociales, laborales e indígenas**
- b. Literatura, cultura y arte**
- c. Medio ambiente, ecología y conservación**
- d. Desarrollo y economía**
- e. Género, familia y sexualidad**
- f. Historia y procesos históricos**
- g. Democracia, política y relaciones internacionales**
- h. Migración y temas transnacionales**
- i. Raza, etnicidad e identidades**

Ver en internet información sobre:

- a. Tipo de sesiones**
- b. Criterio para la aprobación de ponencias, paneles y talleres,**
- c. Instrucciones para los organizadores de sesiones y ponencias,**
- d. Responsabilidades de los organizadores de sesiones,**
- e. Gastos**
- f. Inscripción y membresía**

Todas las propuestas deberán ser recibidas antes del 15 de abril de 2002

Más información y formularios:
encuentro@ecuatorianistas.org
www.ecuatorianistas.org

Auspicia: CONESUP

COYUNTURA

C

Argentina: cuando el uno a uno no es empate

Gustavo Gamallo*

Para la larga tradición futbolera argentina el uno a uno es un empate. Sin embargo, durante una década y hasta hace pocos días el uno a uno fue sinónimo del precio del dólar en la moneda nacional: ilusión de un país con una economía débil y una moneda poderosa, cuyo resultado no es precisamente un empate. Pocos ganadores y muchos perdedores se distinguen nítidamente en una sociedad que dejó de ser lo que fue.

En este artículo se presentan algunos antecedentes de este proceso, una descripción del proyecto neoliberal de los noventa, la agonía del esquema y algunas claves arbitrarias y caprichosas para interpretar una historia en pleno desarrollo.

Algunos antecedentes

Las grandes transformaciones que impulsaron la transición hacia un nuevo régimen de acumulación comenzaron con el proyecto de la dictadura militar en 1976. Su tarea fundamental fue la ruptura de las bases políticas, económicas, sociales y culturales de la coali-

ción que sostuvo el proceso de acumulación basado en la expansión de un mercado interno protegido (con sus vaivenes y oscilaciones en un largo periodo de inestabilidad política y caos económico), con el desarrollo de la industria sustitutiva de importaciones, con una elevada intervención estatal y niveles crecientes de inclusión y protección social.

El primer gobierno de la democracia recuperada, encabezado por Alfonsín de la Unión Cívica Radical (UCR), se prodigó en consolidar el sistema democrático, pero no continuó la tarea de reformar un capitalismo protegido, ineficiente y subsidiado. La hiperinflación de 1989, manifestación de la puja irresoluta entre los distintos grupos, marcó el fin de la experiencia fracasada de un ajuste y una reconversión por la vía heterodoxa. El gobierno del presidente Menem cerró la labor trunca del gobierno militar en términos de ordenar un nuevo régimen social de acumulación y un nuevo patrón de hegemonía.

La década menemista (1989-1999)

El régimen menemista rompió la recurrente falta de imbricación entre los sectores económicamente dominantes y la legitimación política democrática, pues articuló un bloque histórico donde estaban expresados los intereses de aquellos y, a la vez, estaban representados los sectores sociales bajos y medios bajos (el tradicional electorado del Partido Justicialista -PJ-).

Menem puso en marcha un agresivo pro-

* Sociólogo. Docente de la Universidad Nacional de Buenos Aires y de la Universidad Nacional del Nordeste. Hasta diciembre de 2001 se desempeñó como Director del Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales del Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente.

grama económico neoliberal, caracterizado por la liberalización del comercio exterior y la circulación de capitales externos, la desregulación de mercados (en especial el financiero), el traspaso de monopolios públicos a manos privadas y la introducción de la convertibilidad cambiaria que mantuvo fija la paridad con el dólar, lo que vinculó la base monetaria a las reservas internacionales y excluyó el financiamiento monetario del déficit fiscal. La puesta en marcha del llamado Plan de Convertibilidad permitió estabilizar los precios de la economía (en 1991, el índice de precios al consumidor aumentó un 84%, en 1995 un 1,6% y en 1996 un 0,1%), recuperar el crédito, elevar el nivel de consumo de todos los grupos sociales y aumentar significativamente el producto interno bruto (aproximadamente un 40% entre 1991 y 1997).

La economía se abrió a los mercados mundiales. Aumentó el ingreso de capitales (entre 1991 y 1994 ingresaron casi 45.000 millones de dólares), se incrementó el monto de las importaciones y de las exportaciones y se extranjerizaron numerosas empresas nacionales. La apertura elevó el déficit comercial que se resolvió a partir del ingreso de capitales externos. La nueva disciplina fiscal originó un considerable aumento del endeudamiento externo, estimado para 1998 en el orden de los 140.000 millones de dólares.

El Estado fue objeto de profundas reformas:

a) El desmantelamiento del aparato keynesiano mediante la venta y/o concesión de la propiedad y/o control de las empresas federales de provisión de servicios de energía eléctrica, telefonía, gas, petróleo, televisión, rutas y carreteras, aeronavegación comercial, aeropuertos, agua corriente y cloacas, etc. La privatización involucró a más de 120 empresas públicas y, en consecuencia, se redujo la función económica del estado: el gasto público en infraestructura económica y subsidios a la actividad privada bajó de 7,60% del PIB en 1980 a 1,98% en 1997.

b) La descentralización hacia las provincias de los servicios sociales, especialmente los de educación inicial y media y de la atención hospitalaria. Actualmente el 50% del gasto público social está en manos de provincias y municipios.

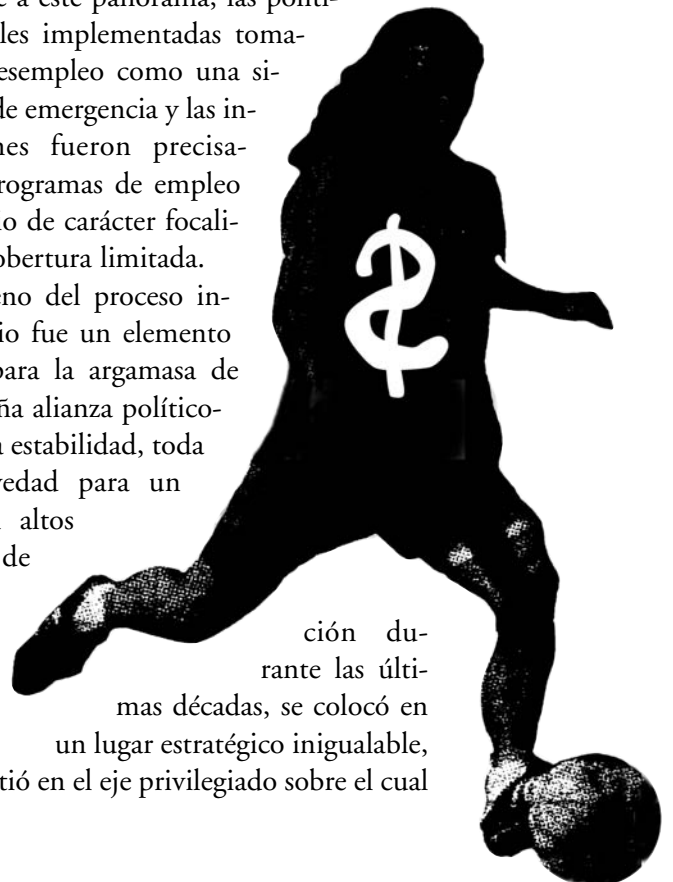
c) La desregulación de actividades públicas que estaban excluidas para la operación de los grupos particulares, en especial el sistema previsional con la incorporación de las administradoras privadas de fondos de jubilación y pensión.

Pese a la estabilidad y al crecimiento, los sectores populares fueron agredidos. La tasa de desempleo superó todas sus marcas históricas: en 1993 saltó la barrera del 10% y se ubicó posteriormente por encima del 15%. La distribución del ingreso empeoró notablemente: la razón del décimo decil de ingreso sobre el primero en el Gran Buenos Aires pasó del 16,6% en 1991 al 28,6% en 1999. La incidencia de la pobreza, que en los primeros años de la estabilidad descendió, a partir de 1995 se ubicó por encima del 25% de la población en el Gran Buenos Aires.

Frente a este panorama, las políticas sociales implementadas tomaron al desempleo como una situación de emergencia y las innovaciones fueron precisamente programas de empleo transitorio de carácter focalizado y cobertura limitada.

El freno del proceso inflacionario fue un elemento central para la argamasa de esa extraña alianza político-social. La estabilidad, toda una novedad para un país con altos índices de

inflación durante las últimas décadas, se colocó en un lugar estratégico inigualable, se convirtió en el eje privilegiado sobre el cual



el discurso oficial encontró una posibilidad de generalización y convocatoria, y significó un enunciado efectivo y rentable electoralmente que pudo interpelar con éxito a una sociedad cada vez más dualizada. La estabilidad en los precios y la fantasía de un dólar barato escondió las disfuncionalidades fiscales, de competitividad, de endeudamiento y del mercado de trabajo.

Otro rasgo del gobierno de Menem fue el deterioro del sistema institucional mediante la asunción de facultades de orden legislativo por el poder ejecutivo y la cooptación de la cúspide de la justicia. A su vez, elevados niveles de corrupción se verificaron en el orden político de la administración, en un escenario de movilización de recursos en virtud del proceso de privatización. Hubo quien calificó al régimen menemista como una verdadera “cleptocracia”.

Dadas las decisivas transformaciones en el funcionamiento del estado (que se desprendió de sus intervenciones económicas), en la dinámica económica (a partir de la profunda liberalización y desregulación de los mercados, la consolidación de las posiciones de los grupos concentrados locales y transnacionales y el retroceso de la industria nacional) y en la organización de la sociedad (con la reorganización de los mercados de trabajo y la aparición de amplios colectivos marginados del sistema productivo), esta etapa puede considerarse como una refundación de la sociedad argentina.

La agonía de la convertibilidad: el gobierno de De la Rúa (1999-2001)

El triunfo de la Alianza encabezado por el radical De la Rúa apeló al rescate de los valores republicanos sepultados por el menemismo, entregó tibias promesas sobre la deuda social, pero su mensaje económico presentaba elementos de continuidad. El entonces candidato decía: “conmigo un dólar = un peso”.

La paridad monetaria era un corsé para la economía argentina. Los precios, las tarifas de los servicios públicos y las deudas personales

y empresarias dolarizadas eran la medida de las reservas que se expresaban ante la menor amenaza de devaluación, pues había temor ante la multiplicación de las obligaciones financieras y al retorno de la inflación. En la vereda opuesta, la industria nacional perdía competitividad en los mercados externos y el proceso de deflación interna había alcanzado su techo. El estancamiento de la economía comenzó en el último trimestre de 1998 y desde ese momento la situación fue empeorando progresivamente. En ese contexto, la salida de la crisis se planteó como una puja entre quienes pretendían profundizar la convertibilidad hacia la completa dolarización monetaria y quienes consideraban que la convertibilidad estaba terminada y era necesario devaluar el peso.

El margen de acción del gobierno aliancista fue estrecho: conflictos internos en la coalición desembocaron en la renuncia del entonces vicepresidente Álvarez, líder de la segunda fuerza de la Alianza; desavenencias entre el presidente y su propio partido, que no se sentía reflejado por la administración; una leve mayoría en la Cámara de Diputados, minoría en el Senado, y la mayor parte de las provincias en manos del PJ; y, fundamentalmente, un estilo de gestión dominado por la incapacidad para llevar adelante cualquier iniciativa (que contrastaba fuertemente con el autoritarismo eficaz de Menem) construyeron la imagen de un gobierno poco confiable para liderar una salida a la crisis. Pocos errores se pagan más caros que la ineficacia, y de esos la Alianza abusó. En todas las decisiones económicas, algunas muy impopulares como la disminución del monto de las jubilaciones y de los salarios de los empleados estatales, intentó sostener la convertibilidad, con poco éxito, mientras continuaba la caída de la actividad económica, del nivel del empleo, de la recaudación fiscal. El cierre del crédito internacional llevó a una crisis presupuestaria aguda y al *default* con los acreedores internos y externos.

La administración De la Rúa no tuvo voluntad política para sobreponerse al esquema cambiario agotado y no advirtió las eviden-

cias del fin de una época: una economía paralizada que las iniciativas propias no modificaron; una enorme deuda social, que incrementó la conflictividad; un elevado déficit fiscal, con un creciente peso de los servicios de la deuda, que condicionaba la acción del estado; la desconfianza de los centros financieros internacionales, que transformaron a la Argentina del *star pupil* de los noventa al país que encabeza desde hace varios meses la tabla del índice del riesgo-país.

Renuncia presidencial, fin de la convertibilidad y algunos elementos para una interpretación

1. La renuncia de De la Rúa del 20 de diciembre presenta varios determinantes: a) la negación de la derrota en las elecciones legislativas de octubre de 2001 donde triunfó el PJ; dado el récord de abstención y voto en blanco alcanzado, el gobierno intentó transformar el “perdimos” en un “perdimos todos”; b) la crisis de legitimidad del gobierno pocas veces vista en un periodo tan corto; c) la ineficacia para resolver la recesión y la tozudez del presidente al ratificar el rumbo económico en el momento en que existieron condiciones para una concertación entre los distintos sectores políticos y sociales para una salida a la crisis, en especial frente al creciente malhumor colectivo por las decisiones de fines de noviembre para sostener el sistema financiero ante la enorme fuga de depósitos; d) la zancadilla institucional del PJ durante el 2001: pedidos de renuncia en la voz de altos dirigentes sindicales, la solicitud del gobernador de Buenos Aires señalando su disposición a hacerse cargo del gobierno, la elección del senador Puerta como Presidente Provisional del Senado (primero en la línea de sucesión ante la ausencia de vicepresidente) y, finalmente, la cuestionable prescindencia frente a los acontecimientos del 20 de diciembre, donde todo el PJ se instaló en el interior

del país observando como la Plaza de Mayo era el escenario de una violenta represión con el saldo de varios muertos, mientras el presidente los convocaba en un gesto desesperado a constituir un nuevo gabinete y a discutir un programa de acción. ¿Fue inevitable la renuncia presidencial? ¿Existió espacio para la formación de un nuevo gobierno con el consenso de la oposición y con el mantenimiento del presidente electo? Son inútiles las preguntas contrafactuales pero al menos valen dos comentarios adicionales: a) la incapacidad del sistema presidencialista argentino para soportar una crisis política y reaccionar frente a una nueva mayoría parlamentaria, y b) la capacidad extraordinaria de extorsión y chantaje político del PJ en la oposición.

2. La sucesión de De la Rúa fue un espectáculo patético. Entre el 21 de diciembre y el 2 de enero Argentina tuvo cinco presidentes, dos de ellos provisionales. El PJ reaccionó frente a su renuncia como si fuera un triunfo electoral. El senador Puerta declinó rápidamente y la Asamblea Legislativa designó por noventa días al gobernador puntano Rodríguez Saá, lo cual fue fruto del acuerdo de un sector del PJ. Se convocó a elecciones luego de ese lapso a través del sistema de lemas, no autorizado por la Constitución Nacional, lo cual trasladaba al centro del poder la irresolución partidaria interna. Se formó un gobierno con dirigentes de tercera línea, incompleto y plagado de personas cuestionadas; se puso en marcha un programa que ratificó la convertibilidad, con la promesa de una amplia emisión cuasimonetaria para enfrentar la recesión y con respuestas demagógicas a todos los sectores demandantes. Ante el retiro del apoyo de los principales dirigentes del PJ y una movilización popular de rechazo a los miembros del gobierno, Rodríguez Saá renunció en uno de los sainetes demostrativos de la forma casi autista de reacción de algunos líderes políticos frente a circunstancias abrumadamente críticas: una persona

que se creyó Perón, que no era Perón, que no había recibido los votos que recibió Perón, que asumía en el momento más difícil de la economía argentina, con una debilidad política de iguales proporciones a su entusiasmo populista.

3. El presidente Duhalde fue electo por la Asamblea Legislativa por dos años, fruto del acuerdo entre una parte importante del PJ y el sector alfonsinista de la UCR, que ofrece menos cuestionamiento al actual gobierno que al suyo propio. Los dos vicepresidentes de Menem (Duhalde y el canciller Ruckauf) son las principales figuras de la administración: gran paradoja y enorme pragmatismo, quienes acompañaron al líder de la convertibilidad se transformaron en los sepultureros de aquel régimen. La estrategia en marcha se llama “pesificación” y la disputa entre los sectores fue la paridad de la conversión. La decisión del gobierno, después de anuncios fallidos y contramarchas groseras fue, por un lado, convertir todas las deudas en dólares a pesos en la relación uno a uno, sin distinguir personas físicas de empresas, ni pequeños de grandes deudores; y, por otro lado, convertir todos los depósitos en dólares a pesos a la relación uno a uno con cuarenta, la nueva paridad oficial. La diferencia que deberá financiar de una forma u otra el estado no fue oficializada, pero estimaciones periódicas la ubican cerca de los 20.000 millones de pesos. Además, el gobierno liberó el mercado cambiario.

4. El mito fundador de la nueva alianza gubernamental es la pretensión por expresar al país productivo que se enfrenta al sistema de valorización financiera y de rentabilidad de los servicios públicos privatizados, que predominó desde la administración menemista.

La licuación de los pasivos de los grandes grupos económicos a partir de la pesificación de las deudas a un peso por cada dólar, en circunstancias que la asemejan con lo realizado por la dictadura militar en 1982, no es precisamente una muestra de

confrontación con los ganadores de la etapa previa. Tampoco aparecen aún instrumentos fiscales para redistribuir la ganancia extraordinaria que comenzará a percibir el sector exportador. Como en el pasado, el caos económico es escenario de especulación y ganancia para los sectores más poderosos, que logran transferir su endeudamiento al conjunto de la sociedad y a las futuras generaciones. La mano derecha del estado, tal el término acuñado por el recientemente fallecido Pierre Bourdieu, otra vez demuestra su pericia para atender los reclamos de los propietarios del capital concentrado.

5. Argentina vive una nueva crisis orgánica, una crisis de hegemonía. La lógica de rapiña del funcionamiento histórico del capitalismo vernáculo donde las ganancias de corto plazo y los negocios de ocasión sepultan toda proyección para estructurar un país para todos, se repite como la conducta paradigmática de sus clases dominantes con la connivencia y/o la incapacidad del poder político para colocar límites. La alianza entre los dos principales partidos políticos no confronta con los intereses particulares de los más poderosos, que no son generalizables al conjunto social.

Estos años y esta crisis entregaron una nueva evidencia de que, a diferencia del pasado, la democracia es vista por el *establishment* como inofensiva para afectar sus intereses. No existe tensión insostenible entre las actuales condiciones del régimen democrático y el mantenimiento de intereses contrarios con el bienestar de las mayorías. La democracia argentina se encuentra impotente para resolver la consolidación de una sociedad injusta.

6. A la vez causa y resultado, el Estado se cuenta incapaz. Desprovisto de intervenciones directas, un escenario dominado por reformas orientadas al mercado requiere la reconstrucción de la capacidad regulatoria del Estado, tanto respecto de la redistribución progresiva del ingreso, de la protección de los consumidores, de la se-

guridad social de la población y, fundamentalmente, del disciplinamiento de los sectores más concentrados del capital.

7. La disfuncionalidad del mercado formal de trabajo ha puesto en crisis el régimen de protección social argentino. El esquema de base corporativa y contributiva sobreviviente expresa una sociedad del pasado, donde los riesgos sociales se presentaban una vez que las personas abandonaban la vida activa, en tanto los bolsones de informalidad y desprotección eran atendidos por instituciones de asistencia social. Al modificarse radicalmente esta relación entre trabajadores formales e informales, y la presencia de vastos contingentes de desempleados, los arreglos institucionales existentes expresan, por un lado, un gasto público social alto para los parámetros regionales (cerca del 20% PIB), en tanto los sistemas de cobertura frente a los riesgos sociales continúan respondiendo a la deprimida sociedad de empleo protegido. La década pasada dejó una estructura económica incapaz de entregar empleo de calidad, en tanto las políticas sociales no se adaptaron a la nueva realidad. Una deuda más de la democracia con los menos favorecidos. La propuesta de presupuesto nacional para el ejercicio actual presenta un esquema de protección social mínimo y focalizado, que ya probó su inadecuación para responder a las necesidades de amplios colectivos con ingresos bajos o sin ellos que, además, quedan nuevamente en seria desventaja respecto del aumento de los precios registrado a partir de la devaluación monetaria. La mano izquierda del Estado, Bourdieu *dixit*, muestra nuevamente su torpeza.

8. Otro gobierno radical debió dejar anticipadamente el poder. No es novedoso ni para este partido ni para la política argentina¹. Muchos nos preguntamos si la Argentina es gobernable sin el PJ en el poder. Haciendo la analogía de la teoría de los juegos, De Ipola y Portantiero expusieron la noción de las reglas constitutivas y las

reglas normativas del juego de la democracia². Las primeras hacen referencia a cuáles permiten que el juego efectivamente se desarrolle, y las segundas señalan el conjunto de reglas que permiten a cada jugador sacar ventajas de su mayor pericia y habilidad. Cuando ambas no son debidamente entendidas en su naturaleza, el juego sencillamente no es posible. Y el PJ en la oposición expresa una voluntad y un apetito de poder que devora la distinción entre ambos tipos de condiciones.

La democracia argentina, luego del triunfo de la Alianza en 1997, despojó los fantasmas respecto de la conformación de un régimen político de partido hegemónico. Sin embargo, el PJ vuelve a reaparecer -en la percepción general y en los factores de poder- como el único partido que puede hacerse cargo del gobierno con eficacia.

Argentina vive una crisis orgánica. La lógica de rapiña es la conducta eje de las elites, con la connivencia e incapacidad del poder político para colocar límites. Las mínimas condiciones de vida están amenazadas, mientras sobrevive la capacidad de crear ganancias extraordinarias en los sectores privilegiados.



1 Desde la primera insurrección militar al orden constitucional en 1930 hasta 1983, cuando se estabiliza el régimen democrático, ni los gobiernos electos ni los regímenes militares que los derrocaban completaron sus mandatos, con algunas excepciones. La inestabilidad política fue la regla durante ese lapso. Una interpretación de este fenómeno y su relación con el caos económico puede encontrarse en Jorge Sábato y Jorge Schvarzer, 1985, "Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina: trabas para la democracia", en Rouquié y Schvarzer, compiladores, *¿Cómo renacen las democracias?*, Emecé, Buenos Aires.

2 Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, 1984, "Crisis social y pacto democrático", en *Punto de Vista*, Buenos Aires.

9. Pese a la crisis de legitimación de los partidos políticos, éstos han sido los canales de acceso para la ocupación de los puestos electivos fundamentales de la república. Los cuatro presidentes electos de esta pobre democracia fueron dirigentes de extracción partidaria tradicional, característica que domina la sucesión presidencial ocurrida desde el 20 de diciembre último. Un contraste con procesos que culminaron en la elección de mandatarios en algunos países vecinos (Fujimori y Toledo en Perú, Bucaram en Ecuador, Collor de Mello en Brasil) permite entender que fenómenos de esa naturaleza, donde los partidos prácticamente se crean y ordenan en derredor de una figura potencialmente atractiva, no está presente en la política argentina. Si bien la crisis está instalada, no implica desconocer la fortaleza exhibida por los partidos políticos como principales promotores de los liderazgos.

El interrogante se orienta respecto a si esta coyuntura particular de cuestionamiento extremo producirá un movimiento de transformación radical del sistema de representación, o bien si esa fortaleza exhibida es capaz de recomponer las estructuras que han dominado la política argentina hasta el presente.

10. Se prefiguran nuevos actores políticos que rechazan las representaciones actuales. Por una parte, los llamados “piqueteros”, personas con una débil inserción en el mercado laboral, cuya metodología de protesta es el corte de carreteras y puentes, y llevan varios años de ejercicio de cuestionamiento a la política económica de destrucción de empleos. Ante la ausencia de lugares de producción, la visibilidad del reclamo se traslada a las vías de circulación de mercancías y personas, y ha dado origen a formas de organización tanto para la captura de prestaciones de programas sociales, en especial de empleo y alimentación, como para la formación de un sector que reclama reconocimiento con éxito -y es convocado al diálogo institucional-. Por primera

vez una de las tres centrales obreras ha levantado la cuestión del seguro de desempleo para todos los jefes de hogar.

Por otro lado, el movimiento de protesta de los sectores medios empobrecidos y/o afectados por la inmovilización de los ahorros en el sistema financiero, a través de la organización de cacerolazos, asambleas barriales y movilizaciones, es una práctica novedosa, cuyo epicentro en la ciudad de Buenos Aires le otorga visibilidad y potencia. Las demandas expresan motivaciones de orden particularista (por ejemplo, la devolución de los depósitos en dólares en esa moneda que no es precisamente un acto de confianza en el país) y otro conjunto de carácter más general: renuncia de la Corte Suprema de Justicia, cambio total en la dirigencia política, rechazo frente al despojo de la última década. Los integrantes y las demandas del movimiento aún se confunden. Aquello que nació como una reacción espontánea está gestando, en su propio ejercicio, un proceso de organización a nivel barrial diferente al existente, cuyo devenir forma parte de un gran interrogante. Una categoría política como la de “vecino” que en muchas ocasiones de la historia argentina tuvo una connotación reaccionaria, en especial a través de las intenciones de formar apoyo y sucesión política por parte de los gobiernos militares, se ha convertido paulatinamente en un sujeto de confrontación frente a las identidades partidarias existentes, la dirigencia actual y a los representantes del poder económico. Ambos son agentes de cambio cuya potencialidad es todavía insospechada, ya sea como germen de nuevas identidades o como masa disponible para instrumentalizar nuevas aventuras políticas.

11. Otro elemento que colaboró en este estado de crisis de la representación es la prédica antipolítica y antipartidaria que expresan los voceros de los grupos asociados al poder económico. Ocurre algo peligroso: ocupar un cargo público es sinónimo de corrupción y la percepción general co-

loca a la propia actividad política en situación de sospecha. Esta influencia es realizada por una especie de “Partido de los Negocios”, dedicado al desprestigio permanente de la dirigencia política tradicional³ quienes, por su parte, han contribuido con su comportamiento a la estrategia. Un capitalismo de rapiña cultiva una democracia pobre.

Final abierto

Es difícil aventurar un pronóstico respecto de qué va a pasar en la Argentina en un futuro inmediato. Algunas consecuencias de esta crisis son altamente probables. La más dramática es el descenso aún mayor del nivel de vida de la población, dado el aumento del costo de vida, la caída de la actividad económica, el consecuente descenso de los ingresos laborales y la falta de medidas adecuadas de protección de la población. Algunas estimaciones extraoficiales ubican el desempleo por encima del 20% en este momento.

La suerte del gobierno está atada al precio que asuma el dólar en los próximos días. Si bien las reservas oficiales de divisas son cuantiosas para frenar una corrida, es meramente declarativo el apoyo financiero internacional. Un llamado a elecciones en los próximos meses es el latiguillo que exhiben algunos de los líderes del propio PJ para superar la crisis de legitimidad que el gobierno confunde con la mayoría parlamentaria que lo sostiene.

La claudicación del gobierno al licuar los pasivos dolarizados de los grupos económicos concentrados expresa la incapacidad de los

partidos políticos tradicionales para disciplinar los intereses particulares en función del interés general y de un proyecto de democracia incluyente. Las condiciones de vida de amplios sectores sociales y de muchas regiones del país están amenazadas, mientras sobrevive la capacidad de realización de ganancias extraordinarias de los sectores privilegiados. La vocación del gobierno por enunciar el “país productivo” aparece como una forma solapada de favorecer a la dimensión productiva de grupos económicos diversificados en diferentes actividades. En qué medida este nuevo escenario mejorará la posición de las pequeñas y medianas empresas generadoras de empleo e ingresos para la población, es una pregunta cuya respuesta depende del rol que aspire a desempeñar el estado a través de políticas activas.

La tolerancia ante la injusticia reinante está llegando a un punto límite. La sociedad argentina se encuentra en un estado de rebeldía extraordinario y cuestiona movilizadora a las instituciones políticas (a los tres poderes del estado, a las organizaciones partidarias y a la dirigencia sindical tradicional) y a las entidades financieras. El ejercicio de una democracia directa señala más preguntas que respuestas sobre el futuro del sistema político argentino. Inclusive, por primera vez en muchos años renacieron rumores sobre amenazas autoritarias como forma de retornar al orden perturbado por este estado de movilización popular. En un país donde se transformó el estado, la economía y la sociedad, el sistema de representación política ha mostrado cierta estabilidad y la sensación es que este es un punto de inflexión también para las estructuras políticas que dominaron la política argentina durante buena parte del siglo XX.

Buenos Aires, 11 de febrero de 2002

³ Ricardo Sidicaro, 2001, *La crisis del estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, p. 100 y subs.

Entre la dolarización y la devaluación: la crisis de la convertibilidad en Argentina

Eduardo Basualdo*

En Argentina confluyen actualmente una prolongada depresión económica, un colapso social y una profunda crisis política. Todos estos factores, que se articulan y potencian entre sí, son el resultado de las contradicciones en el bloque dominante y de la fragmentación de las bases sociales de un proyecto alternativo.

En este contexto, es relevante repasar los efectos de los profundos cambios registrados en la década pasada: desregulación económica, reforma del Estado, privatizaciones, Plan Brady y “normalización” del financiamiento internacional.

Durante el primer quinquenio de los noventa se produjo una homogeneización sin precedentes en la cúpula del poder económico. La privatización de las empresas públicas y el proceso de desregulación impulsaron la asociación entre los mayores grupos económicos locales y el capital extranjero a través de consorcios formados para hacerse cargo de las empresas públicas privatizadas, se modificó así la tradicional disociación entre el capital extranjero y el capital local. En esas condiciones, los grupos económicos locales repatriaron una parte de los 52 mil millones de dólares fugados al exterior en la década de los ochenta. Es decir, transformaron una parte de su capital financiero en capital fijo.

Pero este proceso se revirtió en la segunda mitad de la década: los grupos económicos

locales vendieron su participación accionaria en los consorcios formados pocos años atrás, e incluso varias de sus firmas. Después de multiplicar varias veces la inversión inicial vendieron los activos fijos y enviaron esos recursos al exterior. Durante toda la década, aunque con mayor profundidad a partir de 1992 con la firma el Plan Brady, se registró un aceleradísimo crecimiento de la deuda externa, sobre todo de la privada, vinculado con la mencionada fuga de capitales de los grupos económicos locales. Así, en 1998 la deuda llegaba a 140 mil millones y los capitales fugados superaban los 115 mil millones.

Las transformaciones en la segunda mitad de los noventa produjeron una creciente heterogeneidad en el *establishment* económico que se tradujo en dos proyectos enfrentados: el del capital local, caracterizado por sus colocaciones financieras en el exterior, y el del capital extranjero, que queda como propietario de activos fijos en el país.

A partir de las crisis de las economías asiáticas y brasileña las diferencias se aceleraron y éstas se consolidaron en 2000 durante el gobierno de De La Rúa. El proyecto vinculado a los capitales extranjeros presionó por la dolarización, concebida como la “fase superior” de la convertibilidad¹, como garantía del mantenimiento del valor en dólares de sus activos, estimados en casi 120 mil millones de dólares. Por el contrario, el proyecto vincula-

* Economista.

¹ Política establecida en 1991 durante el gobierno de Menem que equiparó el valor del peso al del dólar.

do a los grupos locales y a algunos conglomerados extranjeros impulsó la devaluación y la instrumentación de subsidios estatales para la producción local. Una devaluación de diez puntos implicaba, en dólares, que los capitales extranjeros perderían aproximadamente el equivalente a lo pagado por Repsol por la compra de la empresa nacional productora de petróleo YPF (cerca de 13 mil millones de dólares). Estos grupos se verían beneficiados por un monto similar, teniendo en cuenta que fugaron al exterior más de 120 mil millones de dólares. Además, es insoslayable destacar que los grupos económicos, a pesar de los activos que vendieron, continúan teniendo importantes inversiones productivas en el país, especialmente en sectores con ventajas comparativas naturales como la agroindustria y la producción agropecuaria. Por lo tanto, al ser fuertes exportadores, las devaluaciones que se produjeron desde diciembre significaron cuantiosas ganancias patrimoniales en términos de dólares y aumentos en la facturación y la rentabilidad de sus actividades internas.

Sin embargo, a pesar de la decisiva importancia de esta ruptura estructural, sería un error asumir que estas contradicciones se circunscriben únicamente a factores económicos. En efecto, todo indica que los representantes políticos de los intereses extranjeros, el menemismo local y los organismos internacionales de crédito, vienen acompañando sus imposiciones de políticas de ajuste y su propuesta de dolarizar la economía con un discurso en favor de la “democratización y el combate a la pobreza”, en tanto, desde su peculiar punto de vista, la pauperización creciente que caracteriza la situación de los países latinoamericanos no es el resultado de la nueva dinámica económica sino de las distorsiones propias del sistema político e institucional de los países de la región, que no sólo son ajenas al modelo en marcha sino además neutralizan sus efectos positivos.

De allí que dichos organismos entiendan que las políticas focalizadas sobre las manifestaciones más extremas de la pobreza deben ser llevadas a cabo por “Organizaciones No Gu-

bernamentales”, concebidas como entidades no contaminadas con la corrupción estatal, dotadas de conocimientos técnicos y capacidad organizativa para solucionar problemáticas sociales específicas. Así, en tanto el Banco Mundial sostiene “los pobres no tienen información, ni capacidad para procesarla, las ONGs deben ser la voz y los ojos de los pobres”, resulta claro que dichas entidades deben reemplazar a las tradicionales representaciones que generó el movimiento social. Según los organismos internacionales, la crisis de representación de la sociedad producto de las políticas neoliberales, podría superarse mediante la disolución de todo lazo entre representante y representado dado que los sectores populares (hoy denominados “pobres”), en tanto víctimas del ajuste, serían incapaces de tomar decisiones y de participar con autonomía en la definición de su propio destino. Cabe señalar que este tampoco es un sendero libre de contradicciones y disputas, ya que la dinámica de las ONGs realmente comprometidas con el trabajo social las conduce a la posición contraria a la que aspiran los organismos internacionales: en lugar de ser los transmisores de las posiciones del Banco Mundial ante los pobres, las ONGs son los transmisores de los puntos de vistas de los pobres frente al Banco Mundial.

Por otra parte, la organización federal de la Argentina tampoco escapa al rediseño social y político que acompaña al proyecto de la dolarización. Si bien las iniciativas vinculadas al mismo son más incipientes, es perceptible la intención no sólo de ajustar presupuesta-

En el colapso argentino se conjugaron el agotamiento de la convertibilidad, una crisis de gobierno y una crisis de régimen. En ese contexto, ni el Banco Mundial ni los grupos locales contemplan en sus propuestas la voluntad de profundizar el proceso democrático mediante la redistribución progresiva de los ingresos.



riamente a las administraciones provinciales sino también de redefinirlas mediante la fusión de varias de ellas en diversas regiones administrativas, borrando de esa manera las culturas y tradiciones propias, productos de una historia particular. Se trata, en este caso, de compatibilizar la reducción de los costos de las administraciones provinciales con una política tendiente a anular la identidad política, social y cultural, bloqueando la posibilidad de definir una estrategia propia por parte de las provincias que actualmente integran la geografía política del país.

La otra postura que surge en el seno del bloque dominante se sustenta en los grupos económicos locales y conglomerados extranjeros que están fuertemente asentados en las exportaciones y mantienen ingentes recursos financieros en el exterior. El planteo de estos sectores se despliega en torno a una lectura interesada de la contradicción que se despliega entre los intereses nacionales y extranjeros. De esta manera, estos sectores intentan presentarse como el capital “nacional”, pasando por alto, en realidad ocultando, que la etapa abierta por la dictadura militar dio lugar a la internacionalización financiera de los integrantes de la cúpula empresarial, especialmente de los grupos económicos locales. Sobre esta base, buscan y reclaman un conjunto de protecciones (mayor control aduanero) y subsidios (fiscales y crediticios) que se articulan con el reclamo de un proceso devaluatorio controlado.

La apelación de estos sectores a lo “nacional” se conjuga con una supuesta defensa de la producción que involucra un flujo de subsidios para impulsar el crecimiento y resolver el problema del desempleo. Sin embargo, todo parece indicar que este discurso oculta la clara intención por parte de los grupos económicos de recrear las condiciones para potenciar su acumulación de capital, agregándole a las notablemente elevadas colocaciones financieras en el exterior un relanzamiento de su ya significativa incidencia productiva. De allí que esta postura sitúe al crecimiento económico como la pieza clave para solucionar la crisis estructural de la economía argentina,

mientras que la desocupación y la pobreza quedan subordinadas al mismo, sin constituirse en la problemática central de la política económica. Más aún cuando el núcleo programático se basa en la concreción de una salida exportadora sustentada en las ventajas comparativas naturales, con un escaso impacto en la ocupación de mano de obra.

En esta propuesta, el Mercosur constituye una pieza clave por la notable incidencia de Brasil como destino de la producción local de productos primarios. A diferencia del planteo anterior, donde el ALCA constituye el núcleo de su proyección continental, en este caso se produciría una notable revitalización del mercado ampliado a partir de la modificación del tipo de cambio. Proceso que incluso favorecería, y tendería a incorporar como interesados, a varios de los consorcios que se quedaron con las empresas estatales, en tanto muchas de sus producciones (gas, petróleo, electricidad, etc.) son exportables a los países limítrofes.

En el proyecto que propone una pseudo perspectiva nacional, que apela al crecimiento económico y que destaca el papel de los sectores productivos (centralmente exportadores), los sujetos e instituciones que resultan interpelados son las estructuras sindicales tradicionales, las organizaciones empresarias y diversos sectores de la Iglesia Católica. De algún modo, estos sectores retoman como núcleo central de su propuesta institucional la idea de la concertación respetando para su conformación el tradicional esquema de empresarios-sindicatos-Estado. Por eso este planteo reconoce a las imposiciones que efectúan los organismos internacionales como las restricciones centrales que enfrenta la sociedad argentina, y tiende a presentar la “concertación social” como núcleo de la propuesta alternativa para lograr el crecimiento económico. Nuevamente aquí es necesario recordar que esta concepción pasa por alto -en realidad oculta- el contenido que este crecimiento ha observado en el caso argentino y que casualmente se ha basado en el predominio de la valorización financiera, la desindustrialización y la fuga del excedente como factores principa-

les clave, y tiene a los grupos económicos como uno de sus beneficiarios más importantes.

Las posturas de las distintas facciones del bloque dominante se expresan en discursos distintos y congregan a sujetos y organizaciones diferentes. Los planteos incorporan elementos de convocatoria y definen estrategias de alianza que pretenden transformar sus posturas en una concepción hegemónica para el conjunto de la sociedad. En este sentido, tanto las convocatorias que viene realizando la Comisión de Pastoral Social en el marco de la iglesia argentina, como los foros de debate con organizaciones no gubernamentales son una expresión elocuente de este objetivo.

En este contexto, cabe consignar que ni la propuesta del Banco Mundial dirigida a conformar un orden institucional fundado en un esquema de dualismo social acompañado por beneficencia, ni la estrategia productiva y corporativista que enarbolan los grupos locales, que también tiende a conformar una sociedad dual, incorporan o aluden a alguna propuesta que indique la voluntad de profundizar el proceso democrático mediante la redistribución progresiva de los ingresos. En este sentido, ambas posturas priorizan la necesidad de flexibilizar el mercado laboral y comparten la decisión de bajar el gasto público por el lado de la reducción de personal tanto en el plano nacional como provincial.

En el marco de la crisis abierta en 1998, la intensa pugna entre las propuestas alternativas originadas a partir de la fractura del *establishment* económico se expresó con inusitada intensidad en la gestión gubernamental de De la Rúa y en el conjunto del sistema político. El primer fenómeno de primordial importancia fue el carácter que la valorización financiera imprimió al Estado, que en los últimos años fue incapaz de dar una conducción mínima al proceso económico y transfirió su capacidad regulatoria al capital oligopólico, eufemísticamente denominado “mercado”. De modo tal que no logró garantizar los flujos financieros y, en particular, fue incapaz de definir condiciones para controlar la salida de los capitales locales al exterior².

El nuevo carácter del Estado tiene múltiples expresiones, pero quizá una de las más nítidas es el papel que cumple su endeudamiento externo, en tanto el mismo no es únicamente función de los intereses y el capital que debe pagarse anualmente a los acreedores externos, sino que también depende de la necesidad de constituir las reservas de divisas que respaldan la convertibilidad y, lo que es más importante aún, garantizar las divisas que hacen posible la fuga de capitales locales al exterior y financiar el déficit en la balanza comercial³. Este patético achicamiento de las funciones estatales en la valorización financiera genera una consecuencia similar a la que se introduce en el sistema político, que consiste en la ausencia absoluta de un pensamiento estratégico orientado a la preservación del “interés nacional”. En este marco, la gestión gubernamental de De La Rúa (2000-2001) actuó como si no hubiesen cambiado estructuralmente las condiciones originales que sustentaron la convertibilidad. En los escasos dos años de gobierno otorgó concesiones a las dos fracciones dominantes en pugna, sin poder definir una salida a la crisis. La notable permeabilidad a las requisitorias de ambas fracciones hizo que el gobierno de la Alianza, pese a que se postuló como una alternativa al menemismo, continúe su enfoque ortodoxo, acentuando la concentración del ingreso y profundizando la recesión iniciada en la segunda mitad de 1998.

2 Ver John Holloway, “Reforma del estado: capital global y estado nacional”, en Cuadernos del Sur, No. 16, octubre de 1993.

3 Como lo demuestran varios trabajos recientes, el sector público es el que provee las divisas para conformar las reservas que garantizan la convertibilidad a través de su endeudamiento externo. Por el contrario, el sector privado no sólo no contribuye a constituir las mismas sino que su déficit en términos de la balanza de pagos también debe ser cubierto por el endeudamiento estatal. Ver FIDE, “Los roles de la deuda externa en la Convertibilidad”, en Coyuntura y Desarrollo, No. 258, abril 2000; Mario Damill, “El balance de pagos y la deuda externa pública bajo la convertibilidad”, Cedes, Buenos Aires, 2000; Auditoría General de la Nación, “Análisis del balance de pagos de la Argentina: los cambios metodológicos recientes y el desempeño observado en 1998”, Argentina, 1999.

Las políticas de ajuste -la continuidad de las políticas ortodoxas- sirvieron para revertir la crisis más prolongada de la historia argentina debido por lo menos a cuatro factores relevantes:

- a) La crisis se originó en problemas de demanda y su modificación exigía revertir la regresividad distributiva de la economía argentina, reconstituyendo la demanda interna y las finanzas públicas.
- b) El elevado nivel de concentración económica y centralización del capital de la economía argentina neutralizó el efecto del ajuste económico sobre la estructura de precios relativos. En otras palabras, dada la notable inflexibilidad a la baja de la rentabilidad del capital oligopólico, la reducción de costos no se transfirió a los precios sino que engrosó sus ganancias.
- c) La recesión generalizada no se tradujo en una devaluación relativa de la moneda local. Por el contrario, sería necesaria una modificación de los precios relativos de alcances más vastos, que incluyera, por ejemplo, una disminución relativa de las tarifas de los servicios privatizados respecto al resto de los precios, incluyendo el salario dentro de estos últimos. En los primeros meses del gobierno de De La Rúa se intentó recortar las tarifas de los servicios públicos, pero no solo aumentaron sino que las empresas privatizadas plantearon modificaciones en las reglas de juego que aumentaron sus prebendas.
- d) Finalmente, resulta ilusorio afirmar que la superación de la crisis puede lograrse sobre la base de la expansión de las exportaciones, excluyendo el consumo interno, cuando las mismas representan solamente alrededor del 8% del PIB. Más aún cuando la ampliación de las mismas implica significativos incrementos en las importaciones debido a la marcada desintegración productiva que constituye uno de los ejes por los cuales transitó la desindustrialización de las últimas décadas.

En realidad, el autoproclamado “progresismo” modelado por el nuevo funcionamien-

to del sistema político terminó convalidando, nuevamente, una reducción de la participación de los trabajadores en el ingreso, en tanto el ajuste económico transitó por una reducción salarial y un incremento de la desocupación. La reducción de los salarios de la administración pública nacional no solucionó la situación fiscal, porque no son ellos los que generan los problemas del déficit, pero agravó la depresión salarial puesta en marcha por el sector privado en los primeros meses de la crisis iniciada en 1998.

En el marco de la crisis, los sucesivos reemplazos de ministros de economía estuvieron relacionados con la pugna orgánica desatada dentro del *establishment* de la sociedad argentina. El primer ministro de la gestión de De La Rúa estuvo fuertemente permeado por los intereses de la fracción local del poder económico incluyendo, como parte de ella, la presencia de algunos conglomerados extranjeros de origen europeo⁴.

El agotamiento de esa gestión, pese a la obtención del “blindaje”, dio lugar a que accediera al Ministerio de Economía la línea opuesta, poniendo de manifiesto la ambigüedad y debilidad política de la gestión de gobierno. El ajuste ortodoxo propuesto por el tercer y efímero ministro contemplaba varias etapas y respondía a la misma lógica adoptada por la gestión anterior. Sin embargo, en este caso, la reducción del gasto incorporaba un nuevo componente: el denominado “costo presupuestario de la política” (los altos salarios diferenciales, numeroso plantel y los gas-

4 Esta caracterización coincide básicamente con la asumida por Julio Nudler en “Los reyes del lobby”, Página 12, 31/7/99. Al respecto afirma: “En el estrado ocupaba una silla José Luis Machinea, economista a quien Roberto Rocca, dueño y señor de Techint, le dio trabajo tras la vuelta al llano de los radicales, poniéndolo al frente del Instituto de Desarrollo Industrial (IDI), que Rocca creó y solventó. ¿Significa esto que Machinea, si llega a ministro con Fernando de la Rúa, tratará con especial cariño a Techint? Sí, pero no sólo a Techint -contesta otro economista de la Alianza-. Él va a tratar con cariño a todas las industriales localizadas en el país y que hayan hecho inversiones fuertes aquí. Si tiene que definir a quién darle un reintegro y a quién ponerle un impuesto, Machinea le dará el reintegro a Techint, o lo mismo a Arcor, y le pondrá el impuesto a IRSA (Soros)”.

tos de los funcionarios políticos). Es decir, este ajuste intentaba avanzar en los dos objetivos buscados por esta fracción: la disminución drástica de los gastos estatales y, al mismo tiempo, un replanteo parcial del sistema político que incluso involucrara una modificación de sus personeros.

El drástico rechazo a esta propuesta dio lugar al último cambio ministerial por el cual accedió a esa función Domingo Cavallo, un hijo dilecto de la dictadura militar y uno de los artífices del Plan de Convertibilidad y de la reestructuración económica que generó la situación actual. El análisis del contenido de su propuesta es más complejo porque su papel fue, como ocurrió en el pasado, compatibilizar los intereses de ambas fracciones de los sectores dominantes para interrumpir la recesión económica, por lo menos hasta las elecciones parlamentarias de octubre de 2001. Al comienzo de su gestión reivindicó la necesidad de reactivar la producción mediante la elevación de aranceles y de políticas sectoriales para mejorar la situación fiscal en el mediano plazo, pero, al mismo tiempo, elevó la presión tributaria a través del impuesto a los débitos y los créditos bancarios para recomponer las finanzas públicas en el corto plazo, alejando la posibilidad de incurrir en un “no pago” a los acreedores externos. En tanto privilegiaba la recomposición de la producción interna e intentó recomponer las finanzas públicas mediante nuevas imposiciones sin disminuir el gasto público, éstas medidas tuvieron un claro sesgo beneficioso para la fracción local de los sectores dominantes. Estas políticas no contemplaron ninguna iniciativa destinada a mejorar la dramática situación económico-social de los sectores populares debido a que la recomposición productiva tiene como horizonte el mediano plazo y está acotada a las grandes firmas oligopólicas, con escaso impacto en la ocupación, sino también porque los nuevos impuestos fueron trasladados a los precios en el mediano y en el corto plazo, especialmente en los sectores que enfrentan una demanda relativamente inelástica, como es el caso de los servicios públicos.

A pesar de que no fueron medidas destinadas a mejorar la dramática situación por la que atraviesan los sectores populares, éstas crearon cierta expectativa respecto a una posible superación de la crisis productiva. El sesgo de esas primeras medidas provocó el rechazo del sector financiero, reavivándose la crisis, obligando a rectificarlas y a incorporar el recorte de los gastos estatales como parte de la nueva política económica. Sin embargo, como contrapartida, se envió al Congreso para su aprobación un proyecto que vinculaba la convertibilidad con una canasta de monedas, compuesta por el dólar y el euro. La propuesta abría la posibilidad de incorporar al real (moneda de Brasil), la otra divisa relevante para el comercio exterior argentino, definiendo un sistema convertible con flotación del tipo de cambio que implicaría una significativa devaluación del signo monetario.

Finalmente, se intentó superar la crisis mediante una renegociación de una parte de la deuda pública externa a través de un canje de bonos a una descomunal tasa de interés y de una nueva reducción de los salarios mediante la revisión de los convenios básicos vigentes y un ajuste significativo en los gastos del sector público. Bajo la consigna de la necesidad de arrasar con el “costo de la política”, se comenzó a buscar consenso social para implementar un nuevo ajuste del sector público, transfiriendo la salud y la educación pública al sector privado y una significativa contracción de los presupuestos provinciales mediante un replanteo del régimen de coparticipación federal.

Si bien la prolongada crisis económica y

Mientras la fracción local de los sectores dominantes impulsa un cambio drástico en el funcionamiento económico manteniendo el orden político actual, la fracción extranjera del bloque de poder persigue la profundización del modelo económico actual y el replanteo del sistema político.



las distintas propuestas dominantes constituyen una expresión fundamental para aprehender el agotamiento del patrón de acumulación, es insoslayable tener en cuenta que dichos factores se articulan con una crisis del sistema político que es igualmente extensa y profunda. La notable crisis del sistema político que se consolidó durante la última década ha sido el resultado tanto de su creciente ilegitimidad social como de la confrontación de los proyectos alternativos generados en los sectores dominantes.

La evidente y creciente ilegitimidad social del sistema político parece estar férreamente vinculada al desarrollo del patrón de acumulación y dominación en marcha. A medida que se profundiza la valorización financiera queda socialmente cada vez más claro que la función prioritaria del Estado es únicamente asegurar el flujo de capitales y que la supuesta desregulación económica es, en lo fundamental, una transferencia al capital dominante del control sobre vastos espacios económicos. De esta manera, se instala en los sectores populares la convicción de que el sistema político abandonó definitivamente, más allá de las palabras, toda preocupación por el desarrollo económico-social y, específicamente, por la desocupación y la distribución del ingreso. Por otra parte, a lo largo de este proceso también queda cada vez más nítido que los acuerdos y desacuerdos de los partidos políticos mayoritarios están crecientemente desvinculados de las diferencias políticas o ideológicas y cada vez más centrados en los negocios económicos, es decir, que queda socialmente establecido el predominio de la corrupción en la dinámica política. De allí la fuerte reivindicación popular que tuvo la iniciativa de algunos legisladores, especialmente Elisa Carrió, con el objetivo de instalar una democratización real del sistema político, dando cabida a la expresión de los intereses de los sectores populares. Por el contrario, la renuncia del vicepresidente de la gestión de De la Rúa, provocada por su fracaso en el enfrentamiento con el sistema político, que encontró su punto culminante en el conflicto con el Senado

por los sobornos recibidos por legisladores para que aprueben una ley de flexibilidad en el empleo, se inscribió en la concepción de la corrupción como un fenómeno circunscrito al sistema político y no al sistema de dominación vigente, es decir, a un funcionamiento superestructural vinculado orgánicamente con la valorización financiera.

Sin embargo, la crisis política también se origina en la confrontación dentro de sectores dominantes. Los sectores que sustentan la salida de la convertibilidad mediante la dolarización de la economía argentina proponen la conformación del sistema político instaurando nuevas formas de representación que sean funcionales a sus intereses y, por lo tanto, tan alejadas de la participación popular como el bipartidismo.

Sin duda, se trata de un proceso complejo de percibir. Al igual que en 1989, el conjunto de los elementos analizados indica que en las actuales circunstancias se conjugó el agotamiento de la convertibilidad, desatando una crisis en el patrón de acumulación en marcha, junto a una crisis de gobierno, en tanto se registró el relevo del presidente, y una crisis de régimen, ya que los distintos sectores intentan modificar los criterios de representación. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en 1989, se pone cada vez más en evidencia que las dos fracciones de los sectores dominantes enfrentan escollos que intentan superar. Así, mientras la fracción local de los sectores dominantes impulsa un cambio drástico en el funcionamiento económico manteniendo el funcionamiento político actual, la fracción extranjera del bloque de poder persigue la profundización del funcionamiento económico actual y el replanteo del sistema político. Contradicciones que, nuevamente, preanuncian la imposición de un creciente deterioro en las condiciones de vida de los sectores populares, cuando los mismos necesitan imperiosamente la redefinición tanto de la valorización financiera como del sistema de dominación político y social, pero con un contenido distinto al que asumen en las propuestas dominantes. Aspiraciones que se expresan en la actual movilización social.

La debacle neoliberal

Protesta social y crisis política en Argentina

José Seoane*

Imágenes del final¹

Al caer la tarde del jueves 20 de diciembre, el presidente De la Rúa presentaba su renuncia. Así concluía, precipitadamente, el breve gobierno de la Alianza² que había ganado holgadamente las elecciones presidenciales en Argentina en octubre de 1999. Mientras el helicóptero oficial transportaba al ya expresidente, en los alrededores de la Casa de Gobierno y a lo largo de todo el centro de la ciudad de Buenos Aires, las fuerzas policiales intentaban disolver, bajo el peso de una violenta represión, la incansable manifestación popular que había ocupado y disputado la simbólica Plaza de Mayo desde la noche del día anterior.

Estas imágenes retrataban el fracaso de la coalición política oficial que había por demás defraudado las expectativas populares que acompañaron su triunfo dos años atrás. Tras el compromiso electoral de trabajo, educa-



ción y justicia³, el significativo incremento de la desocupación, la asfixia presupuestaria de la educación pública, los intentos de arancelamiento de los estudios universitarios y la concupiscencia con los jueces federales designados bajo la gestión menemista, habían señalado ya el fácil olvido de los pactos ciudadanos del que parecen hacer gala las elites políticas contemporáneas. Los cacerolazos y protestas de finales de diciembre, protagonizadas en buena medida por los propios secto-

* Sociólogo. Coordinador del programa Observatorio Social de América Latina (OSAL) del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Email: seoane@clacso.edu.ar

¹ Este artículo preparado para *ÍCONOS* se basa en una versión publicada en la revista *Diálogo*, febrero de 2002, de FLACSO-Guatemala. Agradezco especialmente a Ivana Brighenti su colaboración en la edición del texto, así como a Atilio Boron y Clara Algranati por sus comentarios.

² Nombre de la coalición electoral conformada por la Unión Cívica Radical y el FREPASO (Frente País Solidario).

³ Este fue el lema principal de la campaña electoral realizada por la Alianza en 1999.

res sociales que habían apoyado la coalición gobernante, reponían en las calles la esencia vital de la democracia, vilipendiada y corroída bajo la aplicación de las políticas neoliberales.

Finalizaba una gestión que, bajo las atentas “recomendaciones” del FMI y la banca acreedora, sólo había profundizado una y otra vez el ajuste fiscal y, consecuentemente, acelerado brutalmente el largo ciclo recesivo -que lleva más de cuatro años- y el proceso de pauperización social que signa casi sin discontinuidades la política económica argentina desde mediados de la década de los setenta.

La renuncia forzada del expresidente De La Rúa se incorporaba así a la lista -nada breve, por cierto, si consideramos los casos de Brasil, Ecuador, Perú y Venezuela en la última década- de gobernantes neoliberales latinoamericanos que debieron abandonar apresuradamente el poder al calor del repudio y la movilización social.

Pero la caída del gobierno y la crisis política desencadenada a partir de allí -que, entre otras cuestiones, se expresó en el devenir de cinco presidentes en menos de 15 días- reflejaba también el colapso del régimen forjado a principios de la década de los noventa: la llamada “convertibilidad”, que fuera la cristalización histórica particular de un ciclo de más largo aliento que hunde sus raíces casi tres décadas atrás con el inicio de las políticas de corte neoliberal en Argentina. Las consecuencias sociales de dichas políticas quedan por demás graficadas ante el hecho que mientras en 1975, sobre 22 millones de habitantes, la población que vivía por debajo de la línea de pobreza se contaba en 2 millones, y hoy entre una población de 37 millones son más de 14 millones de ciudadanos los condenados a ser pobres⁴, de los cuales casi un tercio (un poco más de 4,5 millones de personas) son indigentes. Profundizada radicalmente en los últimos años, la pauperización social y el de-

empleo de masas que la acompaña -vale señalar que las últimas cifras oficiales dan cuenta que más del 22% de la población económicamente activa se encuentra desempleada- retratan las catastróficas consecuencias sociales que supuso la aplicación de las políticas neoliberales.

Asimismo, la crisis de la “Argentina de la convertibilidad” proyecta sus sombras en el plano internacional. Forjada por el ex presidente Menem y el ministro Cavallo a principios de los noventa, prolongada bajo la gestión de De la Rúa, y enseñada como el ejemplo del camino a seguir por parte de los impulsores del “libre mercado”, la economía argentina señala -con su colapso actual-, con toda la intensidad de un caso testigo, la profunda crisis que afronta la llamada “globalización neoliberal”.

Fisonomía del neoliberalismo

Impuesto a sangre y fuego a partir de 1976 con la dictadura militar, el montaje de la estrategia neoliberal en Argentina supuso la constitución de un nuevo régimen socioeconómico, caracterizado por un patrón regresivo de distribución del ingreso y la riqueza, que significó un furioso proceso de concentración del capital y expropiación de bienes, ingresos y derechos de amplias franjas sociales, así como también de los bienes públicos y los recursos naturales.

Bajo inspiración de la ortodoxia económica, basada en la liberalización financiera y comercial, dicho régimen significó la instalación de un modelo signado por la valorización financiera y la transferencia de recursos al exterior. El endeudamiento externo del gran capital local -luego “estatizado” bajo la breve gestión de Domingo Cavallo al frente del Banco Central en 1982-, ligado a la especulación financiera y la fuga de capitales, y el endeudamiento estatal que acompañó a éste para proveer las divisas necesarias al ciclo especulativo, hicieron del crecimiento de la deuda externa un componente esencial del ré-

4 Según los datos de la medición de octubre de 2001 provista por la EPH (Encuesta Permanente de Hogares) del INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos).

gimen neoliberal. Por otra parte, el predominio de la inversión financiera -en detrimento de la productiva- combinado con la apertura comercial llevaron al extremo la destrucción del aparato productivo; se consumó la desindustrialización de la economía con la consecuente expansión del desempleo y la sistemática reducción de los salarios.

La implementación en 1991 del régimen de la convertibilidad significó, más allá de sus efectos sobre la contención de la espiral inflacionaria, la profundización radical del rumbo neoliberal: se acentuó la apertura comercial y se abrió paso a la privatización radical de los activos públicos. En este esquema, las privatizaciones permitieron tanto al gran capital local como al internacional apropiarse, a valores irrisorios, de parcelas de la actividad económica en condiciones de por lo menos cuasimonopolio y de alta rentabilidad, obteniendo nuevas alternativas de valorización sobre la base de trastocar la otrora vigencia de determinados derechos de carácter público en un objeto más del proceso de acumulación del capital⁵. La asociación en una nueva "comunidad de negocios" -de los grandes empresarios locales con la banca internacional y las empresas trasnacionales- en la gestión de las empresas públicas privatizadas constituyó tanto un punto de consenso entre el poder económico como un permanente sostenedor de la gestión del gobierno del expresidente Menem. El otorgamiento de estos sectores de alta rentabilidad al capital más concentrado se vinculó a un nuevo ciclo de endeudamiento externo y fuga de capitales que caracterizó la década de los noventa y marcó, una vez más, el carácter prebendario y rentístico del régimen económico en Argentina. Es fácil percibir que el desarrollo de este proceso no sólo profundizó la crisis social y la injusticia en términos distributivos sino que, a su vez, llevó al extremo las condiciones de fragilidad fiscal y de deterioro de la balanza externa.

La dependencia estructural del régimen iniciado a mediados de la década de los seten-

ta al flujo de capitales externos -sea bajo la forma de endeudamiento, de capital especulativo o de inversión- significa que cuando el acceso al mercado internacional de capitales se interrumpe, el mencionado orden es puesto en crisis y afronta momentos de colapso. Así ocurrió en 1982 (crisis de la deuda externa), en 1989 (quiebra fiscal e hiperinflación), en 1995 (efecto Tequila) y vuelve a darse desde mediados de 1998 como efecto de la crisis mundial⁶.

En este sentido, la crisis argentina, en su particular complejidad, expresa también a nivel nacional los efectos de los temblores financieros que atravesaron la "globalización neoliberal" a partir de finales de 1997 con el derrumbe de las economías asiáticas, y que prolongaron sus efectos a lo largo de 1998 en Rusia y Brasil para alcanzar al centro de las grandes potencias -particularmente Estados Unidos en 2001- bajo la forma de un recesión económica que parece hoy instalarse a nivel internacional. Sin embargo, a diferencia de las crisis anteriores, la particularidad de la presente nos remite a tres cuestiones o procesos que intentaremos analizar a continuación.

El resurgir de la movilización social

Los cacerolazos y movilizaciones encarnados por los sectores urbanos que signaron las jor-

Los cacerolazos y protestas reponían en las calles la esencia vital de la democracia, vilipendiada y corroída bajo la aplicación de las políticas neoliberales. Parece ser el fin del disciplinamiento social consolidado por el terror represivo de la dictadura y el "terror económico" de la hiperinflación y el desempleo.



⁵ Ver, entre otros, Basualdo 2000 y Lozano 2001.

⁶ Ver Lozano 2001.

nadas de diciembre, particularmente las capas medias y amplios grupos juveniles en la ciudad de Buenos Aires, coronaron un largo proceso de incremento de la protesta social y fortalecimiento de los movimientos populares forjado a lo largo de 2001. Vale mencionar que el número de protestas impulsadas por diferentes movimientos y organizaciones a lo largo del año que acaba de concluir, se incrementó en más de un 50% respecto del año anterior⁷.

Este crecimiento de la protesta se manifestó también en la ampliación de la territorialidad social de la misma, que abarcó desde los trabajadores con empleo -particularmente del sector público- a los desocupados, los estudiantes, los sectores medios, los comerciantes y los pequeños productores agrícolas. Una protesta que además se amplió en su densidad, en el avance organizativo que algunos de estos procesos supusieron -especialmente en los sectores de trabajadores desocupados y urbanos-, en el desarrollo de nuevas formas de acción colectiva y entramados organizativos y en la importancia de los conflictos. En su amplia configuración e intensidad, la protesta social reflejaba tanto la profundidad del impacto de la recesión económica y las políticas de ajuste como los procesos de rearticulación de los lazos societales bajo la constitución y fortalecimiento de los movimientos sociales.

Así, las movilizaciones de diciembre portaban como herencia, experiencia y antecedente a las intensas luchas sociales desencadenadas en marzo y julio del mismo año frente a los renovados intentos de recorte del gasto fiscal impulsados por el gobierno. El primero, condensado entre los días 16 y 21 de marzo, se originó en el rechazo al feroz paquete de

medidas de recorte del gasto público anunciado por el ministro de economía Ricardo López Murphy. Si bien se concretaron sólo una parte de las medidas anunciadas, la masiva movilización de diversos sectores contribuyó a precipitar la renuncia del nuevo ministro. El segundo, iniciado a mediados del mes de julio y que se extiende hasta octubre, surge en respuesta al anuncio gubernamental del plan de déficit cero impulsado por Domingo Cavallo, sucesor de Murphy en el ministerio de economía. Dicho plan suponía -como su nombre ya lo anuncia- la eliminación inmediata del déficit fiscal a través de la reducción del gasto -con excepción de los servicios de la deuda externa- al nivel de la recaudación tributaria. En los hechos, la aplicación de esta ley supuso una reducción del 13% en los salarios del sector público (que incluyó también a las jubilaciones), así como cesantías masivas, desmantelamiento de áreas públicas y el recorte del presupuesto universitario -lo que condenaba a varias casas de estudio a su virtual paralización-. La prolongación de dicho ajuste a las administraciones provinciales significó, además de las reducciones salariales y los despidos, el pago de parte de los salarios con bonos o directamente el no pago, a lo que se agregaba la deuda del incentivo docente, un plus salarial obtenido en los inicios del gobierno aliancista. Frente a esta política que mostraba ya el colapso del régimen económico conocido como "convertibilidad", un amplio arco de movimientos y organizaciones sociales (trabajadores desocupados, empleados del sector público, maestros, docentes universitarios, estudiantes, etc.) protagonizaron un intenso y prolongado período de protestas que tuvo sus jornadas nacionales más significativas en los cortes de ruta progresivos a lo largo del mes de agosto (impulsados por la asamblea nacional de trabajadores desocupados⁸ y, entre otros, por la CTA⁹) y se exten-

7 Esta evaluación resulta de los datos proporcionados por el Observatorio Social de América Latina (OSAL). El análisis de dichos resultados y de la relevancia de los conflictos realizado por el OSAL desde enero de 2000 puede consultarse en Seoane, Taddei y Algranati 2001 y en Seoane y Taddei 2001. Las versiones, a texto completo, de los últimos números de la revista del OSAL se encuentran en las páginas web: <http://www.clacso.org> ó <http://osal.clacso.org>

8 El 24 de julio de 2001 se realiza la I Asamblea Nacional de organizaciones populares, territoriales y de desocupados -o asamblea nacional "piquetera"- que reúne, por primera vez, a la mayoría del movimiento de trabajadores desocupados.

dió, en numerosas provincias del interior del país, bajo la forma de nutridas movilizaciones multisectoriales⁹.

Este ciclo de movilizaciones, huelgas, cortes de ruta y cacerolazos que recorrió durante 2001 y que se expresó distintivamente sobre el fin del año nos remite a tres cuestiones que vale la pena resaltar. En primer lugar, parece marcar el final del disciplinamiento social consolidado bajo el ejercicio o amenaza del terror represivo de la pasada dictadura que, recuperado bajo la forma del “terror económico”, instaló socialmente la serie hiperinflacionaria y el desempleo de masas en la década de los noventa. El proceso de reconstitución y surgimiento de nuevos colectivos sociales a lo largo de los últimos años -asociados a nuevas formas organizativas y de protesta, como por ejemplo las puebladas, los cortes de ruta o piquetes y ahora los cacerolazos- señala una serie de hechos que, en cierta medida, culmina recuperando para la movilización social su capacidad de incidencia efectiva en la crisis con la irrupción social en la escena del poder en diciembre pasado. Señala así, por lo menos, la vigencia de un límite social a los intentos de resolución de la situación actual. El bullicio de las cacerolas y los piquetes resuenan en los oídos de la elite política y económica.

En segundo lugar, en tanto las políticas aplicadas durante estas décadas, y particularmente durante el último año, contaron con la participación o beneplácito de la mayoría del *establishment* político, el crecimiento de los movimientos de protesta se consolidó en una cada vez más manifiesta autonomía de los partidos mayoritarios y, en su experiencia, fue

9 Central de los Trabajadores Argentinos, cuyos orígenes se remontan a inicios de la década de los noventa y que, a mediados de dicha década, se constituyera como central sindical alternativa a la Confederación General del Trabajo (CGT) y encabezara la oposición sindical al gobierno menemista.

10 Ver Iñigo Carrera y Cotarelo 2001, Dinerstein 2001, Scribano y Schuster 2001, Spaltenberg y Maceira 2001, Rodríguez 2001, Seoane, Viú, Rodríguez y Santucho 2001, Spaltenberg, Seoane, Rodríguez y Santucho 2000.

forjando una crítica al conjunto del régimen político, lo cual estuvo claramente de manifiesto en las protestas de diciembre, dando inicio a un complejo y germinal proceso de democracia callejera, asamblearia y participativa y de reapropiación social de lo público-político.

Finalmente, en su vitalidad y sus formas, las protestas argentinas parecen recordar otras experiencias de rebeliones sociales recientes en Latinoamérica como el levantamiento indígena de Ecuador en enero de 2000 o la llamada “Guerra del Agua” en Cochabamba-Bolivia en abril de ese mismo año contra la privatización de la empresa proveedora de agua, señalando así también el carácter regional de los procesos en curso¹¹.

La creciente ilegitimidad del régimen político

Como lo señala Noam Chomsky¹², la liberalización del capital, característica de las contrarreformas neoliberales, conduce a la instalación de un “parlamento virtual” que, tras el control cotidiano de los flujos especulativos, obtiene un “poder de veto y decisión” sobre las políticas de gobierno, restringiendo de facto la democracia. Así también, Atilio Boron¹³ ha señalado la profunda contradicción vigente entre la democracia, entendida como efectivo gobierno del pueblo, y el neoliberalismo.

La experiencia argentina reciente resulta un trágico y claro ejemplo de estas consideraciones. La aplicación de las políticas neoliberales durante la década menemista de los noventa supuso una particular concentración del poder en el Ejecutivo -a través de los decretos presidenciales-, de control y subordinación de la justicia -ampliación de la Corte Suprema, reemplazo de los Jueces Federales- y de generalización de la corrupción, que lejos

11 Ver AA.VV. 2000a y AA.VV. 2000b.

12 Pueden consultarse, entre otros, Chomsky 2002.

13 Ver Boron 2000.

de ser un “cuerpo extraño” al modelo económico cumplió un rol fundamental en la conformación del consenso activo y pasivo que la mayoría de las élites dirigenciales de los diferentes estamentos otorgaron a su implementación¹⁴. Las victorias electorales obtenidas por el presidente Menem -abonadas por estos

Existe una contradicción entre democracia y neoliberalismo: la liberalización del capital conduce a la instalación de un “parlamento virtual” que, tras el control de los flujos especulativos, obtiene un “poder de veto y decisión” sobre las políticas de gobierno, restringiendo de facto la democracia.



procesos y por el control inflacionario, la ficticia bonanza económica y la extensión del crédito de los primeros años- comenzaron a opacarse en la segunda mitad de la década de los noventa con la profundización de la crisis económica. Así, el retroceso electoral del partido gobernante (el partido justicialista) en las elecciones parlamentarias y provinciales de 1997, particularmente con el revés en la provincia de Buenos Aires, y la derrota estrepitosa en las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1999 marcaban, en términos de la voluntad popular, la exigencia social de un cambio de rumbo.

Sin embargo, como ya lo señalamos, el gobierno de la Alianza, lejos de escuchar las razones democráticas de su apoyo electoral, fue marcando una continuidad cada vez más acentuada con el gobierno menemista anterior, lo que en los hechos significó una sucesión de conflictos políticos a su interior y un progresivo desgranamiento y distanciamiento respecto del Poder Ejecutivo de buena parte de las estructuras políticas de los dos partidos que conformaban la coalición oficial.

De cara a la sociedad, la creciente ilegitimidad política que supo ganarse el gobierno en su corta gestión, y también la amplia mayoría del *establishment*, se reflejó en varios hechos: a) los resultados de las elecciones de octubre

de 2001 con el fabuloso derrumbe electoral de la alianza gobernante; b) la pérdida de votos del partido justicialista -aunque le permitió conquistar la primera minoría en la Cámara de Diputados y, en ese sentido, asegurarse un relativo control del Parlamento, cuestión que jugará un rol decisivo en la transición abierta en diciembre-; c) el vertiginoso crecimiento del voto nulo o blanco que alcanzó a casi el 22%, constituyéndose en la tercera fuerza a nivel nacional; d) el caudal electoral obtenido por nuevas coaliciones electorales críticas a la política gubernamental, en buena parte conformadas por desprendimientos y rupturas de la alianza gobernante, y e) el importante incremento de la izquierda política.

Por tanto, el cuestionamiento al conjunto de los poderes del Estado (el Poder Ejecutivo, el Parlamento y la Corte Suprema) que caracterizó las protestas de diciembre expresó -con mayor intensidad en las calles- el reclamo de un *demos* que, sobrepasando su orfandad de representación, demandaba una reforma radical del régimen político capaz de hacer efectivo el gobierno del pueblo.

La disputa de los poderes económicos

Como ya lo señalamos, el ciclo de la convertibilidad aseguró un nuevo proceso de enriquecimiento para los poderes económicos dominantes, cifrados particularmente en su participación en las privatizaciones de las empresas públicas. La entrega de estos activos públicos significó el traspaso de áreas cuasi-monopólicas en condiciones regulatorias altamente favorables -aumento tarifario, dolarización de las facturas, indexación bianual por la inflación norteamericana, etc.-. Por esta vía, se garantizó un nuevo ciclo de transferencia de ingresos y riquezas al poder económico más concentrado, a la que debe sumarse la permanente caída del costo laboral y los subsidios al sector privado.

Sin embargo, el relativo cierre del acceso al crédito internacional, las devaluaciones com-

¹⁴ Ver, entre otros, Basualdo 2001.

petitivas encaradas por otros países de la región -particularmente Brasil- y la creciente magnitud de la recesión mundial, marcaron el agotamiento de este círculo “virtuoso”, en términos del capital más concentrado, de la convertibilidad.

Esta crisis se expresó en la creciente disputa y tensión al interior del bloque dominante entre las fracciones financieras y de los servicios públicos privatizados -que sobre la segunda mitad de los noventa pasaron a manos de las transnacionales-, que pugnaban por la dolarización, y la fracción acaudillada por los llamados “grandes grupos locales”, que defendían la devaluación, fundamentalmente exportadores y principales protagonistas de la fuga de capitales¹⁵. Esta ruptura del consenso del bloque dominante a partir de 1999, y su disputa sobre el rumbo económico, atravesó al conjunto del *establishment* político y se expresó ante cada medida gubernamental. Sin embargo, más allá de estas diferencias y de los intentos de volcar a su favor a otros sectores sociales, ambos grupos coincidían, y siguen coincidiendo, en sostener el patrón regresivo de distribución del ingreso.

En este contexto, bajo los reiterados “golpes de mercado”, que se viabilizaron particularmente bajo la escalada del riesgo-país y la fuga de depósitos, y con la adopción de sucesivos ajustes fiscales, el gobierno de De la Rúa privilegió la preeminencia de los sectores financieros, los acreedores externos y los consejos del FMI. La permanencia de dicha puja jugó también un papel importante en la crisis de diciembre y en sus intentos de resolución -posteriores y actuales-. En este sentido, y tras la devaluación del peso y los anuncios de desdolarizar la economía, el tránsito del gobierno de De la Rúa al de Eduardo Duhalde -actual presidente- puede interpretarse en términos de las diferencias entre los poderes económicos como la creciente preeminencia alcanzada por los grandes grupos locales, los exportadores.

Las jornadas de diciembre

Durante las últimas semanas de diciembre, los procesos antes descritos se combinaron e intensificaron para sellar la suerte del oficialismo, cuestionar al régimen político y poner en debate las salidas a la crisis de la convertibilidad. Su detonante particular fue la sanción de una serie de medidas resueltas por el ministro Cavallo, bautizadas luego como “el corralito”, y que significaron un virtual congelamiento de los depósitos bancarios, afectando tanto a los depósitos a plazo fijo como al cobro de salarios que habían sido obligados, por medidas anteriores del propio ministro, a realizarse en buena parte a través de las entidades bancarias. El impacto de estas políticas rápidamente hizo oír su voz. El miércoles 12 de diciembre múltiples protestas y cortes de ruta se realizaban en todo el país, y se escuchaban los primeros “cacerolazos” y “bocinazos”. Al día siguiente, todas las centrales sindicales convocaban a un paro nacional contra la política económica que recogió un altísimo acatamiento -uno de los mayores de la década-¹⁶.

Ese mismo día aparecen los primeros saqueos y reclamos de comida en el interior del país. Éstos se prolongan en una ola que en los días 18 y 19 se multiplica en todo el cono urbano bonaerense y en buena parte de las ciudades del país. Bajo estas acciones, que rememoran aquellas de 1989, los sectores más empobrecidos de las populosas barriadas de las principales ciudades del país reaparecían en la arena del conflicto -redefiniendo las experiencias de cortes de ruta que habían caracterizado al movimiento de trabajadores desocupados en los meses y años anteriores-.

Por la noche del 19 de diciembre, el ex presidente De la Rúa anunciaba por cadena nacional el dictado del estado de sitio, medida consensuada con los gobernadores justicialistas. Sobre el final de su discurso, en un acto de abierta desobediencia civil, los vecinos de Buenos Aires y de numerosas ciudades del

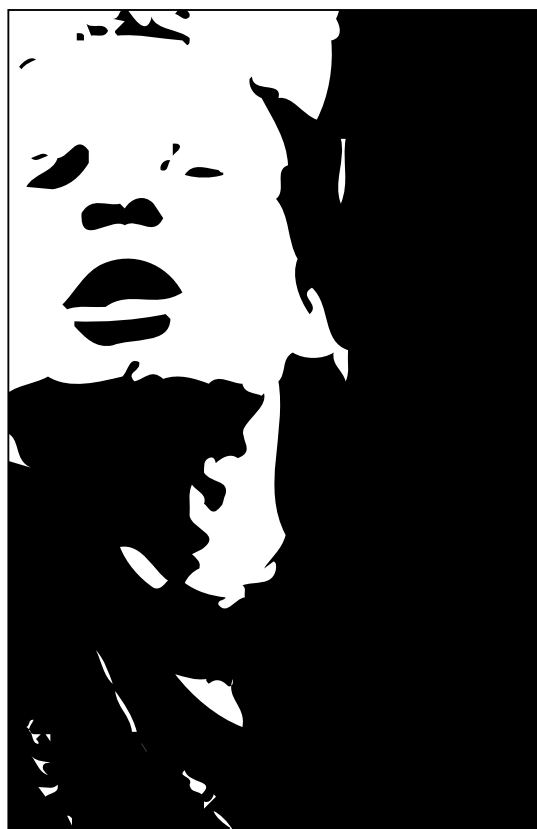
15 Ver Lozano 2001.

16 Vale señalar también que entre el viernes 14 y el lunes

país comenzaban a hacer sonar sus cacerolas para reunirse luego en las esquinas e iniciar una larga marcha hacia los lugares símbolos del poder político: la residencia presidencial de Olivos, la casa del ministro Cavallo, el Congreso Nacional y la Plaza de Mayo. Cuando las primeras columnas de vecinos - donde se destacaban las mujeres, los jóvenes y los niños- llegaban a la Plaza de Mayo repiqueando las cacerolas, ya era pasada la medianoche. Muy singularmente, la represión que se descargó sobre los primeros manifestantes que se concentraban en la plaza no hizo desistir al conjunto. Durante buena parte de la noche, en una jornada que se reinicia el jueves desde la mañana, se prolonga una verdadera batalla callejera por su ocupación; batalla que se extiende paulatinamente a todo el centro de la ciudad. Las imágenes de estos enfrentamientos, la distintiva presencia juvenil y el encarnizamiento policial hacen recordar a las jornadas de Génova de julio de 2001 contra la Cumbre del G8. La brutal represión cobra cientos de heridos y detenidos y, por lo menos, 6 muertos bajo las balas policiales¹⁷. Hacia el fin del día 20, el presidente y el gobierno en su conjunto renuncian. La tan inesperada como intensa protesta y movilización ciudadana -de aquellos que fueron principales apoyos electorales del triunfo de la Alianza en 1999- y la respuesta represiva que los acogió marcan, así, el fin del gobierno de De la Rúa. Señalan también la profundidad de la crisis de hegemonía que cuestiona hoy al modelo neoliberal en Argentina.

Tras la asunción de un brevísimo mandato como presidente de Rodríguez Saá, las disputas de poder al interior del Partido Justicialista (a la que no fue ajena el conjunto del *establishment* político) y la puja entre las distintas fracciones del poder económico abrieron

17 Los 6 muertos (algunas informaciones elevan el número a 7) son las víctimas fatales reconocidas, resultado de la represión policial en el centro de la ciudad de Buenos Aires. A nivel nacional, a lo largo de estos días de diciembre, el número de muertos alcanza, por lo menos, a 37 personas, la amplia mayoría jóvenes, contándose los heridos en cientos y en más de 3.500 los detenidos.



el espacio para que el bullicio de las cacerolas y las movilizaciones marcaran el tiempo de la crisis política.

Una resolución aún pendiente

Por la noche del martes 1 de enero de 2002 la Asamblea Legislativa, convocada por segunda vez en menos de quince días y con el apoyo de la mayoría del *establishment* político, coronó como nuevo presidente al candidato justicialista Eduardo Duhalde. Por vía del acuerdo parlamentario llegaba así al Poder Ejecutivo aquel que fuera ampliamente derrotado en las elecciones presidenciales de 1999. En términos partidarios su elección significaba el encumbramiento del aparato justicialista de la provincia de Buenos Aires con el apoyo de los sectores alfonsinistas de la UCR. En términos sociales representaba el arribo de los sectores políticos más próximos a los intereses de los grupos económicos locales -que presentamos anteriormente-, lo que permite entender su confrontación discursiva inicial frente al po-

der financiero. Así, en su corta gestión, el rumbo económico adoptado ha intentado privilegiar estos intereses (devaluación del peso, pesificación de las deudas bancarias al tipo de cambio de la convertibilidad, sanción de la ley de quiebras, etc.).

Por otro lado, nuevamente a expensas de anunciados salvatajes con recursos públicos, la gestión gubernamental ha evitado descargar el peso de estas medidas sobre los sectores financieros, dando continuidad así al esquema de transferencias de ingresos y riquezas que caracterizó la aplicación de las políticas neoliberales en las últimas décadas. Dicha continuidad vuelve a quedar de manifiesto en la confección del presupuesto fiscal de próxima aprobación para el año corriente que, bajo las recomendaciones del FMI, promete reeditar la política de ajuste del gasto público que caracterizó las gestiones políticas anteriores.

Frente a las demandas sociales expresadas en las calles, el nuevo gobierno ha implicado así una nueva frustración que se ha expresado en la prolongación de la dinámica social abierta en diciembre hasta la actualidad, aunque con menor intensidad.

De esta manera, las experiencias de los cercolazos y movilizaciones en la ciudad de Buenos Aires y el cordón urbano que la rodea han abierto, al interior de estos sectores, nuevos procesos de organización local de una enorme potencialidad y riqueza que, en menos de un mes, dieron nacimiento a asambleas populares en los diferentes barrios y a la conformación de la asamblea interbarrial que reúne semanalmente estas experiencias locales. En sus debates y sus continuas y múltiples protestas ha ido forjándose una programática popular que integra desde las reivindicaciones particulares o económicas generales (rechazo del pago de la deuda externa, entre otras) hasta la exigencia de una profunda reforma política orientada hacia formas de democracia participativa y/o directa, cristalizada en el reiterado estribillo de las protestas que reza “que se vayan todos”.

Por otra parte, a la par de estas experiencias, otras protestas vuelven a manifestarse,

particularmente protagonizadas por el movimiento de trabajadores desocupados y los trabajadores del sector público que ya habían encarnado el ciclo de movilizaciones durante agosto y septiembre de 2001. A lo largo del último mes, la articulación entre estos sectores sociales ha ido creciendo, lo que señala un proceso de construcción de solidaridades y nuevas territorialidades sociales.

La gestación de estas experiencias y su instalación en la calle dan cuenta tanto de la resistencia social desplegada frente a los intentos de descargar la salida de la crisis sobre las mayorías populares, como de la creciente aspiración de una renovación y democratización radical de la vida social. A diferencia de los sucesos de 1989, cuando la hiperinflación y los saqueos apresuraron la asunción de Carlos Menem a la presidencia, dando inicio a una profundización radical de las políticas neoliberales (luego sancionadas en la convertibilidad), la constitución de un nuevo modelo, sobre las cenizas de aquel régimen, enfrenta hoy tanto la dificultad de reconstruir la unidad de los poderes económicos -ahora bajo la aparente preeminencia de los “grupos exportadores”-, las limitaciones y urgencias de iniciar bajo este consenso un proceso que detenga al menos el ciclo recesivo, así como la resistencia social a la afirmación de una salida que suponga, una vez más, una nueva profundización de la distribución regresiva del ingreso.

Este contexto visualiza la fragilidad que acompaña hoy a la salida adoptada por las elites políticas en enero reciente; asimismo, señala que la resolución definitiva de la crisis de hegemonía abierta en diciembre aún se halla pendiente. En tanto estos procesos están en curso, quizás valdría interrogarse sobre en qué medida, si la otrora “Argentina convertible” forjada por Menem y Cavallo fue presentada por los organismos internacionales de crédito como el exitoso camino a seguir, la Argentina de hoy no podría ser pensada como el espejo del futuro posible del neoliberalismo en América Latina.

Bibliografía

- AA.VV., 2000a, *Dossier "Bolivia. La 'Guerra del Agua' en Cochabamba"*, en *OSAL* No. 2, septiembre, CLACSO, Buenos Aires.
- AA.VV., 2000b, *Dossier "La revuelta indígena en Ecuador"*, en *OSAL* No. 1, junio, CLACSO, Buenos Aires.
- Basualdo, Eduardo, 2000, *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa*, Univ. Nac. De Quilmes, FLACSO, IDEP, Buenos Aires.
- Basualdo, Eduardo, 2001, *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Univ. Nac. De Quilmes, FLACSO, IDEP, Buenos Aires.
- Boron, Atilio, 2000, *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Chomsky, Noam, 2002, "El 11 de septiembre y sus consecuencias: ¿hacia dónde se dirige el mundo?", en *OSAL* No. 6, enero, CLACSO, Buenos Aires.
- Dinerstein, 2001, "El poder de lo irrealizado. El corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización", en *OSAL* No. 5, septiembre, CLACSO, Buenos Aires.
- Iñigo Carrera y Cotarelo, 2001, "La protesta en Argentina (enero-abril de 2001)", en *OSAL* No. 4, junio, CLACSO, Buenos Aires.
- Lozano, 2001, "Contexto económico y político de la protesta social en la Argentina contemporánea", en *OSAL* No. 5, septiembre, CLACSO, Buenos Aires.
- Rodríguez, 2001, "Un 'Rosario' de conflictos. La conflictividad social en clave local", en *OSAL* No. 5, septiembre, CLACSO, Buenos Aires.
- Scribano y Schuster, 2001, "Protesta social en la Argentina de 2001: entre la normalidad y la ruptura", en *OSAL* No. 5, septiembre, CLACSO, Buenos Aires.
- Seoane y Taddei, 2001, "Protesta social, ajuste y democracia: la encrucijada latinoamericana", en *OSAL* No. 4, junio, CLACSO, Buenos Aires.
- Seoane, Taddei y Algranati, 2001, "Neoliberalismo, crisis y resistencias sociales en América Latina: las configuraciones de la protesta", en *OSAL* No. 5, septiembre, CLACSO, Buenos Aires.
- Seoane, Viú, Rodríguez y Santucho, 2001, *Informe de Coyuntura*, Área de Investigación, Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, mimeo.
- Spaltenberg y Maceira, 2001, "Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina", en *OSAL* No. 5, septiembre, CLACSO, Buenos Aires.
- Spaltenberg, Seoane, Rodríguez y Santucho, 2000, *Informe de Coyuntura octubre-diciembre*, Área de Investigación, Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, mimeo.

o

DOSSIER

Figuras del sujeto



Daniel Gutiérrez V.*

*Questa selva selvaggia e aspra e forte
Che nel pensier rinova la paura!*
Dante, *Inferno*

Aunque el estructuralismo francés lo declaró irremisiblemente “muerto,” el sujeto parece haber revivido como tema de reflexión sociológica en nuestros días. Como “sujeto colectivo”, o encarnado en “actor” el sujeto está de regreso a las ciencias sociales, particularmente a la sociología, donde ha consolidado su estatuto como categoría central del análisis de la acción social¹.

* Ph. D. en Ciencias Sociales, The New School for Social Research. E-mail: Tlon@mail.com

Este *revival* del sujeto es en parte consecuencia de la reflexión de Alain Touraine, quien ha argumentado a favor del “retorno del actor” al pensamiento sociológico, criticando su asimilación dentro de las estructuras del sistema social. Así, Touraine ha emprendido la construcción de una teoría del sujeto en sociedad que brinda soporte a una consideración del actor social liberada de todo sesgo empirista o funcionalista. Según esta óptica, si hay “actores” en la sociedad no es simple-

¹ Como ha escrito Ernesto Laclau, “Tal vez la muerte del sujeto ha sido la condición previa al presente y renovado interés en el tema de la subjetividad. Es quizás la imposibilidad de referir la concreta y finita expresión de una variada subjetividad a un centro trascendental lo que hace posible concentrar nuestra atención en la multiplicidad misma. Los gestos fundadores de los sesenta están todavía entre nosotros, haciendo posible las exploraciones teóricas y políticas en las cuales hoy estamos envueltos” (Laclau 1996:20). La traducción de esta cita y de las que siguen es mía.

mente porque grupos e individuos son protagonistas de procesos sociales y políticos, sino porque los actores son ante todo sujetos. De paso, con sus ideas, Touraine ha sentado las bases de construcción del sujeto de la sociología, cuya particularidad es la de ser un sujeto nacido del conflicto por el cual la sociedad se produce a sí misma, es decir, un sujeto producto del movimiento social.

Se podría aducir, sin embargo, que el sujeto nunca fue realmente expulsado de la sociología. De una u otra, manera siempre habría estado presente en sus dominios, cubierto bajo el manto fenomenológico del individuo que construye intersubjetivamente el sentido de sus prácticas dentro del *Lebenswelt* (Schütz 1967, Berger y Luckmann 1966), o bajo especie de *self*, como en Cooley (1964) y Mead (1962), o como “actor” en Parsons (1937), en donde equivale más bien a la estructura, o también como el *interacting individual* de Blumer (1969) y el *dramaturgical performer* de Goffman (1973), que son la imagen misma del actor sin sistema. Pero aunque es posible decir que todas estas formulaciones son tributarias de cierta idea de sujeto, como tal, la noción de sujeto -colectivo o individual- nunca fue sistematizada allí. En general, el actor al que estas teorías refieren es un individuo captado de manera intuitiva y desde el sentido común, no construido teóricamente. Es, por lo tanto, un pseudo actor, sociológicamente indeterminado, porque su acción no se inscribe en relaciones sociales sino en sus intereses y expectativas, en estrategias de juego político, en relaciones de dominación, etc.

Por el contrario, el sujeto de Touraine no es un dato empírico ni una entidad positiva, sino un principio ético de orden no social que se arraiga en las relaciones asimétricas entre actores. De hecho, hasta Touraine, la sociología parece no haber tenido necesidad de una teoría del sujeto que dé sustento a una concepción del actor en la que éste no se vea reducido al sentido y la *performance*, ni se piense como mero agente de los campos de fuerza sociales, de las estructuras económicas o de la interacción. Creo por ello fundado entender

el esfuerzo de Touraine como la construcción de un sujeto propiamente sociológico.

El sujeto de la sociología que se perfila en la obra de Touraine no es el simple término de una correlación que opondría el sujeto al objeto de la sociología (sujeto colectivo versus relaciones sociales). Su estatuto puede entenderse mejor por analogía con el sujeto de la psicología: el sujeto de la percepción, el sujeto de la filosofía, que es el de la razón y la conciencia, o con el sujeto del psicoanálisis: el sujeto del inconsciente. Todas estas figuras del sujeto tienen, no obstante, al sujeto (forcluido) de la ciencia como condición, el que Descartes concibió como sujeto del *cogito*: sujeto definido por su conciencia, sujeto universal e indiferenciado, nunca particular. A esta formulación necesariamente remite Touraine, aunque de manera implícita, al definir el sujeto sociológico como privado de garantías meta-sociales, como la condición no social que se expresa en las acciones de individuos y grupos².

Aunque no cabe duda de que las propuestas de Touraine tienen una importancia fundamental para la sociología, éstas parecen no tomar en consideración las demolidoras críticas al sujeto emprendidas por los estructuralistas durante los cincuenta y sesenta, en especial las de Lévi-Strauss y Foucault. Y eso a pesar de que desde el estructuralismo en adelante ya no es posible proclamar sin más el retorno del sujeto, pretendiendo que “nada ha pasado, y no hay nada nuevo para pensar sino tal vez variaciones o modificaciones del sujeto”, como lo señala de manera categórica Jean-Luc Nancy (1991: 5). Peor aún, Touraine no toma en cuenta las elaboraciones del psicoanálisis de Jacques Lacan, aunque, ciertamente, éstas representan un formidable intento por tematizar un sujeto redimido de metafísica y esencialismo, obstáculos que ya Heidegger denunciara en su *Carta sobre el Humanismo* (1947).

2 Aunque el “sujeto de la ciencia” que emerge con Descartes es condición de toda práctica científica, este es al mismo tiempo rechazado fuera de las fronteras de la ciencia, lo cual hace que la ciencia se presente como discurso sin sujeto, como una serie de enunciados impersonales.

El sujeto que Lacan construye siguiendo las huellas de Freud es un efecto distintivo de la acción del significante. Este sujeto es profundamente social porque los elementos de su constitución vienen del Otro, del registro simbólico, que es el del lenguaje, el inconsciente y la cultura³. Pero aún siendo social, éste es un sujeto único, completamente singular, aunque no precisamente porque tiene un cuerpo o se dice "yo", sino porque "lo que el lenguaje produce como inconsciente concierne a los sujetos tomados uno por uno" (Pommier 1998: 34). Como veremos, el sujeto lacaniano, el del inconsciente, es el reverso exacto del sujeto de Touraine.

En el presente artículo confronto las posiciones de Touraine y Lacan en torno al sujeto, partiendo de un recuento somero de la crítica estructuralista respecto al tema. Mi punto de vista es el del psicoanálisis porque mi objetivo es mostrar los límites del pensamiento sociológico en el tema del sujeto, su fracaso en la construcción de un "sujeto sociológico". Pero, ¿podría atribuirse este fracaso a una simple inadecuación de las categorías sociológicas para pensar el sujeto? ¿O es algo particular al enfoque de Touraine, incluso si el suyo es el más elaborado esfuerzo por entender el proceso social como resultante de la acción del sujeto en acto en el movimiento social? Tal vez la falla del pensamiento sociológico respecto al sujeto revela algo más profundo, algo que podría interpretarse como un obstáculo epistemológico de la teoría social, como un síntoma a tratar. Mi hipótesis es que la sociología errará su sujeto si no se redefine como disciplina que considera la acción del lenguaje y el discurso en la constitución de los sujetos en la sociedad y de los nexos que los unen. En ese caso, sin embargo, el sujeto sociológico vendría a ser idéntico al sujeto del significante postulado por Lacan.

El estructuralismo: crónica sucinta de la muerte del sujeto

El estructuralismo francés destaca por su crítica radical del sujeto y su localización privilegiada en el pensamiento occidental como sujeto de la razón, sujeto transcendental, sujeto de la historia. Desde mediados de los cincuentas, durante los sesentas y hasta comienzos de los setentas, los estructuralistas llevaron a cabo una revisión sistemática de los postulados teóricos de las ciencias sociales y "humanas", en especial en el ámbito de la lingüística, la antropología y el psicoanálisis. Su crítica denunciaba vigorosamente la inspiración humanista e historicista de estas disciplinas.

Mientras que el historicismo era identificado con la filosofía de la historia de corte hegeliano-marxista, el humanismo era asimilado a la filosofía del sujeto tanto en versión existencialista (recuérdese el pronunciamiento de 1946 de Sartre: "*El existencialismo es un humanismo*"), como en la reformulación fenomenológica hecha por Maurice Merleau-Ponty (1955). El historicismo estaba estrechamente ligado al humanismo, como filosofía de la historia, como filosofía de la praxis y como filosofía de la alienación y redención que "*promet l'homme à l'homme*", como decía Foucault (1994:541). La ruptura con el historicismo tomó la forma de una filosofía no dialéctica y la predisposición anti humanista, la de la "muerte del sujeto" en todos sus estados: como actor, como autor, como "el hombre" general y abstracto (Dosse 1992, Ferry y Renault 1985, Merquior 1989).

Ferdinand de Saussure fue el padre proclamado del estructuralismo. La semiología que Saussure creara y que él definió como la ciencia que estudia "la vida de los signos en el seno de la vida social", fue considerada en los sesenta como "ciencia líder" del conjunto de las disciplinas sociales. En gran parte, Saussure delineó el programa metodológico que estas disciplinas debían seguir para alcanzar el estatuto indiscutido de ciencias, el cual consistiría en abordar los fenómenos sociales co-

³ Para la diferencia entre "Otro" y "otro," ver nota 5.

mo si fueran sistemas relacionales de signos operando en los diversos campos de la vida social (Saussure 1980).

Para emprender el estudio del lenguaje como sistema formal de signos, Saussure tuvo que descartar de entrada la figura del sujeto hablante. Resistente a tomar la *parole* (el habla) como material adecuado para el análisis lingüístico riguroso, él la consideró como mera operación del sistema de la *langue* (la lengua) por parte de los hablantes y advirtió que el habla no era adecuada para constituir un objeto homogéneo que pudiera ser tratado de manera científica. Complementariamente, Saussure adoptó el enfoque sincrónico, que subsume las consideraciones históricas y temporales en el análisis del aquí y el ahora de la lengua. También expulsó del análisis lingüístico todo referente objetivo, para centrarse en la lengua como sistema auto-contenido de signos arbitrarios al que no le podemos endosar ninguna esencia o cualidad, mucho menos un sujeto hablante.

La herencia teórica de Saussure floreció magníficamente en la antropología estructural de Lévi-Strauss, quien la recibió a través de Roman Jakobson cuando ambos se encontraban exiliados en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial (Lévi-Strauss y Eribon 1990). Mediante el análisis del parentesco, los sistemas de clasificación, mitos y arte entre los “primitivos”, Lévi-Strauss llegó a la conclusión que el “espíritu humano” opera sobre las bases de oposiciones binarias: caliente/frío, crudo/cocido, ying/yang. No importa si consideramos a un individuo “primitivo” o “civilizado”, que viva en tiempos actuales o antiguos, la “mente” es igual para todos los seres humanos. La manera como funciona es determinada por la “naturaleza humana”, independientemente de sus manifestaciones fenomenológicas (Lévi-Strauss 1962 y 1974).

Sin embargo, ni los sistemas de parentesco, ni los mitos y la “lógica de lo concreto” que caracteriza el “pensamiento salvaje”, presuponen la figura de un sujeto en su punto de origen: el “sujeto de la cultura” está totalmente denegado en Lévi-Strauss. El análisis de las

manifestaciones de cultura muestra que estos fenómenos obedecen a su propia lógica, en lugar de responder a la conciencia o voluntad de cualquier sujeto. Más aún, recurrir al sujeto sería un obstáculo para la constitución de las disciplinas sociales como verdaderas ciencias. Con todo rigor, Lévi-Strauss denuncia que las

ciencias sociales están atrapadas en la reflexividad y el antropocentrismo, lo que les impide captar los fenómenos al nivel de lo que es invariante, es decir, su estructura (Lévi-Strauss 1964 y 1971). Como lo sostiene en *La pensée sauvage*, cualquier eventual refundación de las ciencias sociales requeriría adoptar como su objetivo “no constituir al hombre, sino disolverlo”, como ya ha ocurrido en las ciencias naturales (Lévi-Strauss 1962:326). Magistralmente, Lévi-Strauss se las ingenió para construir una antropología sin “antropos” en el centro, y para transformar esta disciplina en una “antropo-lógica” de la mente humana.

En la estela de Nietzsche, Foucault proclamó la inminente “muerte del hombre”, ese simple “pliegue en nuestro conocimiento”, esa “invención reciente” de no más de doscientos años, según escribió en *Les mots et les choses*. Para trazar la genealogía del sujeto, Foucault emprendió una vasta investigación en la “arqueología del saber” de Occidente, lo que le permitió establecer que, a diferencia de la nuestra, no todas las épocas históricas han conferido un lugar central al sujeto. En la edad clásica (que va de mediados del siglo XVII al XVIII) el sujeto no era un dato para ser descrito o pintado, sino más bien una fi-

El esfuerzo de Touraine puede ser entendido como la construcción de un sujeto propiamente sociológico. Sin embargo, la sociología errará su sujeto si no se redefine como disciplina que considera la acción del lenguaje y el discurso en la constitución de los sujetos en la sociedad y de los nexos que los unen.



gura elidida del espacio pictórico. De acuerdo a la prescripción de la *epistème* clásica el objeto de la representación debía permanecer invisible, escapando así a toda tentativa de objetivación en la tela⁴. Por eso, Foucault encuentra en el cuadro *Las Meninas* (1656) de Diego Velásquez la metáfora iconológica por excelencia de esta exclusión del sujeto.

En efecto, en este esplendoroso cuadro aparecen pintados varios personajes y el mismo Velásquez trabajando en su tela. Pero como si fuera algo casual, el cuadro apenas sugiere las figuras de la pareja real española —el tema de la obra— que no se muestran sino reflejadas en un espejo que cuelga ocioso de una pared. De hecho, el rey y la reina están a lo sumo sugeridos en la composición y sus retratos incluso no están claramente logrados, apenas se los adivina en *fading* (ver Foucault, 1966). Pero, a decir de Foucault, esto no es por un mero capricho del artista, sino porque en la época “no había conciencia epistemológica del hombre como tal” (Foucault

1966:320). Dicho de otro modo, lo que está representado en *Las Meninas* son las funciones de la representación, bien organizadas y ordenadas en el espacio pictórico, pero lo que es suprimido es “el sujeto unificado que plantea estas representaciones” (Dreyfus and Rabinow 1982:45).

Según Foucault, hacia 1800 tiene lugar una mutación epistemológica, la cual va a autorizar la emergencia de nuevos temas para el pensamiento y promover una nueva visibilidad de los objetos en el mundo. Situada en el umbral de la modernidad, esta ruptura conduce al desplazamiento del estudio de la producción y la riqueza en la economía al análisis del intercambio y la moneda. Se suplanta la taxonomía por el estudio de los organismos biológicos y, finalmente, se reemplaza el estudio del lenguaje en términos de ló-

gica y representación transparente del pensamiento, por el análisis en términos de historia y convención. La economía política de Ricardo, la biología de Cuvier y la filología histórica de Bopp, materializan este cambio epistemológico que inaugura la modernidad. De pronto, las categorías se antropologizan y se redefinen como instancias de la *analytique de la finitude*. En adelante, ocupando el sitio dejado vacante por el rey, “el hombre aparece en su ambigua posición de ser un objeto de conocimiento empírico y un sujeto trascendental que sabe” (Foucault 1966:323). Es el comienzo del largo “sueño antropológico”; se inicia así el “interminable monólogo del sujeto” (Paz 1993:118).

En el corazón de la genealogía del sujeto moderno, cuya figura más elaborada es la del “sujeto de la sexualidad” (Foucault 1976 y 1984), Foucault sitúa el poder. El sujeto es el producto de “tecnologías del sujeto”, “disciplinas” y prácticas de “normalización” que son “modos de objetivación que transforman los seres humanos en sujetos” (Foucault 1975). Mediante estos dispositivos disciplinarios, el poder ha logrado controlar la libertad de los sujetos, atemperar sus deseos, domesticar sus cuerpos. El sujeto moderno no es, por lo tanto, la creación idílica del humanismo, ni el gentil Golem de la ética de los derechos humanos, sino el efecto inestable de la aplicación de técnicas de poder, control y dominación sobre los individuos y los grupos. Por ello, Foucault afirma que “el objetivo, hoy, no es descubrir quiénes somos, sino rechazar lo que somos”, por cuanto lo que somos es en buena parte lo que el poder ha hecho de nosotros. La alternativa, entonces, es “promover nuevas formas de subjetividad mediante el rechazo del tipo de individualidad que se nos ha impuesto” (Foucault, en Dreyfus y Rabinow 1982:216).

* * *

4 Definida de manera sucinta, la *epistème* designa al marco de conceptos y nociones epistemológico vigentes en una época que hace posible el conocimiento. En obras posteriores a *Las palabras y las cosas*, Foucault va a hablar de regímenes de “poder/saber”.



Sin lugar a dudas, el sujeto fue *la bête noire* del estructuralismo francés y romper con él era una ruptura estratégica que las disciplinas sociales debían proponerse. La noción misma de “estructura” apuntaba a la expulsión del sujeto fuera de la reflexión social y a cerrar la brecha entre estas disciplinas y las ciencias naturales. Hubo en el estructuralismo una voluntad expresa de abandonar la filosofía de la experiencia, el sentido y el sujeto sostenida por el clan Sartre/Merleau-Ponty, y de reemplazarla con una filosofía del conocimiento, de la racionalidad y el concepto, a la manera de Bachelard, Cavaillès, Koyré y Canguilhem. Este programa, sin embargo, no podía ser llevado a cabo sin críticas en contra de ciertas disciplinas e ideas bien establecidas: verbigracia, la crítica de Lacan de la “ego-psicología”, la posición de Althusser y Balibar en contra del discurso histórico tradicional y el partido tomado por Lévi-Strauss contra de la filosofía sartiana de la consciencia. El estructuralismo brindó una esperanza de progreso en la construcción de un discurso científico en las disciplinas sociales renunciando a las actitudes especulativas por mor de ciencia y rigor. Este *ethos* científico atraviesa la reflexión cimera de un Lacan en psicoanálisis, de un Greimas en semántica estructural, de un Dumezil en los estudios de religiones y mitos indo-europeos, de un Claude Lévi-Strauss en antropología y de muchos otros estructuralistas de primera hora.

Jacques Lacan y el sujeto del significante

Aunque la posición de Jacques Lacan respecto al sujeto es frecuentemente tomada como otra expresión de la estructuralista “muerte del sujeto”, esta ecuación no es de ningún modo exacta. Lacan trató de disipar el malentendido interviniendo luego de la conferencia de Foucault “¿Qué es un autor?” (febrero de 1969) para aclarar que el “retorno a Freud” que él planteaba no tenía que ver con ninguna negación del sujeto. Lo que se proponía

era enfocar la subordinación del sujeto al lenguaje y la estructura. Fundamentalmente, exactamente, la “dependencia del sujeto con respecto de algo elemental, que nosotros hemos tratado de aislar con el término de ‘significante’”, como lo declara con sus propias palabras (Lacan 1969:820). De ningún modo, entonces, para el psicoanálisis lacaniano el tema ha sido el de la supresión del sujeto, sino hacer compatible la idea del sujeto con la de estructura, es decir, el lenguaje. En definitiva, el tópico de la negación del sujeto como tal no podía ser de la incumbencia de Lacan porque, como Bertrand Ogilvie lo señala, “sería como suprimir el objeto mismo de su reflexión, que no es el sujeto *tout court* sino su reintroducción” (Ogilvie 1988:43).

El sujeto en Lacan es concebido como un efecto de la articulación significante. Pura función, mero punto evanescente sin cualidad alguna, salvo aquellas con las que se reviste en el *aftermath*, en el *après coup*, de su constitución. No concierne al “ser humano”, a la “persona”, al “individuo” o a ningún atributo como el *ego* (*moi*, yo), la identidad, la racionalidad o el género, adscritos a un particular o a un grupo. No es un dato inicial o empírico, sino un efecto segundo respecto al lenguaje. Contra lo que Althusser sostenía (1965, 1969), el sujeto no es el resultado de las interpelaciones ideológicas que transmutan los individuos en sujetos y tampoco puede ser considerado como la consecuencia positiva del contubernio entre discurso (saber) y poder, a la manera de Foucault. Particularmente, y en contraste con el sujeto de Tournaine, el sujeto que Lacan discierne no se reduce a un conjunto de posiciones éticas o tomas de partido respecto a ninguna condición social o política.

Para Lacan, el sujeto tiene su causa en la cadena del significante, lo que nos permite nombrar a dicho sujeto como “sujeto del significante”, sujeto determinado y escindido por el significante. Esto no equivale a decir que el significante es el sujeto, como si este fuera simplemente un constructo semiótico. El sujeto como efecto del significante expresa

que el sujeto está “sujetado” al significante, que el sujeto se constituye en el orden simbólico, en el campo del lenguaje y la función de la palabra. En un término: en el Otro⁵.

Recuérdese que la noción de significante, de cuño saussureano, estaba definida en el *Cours* como “imagen acústica”, mero trazo sonoro diferencial que permitía captar el significado que llevaba aparejado en el interior del signo lingüístico. Al trazar entre significado y significante una línea (barra) que funciona como barrera a la significación, Lacan se demarca netamente de esta concepción y libera el significante de toda servidumbre con respecto al significado. Dicha barrera impide toda coincidencia término a término entre ambas caras del signo lingüístico, lo cual viene a resaltar el aspecto dinámico del significante, en cuanto elemento generador del significado y, sobre todo, en cuanto causa de un notable efecto que es el efecto-sujeto. Por eso la definición lacaniana del significante es: “un significante [S1] es lo que representa un sujeto [\$, sujeto tachado] para otro significante [S2]” (Lacan 1966 (1960):835). Tal definición sui-referencial del significante subraya que su función es representar un sujeto, no un significado y mucho menos una cosa, aunque no ante otro sujeto, sino ante otro significante (Lacan 1970:65). De allí que el efecto del enjambre significante no es ni puede ser la comunicación, la referencia al mundo objetivo o la supuesta relación intersubjetiva, sino

el sujeto mismo. Si el significante representara un sujeto ante otro sujeto, entonces sí sería pertinente hablar de intersubjetividad, pero la función de representación del significante no se ejerce sino ante otro significante.

De manera precisa, el sujeto del significante debe buscarse no en lo que el “habl(e)nte” (el *parlêtre*) dice acerca de él en la frase -en lo dicho-, sino en otro lado: en la enunciación -el acto de decir-, que es una dimensión que apunta a los procesos inconscientes que socavan el frágil balance de los enunciados. El sujeto debe ser localizado en ese lugar radicalmente ex-céntrico que es el inconsciente “estructurado como un lenguaje” en cuanto organizado por la metáfora y la metonimia, mecanismos que Freud presintió en el trabajo del sueño y que él denominó condensación y desplazamiento.

Literalmente, para Lacan el inconsciente es el verdadero sujeto que habla a través del individuo en los momentos reveladores del lapsus, de los sueños, e incluso de las palabras, aunque leídas *inter linea*. Este efímero e insustancial sujeto del inconsciente irrumpe como algo foráneo y extraño, para de inmediato desaparecer. Como si fuera un instantáneo destello, poco después de que ingresa en la escena individual, el sujeto se eclipsa detrás de un significante, S1, que va a representar el sujeto para un significante otro, S2. La serie de sucesos involuntarios por los cuales el sujeto se manifiesta nos dice que el sujeto siempre está allí (*ça parle!*), pese a que no lo reconocemos sino cuando una acción perturbadora ocurre e interrumpe nuestra acción y discurso consciente.

El sujeto emerge, entonces, en el campo del Otro como efecto de la articulación significante: sujeto dividido entre dos significantes, formación efímera carente de toda substancia y de todo ser (no es un sujeto óntico). Pero por muy fugaz que el efecto sea, cada cual tiene el deber ético de asumir la responsabilidad de su propia condición subjetiva. De ahí el imperativo freudiano: *Wo Es war, soll Ich werden*, que Lacan glosa una y otra vez: “là où c’était, là comme sujet dois-je adve-

5 El Otro lacaniano no es simplemente otro nombre del uno: “Es el Otro (*Autre*) del lenguaje que está siempre ya allí. Es el Otro del discurso universal, de todo lo que ha sido dicho en la medida en que es pensable. (...) Es el Otro de la Biblioteca de Borges, de la Biblioteca total. Es también el Otro de la verdad, ese Otro que es un tercero respecto a todo diálogo, porque en el diálogo del uno y del otro siempre está lo que funciona como referencia, tanto del acuerdo como del desacuerdo (...) El Otro de Lacan es también el Otro cuyo inconsciente es discurso; el Otro que en el seno de mí mismo me agita, y por ello es también el Otro del deseo, del deseo como inconsciente, ese deseo opaco al sujeto (Miller 1986 (1979):18). Obviamente, el Otro así concebido no guarda ninguna relación con el otro que es nuestro semejante, mucho menos con el “otro generalizado” de G. H. Mead o con lo que Durkheim entendía como “consciencia colectiva.””.

nir” (“Yo debo venir a ser ahí donde fuerzas extrañas -el Otro como lenguaje y el Otro como deseo- una vez dominaban. Yo debo subjetivar tal otredad”, según lo advierte Fink (Lacan 1966 (1955):416, Lacan 1964:IV, Lacan 1966 (1965-1966):864, Fink 1995: 68).

La determinación del sujeto por la estructura significativa no lo dispensa, de ningún modo, de su responsabilidad individual, de la adopción de una posición subjetiva frente a la plusvalía de goce que le proporcionan sus síntomas (es decir, su forma de gozar del inconsciente). Para su gracia o desgracia, el sujeto ni siquiera puede contar con el beneficio de la ignorancia o la buena fe para atenuar su responsabilidad ética por sus acciones como sujeto particular, como miembro de la comunidad, como sujeto que vive en sociedad con otros sujetos. Por muy leve e ingravida que sea su condición, el sujeto no es, ni mucho menos, el títere dócil de las estructuras, aunque fuera del orden significativo no sea nada más que un simple substrato material: “una libra de carne”, como dice Lacan⁶.

Sin embargo, apuntar al significativo como la causa del sujeto implica asumir que desde su origen el sujeto es constituido con/por una falla estructural: algo le falta para estar “completo” y eso le impide ser “total”, holístico, indiviso e igual a sí mismo. Esa falla, ese *pathos*, constituye estructuralmente al sujeto; sin ella sería apenas un autómatas que nunca yerra, que no se equivoca ni sueña, como la estúpida computadora con la que escribo.

Que el sujeto tenga su causa en el significativo, no niega el hecho de que este se produce en el ser vivo. Aunque carente de todo rasgo o característica esencial, el sujeto no es una construcción meramente semiótica o psíquica. Es un efecto del lenguaje en un ser vivo que tiene un cuerpo y, por lo tanto, sexualidad, en la medida en que la sexualidad es un efecto del significativo en el cuerpo (o mejor:

⁶ O, si se quiere, un *subjectum* o *suppositum*, el *hypokeime-non* de los Griegos, donde el sujeto es una mera hipóstasis, una *ousia* (substancia), pero no un sujeto en el sentido moderno, que es el del *ego cogito*.

en el organismo). Como cuerpo, el sujeto alcanza su unidad pasando por el “estadio del espejo”, el cual modela el registro imaginario de la estructura subjetiva, el registro del yo y del otro (Lacan 1949). Esta dimensión siempre está articulada con lo simbólico, el lenguaje y con lo real, resto que escapa a la simbolización. El anudamiento de estos tres registros, real, simbólico e imaginario, da cuenta de la estructura del sujeto y de las múltiples dimensiones de la realidad en la que se encuentra involucrado.

Obviamente, del sujeto del psicoanálisis no se puede decir que se agota en la *epistémé* moderna, como Foucault lo pensaba, porque no es la alianza disciplinaria entre saber y poder la que puede dar cuenta del arco completo de su constitución subjetiva. Desde el punto de vista del psicoanálisis, hay que entender que el sujeto es justamente el efecto que elude esta alianza, como lo explica muy bien Slavoj Žižek (1998:78), porque el sujeto es un suceso inesperado que subvierte el eje del poder y el saber formal puesto en discurso.

Finalmente, señalaré que el sujeto del inconsciente, aunque enteramente singular y único, no puede ser visto como una entidad solipsista, autista. El sujeto es un efecto del lenguaje y el lenguaje es lo que hace eminentemente social nuestra condición humana, no simplemente dotada de un instinto gregario como el de las abejas y las hormigas. El lenguaje es el Otro de la cultura de donde vienen los significantes que constituyen al sujeto.

Lacan busca hacer compatible la idea del sujeto con la de estructura, es decir, con el lenguaje. El sujeto tiene su causa en la cadena del significativo y debe buscarse en la enunciación -que apunta a procesos inconscientes-. Así, el inconsciente es el verdadero sujeto que habla a través del individuo.



Operando como discurso, el lenguaje instituye la sociedad porque es el discurso el que crea lazos entre los individuos y establece lo social como dominio de intercambio simbólico⁷.

Alain Touraine: el sujeto elusivo de la sociedad

Es paradójico que Touraine iniciara el despliegue de sus ideas sobre el sujeto como actor colectivo y movimiento social cuando la mayor parte de la *intelligentsia* francesa, reunida bajo la bandera del estructuralismo, anunciaba la inminente “muerte del sujeto”. De hecho, el recurso al sujeto es, para Touraine, un partido tomado en contra de la anulación de la acción social y la individualidad por la determinación estructural.

Como *leitmotif* teórico que atraviesa su pensamiento, el tema puede detectarse tan temprano como 1977, aunque previamente se encontraba integrado en la consideración más amplia de la producción de la sociedad por actores que se confrontan unos con otros por el control del “sistema de acción histórica” (Touraine 1973). De manera inconfundible, desde su libro *Le retour de l'acteur* (del que el autor dice “debió haberse titulado ‘el retorno del sujeto’”, 1984:xxv), hasta sus más reciente producción (*Critique de la modernité*

1992, *Qu'est-ce que la démocratie*, 1994, *Pourrons-nous vivre ensemble?* 1997, *La recherche de soi: dialogues sur le sujet* 2000), el sujeto es el protagonista absoluto de la sociología de Touraine, en la cual se ha tallado un estatuto de actor “colectivo” o “social” (Dubet y Wiewiorka 1995, Clark y Diani 1996).

Al igual que otras categorías que forman el andamiaje conceptual de su pensamiento - movimiento social, historicidad, sociedad programada-, “sujeto” no es una palabra casualmente proferida que vendría a disfrazar nociones vulgares. Es, por el contrario, una herramienta heurística, una verdadera elaboración conceptual. Como “sujeto” Touraine no tipifica la inscripción social de los individuos mediante la incorporación de roles -su socialización-, ni tampoco la construcción social de la subjetividad, sino que plantea que individuos y grupos se convierten en sujetos en el conflicto por el control de las orientaciones normativas de la vida social, que son las que definen la historicidad⁸. El sujeto es ante todo una forma de relación del individuo, o del movimiento social, consigo mismo. Esa condición no es dada de por sí, sino que, por el contrario, implica un incesante trabajo de individuación y de vigilancia sobre sí mismo. No es una adquisición de por vida, puesto que la amenaza de desubjetivación pende constante sobre el sujeto: la anomia del mercado o de la droga, del consumo, el hedonismo de la vida contemporánea, la disolución del yo en la comunidad y la norma social, en una palabra, la despersonalización. Habiendo perdido los garantes metasociales que tradicionalmente lo sostenían como individuo (la religión, la razón, la comunidad, la

7 La mínima expresión de una relación social es aquella en la cual un individuo se dirige a otro. La propiedad intrínseca del acto discursivo es ser relacional (aunque no necesariamente “comunicacional”), en el sentido de que siempre implica a dos. El discurso establece la estructura de las relaciones sociales porque asigna el lugar a ocupar por quienes están así conectados, organizando y haciendo posible la acción social. Estos lugares son independientes de las características y propiedades particulares de los individuos; no corresponden a los tradicionales figuras de emisor/receptor de la comunicación, sino más bien a los del agente del discurso y del otro. El discurso va más allá del hecho ocasional de pronunciar palabras y frases pues no se reduce al acto de habla, a la creación de sentido o a la comunicación. Apunta, más bien, a las relaciones invariantes que la operación del lenguaje establece entre individuos, lo cual condiciona desde el principio la forma como unos se relacionan con otros, aun sin que se haya pronunciado palabra alguna (Ver Lacan 1969-1970:11).

8 La “historicidad” es el telón de fondo de las prácticas de los movimientos sociales. El concepto difiere claramente del de “historia” porque mientras que ésta remite a la dirección de los cambios en el tiempo, “historicidad” especifica “al conjunto de modelos culturales que gobiernan las prácticas sociales... a través de las relaciones sociales” (Touraine 1984). En palabras de Alberto Izzo, la historicidad no es simplemente el contexto histórico concreto en que se desenvuelven la lucha entre los actores sociales, sino la “capacidad de lo social de constituirse de manera autónoma.” (Izzo 1985:160).

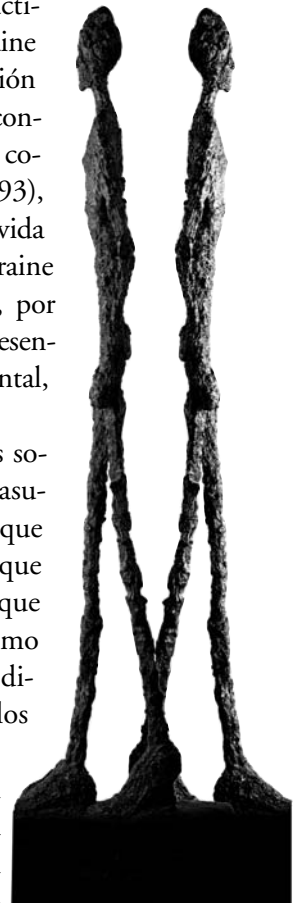
sociedad, el estado, la historia), el sujeto sólo puede fundarse en su "yo" -que Touraine distingue cuidadosamente del "ego", el *moi* social, el me de G. H. Mead-, desde donde será capaz de reconocer al otro como semejante, es decir, como sujeto él también. Sin ser una entidad psicológica en última instancia, para Touraine el sujeto es "un Yo (*Je*), un intento por decir Yo, con pleno conocimiento de que la vida personal está dominada, por un lado, por la libido y el 'ello' (Id), y por el otro, por los roles sociales" (Touraine 1995:209).

Más aún, en estricto sentido, Touraine formula el sujeto en términos de un discurso ético-político sobre los procesos sociales, particularmente, sobre los movimientos sociales característicos de las sociedades industriales y post-industriales, que él prefiere llamar "programadas" (Touraine 1995). El referente de Touraine es, de plano, una ética de valores individuales cuyos acentos recuerdan el *pour-soi* sartreano. En este sentido Touraine escribe: "Llamo sujeto (...) al deseo de ser un individuo, de crear una historia personal, de otorgar sentido al conjunto de las experiencias personales (...) Vivir su vida, encontrarle un referente que pueda dotarla de sentido, más que pertenecer a una categoría social o una comunidad de creyentes" (Touraine 1995:29). Y también: "ser sujeto es primeramente hacer de mi vida un proyecto de vida, de tal forma que mi proyecto gobierna mi vida, no la serie contingente de hechos (...) El asunto es tomar la vida personal en manos, (...) tener la capacidad de producir, no simplemente consumir, la existencia" (Touraine 1993a:28).

En efecto, el sujeto que Touraine coloca en el centro de la "producción de la sociedad" es un postulado ético válido para individuos y para grupos, no exactamente una categoría social. Aunque el sujeto se manifiesta y se constituye en las prácticas sociales, en sí no es una forma social, sino "un principio no-social sobre el que reposa la organización de la sociedad" (Touraine 1996:301). Lo sorprendente de esta concepción, sin embargo, reside en el hecho de que luego del largo apogeo de la explicación de "lo social por lo social" (se-

gún reza el postulado Durkheimiano), Touraine voltea la página para reconocer "que lo social reposa en lo no-social y no puede ser definido de otra manera que por el lugar que le otorga o le niega a este principio no-social que es el sujeto" (Touraine 1997:89). Esto quiere decir que la finalidad de la acción social no es la sociedad misma, como postulaba la sociología clásica, sino el sujeto liberado de las ataduras que limitan su acción: la comunidad, la tradición, las redes sociales, etc. En congruencia con esta visión, en la metodología de intervención que propone, Touraine rompe con el tradicional objetivismo sociológico, cuyo foco es la determinación estructural por condiciones materiales "objetivas" y en su lugar subraya la acción de actores movidos por valores culturales, que por definición no son objetivos. A partir de ahora, la sociología se enfocará claramente en un tipo particular de hecho social: las relaciones sociales, no más en las situaciones objetivas, en las intenciones, las opiniones o el sentido con que los actores racionalizan sus prácticas. *A fortiori*, la posición de Touraine desemboca en una seria interrogación sobre si "sociedad" es todavía un concepto útil, o incluso si la sociedad como tal existe (Touraine 1980 y 1993), visto que "todos los sectores de la vida social se han independizado" (Touraine y Khosrokhavar 2000:297) y que, por consiguiente, el campo social no presenta más ninguna unidad fundamental, ninguna solidaridad cohesiva.

Según Touraine, si hay "actores sociales" que producen situaciones y asumen posiciones en conflicto es porque hay sujetos, no lo opuesto. De ahí que ser sujeto sea la condición para que grupos e individuos se planteen como actores autónomos de sus vidas. A diferencia de los "agentes" sociales a los que alude Bourdieu (1972, 1994), los sujetos-actores no reaccionan según las determinaciones del campo en que se desenvuelven, ni mucho menos de manera mecáni-



ca según la posición que ocupan en la estructura social, sino que producen creativamente la sociedad. No se comportan en respuesta a situaciones, sino que actúan contra los roles sociales y las limitaciones impuestas por la comunidad, el mercado o la tecnología. Esto no quiere decir que los actores se confronten en

un espacio social vacío o que lleven a cabo sus prácticas fuera de la estructura social, pero Touraine entiende el término estructura como una propiedad de la actividad, del movimiento de los actores colectivos, no repertorio de posibles acciones o como sistema funcional de posiciones, relaciones y restricciones a la acción del sujeto.

Touraine considera que la condición de sujeto y, por lo tanto, la de actor social, no es sino la más alta expresión del grado de historicidad alcanzado por una

sociedad. Legado por excelencia de la modernidad, el sujeto nunca antes logró tal autonomía y nivel de realización como en las “sociedades programadas”, lo cual se manifiesta en el hecho de que aquí los movimientos sociales representan al sujeto colectivo⁹.

9 Touraine se opone a considerar como “movimiento social” a cualquier acción colectiva. En su criterio, los movimientos sociales propiamente dichos “oponen actores sociales entre sí: 1) por el control de los recursos más importantes de una sociedad, o 2) por el control del proceso histórico de transformación de esta sociedad. Un movimiento social es un conflicto entre grupos sociales que va más allá de una lucha de intereses y pone en tela de juicio un sistema de poder. Lo que también supone una referencia positiva a las orientaciones culturales de una sociedad.” (Touraine 1997 y 1985).

En efecto, Touraine caracteriza los movimientos sociales por reivindicar el derecho a la creatividad, la realización de los proyectos personales y la libertad de comunicación. También porque se erigen en contra de la racionalización a ultranza que acarrea el desarrollo del capitalismo, que amenaza al propio sujeto y su calidad de vida (Touraine 1992). Dados estos rasgos, resulta claro que los movimientos sociales contemporáneos contrastan en sus plataformas con los tradicionales reclamos de los movimientos sociales de la sociedad industrial (v.g., el movimiento de los trabajadores), mucho más restringidas a las demandas económicas¹⁰.

Tomados como sujetos colectivos, los “nuevos movimientos sociales” se distinguen por su voluntad de ser, la que se afirma como resistencia cultural, lucha política y esfuerzo por desembarazarse de la tradición comunitaria y demás determinaciones que podrían restringir su libertad de decisión y acción. Es por eso que en nuestros días el sujeto adopta la figura emblemática del anónimo disidente chino que detuvo los tanques de guerra en la plaza Tiananmen de Pekín, en junio de 1989, afirmando con su soberbio acto que su condición subjetiva no podría ser doblegada por la represión política. Con toda lógica, Touraine afirma que la democracia es el modelo político que más conviene al sujeto y a su reconocimiento; según su consideración, una democracia de contenidos y no meramente formal propenderá siempre a la eclosión de sujetos en el seno de la sociedad civil y al fortalecimiento del espacio público de deliberación (Cf. Touraine 1994).

Así concebido, es claro que el sujeto teorizado por Touraine se diferencia de aquellas figuras de cera del histriónico individuo del pragmatismo, para quien la acción es un mero rol en la *commedia dell'arte* de la vida social. Tampoco se confunde con el actor siempre alerta de la fenomenología, presto a la

10 Por esa razón, y para marcar claramente diferencias, se suele emplear el calificativo de “nuevos” al eso explica por qué hablar dese suele llamar “nuevos” a los movimientos sociales contemporáneos.

El psicoanálisis subvierte el sujeto sociológico de Touraine, al situar un sujeto dividido por el lenguaje, siempre otro, pulsátil e inestable. No hay ni puede haber “actor total” indiviso soberano de sí mismo, cuya subjetividad no esté descentrada por el goce *inter-dicto* de la pulsión que se aloja en las oquedades de su cuerpo.



construcción racional del sentido del mundo de la vida. Touraine no toma por evidente la condición de actor, sino que desarrolla una teoría para sostenerlo como categoría del análisis sociológico. Por esa vía viene a concebir un sujeto propiamente sociológico: el movimiento social en tanto expresión de un sujeto colectivo.

Conclusiones

Es inútil buscar en los ensayos de sociología o ciencia política contemporánea una caracterización no funcionalista del actor, en que éste no se capte a partir de su rol en los procesos sociales o de la finalidad de su acción. Con frecuencia el “actor” que mencionan los textos es tomado como un hecho empírico, sustancia dada a la percepción, fenómeno entre fenómenos del mundo social, que no requeriría construcción teórica alguna. También, por los tiempos que corren en el pensamiento sociológico, encontramos al actor “entificado” como “agency” o como término en una “red” en la que se movilizan recursos materiales, acceso a poder, capitales simbólicos, etc. No es raro, además, que aparezca travestido en narrativas que subrayan identidades sociales o políticas, las que apuntan en definitiva a hechos de sentido, aunque estos, desde un punto de vista psicoanalítico, son justamente los que eluden al sujeto.

Es obvio que una sociología que entienda el proceso social como acción desplegada por los grupos presenta un vacío fundamental si no posee una teoría sistemática del actor en sociedad. Una explicación de ese género tendría que evitar reducir los actores a la condición de “agentes” del sistema, tanto como rehusarse a subsumirlos en la acción racional, utilitaria o comunicativa. Más aún, tendría que negarse a entenderlos como cínicos figurantes que representan un papel en un escenario.

Para llenar el vacío en el pensamiento sociológico de una teoría del actor, sería imperativo anclar la explicación en una teoría del

sujeto que esté radicalmente divorciada de toda visión intuitiva o pragmática. Allí radica la importancia del esfuerzo de Touraine, quien con su propuesta de “sujeto/actor social” se inscribe en contra de tal limitación y en contra de la tentación funcionalista de definir al actor por su rol en las acciones colectivas. De paso, Touraine ha sentado los fundamentos de un discurso propiamente sociológico sobre el sujeto, no simplemente una reflexión filosófica, psicológica o política acerca de la condición subjetiva de individuos o grupos que viven en sociedad. Por eso hay que reconocer el esfuerzo de Touraine como un intento decisivo en la construcción del sujeto de la sociología.

Sin embargo, el retorno del sujeto como actor colectivo que Touraine propone parece anunciar la vuelta del sujeto transparente a sí mismo y a su conciencia reflexiva, aunque lograda esta vez en la lucha social. Se trata del regreso del sujeto de la voluntad, adornado con cualidades transcendentales frente a sus determinaciones históricas y sociales, limitado solo por su propia acción. De la reintegración del sujeto unificado por su “yo”, que asume las circunstancias de su vida como individuo autónomo y soberano, como actor libre capaz de definir los términos de su propia inserción en la historicidad. Es este un sujeto consciente de su condición de individuo, que lucha por el reconocimiento de su identidad y cuya política es el liberalismo y la democracia. Tal sujeto, para concluir el largo catálogo de sus virtudes, quizá no es sino el sujeto sartreano de la creatividad, la dignidad y la libertad.

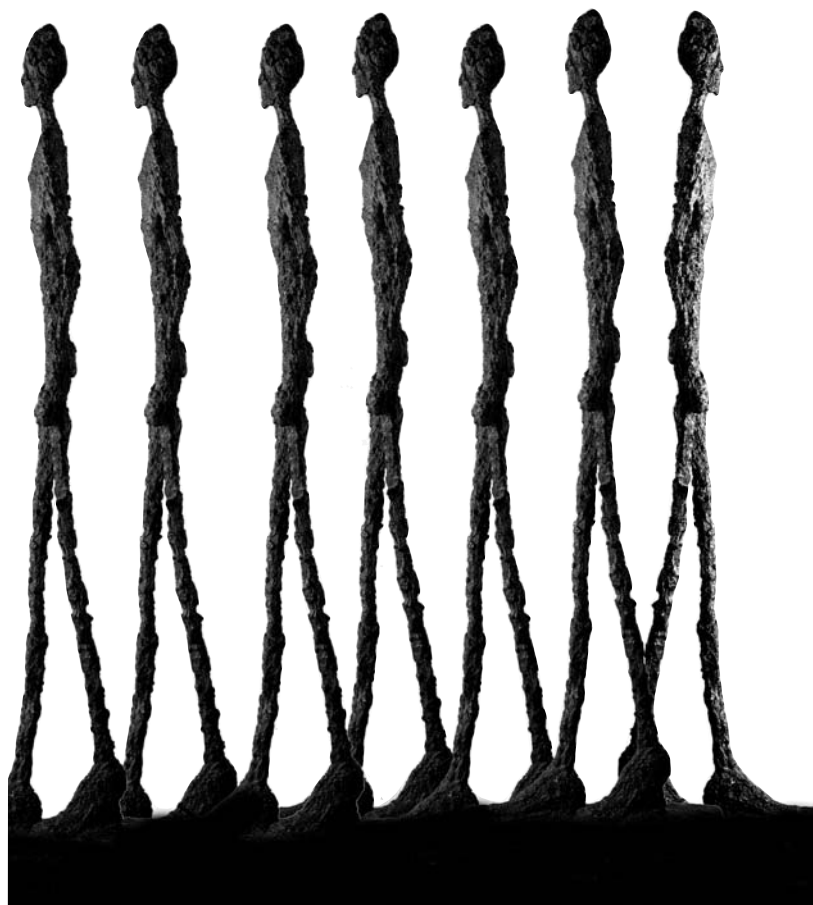
La ética con la que Touraine fundamenta el sujeto de la sociedad traslada a lo colectivo algunos principios y valores que pertenecen ante todo a los individuos. Este es un aspecto muy problemático de su concepción, pues sitúa una contradicción en el corazón de una teoría que clama para sí el crédito de ser una baza en contra del individualismo metodológico, el cual explica la sociedad como una simple adición de unidades. Podríamos más aún preguntarnos por qué sería indispensable sustentar en postulados éticos la formulación

de un sujeto sociológico, como Touraine lo hace. Un discurso ético no necesariamente conduce a formular un sujeto, como lo demuestran los griegos clásicos, quienes desarrollaron una cuidadosa ética del “cuidado de sí” aunque no poseían el equivalente conceptual de nuestro familiar sujeto: de hecho, el sujeto como tal era desconocido en Grecia (ver Foucault 1976 y 1984, Vernant 1992).

Subrepticamente, Touraine transpone el registro individual en el colectivo, con lo que en última instancia su concepción del movimiento social como actor y sujeto viene a ser una imagen amplificada del individuo que se desenvuelve en sociedad. En esa medida, hablar de los grupos como actores o sujetos es usar una simple analogía, una expresión metafórica no necesariamente feliz. No obstante, en su *Crítica de la Modernidad* Touraine sostiene para su descargo que “no hay opción entre lo individual y lo colectivo, sino entre la producción de la sociedad y su consumo, en-

tre la libertad y los determinismos sociales, en tanto que una como los otros se manifiestan por igual en el nivel de las conductas individuales y en el de la acción colectiva”. Pero aún admitiendo esto, subsiste todavía el imperativo lógico de establecer diferencias entre el sujeto, que siendo social es a la vez único, y lo propiamente colectivo, que no posee tal carácter de singularidad.

El sujeto del psicoanálisis revierte, subvierte, el sujeto sociológico de Touraine, al situar un sujeto dividido por el lenguaje, siempre otro, pulsátil e inestable. Este sujeto no puede fundarse en su conciencia, porque su conciencia está perturbada por el deseo, por el goce pulsional que lo empuja a buscar y repetir la satisfacción inconsciente, aún pagando el precio de su neurosis¹¹. De parte a parte, un saber habita este sujeto, un saber no sabido por su entendimiento, que “ex-siste” y que es tan propio que no vale para otros. No se trata, entonces, de un saber formal y dis-



cursivo, de un saber-semblante: se trata del saber de *una* verdad (en minúsculas), la del sujeto, la verdad de lo no realizado, del deseo inconsciente. Un sujeto así no puede parapearse en su “ego”, porque su “yo” es ante todo alienación especular. De ahí que no se le pueda prescribir dosis repetidas de “auto-estima” y reconocimiento social, so pena de reforzarlo en su íntima *méconnaissance*.

Es quizá la búsqueda por fundamentar un imposible sujeto plural lo que da al traste con el esfuerzo de sustentar un sujeto de la sociología. No es posible tal sujeto colectivo porque no hay enunciación colectiva. Al sujeto le basta con ser social porque los elementos de su constitución le vienen del Otro y porque se desenvuelve en relaciones sociales que son producto del discurso (el discurso es lo que hace lazo social entre sujetos, no la solidaridad mecánica u orgánica entre los individuos, como creía Durkheim). El sujeto no requiere disfrazarse de sujeto colectivo, porque lo que es colectivo no es una condición del sujeto, sino de los medios por los cuales un sujeto se identifica con otro, se vuelve en cierta medida “igual” al otro, como apuntaba Freud en *Psicología de Masas y Análisis del Yo*. El efecto sujeto es único en cada caso, nunca fenómeno de masa. La reiterada confusión entre lo colectivo y lo social oscurece el discernimien-

11 Para el psicoanálisis el “deseo” se distingue claramente de la “necesidad” y de la “demanda”. Las necesidades pueden encontrar satisfacción adecuada en un elemento del mundo exterior, como el hambre en los alimentos, la sed en el agua, etc.; el deseo, por el contrario, es indestructible porque es fundamentalmente nostalgia por algo que no ya no tenemos, que hemos perdido para siempre. El deseo apunta a una experiencia primordial de satisfacción que ha dejado trazas mnemónicas en la psiquis inconsciente y que quisiéramos revivir mediante los sustitutos que podamos encontrar en la realidad circundante (desde los objetos de consumo hasta las parejas sexuales). Desafortunadamente, todo acceso a esta experiencia original está cerrado para siempre porque nuestras posibilidades de satisfacción dependen ahora del lenguaje. En la medida que el deseo tiene que pasar por la demanda articulada, se pierde y deja fuera lo esencial, que es precisamente el objeto que nos falta y que buscamos desesperados a través de la demanda. Este objeto de satisfacción más allá de cualquier demanda se ubica entonces del lado del inaccesible *real*: se trata del “objeto a”, que es a la vez el objeto que causa el deseo y objeto mismo del deseo.

to de la especificidad de cada instancia: lo social propiamente dicho es el lenguaje, el gran Otro de la cultura que es el acervo de significantes que fundan la sociedad humana como comunidad de hablantes (registro simbólico); mientras que lo colectivo es lo que nos hace uno con otros, aquello que nos establece como comunidad de semejantes (registro imaginario): el idioma, la nacionalidad, el nombre de la familia a la que pertenecemos.

Considerados estos elementos, podemos ahora intentar un primer paso hacia la caracterización del actor como un sujeto que ha sido investido de legitimidad simbólica para declarar como problema tal o cual aspecto del entorno social¹². Al sujeto esta investidura le viene desde el grupo, quien se le otorga de una manera formal, como cuando los ciudadanos eligen su presidente mediante el voto o cuando es investido por un representante institucional legítimo (un ministro es nombrado por el presidente, un cardenal por el Papa), o de manera informal, como en los casos de liderazgo de facto. Una vez que ha recibido el mandato simbólico, el sujeto puede asumirse (y ser reconocido) como actor y ser reconocido como tal por otros actores. Plantearse como “actor de la sociedad”, entonces, sería para el sujeto asumir una posición respecto al mandato recibido, sin que esto anule su “falta en ser” de sujeto sujetado al lenguaje y a su efecto de inconsciente. No hay, ni puede haber, “actor total”, indiviso soberano amo de sí mismo, cuya subjetividad no esté descentrada por el goce *inter-dicto* de la pulsión que se aloja en las oquedades de su cuerpo.

El mandato simbólico que el actor recibe le otorga legitimidad para acarrear hasta el espacio público, espacio de representación, las demandas individuales de los miembros del grupo, estatuyéndolas como demandas colectivas, como problemas sociales que eventualmente van a ser procesados por las políticas

12 Una “declaración” es un típico acto performativo (o acto de habla). Por medio de una declaración un juez puede absolver de cargos a un acusado, o un presidente inaugurar una sesión de su gabinete (Ver Austin 1962, Searle, 1969).

públicas. Sin duda, con sus actos de habla los actores configuran el espacio colectivo aunque sus prácticas se realizan en un marco que los constriñe porque allí están presentes otros actores, diferenciados por cargas desiguales de poder y distintas capacidades simbólicas. Si bien la opción de rechazo a tal o cual posición discursiva es siempre una posibilidad del actor, eso mismo nos reitera que la sociedad nunca está más allá del lenguaje y el discurso. Por lo demás, al declarar un hecho como “problema”, el actor le otorga una calificación, lo cual fomenta cierta visibilidad y determinada lectura de lo social que, a su vez, promueve tipos particulares de relación entre actores en la sociedad civil.

Para concluir, diría que si la sociología apunta a construir su sujeto tiene necesariamente que ampararse en una teoría del lenguaje que no sea de tipo únicamente formal (como la de la lingüística), pues solo así se capta que la articulación significante tiene como efecto un sujeto. Tal vez la teoría sociológica pueda encontrar esos elementos en el vasto fondo conceptual del psicoanálisis lacaniano.

Bibliografía

- Althusser, Louis, 1965, *Pour Marx*, Maspero, París.
- Althusser, Louis, 1969, *Lénine et la philosophie*, Maspero, París.
- Austin, J. L., 1962, *How to do Things with Words*, Harvard University Press, Cambridge.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann, 1966, *The Social Construction of Reality*, Doubleday, Garden City.
- Blumer, Herbert, 1969, *Symbolic Interactionism, perspectives and method*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J.
- Bourdieu, Pierre, 1972, *Esquisse d'une théorie de la pratique. Précédée de trois études d'ethnologie kabyle*, Droz, Genève.
- Bourdieu, Pierre, 1994, *Raisons pratiques: sur la théorie de l'action*, Seuil, París.
- Clark, Jon y Marco Diani, editores, 1996, *Alain Touraine*, Falmer Press, London-Washington D.C.
- Cooley, Charles Horton, 1964, *Human Nature and the Social Order*, Shoken Books, New York.
- Dosse, François, 1992, *Histoire du structuralisme*, 2 volumes, Editions La Découverte, París.
- Dreyfus, Hubert y Paul Rabinow, 1982, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Dubet, François y Michel Wieviorka, editores, 1995, *Penser le Sujet, autour d'Alain Touraine*, Colloque de Cerisy, Fayard, París.
- Eidelsztein, Alfredo, 1995, *El grafo del deseo*, Manantial, Buenos Aires.
- Ferry, Luc y Alain Renaud, 1985, *La pensée 68: essai sur l'anti-humanisme contemporain*, Gallimard, París.
- Fink, Bruce, 1995, *The Lacanian Subject, between Language and Jouissance*, Princeton University Press, Princeton, N.J.
- Foucault, Michel, 1966, *Les mots et les choses*, Gallimard, París.
- Foucault, Michel, 1994 (1966a), “L'homme est-il mort?”, en *Dits et écrits*, Gallimard, París.
- Foucault, Michel 1994 (1969), “Qu'est-ce qu'un auteur”, en *Dits et écrits*, Gallimard, París.
- Foucault, Michel, 1975, *Surveiller et Punir*, Gallimard, París.
- Foucault, Michel, 1976, “Histoire de la Sexualité”, Vol. I. *La volonté de savoir*, Gallimard, París.
- Foucault, Michel, 1984, “Histoire de la Sexualité”, Vol. III, *Le souci de soi*, Gallimard, París.
- Goffman, Erving, 1973 (1959), *The Presentation of Self in Everyday Life*, Overlook Press, Woodstock, N.Y.
- Izzo, Alberto, 1985, “Recensione a Alain Touraine, Le retour de l'acteur”, en *La Critica Sociológica* No. 74, Roma, aprile-giugno.
- Lacan, Jacques, 1966 (1949), “Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je”, reproducido en *Ecrits*, Seuil, París.
- Lacan, Jacques, 1966 (1955), “La chose freudienne, ou Le sens du retour à Freud en Psychanalyse.”, reproducido en *Ecrits*, Seuil, París.
- Lacan, Jacques, 1966 (1958), “La signification du phallus.”, reproducido en *Ecrits*, Seuil, París.
- Lacan, Jacques, 1966 (1960), “Position de l'inconscient”, reproducido en *Ecrits*, Seuil, París.

- Lacan, Jacques, 1973 (1964), *Le Séminaire XI, Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Seuil, París.
- Lacan, Jacques, 1966 (1965-1966), "La science et la vérité.", reproducido en *Ecrits*, Seuil, París.
- Lacan, Jacques, 1994 (1969), "Intervention" en la conferencia "Qu'est-ce qu'un auteur" de Michel Foucault, reproducido en *Dits et Ecrits*, Gallimard, París.
- Lacan, Jacques, 1991 (1969-1970), *Le Séminaire XVII, L'envers de la psychanalyse*, Seuil, París.
- Lacan, Jacques, 1996 (1970), "Radiophonie", *Scilicet*, No. 2/3, Seuil, París.
- Laclau, Ernesto, *Emancipations*, Verso, New York and London.
- Lévi-Strauss, Claude, 1962, *La pensée sauvage*, Plon, París.
- Lévi-Strauss, Claude, 1964, *Mythologiques I: Le cru et le cuit*, Plon, París.
- Lévi-Strauss, Claude, 1971, *Mythologiques IV: L'homme nu*, Plon, París.
- Lévi-Strauss, Claude, 1974, *Anthropologie structurale I*, Plon, París.
- Lévi-Strauss, Claude con Didier Eribon, 1990, *De près et de loin*, Points, París.
- Mead, George H., 1962 (1934), *Mind, Self, and Society from the Standpoint of a Social Behaviourist*, University of Chicago Press, Chicago.
- Merleau-Ponty, Maurice, 1955, *Les aventures de la dialectique*, Gallimard, París.
- Merquior, Joao G., 1989, *De Praga a París: crítica del pensamiento estructuralista y post-estructuralista*, FCE, Mexico.
- Miller, Jacques Alain, 1986, "Conferencias Caraqueñas", *Recorrido de Lacan*, Manantial, Buenos Aires.
- Nancy, Jean-Luc, editor, 1991, *Who Comes After the Subject?*, Routledge, New York and London.
- Ogilvie, Bertrand, 1988, *Lacan, le sujet*, PUF, París.
- Parsons, Talcott, 1937, *The Structure of Social Action*, The Free Press, Glencoe.
- Paz, Octavio, 1993 (1967), *Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo*, Seix Barral, Barcelona.
- Pommier, Gérard, 1998, *Freud apolitique?*, Champs-Flammarion, París.
- Saussure, Ferdinand de, 1980 (1916), *Cours de Linguistique Générale*, Payot, París.
- Schütz, Alfred, 1967 (1932), *The Phenomenology of the Social World*, Northwestern University Press, Evanston.
- Searle, John, 1969, *Speech Acts: an essay in the philosophy of language*, Cambridge University Press, London.
- Touraine, Alain, 1993 (1973), *Production de la société*, Seuil, París.
- Touraine, Alain, 1980, "L'inutile idée de société" en Robert Maggiori et Christian Delacampagne (eds). *Philosopher*, Fayard, París.
- Touraine, Alain, 1984, *Le retour de l'acteur*, Fayard, París.
- Touraine, Alain, 1985, "The Study of Social Movements", en *Social Research*, vol 52, No. 4, New School for Social Research, New York, winter.
- Touraine, Alain, 1992, *Critique de la modernité*, Fayard y Livre de Poche, París.
- Touraine, Alain, 1993, "Is Sociology Still the Study of Society?", en Peter Beilharz, Gillian Robinson y John Rundell (editores), *Thesis Eleven Reader: Between Totalitarianism and Postmodernity*.
- Touraine, Alain, 1993a, "Le sujet comme mouvement social ou la critique de la modernité", en *Aspects Sociologiques*, Vol. 1, No. 3, Sainte Foy, Québec.
- Touraine, Alain, 1994, *Qu'est-ce que la démocratie*, Fayard, París.
- Touraine, Alain, 1995, "La formation du sujet", en Dubet, François y Michel Wieviorka (editores). *Penser le Sujet, autour d'Alain Touraine*, Colloque de Cerisy, Fayard, París.
- Touraine, Alain, 1997, "A Sociology of the subject", Clark, Jon y Marco Diani (editores). *Alain Touraine*, Falmer Press, London-Washington D.C.
- Touraine, Alain, *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents*, Fayard, París.
- Touraine, Alain, 1997a, "De la mañana de los regímenes nacional-populares a la víspera de los movimientos sociales.", LASA, Miami.
- Touraine, Alain, 1999, *Comment sortir du libéralisme?*, Fayard, París.
- Touraine, Alain con Farhad Khosrokhavar, 2000, *La recherche de soi: entretiens sur le sujet*, Fayard, París.
- Vernant, Jean Pierre, 1992, "De la psychologie historique à l'anthropologie de la Grèce ancienne", en Weil, Dominique (editor) *Homme et Sujet: la subjectivité en question dans les sciences humaines*, Ed. L'Harmattan, París.
- Zizek, Slavoj, 1998, "Four Discourses, Four Subjects", en Zizek, Slavoj y Renata Salecl (editores), *SIC 2: Cogito and the Unconscious*, Duke University Press, Durham and London.

Lacan y la filosofía

Carlos Tutivén Román*

“El psicoanálisis no sólo tiene el derecho sino el deber de hablar de lo que habla la filosofía, porque tiene exactamente los mismos objetos”

Jean-Claude Milner, *La Obra Clara*.

Trazar unas líneas o coordenadas que nos permitan esbozar un campo relacional entre el psicoanálisis y la filosofía o, más específicamente, entre la obra de Lacan y la filosofía contemporánea, requiere, a mi modo de ver, de una posición bifronte. Posición que de un lado sepa ubicar el aporte freudiano-laciano a todo pensamiento que desea despojarse de la metafísica de la totalidad y, del otro lado, reconozca que hay filosofías que están en la condición de dialogar sobre el estatuto ontológico del sujeto sin caer en un cierre edificante. Se trata, sin embargo, de un encuentro dificultado por ambas partes. De lado de la filosofía hay varias posiciones, asimétricas entre sí, pero destaca, por ejemplo en la filosofía analítica anglosajona, aquella que sostiene que el psicoanálisis no es una ciencia, a lo sumo una psicoterapia envuelta en una nebulosa literaria y por lo tanto debe ser expulsada a la exterioridad del paraíso epistemológico logicista y cientificista. Hay otras posiciones más interesantes y menos entontecidas que vienen de las filosofías francesas de corte pos-

testructuralista, aquellas que han escuchado el mensaje de Freud y Lacan, asumen el giro lingüístico y el “olvido del ser heideggeriano”¹.

Del lado del psicoanálisis, si bien Freud, pero aún más Lacan, abundan en referencias filosóficas (que van del Eros platónico y la voluntad shopenhariana a la dialéctica hegeliana y al *Da Sein* heideggeriano) éstas se mencionan tomando distancia crítica y, en tono a veces irónico, denuncian lo que a la filosofía no le ha sido posible ubicar por su condición epistemológica o teórica: el sujeto del inconsciente devenido deseante por una causa que desde siempre se le escapa a la conciencia, un sujeto en falta referido a un real irrepresentable que cuestiona radicalmente el estatuto de la verdad como adecuación entre un sujeto y un objeto.

Pero a parte de los mutuos devaneos excluyentes entre ambos discursos, la relación entre la filosofía y Lacan no deja de ser pensada por filósofos que reconocen el descubrimiento freudiano como ineludible y por psicoanalistas con vocación filosófica, que saben que la filosofía de hoy está a las puertas de un pensar diferente al de la metafísica de la modernidad.

¹ Me refiero a la genealogía de Michel Foucault, a la deconstrucción de Jacques Derrida, al Anti-Edipo de Deleuze y Guattari.

* Profesor de la Universidad Casagrande de Guayaquil.

Sigmund Freud: crítico de la modernidad

El psicoanálisis es un hijo de las luces, de la ilustración. El psicoanálisis es uno de los herederos del siglo que exigió del hombre dar razones para sostenerse en argumentos y justificar sus acciones. Freud, el fundador del psicoanálisis, fue un hombre ilustrado, un hombre culto que se nutrió de las ciencias naturales de su época y de la mejor cultura humanística del siglo XIX.

En el afán irrenunciable de poder otorgarle un estatuto científico a su descubrimiento -el inconsciente- y a su método de investigación clínica -la asociación libre- Freud hizo valer sus ideas en los rigores del positivismo racionalista, empleando la terminología científica de su época y articulándola con los saberes de la filología clásica, la literatura romántica, la naciente antropología cultural y la historia de las religiones. Por otro lado, Freud no congeniaba con los ideales de la ilustración, ni con su filosofía progresista y optimista. En su gigantesca obra puede leerse una crítica rotunda a la metafísica de la emancipación, a la realización histórica por vías políticas o meramente educativas. Desconfía de la

modernidad como proyecto civilizador de perfeccionamiento continuo, ya sea en su faz reformista o revolucionaria. En su experiencia como psicoanalista, Freud descubre una subjetividad -la de sus pacientes histéricos, fóbicos y obsesivos- que va en dirección distinta a los ideales modernos. Siendo ilustrado en su carrera científica y profesional, es sin embargo crítico de la ilustración a la hora de juzgar su ideología, su política y su ética para las masas. A medida que iba dilucidando y formalizando la experiencia analítica, una serie de preceptos modernos demostraban su inconsistencia y su carácter aporético.

En *El porvenir de una ilusión* de 1927, Freud se comporta como un ilustrado que defiende la primacía de la razón sobre explicaciones que se derivan de la dogmática teológica, pero es un contrailustrado cuando desmitifica los valores más preciados de la modernidad ilustrada y empieza a desestabilizar los pares conceptuales desde los cuales el pensamiento moderno arma sus explicaciones sobre la vida social y alienta su teleología progresista: la libertad como destino opuesto a la opresión y a la represión, el individuo autónomo que desde su razón educada se distancia de los placeres de la sociedad masificada,



la alabanza a la renuncia pulsional del yo en aras de valores morales superiores. A esos ideales modernos, el autor del *Moisés y la religión monoteísta*, opone la tozudez de la huella inconsciente y el retorno de la pulsión desde lo real que impiden un arreglo feliz con la ilusión moderna.

Si bien Freud citó, aunque parcamente, a los filósofos, no se fió de la filosofía jamás. Prudente y celoso de no reconocer en otros autores una influencia que pudiera empañar la originalidad de sus descubrimientos, hay una razón de fondo para explicar sus resistencias a la filosofía; ella no sabe del inconsciente o dicho de otra manera, ella -la filosofía- excluye al inconsciente de la posibilidad de pensar. El conciencialismo filosófico que llama verdad a lo que acontece en la conciencia en tanto representación clara y distinta ajustada a los juicios del entendimiento, se vuelve un verdadero obstáculo epistemológico para la constitución del psicoanálisis como ciencia nueva. En este sentido, Freud es antifilosófico. Pero su antifilosofía -diferente a la lacaniana como veremos- no se fundamenta en alguna ideología tradicionalista o conservadora, sino en algo que el descubrió, que es radical e irreductible a la filosofía académica de su época, la pulsión de muerte y el sujeto que constituye.

Podría decirse que la obra freudiana es una filosofía de las luces (en el sentido de un ejercicio crítico de reflexividad) más la pulsión (que marca el célebre escepticismo freudiano). El psicoanálisis se sabe una especie de peste negra que infecta los idealismos morales, desnuda las verdaderas intenciones de las almas bellas, desencanta las utopías revolucionarias. Pero Freud cree en la ciencia, en su poder racional y transformador. Será Lacan el que extraiga la lección de esa confianza freudiana a la ciencia y su correlativa desconfianza a la filosofía. Lacan tendrá otras urgencias y otras coyunturas. Lacan construirá su obra en tiempos donde será necesario un retorno a Freud para defender su descubrimiento más radical y subversivo, en un contexto donde la ciencia atraviesa una pérdida de legitimidad

respecto a su exclusivo poder de generar conocimientos válidos, y la racionalidad técnica administrativa del capitalismo mundial domina las formas de vida humana, desde los antidepresivos a las industrias del entretenimiento y, además, cuando la filosofía ha agotado sus recursos clásicos para ubicarse frente a otros saberes y pensar el mundo.

Lacan, la ciencia y la filosofía

“Toda verdad tiene estructura de ficción”
Jacques Lacan

La relación entre el psicoanálisis de Lacan, la ciencia moderna y la filosofía es un verdadero nudo gordiano. Solo daré unas pautas para vislumbrar su inextricable anudamiento. Para empezar, diremos que Lacan no es un filósofo, es un psicoanalista. Pero así como Freud no pudo hacer emerger su descubrimiento del inconsciente sin el fondo del discurso científico de su época, Lacan no hubiera podido retornar a Freud, recuperarlo del cientificismo pragmático del psicoanálisis inglés, ni repensar su descubrimiento y su práctica clínica, sin la ayuda estratégica de la filosofía, la filosofía moderna de mediados del siglo XX².

El uso que hace Lacan de la filosofía no es de erudición. No se trata de adornar el discurso psicoanalítico con referencias a Platón, Aristóteles, Hegel, Marx, Kierkegaard o Heidegger. Se trata de re-pensar el psicoanálisis freudiano, leerlo a la letra, re-escribir su discurso, pero en un lenguaje que conversa y sigue a los filósofos en sus especulaciones sobre la verdad, el saber, la ética o el deseo.

Ese diálogo está orientado desde que Lacan comienza su enseñanza³ por dos vectores: uno hacer ver que no habría psicoanálisis sin el despliegue de la racionalidad científica moderna, y otro muestra que la experiencia ana-

² Hay que dejar claro que este procedimiento de repensar a Freud (1953 a 1963) no sólo se valió de la filosofía sino de las ciencias sociales estructuralistas como la lingüística de Jakobson y la antropología de Claude-Lévi Strauss.

lítica de una subjetividad que no se agota en el campo del sentido cuestiona en sus fundamentos muchas de las filosofías modernas. Este doble vector está anudado topológicamente, es un nudo con varias aristas. Por ello podemos decir que en Lacan vuelve a converger el debate de las luces. Un debate sobre la verdad, el saber y la ciencia, pero replanteado de tal modo que todos esos conceptos giran anudados alrededor del vacío de una causa (el nombrado “objeto a”). Es por este orden topológico que un autor como Alain Juranville sostiene que en la obra lacaniana hay una filosofía sui generis, graficada por el nudo borromeo, que anuda lo real, lo simbólico y lo imaginario, dejando en el centro un “vacío actuante”, el objeto a, objeto plus de goce y causa del deseo.

Lacan parte de la subversión freudiana, de su antimodernismo radical gestado con las armas de la razón ilustrada. Pero su jugada es otra, ya no se trata de legitimar el psicoanálisis ante los ojos de la ciencia en contra de la filosofía, sino de rescatar al psicoanálisis mismo de las manos de un cientificismo encarnado en la International Psychoanalytic Association (IPA), pensando lo que la ciencia o sus imitaciones (piénsese en la *ego psychology*) excluye para constituirse, exclusión que atañe al corazón mismo del objeto psicoanalítico y a su práctica. Para ello se valdrá de la filosofía pero en un registro diferente, aquel que hace de la filosofía una apertura, un no-cierre respecto a la experiencia cerrada de la ciencia en tanto voluntad de dominio.

“El retorno a Freud suponía, pues, el rodeo por regiones que Freud mismo se había prohibido. Contra el cientificismo desviado de la Internacional, las armas de la filosofía eran, en ese entonces, más fuertes que las armas de la cultura. Para hacer oír su pertenencia íntima al mundo de la ciencia, Lacan tenía que disolver primero la pertenencia falsa y

estrictamente imitativa que el psicoanálisis de lengua inglesa, lejos de las tierras natales, había terminado construyendo. Para este fin sólo la filosofía podía servir, porque sólo ella se presentaba, en el orden de la sistematicidad y la demostración, como Otra que la ciencia” (Milner 1996).

Para comprender este laberinto entre la ciencia y la filosofía en Lacan hay que situar antes que el psicoanalista francés se formó en la gran tradición hegeliano-fenomenológica de Koyré y de Kojève. De ellos heredó esa visión de la filosofía como saber absoluto donde resplandece el concepto como máxima expresión de la razón. Pero con Nietzsche y Heidegger aprendió a realizar su crítica. Para el autor de *Ser y Tiempo* (1927), por ejemplo, la filosofía es en esencia *theoria* o *episteme*. Desde los antiguos griegos, ella piensa al interior de un universo simbólico creado diferente al de la praxis, la *episteme*. Un universo creado a partir de un corpus de ideas, juicios y conceptos referidos al acontecer de una experiencia sorprendida e interrogante sobre la presencia de las cosas, donde el sujeto compadece como testigo/fundante del saber sobre ellas. De esa experiencia deviene un saber que se ama a sí mismo (*sophia*) y del cual se confía unas coordenadas para la acción (ética/política) y unos criterios para la sensibilidad de lo bello (la estética).

Heidegger también fue crítico de la ciencia, pero en eso Lacan más se guió por el espíritu científico y secular de Gastón Bachelard -aprendido de las clases de su profesor en epistemología de la medicina Georges Canguilhem-, donde la ciencia moderna renuncia a esa experiencia de testigo, de contemplación y veneración de lo observado, y se involucra en el mundo refundándolo como experimentación calculada, donde las cosas se ofrecen a su manipulación técnica en gesto de dominio controlado.

El psicoanálisis despliega reflexivamente esa experiencia “secularizada” de la ciencia moderna, de renuncia y rechazo a la contemplación eidética, pero interrogando a su vez, con profundidad, aquello que la ciencia deja

3 El artículo “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” inaugura la enseñanza de Lacan en 1953 y, junto a otros trabajos, forma parte de los *Escritos*, un libro que compendia las principales tesis del saber lacaniano.

de lado para constituirse y que es la causa de ese quiebre o ruptura entre filosofía y ciencia: un sujeto que es rechazado, forcluído por la elaboración científica, por la operación significativa de racionalización metódica, es decir, el sujeto del inconsciente, el sujeto barrado (\$). Es el mismo sujeto que se resiste a quedar iluminado en la conciencia filosófica o, si es pensado, queda asimilado o subsumido en el concepto filosófico. Este recorrido laberíntico hace que el psicoanálisis sea lo inverso de la filosofía y la ciencia, y a la vez quede articulada críticamente a ellas pero desde una posición allende a ambas.

Lacan se sirve de la filosofía para hacerla valer como sublevación contra la ciencia idealizada e institucionalizada que representan la IPA, la psiquiatría farmacológica y las neurociencias nacientes, pero el empleo de la filosofía no es filosófico, sino “antifilosófico”, no como en la antifilosofía de Freud que más bien era una actitud de rechazo a ser confundido como mera especulación. Lacan no hace filosofía ni la refrenda, la usa probando sus conceptos desde la experiencia analítica, y a la vez torciendo⁴ sus significados para mostrar la relación de extimidad (lo más propio e interior y, a la vez, lo más extraño y externo) que guarda el psicoanálisis con la ciencia y así poder derivar la condición epistemológica que caracteriza a su psicoanálisis: ocuparse de aquello que la ciencia aborta para constituirse, el sujeto barrado por el lenguaje y la causa de su deseo: el objeto pequeño a.

A su vez con estas dos dimensiones del ser humano descubiertas por la experiencia clínica, la de un sujeto representado por un significativo para otro significativo, que no es, por tanto, un todo simbólico, y la de un real irrepresentable, que se resiste a la simbolización y

que sin embargo motoriza el deseo, Lacan leerá y discutirá con los filósofos de la conciencia, con los filósofos del sentido y del lenguaje: el término que acuñará para ello es el de la “antifilosofía”.

La antifilosofía

“Es, por lo tanto, un término del que vamos a decir que hay que despertar a él, hay que tratar de ver cómo se lo puede diseñar y si verdaderamente vale la pena hacerlo. En cierta forma esta expresión, antifilosofía, exige también poner a prueba hasta dónde conviene sostenerla o no”

Jacques Lacan

“Antifilosofía” es un término empleado por primera vez por Lacan entre 1974 y 1975, en la coyuntura de la reorganización del departamento de psicoanálisis de la Universidad de París VIII, pero su fuerza significativa no se debe tanto a la anécdota histórica que a una razón de causa en el discurso lacaniano, y esa causa es el matema. La antifilosofía es el otro nombre del matema y se sintetiza en la frase: “hay exclusión mutua entre la filosofía y el matema del psicoanálisis” (Milner 1996:154).

El matema es la escritura lacaniana de la transmisión de la experiencia y el saber analítico, que reduce al mínimo los efectos imaginizantes del sentido y de la hermenéutica del discurso. Es un tipo de notación que a semejanza del álgebra escribe con letras las relaciones lógicas y topológicas entre los elementos involucrados en la estructuración psíquica de un sujeto, situando con precisión la causa de su padecimiento. Aprendiendo de las matemáticas, Lacan encuentra una escritura y una topología que enseña la articulación interdependiente entre lo real, lo simbólico y lo imaginario en el sujeto que habla y desea. No quiere representar sino escribir lo real, o mejor dicho, hacer que algo deje de no escribirse para inscribirse. Así, Lacan hace jugar al psicoanálisis en el lugar vacío dejado por la

⁴ Hay todo un debate epistemológico sobre esta operación de “torsión” que Lacan efectúa sobre los conceptos de otras ciencias y disciplinas. Lo hizo no sólo con la filosofía, sino con las ciencias exactas, las humanas y con la literatura. Lo importante es saber que esa “torsión” se efectuaba desde las necesidades intrínsecas del psicoanálisis para hacer ver su especificidad diferencial con otras terapias y con la misma filosofía.

crisis de la representación.

Para darle una vía de desarrollo, Lacan tiene antes que atravesar el modo clásico de argumentar propio de la transmisión filosófica, tiene que hacer mostrar su agotamiento, sus impasses. Lacan debía dejarse atravesar por ella para arribar al matema. Este tránsito es también una actitud epistémica y ética, se llama “antifilosofía”. Esta actitud inaugura un nuevo modo de hacer crítica filosófica por fuera y por dentro del mismo discurso filosófico, lo cual ha motivado a algunos autores a calificar a Jacques Lacan como un pensador postmoderno o al menos cercano a esta atmósfera cultural. Pero la antifilosofía es también un modo de mantener un exterior al discurso psicoanalítico para vacunar a este de toda recaída en la jeringonza y la infatuación intelectual.

“La antifilosofía ha sido una ocasión de establecer una suerte de interlocución con otros saberes, de mantener con respecto a lo que es el psicoanálisis y su comunidad, un punto, como decía antes, de exterioridad” (Alemán 2001a).

La antifilosofía es un modo de hablar de la experiencia psicoanalítica y una discusión del modo de transmitirla. Esta experiencia es pensada por Jorge Alemán, psicoanalista argentino, como de razón fronteriza⁵. Frontera que está presente ya en Freud y fue formalizada por Lacan. Se trata del límite entre el sentido, el campo del lenguaje -con sus efectos de significación y comprensión- y la pulsión, verdadero representante de lo real del cuerpo en el campo del psiquismo, una frontera que separa y une a la vez. Una bisagra entre palabra y goce⁶.

Hay práctica del psicoanálisis cuando opera esta frontera en el sujeto. Por ello el psicoanálisis se diferencia de la filosofía porque ésta



es el discurso del agotamiento del sujeto en el campo del sentido, a tal punto que lo ha desvanecido en una deconstrucción indefinida e infinita como en el caso de la filosofía de Jacques Derrida.

Pero la antifilosofía no debe impedir al psicoanalista hablar de aquello de lo que habla la filosofía, puede mostrar indiferencia al modo de discurrir de los filósofos, a su mundo lingüístico, pero no a lo que trata la filosofía desde los presocráticos: ubicar con el pensamiento y su práctica las antimónias o paradojas precisas que producen la intersección entre lo real y lo simbólico que hace al ser humano lo que es: “El punto de intervención del psicoanálisis se deja, en efecto, resumir así: el paso del instante anterior, en el que el ser hablante podría ser infinitamente otro de lo que es -en su cuerpo y pensamiento- al instante ulterior en el que el ser hablante, debido al hecho de su contingencia misma, se transformó en algo muy parecido a una necesidad eterna...” (Milner 1996:159). “Pues, finalmente, el psicoanálisis sólo habla de una cosa: la conversión de cada singularidad subjetiva en una ley tan necesaria como las leyes de la naturaleza, tan contingente como ellas e igualmente absoluta” (Milner 1996:160).

Esta posición epistémica del psicoanálisis lo deja a las puertas de un diálogo con todas aquellas filosofías que, como la heideggeriana, han asumido la condición de “ser en el mundo” como una condición de errancia contin-

5 Emplea el término que utiliza el filósofo español Eugenio Trías para su propia filosofía.

6 El goce es una experiencia de exceso que un sujeto siente en su cuerpo y que no puede ser pasada al lenguaje con facilidad. El sufrimiento que se padece sin saberse su causa constituye un ejemplo de goce. Otro ejemplo es la experiencia mística de los santos e iluminados que son testigos de un éxtasis sin palabras.

gente y necesaria para asumir la experiencia de ser sujetos lenguaje y sujetos de lo real.

Lacan (con) Heidegger⁷

*“El arte es ciertamente escuchar,
no a mí, sino a la razón, para saber decir
en acuerdo toda cosa una”*

Heráclito, fragmento 50.

Citado por Martín Heidegger, *Logos*.

“Dejar actuar al logos o al significante”

Lacan, Discurso de Roma.

*“Lacan pasó por Heidegger para descubrir y
para servir a Lacan”*

Élisabeth Roudinesco

La relación de Lacan con Heidegger está marcada por anécdotas históricas que tinturan la relación de curiosidades, silencios, malentendidos, palabras oscuras, expectativas unilaterales (Roudinesco 1994, esp. el capítulo “Vibrante homenaje a Martín Heidegger”). Pero más allá de estos encuentros y desencuentros entre el psicoanalista y el filósofo, la relación vale más por lo que Lacan quiso ver en la obra heideggeriana -su concepción del lenguaje y la técnica del comentario- que por el recurso de apelar a un pensamiento del ser que se remontaba a etimologías arcaicas en clave ontologizante. Sin embargo, el psicoanalista siempre elogió a la “meditación más alta del mundo” (Roudinesco 1994:338) para pensar la articulación entre la palabra y aquello que bordea la palabra: la cosa (*Das Ding*). Un decir menos tonto, allende toda habladería, que deja actuar al significante en su camino de desvelamiento de la verdad del deseo. Lacan encontró en la lectura de Heidegger resonancias de su propio trabajo para hallar las condiciones del advenimiento del ser en el seno del discurso.

A Heidegger nunca le interesó las ideas de

Lacan, no lo entendía, y las pocas veces que se vieron y hablaron, fallaron los traductores o las circunstancias de esos encuentros. Pero actualmente la relación de estos dos autores mayores del siglo XX trasciende las biografías históricas y se ponen en diálogo en aquellos que piensan lo que ambos desvelaron: el olvido del ser y un decir que lo exprese sin apelar a la terminología de la ciencia, ni de la filosofía clásica en Heidegger y, por el lado de Lacan, otro decir, el de la experiencia analítica que pudiera transmitir la huella que deja ese franqueamiento que para cada sujeto pueda ser su acceso al ser, es decir, al ser de goce.

Jorge Alemán ha trabajado intensamente este diálogo, y cree que Heidegger trató de encontrar una especie de “cura”⁸ para la filosofía enferma de un nihilismo metafísico. Según él, la tarea de Heidegger fue buscar un camino que le permitiera atravesar lo que ella misma había producido: un olvido. El olvido de pensar el ser a favor del ente. Cada época es una forma de manifestación del ser y a la vez de sustraerse. De esa operación queda una huella que es la forma que adopta una época y sus discursos dominantes, que son básicamente dos: el de la técnica y el del capitalismo, ambos constituyentes de un síntoma llamado modernidad. Para Lacan, según dice Jorge Alemán, Heidegger es un lector que lee las formaciones intelectuales como se lee las formaciones sintomáticas.

Dar cuenta de ese olvido, asumirlo, hacer otra cosa con él, otro tipo de escritura, una elección distinta, una respuesta diferente, requiere atravesar los límites de la filosofía. Con Heidegger la filosofía atraviesa a la filosofía. Como Lacan con su antifilosofía, Heidegger quiere salir de la filosofía dejándose atravesar por ella. Atravesar la filosofía es moverse a través de los significantes claves que nos han constituido y representado a través de su historia, que nos han permitido pensar y olvidar, todo esto tiene que ver con la concepción de

7 En este acápite sigo los razonamientos de Jorge Alemán expuestos en sus libros *Lacan-Heidegger. Un decir menos tonto* y *Lacan y la razón Posmoderna*.

8 En Heidegger el término “cura” no alude a un sentido médico, sino a un modo de ser del hombre en camino de su autenticidad como logos (decir) del ser.

la cura. Como diría Lacan, no se puede olvidar un dolor sino saber vivir con su huella. Habrá que reconocer esas huellas que dejó la metafísica occidental cinceladas en los olvidos que se eligen, para luego aprender a vivir con ella, valerse de ella, ir más allá de ella. Diríamos con Lacan que hay que hacer explícito los significantes amos que han marcado nuestra vida psíquica para luego operar sobre ellos.

La deconstrucción onto-teo-lógica que realiza Heidegger en su obra es una especie de recorrido de las huellas que constituyeron el saber occidental en la operación de pensar el ser desde la metafísica de la presencia. Esta historia ontoteológica, que se despliega en la ciencia consumada, es la que Heidegger quiere trascender a través de una espera silenciosa que recoja una disponibilidad para escuchar al ser, mientras tanto, las tareas del pensar se dedican a escuchar la voz de los poetas porque en ellos anida otra forma de relacionarse con aquello que la filosofía y la ciencia han olvidado y a partir del cual se han constituido.

Esta tarea equivale en Lacan a una superación del discurso del amo o universitario por vías de la lógica del no-todo, es decir, por los linderos y extravíos del goce femenino. Estas relaciones entre los dos marcan lo que Lacan ha llamado “la fraternidad de un decir”. Pero donde Heidegger se queda en un silencio, diríamos escatológico, pseudo místico⁹, Lacan introduce su acto que escribe la página en blanco que la filosofía deja al no asumir las consecuencias que ella misma genera. El acto de Lacan tiene que ver con un atravesamiento por el lenguaje del fantasma silencioso que oculta la relación pulsional con lo real; el acto de un biendecir la verdad no toda en una nueva subjetividad que asuma su ser de goce.

En resumen podríamos afirmar que la causa (el olvido) exige ser pensada a través de un acto (recordación-superación) que funde una razón fronteriza entre el sentido herme-

néutico y el goce del ser, lo real. Frontera que fue pensada por Freud y retomada por Lacan en el momento histórico en que Heidegger se asoma a pensar el lenguaje como “la casa del ser” en sus últimos años de vida.

Ambos autores se acercan a un pensar donde el sujeto barrado o *Da Sein* se desembaraza de la paranoica de un dios garante de la verdad (el Otro que no existe) y se entrega a la tarea de habérselas con su destino más propio: “El hombre no pide más que esto: que las luces sean moderadas, y que esto constituya una experiencia radical” (J. Lacan).

Bibliografía

- Alemán, Jorge, 1989, *Lacan-Heidegger. Un decir menos tonto*, Ediciones CTP, s.l.
- Alemán, Jorge, 2001, *Lacan y la razón posmoderna*, Ediciones Miguel Gómez, Málaga.
- Alemán, Jorge, 2001a (1999), “La introducción a la antifilosofía”, en *Virtualia* No. 2, Revista Virtual de la Escuela de Orientación Lacaniana.
- Assoun, P.L., 1982, *Freud, la filosofía y los filósofos*, Paidós, Barcelona.
- Cordua, Carla, 1999, *Filosofía a destiempo. Seis ensayos sobre Heidegger*, Ediciones de la Universidad Andrés Bello, Santiago de Chile.
- Escuela de Orientación Lacaniana, *Virtualia*, Revista digital, No. 1, 2 y 3; ver <http://www.eol.org.ar/virtualia>.
- Giussani, Diana, 1991, *Lacan-Freud. Una teoría del sujeto más allá de la metafísica*, Catálogos, Buenos Aires.
- Lechte, John, 1994, *50 pensadores contemporáneos esenciales*, Ed. Cátedra, Madrid.
- Milner, Jean-Claude, 1996, *La Obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía*, Manatíal, s.l.
- Roudinesco, Elisabeth, 2000, *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, F.C.E., México.

⁹ Heidegger a influido notablemente en la llamada escuela de Kioto, donde se recogieron las enseñanzas del filósofo en un diálogo fructífero con el budismo zen. Los diálogos con el profesor Tezuka inspiraron las páginas del libro *Del camino al habla* de 1953.

Psicoanálisis y ciencias sociales: apuntes para una reflexión

Mauro Cerbino*

Hablar de la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales no es ciertamente algo novedoso. Si bien es cierto que en el pasado esta relación se ha caracterizado como difícil, con resistencias mutuas, a veces incluso con desconfianza recíproca, creo que es innegable que en la actualidad asistimos a un renovado interés para establecer los términos de un fructífero diálogo entre psicoanálisis y ciencias sociales.

Este interés no es sólo de tipo teórico o especulativo. Parece más bien que algunos nuevos “síntomas” o “malestares en la cultura” y nuevos retos epistemológicos requieren, para ser analizados y comprendidos, de la complicidad de estos dos ámbitos teóricos y metodológicos. Así, por ejemplo, frente a la manifestación de una serie de paradojas que caracterizarían nuestro tiempo¹ esta complicidad se muestra muy necesaria (como probablemente es necesaria la complicidad con otros saberes que de alguna manera rompan con los ámbitos cerrados de las disciplinas y que plantea lo imprescindible de pensar en nuevos objetos de estudio y análisis, en la insurgencia de nuevos temas y problemas complejos que reclaman la cooperación entre saberes y aproximaciones teóricas y no una mera perspectiva disciplinaria).

* Profesor-Investigador y Coordinador del área de Comunicación de Flacso-Ecuador.

¹ Tal vez, la paradoja más relevante es la que indica, por un lado, la tendencia a la homogeneización de la cultura y la insistencia en la formalización de un pensamiento universalista y, por el otro, la proliferación de particularismos basada en lo que comúnmente se ha definido como “política de la identidad”.

Lejos de poder afrontar aquí los cuantiosos aspectos de esa complicidad entre psicoanálisis y ciencias sociales, este artículo tiene la intención de ilustrar algunas convergencias significativas, aportaciones y resonancias mutuas, que pueden darse en el análisis social y de la cultura de la actualidad.

Complicidad entre las nociones de sujeto y de cultura

Sujeto tachado, dividido, vacío, son algunos de las figuras que encontramos en el pensamiento de Lacan. Estas figuras conciben al sujeto, en contraste con la noción cartesiana, como no autocentrada o como entidad psíquica autoconsistente y autodeterminada. En la teoría psicoanalítica (de Freud y Lacan) el sujeto no es el yo, siendo que éste, como decía Freud, “no es dueño ni en su propia casa” y no es, entonces, el supuesto núcleo sustancial del sujeto o su fundamento.

Lacan describe al yo con la metáfora de la cebolla: “el yo es un objeto hecho como una cebolla, se lo podría pelar y se encontrarían las identificaciones sucesivas que lo han constituido”. Al hablar de identificaciones el psicoanálisis hace referencia a que el yo no está como algo dado, al contrario, es consecuencia de relaciones imaginarias con otros yo, que lo llevan a una especie de absorción identificatoria de las imágenes del otro.

Se puede notar que una concepción de este tipo significa superar definitivamente la vieja aserción (en parte también kantiana) de que el yo que representa la interioridad del sujeto se contrapone a la exterioridad de las cosas. Se trata de la supe-

ración de la dicotomía interno versus externo. El yo es siempre exterior, o como afirmaba Rimbaud, “el yo es un otro”. Por otro camino, Sartre también llega a plantear la subjetividad como un vacío, desprovista de cualquier sustancialidad: un vacío dinámico, abierto siempre hacia la alteridad.

La modificación radical del *cogito* cartesiano (pienso luego existo) en “pienso ahí donde no soy y soy ahí donde no pienso” de Lacan, el vaciamiento de toda sustantividad del sujeto, tiene una homología en la idea de cultura que la reciente reflexión antropológica ha asumido: la cultura ya no puede ser entendida como un conjunto de atributos, como cosas que se tienen o que están dadas por la tradición o, como a veces se dice, por un origen, por las raíces telúricas de una etnia o raza (visión patrimonialista). La cultura, lejos de ser entendida como un sustantivo, es concebida hoy de manera adjetivada: como una operación, un proceso y una construcción simbólica que instituye el sentido social, el cual no se inscribe en las cosas o los nombres como algo intrínseco sino que siempre es el resultado de una atribución por parte de un sujeto en un horizonte lingüístico discursivo.

Si el sujeto del psicoanálisis es nombrado (representado) por un significante puesto en cadena con otro significante y así sucesivamente, es decir, si el sujeto es una acción y podríamos decir un verbo y no un sustantivo (para usar la metáfora sintáctica), con la cultura sucede algo similar: su significado (su sentido) no se inscribe en su interior como una esencia sino que puede ser captado (o mejor, generado) a partir de la relación siempre dinámica con una alteridad. El “ser” de una construcción cultural está dado por la relación con otra.

Dicho de otra manera, estoy pensando la constitución de lo cultural como un proceso dinámico y no estático; más que por acumulación o posesión de atributos definidos o definibles, lo cultural se constituye por la puesta en escena de la relación con el otro; hacer las cuentas con el otro nos obliga a reвер categorías y operar cambios. Ahí la similitud que existe entre el paso del Sujeto (de la racionalidad cartesiana) al sujeto (como efecto de la acción del significante) y el paso de la Cultura (sustantiva y homogénea) a la cultura (relacional y dinámica).

En la actualidad, lo que va bajo el nombre de “política de la identidad” pretende afirmar un conjunto de “nosotros” identitarios concebidos a la manera del “yo sustantivo” que hemos señalado: de modo “naturalista”, autofundante y autosuficiente. Es más, parecería ser que la construcción de las identidades, por ejemplo la identidad étnica o de alguna otra condición “objetiva”, se inscribe solo en el registro imaginario (de identificaciones y reificación de las diferencias) y no en el registro simbólico, es decir, en la capacidad de establecer un proceso de reinserción y negociación del sentido de la diferencia que se da en la dimensión intersubjetiva o intercultural. Las consecuencias de esta “exclusividad imaginaria” pueden ser fatales para el desarrollo de la acción política y para el funcionamiento de la democracia porque esclerotiza posiciones y sofoca la competencia por la hegemonía (Laclau 1996).

Pensar y experimentar la diferencia debe significar, necesariamente, tener en cuenta las complejidades que las múltiples posibilidades de reconocimiento o desconocimiento ponen en escena y que se enmarcan en procesos de identificación o desidentificación que el sujeto opera cuando se relaciona con la diferencia. Al contrario de una dimensión homogénea condicionada por una visión monolítica de la diferencia, cada sujeto se encuentra abocado a vivir de “diferentes maneras” el conjunto de relaciones que establece con las “alteridades”. En los ámbitos de la política, de la diversión, de las relaciones de amistad o amorosas, cada uno de nosotros, más allá de asumir una serie de cón-



gos de conductas culturales, establece diferentes estrategias que lo llevan a producir un sentido particular de su vivir.

La diferencia, “una propiedad más contrastiva que sustantiva” (Appadurai 1996), en vez de subrayar o producir distintas posiciones, apunta a definir y permitir el establecimiento de una dinámica y una práctica: la construcción de un sistema de significación en constante movimiento. Con la diferencia no se trata de ahondar en la diversidad inconciliable de posturas que cada sujeto tiene, sino de aprovechar el “modo relacional” que ésta plantea para renovar las condiciones que alimentan las posturas y que finalmente permiten, al sujeto y a la cultura, asumirse como algo en constante construcción.

La presencia de la alteridad como diferencia nos obliga a hacer las cuentas con nosotros mismos toda vez que de lo que estamos hechos es de la relación e interacción con el otro. Es ahí donde construimos, en buena medida, nuestro sentido de las cosas y del mundo.

No podemos ni pensarnos ni vivir sin el otro. De tal manera, la cultura, más que un estado mental o un conjunto de atributos que “simplemente” heredamos o en los que estamos inmersos, es una práctica social, una fuerza que no sólo actúa sobre los sujetos sino que puede ser actuada por ellos.

Sin-sentido e interculturalidad

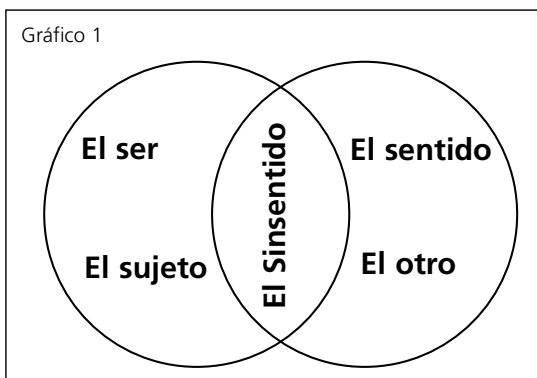
En el *Seminario, libro 11*, Lacan recurre a los círculos de Euler para explicar la acción del significante, inscrito en el gran otro, sobre el sujeto. (Gráfico 1)

Se trata de un gráfico que expresa una paradoja fundamental: el ser del sujeto depende -constitivamente- del campo del Otro. Pero a la vez, ahí donde el sujeto se encuentra representado simbólicamente en el Otro, se ve obligado a perder su propio ser en el advenimiento del sentido, siendo que éste es siempre consecuencia de una relación intersubjetiva (Di Ciaccia y Recalcati 2000). Lo que se produce es una deslocalización de la identidad del sujeto y un vaciamiento de su ser. En

otras palabras, el ser del sujeto no se “adhiere” a él, no lo constituye esencialmente, sino que se encuentra siempre desplazado hacia otros significantes. ¿Qué puede aportar este gráfico a la análisis de la cultura?

Creo que (aunque estoy consciente de cierta libertad interpretativa) este es un esquema muy interesante para concebir lo que hoy llamamos la interculturalidad, que no se plantea aquí como relación-entre, dado que se cuestiona la presencia de “culturas” delimitadas. Más bien, a lo que se hace referencia es a la experiencia cultural del intersticio, de la hibridación, en el que todo sujeto se encuentra sin que -sobre todo en la actualidad- pueda pensarse “cómodamente” amparado en una identidad: esta zona es de sin-sentido, de un “no todo dicho”, de una falta o de un resto no completamente simbolizable. Usando terminología de Laclau y Žižek, también podríamos llamarla como zona que define lo “imposible de lo social” (el equivalente lacaniano es la “no-relación sexual”), entendiendo con ello que la socialización, la relación con el otro no esta dada por reglas seguras, objetivas y esenciales que permitan lograr el encuentro estable, sino que se presta para la construcción, es decir, para la simbolización operativa y procesal a partir de una condición permanente de desencuentro.

Dicho de otra manera, el sin-sentido, lo imposible de lo social, es el horizonte que limita y al mismo tiempo garantiza que lo social sea posible, es lo que permite que se construya sentido y que algo de relación y de vínculo social se concrete. En la zona del sin-sentido (el gran descubrimiento lacaniano del objeto a) concebida como indefinición o como “escenario virtual de la diferencia”, el sujeto dislocado puede generar nuevas formas



simbólicas, nuevas subjetividades y desplazamientos metonímicos del sentido.

Hay que pensar la cultura, entonces, desde una posición de “resignación entusiasta” -como diría Žižek-. El hecho de asumir como imposible el cumplimiento del vínculo social y la consecuente construcción de una sociedad ideal no significan pesimismo o impotencia; más bien, lo imposible estimula y alimenta la potencia y la capacidad de creación que, como institución del imaginario radical -en el sentido de Castoriadis-, presupone una cierta indeterminación del ser (la indecidibilidad derridiana) para poder generar nuevas determinaciones y nuevas figuras del mundo.

El espacio intercultural es el lugar de la experiencia de la mediación. Una experiencia que constituye un “más allá” de las pretendidas oposiciones binarias y dicotómicas del sí mismo y el otro, de la identidad y la alteridad. Se trata del terreno de lo inter-medio, como lo definiría Homi Bhabha, de la sobreposición y el sucederse de las diferencias, que implican a la dimensión del intersticio en el que el sujeto se enfrenta a negociar intersubjetivamente el sentido de sus elecciones culturales.

Según Bhabha, la experiencia de la conectividad, que se vive en la dinámica intercultural, “es el espacio que se interpone y emerge en los intersticios culturales para introducir la invención creativa de la existencia” (Bhabha 1994). Así, la experiencia de la conectividad se traduce en la formación de nuevos híbridos culturales, de resignificaciones y retraducciones que demuestran que la cultura hace su trabajo más propio con/en la indefinición de los márgenes y de las fronteras, y no desde la práctica autista de identidades originarias y cerradas.

Ante la realidad de lo que Rudi Visker ha definido como la proliferación de “condones culturales”, con los que el juego complejo de la interculturalidad se descalificaría a un mecanismo aséptico de uso de la identidad para “demandas particulares”, es necesario plantear el desafío de pensar “en” la diferencia en sí de lo híbrido (con su valor transcultural) y no “desde” la diferencia. Como afirma lúcidamente Edward Said, “lejos de ser un plácido reino de gentileza apolínea, la cultura puede volverse un verdadero campo de bata-

lla sobre el cual las diversas causas se muestran a la luz del sol y se contraponen la una a la otra”. Por lo tanto, es oportuno reflexionar a fondo sobre esta doble significación de la cultura: si por un lado representa el horizonte simbólico y, a la vez, las condiciones para crear nuevas formas de inserción del sujeto en el mundo de la vida, a manera de un “habitar poético”, para usar la feliz expresión de Hölderlin, por el otro puede motivar, justificar e inducir a las más horrosas pretensiones de desconocimiento e incluso de aniquilamiento de otros sujetos, considerados radical e incompatiblemente diferentes.

Considero de mucha utilidad recurrir al esquema lacaniano de los tres registros (real, simbólico e imaginario -RSI-) para pensar y problematizar una concepción de la diferencia que se plantea en el debate sobre el multiculturalismo. Es necesario comprender que el reconocimiento o el desconocimiento de la diferencia cultural -o la implementación de políticas identitarias asépticas- se da en primer lugar a través del registro imaginario, es decir, en el dominio “caleidoscópico de las imágenes del yo” (Kristeva 1995) entrampadas en el narcisismo, y que de lo que se trata es poder “procesar la diferencia” en una articulación simbólica, que es una manera subjetivada de traducción discursiva y de desplazamiento constante del sentido. La no activación del mecanismo simbólico de la traducción significa que la diferencia “pasa a ocupar” el espacio de “lo real”: espacio de los fanatismos totalitarios, de las guerras de religión y del aniquilamiento.



Resuena aquí una conexión significativa entre la noción de lo real lacaniano como lo innombrable y la noción de significante flotante o mana de Levi Strauss, más aún, resuena también su concepción de la cultura como disposición de un excedente de significantes en relación con los significados. Asimismo, es muy productiva la afirmación de E. Laclau cuando dice que en política (pero podríamos aplicarlo también para otros ámbitos) la democracia es “un vocabulario de significantes vacíos cuyos significados temporarios son el resultado de una competencia política” (Laclau 1996). Estos significados tienen un carácter temporario no por alguna intrínseca carencia de valor, sino

porque son el fruto de elaboraciones discursivas permanentes en el espacio intercultural de la diferencia. Concebir la democracia o en general la cultura como un conjunto de significantes vacíos comporta que éste es, a la vez, su límite y su condición de posibilidad.

¿Clínica etnográfica?

Encuentro otra complicidad entre psicoanálisis y ciencias sociales en la posible analogía entre interrogación psicoanalítica e interrogación antropológica: ambas, aunque desde lugares diferentes, la clínica por un lado y el trabajo de campo etnográfico - en base a entrevistas en profundidad e historias de vida- por el otro, escuchan a los sujetos e intervienen solo para provocar una interrogación por el sentido en torno a ciertos lugares narrativos que los sujetos expresan. Indudablemente que existen muchas diferencias; una fundamental se refiere al hecho de que el analizante² en un caso es el sujeto del inconsciente y en el otro es el sujeto antropológico, el de la cul-

tura. Así como podemos pensar en diferencias de método, también éstas se presentan en términos temporales: la clínica psicoanalítica puede durar años mientras se necesitan solo un número limitado de sesiones del trabajo etnográfico. Sin embargo, me atrevo a mostrar que en algún aspecto, en los dos ámbitos opera una lógica parecida que podríamos definir como “lógica de la palabra”.

Según Kristeva, “el psicoanalista tiene tendencia a considerar el espacio psíquico como una interioridad en la que, por un movimiento involutivo, se recogen las experiencias del sujeto. El principio mismo del análisis, basado en la palabra y en la introspección, favorece sin duda esta concepción” (Kristeva 1995). Por “experiencias del sujeto” tenemos que entender aquellos momentos vivenciales de los que el sujeto puede hablar o cuya memoria ha sido en algún momento “registrada” en palabras. El análisis se conducirá para permitir al sujeto asumir su historia a través de “re-subjetivizaciones progresivas de los eventos del pasado” (Di Ciaccia y Recalcati 2000). Si es así, se trata de las mismas experiencias que le interesan al antropólogo, y que rescata en el intento de interpretarlas a través de la escucha de aquellas formulas (incluso registrando las repeticiones de algunos significantes o el énfasis puesto en ellos) que el entrevistado expresa. La coincidencia, más allá de las diferencias de finalidad, entre las figuras del analizante y del entrevistado, es que ambos son sujetos de habla, cuyo “uso”, en el sentido de Wittgenstein, da cuenta de la representación de la vida y como tal de la cultura que se encuentra interiorizada en ellos. Y hay más. El trabajo etnográfico podría significar la puesta en escena de una especie de clínica colectiva en la que, por medio de la “acción de la palabra”, los sujetos entrevistados tengan la posibilidad (muchas veces inexistente) de “escucharse” y reflexionar sobre sus experiencias y las cosas de su vida: sobre lo que hacen o dejan de hacer, sienten o no, sobre sus valoraciones, etc. Creo que esta “acción de la palabra” podría entonces significar la generación de condiciones para activar una especie de “conciencia simbólica” sobre la vida del sujeto y esto gracias a la función

2 La voz “analizante” remite a la persona en función activa que se analiza a sí misma frente al analista.



representada por el etnógrafo que, de forma similar al analista, representaría para el entrevistado un “sujeto que se supone que sabe” (que encarna el Otro), provisto de una escucha, a quien dirigir una demanda de significación que active el mecanismo simbólico.

Generar espacios de palabra y en general de expresión (pienso por ejemplo en el uso de los audiovisuales) podría significar entonces, para el trabajo de análisis de la cultura, asumir un compromiso ético sobre el significado social de la investigación: el de que los sujetos estudiados no sean precisamente esto, estudiados, o en los mejores de los casos sujetos a los que “devolver” los saberes que también gracias a su participación se producen, sino que puedan beneficiarse de la investigación y del trabajo de campo etnográfico como escenario de palabra y de representación creado para pensar su acción social.

Esto comporta un gran reto para la metodología de la investigación social. Es necesario redefinir el papel asignado a la participación de los entrevistados y en general de todas las personas involucradas en el proceso, generando las condiciones de cómo pueden pasar de “simples informantes” a ser sujetos que asumiendo el valor del capital simbólico puesto en acción a través de las narraciones de su vida, de sus sentimientos y estéticas desplegadas, se configuren como actores de sus propias representaciones. En los tiempos que corren, un reto de esta naturaleza apunta a contrarrestar la tendencia a abordar el análisis de los fenómenos sociales pensando de entrada en sujetos apáticos o defectuosos que necesitan de recetas (de “valores” o de alguna “milagrosa pastillita”) para salir de su deplorable situación. Pienso en fenómenos como las nuevas subjetividades juveniles, las pandillas y la conflictividad social -entre otros- que reciben un tratamiento desde enfoques que de antemano creen tener las explicaciones sin haber interpelado a los protagonistas.

El psicoanálisis tiene el mérito de haber desarrollado una teoría que tiene en cuenta al sujeto, es

decir a cada uno de nosotros, sin descuidar que somos en el lenguaje y en la cultura. Me parece que el desafío para las ciencias sociales y en particular para la antropología es, desde sus perspectivas, pensar en el sujeto evitando reducirlo a un porcentaje y, más bien, escuchándolo en lo que tenga que decir. Tarea difícil pero necesaria, porque, además, a veces lo que se escucha es el silencio. Producir saberes pasa por esta capacidad: nombrar el vacío.

Bibliografía

- Appadurai, Arjun, 1996, *Modernity at large. Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis-London.
- Bhabha, Homi, 1994, *The location of culture*, Routledge, London.
- Di Ciaccia, Antonio y Recalcati Massimo, 2000, *Jacques Lacan*, Bruno Mondadori editore, Milan.
- Kristeva, Julia, 1995, *Las nuevas enfermedades del alma*, Cátedra, Madrid.
- Lacan, Jacques, 1979, *Il seminario 11, I quattro concetti fondamentali della psicoanalisi*, Einaudi, Torino.
- Laclau, Ernesto, 1996, *Emancipación y diferencia*, Ariel, Buenos Aires.
- Levi-Strauss, Claude, 1966, *Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss en M. Mauss Sociologie et anthropologie*, PUF, Paris.
- Said Edward, 1998, *Cultura e imperialismo: letteratura e consenso nel progetto coloniale dell'Occidente*, Gamberetti Editore, Roma.
- Visker, Rudi, citado por Ardití, Benjamín, 2000, *El reverso de la diferencia, Identidad y política*, Nueva Sociedad, Venezuela,.
- Wittgenstein, Ludwig, 1971, *Ricerche filosofiche*, Einaudi, Torino.
- Zizek, Slavoj, 1993, “Más allá del análisis del discurso”, en Laclau, E., *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.



Lacan, psicoanálisis y la lengua en las ciencias sociales

Antonio Aguirre*

El psicoanálisis, fundado por Freud a fines del siglo XIX, tuvo inicialmente su campo de experiencia y elaboración en la clínica, particularmente en los síntomas de mujeres histéricas. Se extendió a las neurosis en general, y no dejó fuera de su incidencia aquello que desde mucho antes se llamó “locura”, vale decir, la psicosis. En resumen, el psicoanálisis surge en el contexto de la demanda de curación para síntomas que la medicina no podía ni quería atender, aún si ella, con sus dispositivos del hospital y el consultorio, continuaba dando el modelo de la aplicación y una ideología de la salud, tal como Michel Foucault lo ha mostrado en sus estudios.

Sin embargo, las definiciones que Freud hizo de la represión, la sexualidad, el inconsciente y el síntoma no tienen el sentido restringido de unas entidades psicopatológicas que, por tanto, serían sólo pertinentes al estudio y tratamiento de aquellos sujetos que un saber ya elaborado por la psiquiatría clásica ha ubicado como enfermos. El inconsciente y sus mecanismos concernían a todo sujeto humano y se relacionaba con todas sus manifestaciones, con todas sus obras, de un modo semejante a cómo un síntoma representaba un pensamiento reprimido. Freud incluso precisó el término “sublimación” para compendiar la presencia de lo inconsciente en la obra del más alto valor estético, por ejemplo, del arte en todas sus formas.

No demoró mucho, por lo dicho, para que

Freud abordara aspectos de la cultura; aspectos que además le resultaban indispensables para avanzar en la elaboración de la teoría psicoanalítica. Temas como la religión, el arte plástico, la literatura, la historia y la antropología se hicieron presentes en la obra freudiana: un texto como *El malestar en la Cultura* se ha convertido en un eje de estudio desde el psicoanálisis hacia los más variados campos de la vida social.

A partir de allí los analistas, los continuadores de Freud, retomaron el trabajo, Jacques Lacan entre ellos. En este artículo busco dirigir la atención del lector a un vector muy especial del aporte extraordinario y fundamental de este analista, un vector que él mismo colocó como uno de los tres ejes de la Escuela, en lo que llamó la tercera sección, dedicada tanto a establecer la consistencia epistémica del psicoanálisis como a ubicarlo en sus relaciones con otras disciplinas, con la ciencia más rigurosa, para asimismo definir comparativamente su particularidad ética.

La lingüística y la lingüística

La lingüística de Saussure y de Jakobson fue la referencia piloto para Lacan en su “retorno a Freud”. El estructuralismo, el vaciamiento de la cuestión de la referencia, la hegemonía del significante en su carácter puramente diferencial y sistémico en relación a otros significantes, son algunos detalles de este marco epistémico donde Lacan dio un paso audaz: ubicar al sujeto, definido simplemente por ser representado por un significante para otro significante, en una estructura sincrónica.

* Psicoanalista.

ca y diacrónica, que permitía una nueva definición del inconsciente, acorde a la matriz lingüística de las ciencias humanas, diciendo que estaba “estructurado como un lenguaje”.

De los estudios antropológicos de Levi Strauss, Lacan pudo destilar su propuesta de los tres registros -simbólico, imaginario y real- como indispensables a la hora de emprender cualquier investigación sobre el fenómeno humano. Inicialmente el énfasis lacaniano estaba en lo simbólico, al cual consideraba la red misma en que se organizaba todo el mundo imaginario, dejando a lo real siempre como un mas allá, un reducto y un resto que no siendo simbolizable era un producto de la acción del significante.

Este privilegio hacia lo simbólico como referencia e instrumento clave de la teoría y la práctica del psicoanálisis no es otra cosa que la consecuencia de tener a la lingüística como la disciplina de interlocución por excelencia. Es de allí de donde Lacan, por ejemplo, extrae el recurso del matema, pues fue el pequeño algoritmo saussuriano de significante/significado el punto de partida para una producción de diversas fórmulas, esquemas y grafos, con los cuales Lacan se propuso encaminar al psicoanálisis en la ruta de una formalización, que sin tener ni la exactitud ni el recurso de la demostración experimental, pudiera asegurar una trasmisión íntegra, una base para la discusión conjetural en la comunidad de los analistas. Sin lugar a dudas se puede afirmar que esta meta fue plenamente alcanzada por Lacan: sus matemas circulan no solo en el problemático y dividido mundo de los lacanianos, sus apasionados continuadores, los herederos de su deseo, sino también en los salones de sus adversarios y enemigos, en la poderosa Asociación Internacional de Psicoanálisis, esa bailarina acomodada a lo que él llamaba “the american way”.

También cabe aquí señalar que el matema, el estructuralismo lacaniano en general, ha tenido buena recepción en el ámbito universitario por sus cualidades didácticas, memorizables, que si no demostrables son al menos dúctiles a la manipulación en la

pizarra.

Hay en ello una ironía que el mismo Lacan hizo jugar comentándola de diversas maneras: él decía que el universitario es refractario al psicoanálisis y odia la práctica analítica dado que ella implica el saber supuesto del inconsciente. En la universidad el saber no es supuesto, sino expuesto en el lugar del agente mismo del discurso, un saber que dice -parodiando una celebre frase del mismo Lacan- “Yo, el saber, hablo”, un todo-saber que se autoconoce como crítico -en ese sentido objetivo y científico-, pero que no reconoce la parcialidad de sus intereses y su complicidad con las burocracias de todas las latitudes. Sí, aunque parezca curioso, Lacan sostenía que la Unión Soviética era el paradigma mismo de la hegemonía del discurso universitario, lo cual podemos relacionarlo con el hecho testimoniable de que toda burocracia se asienta en un “saber cómo”, basado en manuales, procedimientos, requisitos, formularios llenos de vacíos, fallas, inconsistencias y falencias donde resbalan los ingenuos, pero que no tienen misterios para el burócrata adiestrado.

Comentemos en este momento lo que Lacan reconocía en la obra de Marx: haber sido el primero en dar una definición de síntoma como “signo de lo que no anda en lo real”, aunque el mismo Marx dio un paso atrás cuando planteó buscar una reubicación del sentido en el proyecto histórico de un así llamado “proletariado” destinado a ocupar el sitio hegemónico en la sociedad. A dicho proyecto Lacan lo abordó con cierta ironía diciendo que si el capitalismo era la explotación del hombre por el hombre, el socialismo era lo contrario. Lacan dirá que para la religión, así como para el marxismo, la verdad aparece como causa final: apostar a un destino, a un desenlace final de



la dialéctica, aproxima el marxismo a la religión, específicamente a la Iglesia Católica, para la cual el sentido de toda cuestión esta prometido como una revelación final.

En el entorno de los primeros años de los setenta, Lacan recuestiona el papel de la lingüística, a la que resitúa como una elucubración del saber

que intenta asir la realidad de la lengua con el concepto de lenguaje en la perspectiva del estructuralismo saussuriano. En esta aproximación, científica por una parte, y también cara a los cánones de la universidad, queda al margen, excluida, la dimensión de lo real articulada en la palabra, o dicho de otra manera, para la lingüística estructuralista científica o universitaria –que no son lo mismo- no hay manera de dar un lugar a la cuestión del goce, del goce pulsional que

se satisface en la palabra, en el decir, y que sobre todo muestra que una lengua es un depósito de recursos para la satisfacción, siendo ingenuo y miope concebir al lenguaje como un instrumento de comunicación, de transmisión de mensajes.

El concepto de lenguaje palidece así ante lo que Lacan propone alternativamente: la lalengua, entendida como el conjunto de equívocos característicos de una lengua, que se han acumulado en una historia, como un sedimento, una escritura. La lalengua lleva en sí el efecto de la búsqueda fallida en un lenguaje de la fórmula de la adecuación de los sexos, es decir, del fracaso en encontrar el significante de la mujer que corresponda al significante masculino fálico. Hablar de la lalengua es referirse a la condición viscosa del lenguaje, al hecho de que el sentido puede variar enormemente tanto para una palabra como para una frase o todo un discurso, como lo demuestra la ironía. La

lalengua es el campo dislocado de las homofonías, de las construcciones gramaticales ambiguas y de esas construcciones que por siglos confundieron a todo tipo de sabiduría, las paradojas. Lacan cree que aquí se necesita una nueva disciplina, que se denominaría “linguistería”.

Interpretación, construcción y conjeturación

La interpretación es la vía por la cual el psicoanalista opera sobre el síntoma. Es una operación simbólica que recae sobre lo real del síntoma, según la fórmula dada por Jacques Alain Miller. Si eso es efectivo es porque, desde Freud, se sabe que un síntoma es el retorno de un deseo reprimido con el cual guarda una conexión simbólica, según una retórica cifrada.

Entendamos previamente que el concepto de síntoma en psicoanálisis parte de un postulado más amplio, ya asumido más arriba: toda actividad humana, toda práctica, así como sus productos están estructurados como un lenguaje, son transcripciones, textos, escrituras, donde los significantes estructuradores no son evidentes sino más bien inconscientes, o como preferiría decirlo Lacan, cifrados.

La representación más difundida del psicoanálisis y del psicoanalista nos muestra la interpretación como algo parecido a una explicación, que muy didácticamente va del analista al analizante. Allí lo que percibimos es una especie de traducción, que da un sentido sexual, edípico, perverso, polimorfo, a una queja, un síntoma, un desarreglo del que el sujeto habla en su sesión. Esto, sin ser enteramente injustificado, es simplemente una caricatura de la interpretación psicoanalítica.

Lacan ha puesto las cosas en claro a este respecto al plantear que la interpretación no es el empleo del lenguaje por la vía del sentido, de un modo adoctrinante o sabio, mucho menos como una orientación de vida. Ella, dice Lacan, es un juego con las palabras, con los equívocos, al modo del chiste, es la vía del significante como tal, liberado de los contextos de sentido, de la representación imaginaria a la que corrientemente se enlaza. La interpretación no se presta a ser compren-



didada, es más bien enigmática, un decir a medias, una cita, que hace resonar para el sujeto la condición equívoca de sus dichos, el malentendido al cual él está fijado. El sujeto hace la experiencia de saber que dice mucho más de lo que cree, pero que por otro lado todos sus dichos giran en torno a cierto agujero de imposibilidad en la lengua.

El psicoanálisis ha elaborado un cuerpo teórico extenso. Las obras de Freud y de Lacan por sí solas dan ya un testimonio de una base sólida, sin contar con aquello que se conoce como la literatura psicoanalítica, salida del conjunto del movimiento psicoanalítico en su historia y en su extensión mundial. Los conceptos freudianos permitirían a todo analista hacer sus hipótesis en el inicio y transcurso de la experiencia con un sujeto que acude. Dichas hipótesis, o construcciones como las llamaba Freud, servirían como una delimitación, un referente, alrededor del cual se van moviendo las interpretaciones. Son suposiciones sobre la experiencia traumática del sujeto, o sea, su encuentro con el goce enigmático del Otro. Freud sostuvo que dichas construcciones debían ser comunicadas al sujeto, como última medida, en un esfuerzo por llenar una laguna mnémica inaccesible por la vía de los recuerdos despertados en el análisis. Bastaría con que la construcción fuera lógicamente congruente con el entorno de recuerdos disponibles, y que por supuesto el sujeto tuviera la convicción de que ese pedazo de historia alcanzado por la vía de la reconstrucción era fácilmente verdadero.

Lacan por otra parte es continuador de otro sesgo igualmente freudiano, aquel que exigía a cada analista poner en suspenso ante cada caso el cuerpo teórico para cuestionarlo íntegramente. En este punto tenemos que hacer presente la declaración lacaniana en el sentido de que el psicoanálisis no es una ciencia sino un nuevo discurso, entre los cuatro que permite la estructura significativa, siendo los otros el discurso del amo, el de la histérica y el universitario, y la ciencia una variación del discurso de la histérica. La posición

ética del psicoanálisis respecto a la responsabilidad del sujeto, en lo concerniente a su síntoma, a su modo de goce, a su inconsciente, a la vía misma por donde dicha posición ética se alcanza, es decir en la vía de un biendecir, según el término de Lacan, todo ello marca una diferencia. Miller afirma que Lacan, en su definición de la lengua, quiere apuntar a un real, a un momento de imposibilidad, para lo cual hace falta liberarse del lastre de toda construcción de saber, de todo sentido.

Perspectivas

Para Lacan el psicoanálisis tiene solo una aplicación en sentido estricto: la que se realiza en la experiencia de un análisis, entre un sujeto que ocupa la posición de analizante y un analista que asume el semblante de un objeto vaciado de sentido, alrededor del cual se van a envolver los tres registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario. Fuera de ese ámbito, al que llamamos la intensidad, está el de la extensión, de la trasmisión y la enseñanza, es el trabajo en el debate de las luces, con los medios que permite el matema y el concepto. No cabe sin embargo esperar del analista que se transforme en profesor, ni mucho menos en un intérprete de la cultura, pues no hay un mal de todos, una verdad universal que muestre la clave del malestar de la sociedad.

Por ello es sólo aproximativa y conjeturalmente que un analista hace su comentario sobre los problemas sociales que se le proponen para su estudio. Referirse a los síntomas, los ideales, las identidades, los conflictos, en una comunidad, es el recurso por el cual demuestra, a otros, los efectos que el psicoanálisis le ha traído a él mismo en la práctica de su decir, en su saber hacer con la lengua en la que él habita.

En este punto es donde nos hallamos, ante una jornada epistémica que sabemos no nos decepcionará, aún si ella nos signifique incalculables sorpresas.

Adolescencia: entre lo posible y lo imposible

Piedad Ortega*

Efectos de la modernidad en niños y adolescentes

Hace algunos meses en una revista de Guayaquil apareció una entrevista a la directora de un colegio de la localidad, quien al preguntarle si los jóvenes de hoy eran iguales a los de hace 25 años respondió que los tiempos habían cambiado y que ellos eran “diferentes”. ¿Qué es lo que ha cambiado? Empezaré planteando los cambios suscitados en las familias de hoy. Señalaré algunos aspectos que me han parecido llamativos en mi función de entrevistar a padres dentro de una institución educativa y dentro del marco de curas psicoanalíticas: a) un número importante de niños y jóvenes no viven con su padre y madre por razones de divorcio o trabajo (migraciones); b) los que viven con sus padres no necesariamente pasan tiempo en común en razón de las distintas ocupaciones de cada cual; c) a los padres les resulta difícil utilizar los pocos momentos en común para hacer algún seguimiento de la vida de sus hijos; d) en los padres se observa una tendencia a querer ser “amigos” de sus hijos, dejando de lado la figura paterna.

En consecuencia, los niños y adolescentes pasan mucho tiempo solos, sin mayores oportunidades para establecer intercambios simbólicos con los mayores, intercambios que les permitan sostenerse cuando afrontan dilemas en sus existencias. Podemos decir que lo que manifiestan hoy los jó-

venes con sus conductas más o menos espectaculares y provocativas de ruptura y conflictos con el mundo social, escolar y familiar, no son más que modos de respuesta a su mundo actual. Un mundo caracterizado por, al menos, los siguientes procesos:

Globalización: donde las particularidades de cada uno y las de su grupo étnico o social desaparecen frente a un modo tipo de ser y de producir, donde la tecnología ha intervenido en la modelación de nuevos códigos, formas de relación con el conocimiento, tiempos de afectividad e incluso formas de nacer o de morir y así ha redefinido la experiencia social y cultural de los sujetos y, en particular, la de los sujetos de la educación. Frente a los cambios vertiginosos, la educación parece instalarse en un tiempo más lento, un tiempo que -podría plantearse- es más histórico que tecnológico.

Ruptura de ideales: sabemos que los ideales son fuente de cohesión entre las personas, permiten crear identidades grupales que se constituyen en redes de apoyo social y emocional a través del tiempo. Desde el psicoanálisis, la función del ideal está estrechamente vinculada al tránsito entre lo individual y lo colectivo social, función encarnada en y facilitada por los padres. Pero para poder encarnar esa función, es necesario la existencia de un padre -o sustituto- que pueda demostrar cómo saber-hacer con la vida, con el trabajo, con los placeres, con las parejas; es decir, un padre que tiene posibilidades de “hacer su vida”, pero que también es sensible a los deseos y necesidades de los otros a quienes responde con su afecto y responsabilidad. La declinación de esta función paterna está vinculada estrechamente a otros hechos que

* Psicoanalista.

son también característicos de la era actual.

Ausencia de respeto: los adolescentes de hoy claman porque se los respete, aún cuando ellos tienen dificultad para cumplir con ello. Si existe una crisis de autoridad en la etapa de la adolescencia, no es solamente por la declinación de la función paterna, sino también debido a los cambios corporales y emocionales tan drásticos en esta etapa: el adolescente es un extraño para sí mismo, se confronta con una diferencia de gran envergadura dentro de sí, una diferencia que la maneja con gran dificultad y que le es difícil respetarla puesto que no puede hacerla coincidir con ningún saber que lo ha tenido de antemano (los de su infancia) y tiene que inventar algo nuevo para responder a cómo ser varón, cómo ser mujer, cómo saber-hacer para elegir una pareja, cómo elegir un futuro que conjugue el placer lúdico de la diversión con la responsabilidad. Preguntas desconcertantes para algunos, y aterradoras para otros.

Es llamativo observar prácticas de un lenguaje con modismos propios, ropaje un tanto extravagante, tatuajes y *piercing*, cuyo objetivo se encuentra vinculado a la posibilidad de crearse una identidad propia que marque límites precisos, en una edad caracterizada por lo inconmensurable. Rituales y modismos acompañan al adolescente con más fuerza cuando la apertura de los otros, los adultos, fracasa, cuando no valoran estos hechos para ofrecer posibilidades creativas y promisorias de un porvenir.

Así, el adolescente, a falta de espacio humanizado donde alojar su pregunta y su ser, donde podría verse a sí mismo como digno de ser amado, puede encontrar la salida en la identificación con una banda: ante la dificultad de encontrar un espacio de inclusión dentro de lo social, ante la falta de lugares y modelos basados en el respeto y la diferencia, aparece la exclusión, la segregación y la ruptura como respuestas fallidas para la construcción de un modo alternativo de existencia.

Crear un espacio para la conversación entre adultos y jóvenes, retomando su cultura y sus modos de expresión, permite re-introducirlos en el circuito de la palabra para que, paulatinamente, puedan ir construyendo una respuesta sobre quiénes son y plantearse un porvenir.

Adolescentes, escolaridad y autoridad

Otra expectativa importante es la generada por la prolongada etapa de escolaridad que mantiene a la generación actual como económicamente improductiva por muchos años. Los costos de la educación se convierten en una inversión considerable, de tal forma que la retribución que se espera de los jóvenes es aún mayor. Y si a esto se une el hecho de que las familias actuales son más cortas, la percepción de que menos hijos tengan que realizar el futuro de sus padres es más grande. Cuando las familias son más numerosas la dispersión de los vínculos entre los miembros es más amplia, de tal forma que los conflictos entre los miembros no se cristalizan tanto. Así, asistimos hoy a un hecho muy singular: la población joven se convierte cada vez más en un “bien escaso y caro”, que se pretende que brinde todo tipo de satisfacciones.

Estas características comunes en los núcleos familiares de hoy son productoras de una serie de síntomas en niños y adolescentes enfrentados a responder sobre lo que a cada cual le resulta imposible de tolerar. Por el lado de los padres, ante las dificultades de asumir las funciones de guía y de autoridad, desde muy temprano demandan madurez, independencia y responsabilidad a los niños y adolescentes. Así, es común escuchar decir a padres de niños de 11 años, al entrar a la secundaria, que deben manejarse solos porque ya están grandes. El resto es asunto del colegio. Veamos el relato decidor de Jorge, un joven que está furioso porque su papá lo ha castigado. Jorge cuenta que un día su padre, al llegar del trabajo muy por la tarde, le ha dicho: “¿por qué no te has bañado? ¡No has hecho el deber! ¿Y me quedas mirando con esa cara? ¡Estás castigado!”... “No me dio tiempo para decirle que nos habían cortado el agua y que se le había olvidado de comprarme el libro y que no pude recordárselo, porque el teléfono estaba cortado”.

El caso muestra cómo se confunde la independencia física con la independencia emocional, y desaparece así el referente simbólico que permite estructurar la vida de un niño -que empieza a encarar los enigmas de la sexualidad y los de inscripción social-. Un púber o un adolescente depende

de un adulto, no para sobrevivir, sino en cuanto a la escucha, el respeto, las normas y el afecto que permitan una forma de transmisión en el contexto de lo humano.

He hablado de la función de guía del adulto en la vida de un adolescente. Cabe ahora preguntarse sobre la función de autoridad en el ámbito de la educación, puesto que a las instituciones educativas les toca recibir a estos niños y jóvenes advenidos en estas nuevas modalidades de relación. Los maestros manifiestan sus dificultades para dar una instrucción adecuada, allí donde en frecuentes ocasiones hace falta inscribir un universo de normas y respetos esenciales en el acto docente. La utilidad del saber escolar para los jóvenes está esencialmente vinculada al hecho de que ellos comprendan que esto constituirá un instrumento para sus vidas, y no una acumulación de saberes sin ninguna relación con su mundo actual o para el porvenir.

En consecuencia, la existencia de una autoridad es esencial para la construcción de los jóvenes. Sin embargo, conviene distinguir los distintos ejercicios donde esta práctica se efectúa: la autoridad natural se encuentra vinculada a la responsabilidad inherente a quien toma esa función. Así, un maestro tiene que estar implicado en su quehacer en tanto no es un dispensador de conocimientos, sino un productor de un saber a la medida de los jóvenes que son sus alumnos. Los jóvenes perciben con facilidad los cambios de ánimo de sus maestros, sus posibilidades, sus falencias, muchas veces más pronto que ellos con respecto a sus alumnos.

La autoridad "autoritaria" es aquella que, tomando el nombre de la ley, de la norma o del programa, es ejecutada sin tomar en cuenta el interés o las particularidades de aquellos que se pretenden educar. Para los jóvenes, la autoridad "auténtica" proviene de aquellos maestros que son capaces de decirles cosas que tienen un valor para la vida, para sus vidas, y que entonces dan la impresión de que "el profesor sabe un montón de cosas sobre el tema". Ese estilo de transmisión, que permite una mayor libertad para formas de abordaje de la cuestión educativa, hace que niños y jóvenes se orienten hacia ese "saber-hacer"; un escenario donde la función del maestro tiene que variar, un

escenario que invita al ejercicio ingenioso, creativo y responsable que este más acorde con los intereses de cada cual (Lacadeé 2000).

Como se ve, autoridad y responsabilidad son dos caras de una misma moneda, y juntas son la única manera de incorporar al joven para gestionarse en la cultura.

Usualmente se piensa que los problemas escolares son productos de sistemas didácticos inadecuados. Se crean nuevas formas de enseñar, aparecen adelantos tecnológicos, todo para responder a la preocupación por el inmenso índice de fracaso escolar. Incluso la medicina se une al intento: desde la genética y la farmacología se afronta el problema de una "infancia insana". El maestro, abarrotado de actividades y de imperativos sociales, puede fácilmente rechazar su función; las instituciones educativas pueden no admitir a estos niños y adolescentes que presentan dificultades, porque se alejan de los perfiles ideales de habilidades y destrezas. Las consecuencias no se hacen esperar: largas filas de niños y jóvenes con problemas de aprendizaje, ADD, problemas de conducta, etc., son enviados donde los "Psi" para su reeducación, y aquellos obturan la posibilidad de esclarecer lo que no marcha en sus existencias.

Curiosa paradoja: a mayor adelanto de los sistemas pedagógicos, mayor número de niños y adolescentes que engrosan las filas de los inadaptables. Ante los limitados referentes simbólicos para los niños y adolescentes de hoy, se les delega una libertad y una responsabilidad sin que hayan hecho un ejercicio de ellas. Estos referentes se construyen cuando en los actos de sus vidas han recibido el apoyo de adultos que, habiéndoles permitido ciertos riesgos, estuvieron listos a dar una acogida a los interrogantes que dichas acciones puedan generar. Así se crean tanto sistemas de valores como leyes de intercambio social, estableciéndose límites comunes en la sociedad, formas de iniciar pactos que hacen susceptibles los procesos del aprendizaje; así el compromiso con sus aprendizajes se produce de otra manera: es un pacto de generación de ideas y conceptos en donde los lugares entre maestro y alumno son distintos, pero la relación con el saber es igual al por qué se hace posible una construcción conjunta.

Lo inédito de la pubertad

Luego de establecer algunas características de los jóvenes, unas nuevas y otras “reediciones modernas” de antiguos fenómenos, intentaré abordar desde la clínica psicoanalítica el tema de la pubertad para poder plantear aquello que es del orden de los fenómenos y discriminarlos de los hechos de estructura.

En 1905, en sus *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud plantea que después de la infancia se presenta cierto número de elecciones que no son definitivas y que son reactualizadas en la pubertad. Aquí, lo fundamental es que se realiza una rectificación retroactiva de lo que en el tiempo-lógica de la infancia se construyó.

Jacques Lacan planteará, posteriormente, que el sujeto humano se construye en torno a una dialéctica con el otro, caracterizada por un proceso de alineación referido a la inscripción del sujeto en el lenguaje, y de separación del otro, como objeto a, que llevará al sujeto, en su búsqueda restitutiva, a marcar todas las sustituciones posibles, en donde el deseo encuentra su razón de existir. Desde el punto de vista del psicoanálisis, esta operación hace posible la emergencia del sujeto humano, sujeto del inconsciente, sujeto del deseo.

¿Podría plantearse que ese proceso de verificación pondría al púber en la posibilidad de volver a elegir en todos los aspectos y, por lo tanto, constituirse en un momento de “todo lo posible” como a veces quisieran creer los jóvenes en esos momentos de euforia que a menudo podemos presenciar? ¿Por qué junto a dicho momento encontramos que los jóvenes se “deprimen” tanto, al punto de plantearse la muerte como una alternativa posible?

El psicoanálisis plantea que lo uno no desdice a lo otro. Por el lado de lo posible, se presenta el sinnúmero de respuestas que los púberes inventan para responder a un imposible, que es la restitución de ese “objeto a” perdido. Así, frente a la elección del objeto de amor, ésta puede ser heterosexual u homosexual, y aun cuando haya indicios de dicha elección de antemano, el púber debe decidir en este momento su elección para la vida.

El adolescente también tendrá que elegir sobre su posición sexual: ser varón o ser mujer. Esto

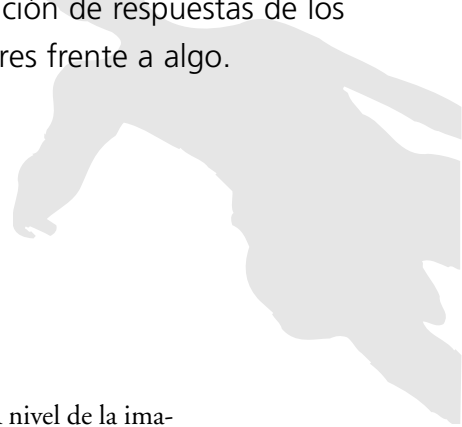
no es asunto de la biología, aun cuando ella existe: acceder a una posición femenina o masculina es un proceso que está marcado por un sinnúmero de avatares que van desde la definición de un lugar sexual hasta la pregunta sobre cómo responder al otro desde cada lugar, lugar que ya no es solo el plano sexual sino también el social, con incidencias sobre la estructura misma, y que en ocasiones puede verificarse en una eventual orientación a la perversión.

Hasta aquí podemos plantear la adolescencia como modos de respuesta que los púberes intentan formular frente a algo, algo que irrumpe de forma tal que las palabras fallan. Éstas se quedan cortas para nombrar y ordenar un surgimiento de algo totalmente nuevo, allí mismo donde no existe una respuesta preexistente ¿Acaso la “originalidad” de los jóvenes podría dar cuenta de esto?

¿Qué es lo nuevo que surge? A nivel de la imagen, los caracteres secundarios marcados por el discurso hacen aparecer al niño como distinto que antes y, a su vez, diferente a los otros, surgiendo así un rompimiento con aquella primera imagen y obligándolo a producir ajustes o transformaciones. El cuerpo se vuelve un extraño para sí como también para los adultos tutelares, replanteándose, en el mejor de los casos, las formas de relación desde lo simbólico, que en lo sucesivo estarán marcados por una separación de la figura de sus padres.

Las nuevas formas de relación del adolescente tomarán rasgo de otras personas y generalmente no serán por simple identificaciones sino por procesos bastante complejos donde esto pondrá en duda una buena parte de todo aquello que le vie-

Si el sujeto se construye en torno a una dialéctica con el otro, caracterizada por un proceso de alineación referido a la inscripción del sujeto en el lenguaje y de separación del otro como objeto a, la adolescencia puede plantearse como momento de creación e invención de respuestas de los púberes frente a algo.



ne de los adultos tutelares. “Los adolescentes son cuestionadores” frase comúnmente escuchada, da cuentas de estos procesos.

Sin embargo, la necesidad de que efectivamente existan algunas personas que puedan tomar esa función de sostén y respeto frente a lo nuevo que surge en los púberes es lo que haría posible ese proceso de búsqueda de respuestas frente a lo innombrable. De lo contrario, conductas como el alcohol, drogas y hasta el suicidio puedan surgir como modo de respuesta frente a lo innombrable de la pubertad.

¿Qué sería lo innombrable? Jacques Lacan dirá que lo innombrable es lo real entendido como la no-relación sexual. No se trata de decir que no existe la copula, sino de que no hay un saber instituido entre un hombre y una mujer: no hay un saber sobre como hacer frente a los enigmas del otro sexo, por más revistas, tratados o compendio que intenten dar una respuesta. Cada sujeto tendrá que inventar su propia respuesta y deberá aceptar que, después de todo, ella siempre será un tanto fallida, de tal forma que siempre tendrá que

inventar y crear. ¿Podría haber entonces titulado este artículo “adolescentes e invención”?

Bibliografía

Boureneu Mariane, Beauvais Anne-Marie y otros, 2001, “Laboratorio: la apuesta de la conversación”, en *Memorias de la Jornada del Centro Interdisciplinario de estudios sobre el niño* (CIEN), Buenos Aires.

Cottet, Serge, 1991, “Pubertad Catástrofe”, en *Logogrifo*, agosto, Caracas.

Freud, Sigmund, 1981 (1905), *Tres ensayos sobre la sexualidad*, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-analysis, London, England.

Lacan, Jacques, 1992, *Seminario 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Argentina.

Lacan, Jacques, 1981, *Seminario 20, Aun*, Paidós, España.

Stevens, Alexandre, 1998, “La adolescencia síntoma de la pubertad”, en *Actualidad de la práctica psicoanalítica, psicoanálisis con niños y púberes*, Ediciones Labrador, Argentina.

o

DEBATE

“El desarrollo no es sólo crecimiento del PIB”

Conferencia de Joseph Stiglitz¹

Por sus investigaciones y análisis de los mercados con información asimétrica, Joseph Stiglitz fue nombrado Premio Nobel de Economía en 2001 junto a George Akerlof y Michael Spence. Obtuvo su doctorado en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) en 1966. Es profesor en las universidades de Stanford, Oxford, Princeton y Columbia (NY). En 1979 obtuvo la Medalla John Bates Clark de la American Economic Association, la cual se otorga a los economistas menores de 40 años que han realizado contribuciones significativas a la Economía. En 1993 fue nombrado miembro del Consejo de Asesores Económicos del Presidente de los Estados Unidos; de 1995 a 1997 fue presidente de ese Consejo y como tal fue parte del gabinete del expresidente Clinton. De 1997 a 2000 fue Vicepresidente Senior de Economía del Desarrollo y Economista Jefe del Banco Mundial. Con autorización de Joseph Stiglitz, ÍCONOS reproduce aquí la conferencia que diera en la Corporación Financiera Nacional en su última visita a Ecuador.

Hoy quisiera hablar sobre los vínculos de algunas de mis investigaciones teóricas con varios de los problemas del desarrollo. Para iniciar quisiera señalar que en los últimos cincuenta años de historia económica hemos aprendido que el desarrollo sí es posible, pero ciertamente no es un proyecto con curso inevitable y predefinido.

Los éxitos en el desarrollo han sido mucho más grandes que lo cualquier persona hubiera anticipado hace cincuenta años: el Este asiático, China, Botswana, por ejemplo, han crecido a tasas realmente admirables y no es raro que en esa parte del planeta se hable de un “milagro”. Pero también han existido evidentes fracasos en la mayoría de los países subsaharianos de África, donde el ingreso per cápita ha descendido en las últimas décadas mientras que, al mismo tiempo, se encuentran plagados de enfermedades y conflictos civiles.

América Latina presenta un cuadro mucho más heterogéneo: han existido éxitos muy importantes, cambios notables, sobre todo en lo que se refiere a democratización y estabilidad económica; la hiperinflación que caracterizó el desempeño económico de la región en décadas anteriores ha sido contenida en la mayoría de los países. De igual manera, han existido fracasos importantes, sobre todo respecto a la desigual distribución del ingreso que se ha mantenido muy alta, tanto así que América Latina ha sobrepasado a cualquier otra región (aunque penosamente Rusia parece tener intenciones de competir en ese tema). A finales de los años noventa, el rápido crecimiento que se vio en los inicios de esa década se ha desplomado, lo que ha dado lugar a varias formas de ver y entender las experiencias de América Latina.

Los éxitos de los primeros años de los años noventa (incluso hasta 1996) se produjeron gracias a algunas reformas permanentes, como liberalizaciones y privatizaciones. Sin embargo, los críticos de estas reformas se preguntaban -y se preguntan- si esto fue crecimiento sostenible o si fue solamente

¹ Traducción: Pablo Pérez. Edición y revisión final: Edison Hurtado y Hugo Jácome.



De la necesidad de nuevos marcos teóricos: asimetrías de información y mercados imperfectos

Mientras se contempla la experiencia del rápido crecimiento en la primera parte de los noventa -y del que no estamos seguros si responden a un alcance o al surgimiento de una nueva base de crecimiento-, y luego se constatan las experiencias de estancamiento y otras peores en los últimos años de esa misma década, alguna gente está comenzando a preguntarse si las reformas fallaron o si es la globalización la que ha fallado en América Latina. En cierto sentido, estas dos preguntas están muy vinculadas: el movimiento reformista estuvo en gran medida basado en una idea sobre la globalización y en la creencia de que las reformas tenían que estar orientadas hacia abrir los países al mundo porque así se abrirían nuevas fuentes de crecimiento económico. Pero está claro que éstas no abrirían solamente nuevas fuentes de crecimiento sino también nuevas fuentes de inestabilidad. Realmente no sabemos las respuestas que den cuenta de estas preguntas y no las sabremos en los años que vendrán.

te un caso de lo que se conoce como “alcance” (*catch-up*) al estado previo a la crisis de los ochenta. En efecto, uno bien puede hacerse esta última pregunta considerando que la década perdida de América Latina (ochenta) significó que todo el crecimiento anterior cayó en un abismo; pero además, tomando en cuenta que donde quiera que una economía haya atravesado por un extenso período de estancamiento sin crecimiento o de contracción económica, en el período siguiente las tasas de crecimiento son más altas que las normales simplemente por el proceso de alcance, de restauración de los niveles anteriores a la crisis. Así, el éxito económico del inicio de los años noventa, desde la perspectiva de algunas personas, no fue nada más que un alcance a los niveles de las economías de inicios de la década de 1980. Luego, con la crisis financiera global de alrededor de 1997, los pocos años de crecimiento de los noventa bajo las doctrinas de crecimiento y liberalización llegaron a un agujero demoledor, y país tras país comenzaron a encarar recesión, estancamiento o situaciones peores.

Lo que sí debemos tener claro es que al hacer juicios sobre estas experiencias y al tratar de obtener certeza sobre el rumbo de la economía, inevitablemente debemos respaldarnos en modelos de análisis (*frames*), en supuestos teóricos y en las experiencias obtenidas de distintos países, y esto nos ayuda a formarnos un juicio sobre qué políticas serían las más apropiadas para tener éxito.

Estas teorías son probadas y confirmadas de una variedad de formas. Así, mientras los economistas son fuertemente proclives al uso de modelos estadísticos, tenemos que recordar que en otras disciplinas, en otras ciencias, como astronomía, éstos no son los únicos métodos para confirmar una teoría. Ideas como los agujeros negros y la teoría de la relatividad fueron confirmadas por una, dos o varias observaciones y no realizando un test estadístico. Aquellas teorías -que cuentan con cierto consenso- que dicen que el desempleo no existe, que un incremento en la oferta de trabajo automáticamente creará un incremento en la demanda, son, creo yo, no persuasivas. El punto es que a veces se pierde de vista que teorías de polí-

tica económica basadas en tan malas teorías económicas son propensas a fallar.

Bajo las perspectivas que voy a tratar de argumentar hoy, no debemos ver solamente las pruebas estadísticas para rechazar o adoptar los modelos teóricos. Si damos atención a temas como el desempleo, podríamos ver otros supuestos no incorporados en muchas

teorías; teorías que se muestran muy lejos de la realidad que cualquier conclusión basada en ellas simplemente no podría ser confiable.

Para ilustrar estas deficiencias de los marcos teóricos tradicionales, permítanme contarles un poco de mi trayectoria personal, que es la única forma en la que pude vivir y experimentar ciertos procesos. Yo crecí en Gary, Indiana, una pequeña población ubicada en la orilla sur del lago Michigan. Gary es muy notable porque refleja el período de industrialización de los



Estados Unidos. Fue fundada en 1906 como una ciudad productora de hierro y su desarrollo estuvo acompañado por el crecimiento de la industria minera y siderúrgica de los Estados Unidos, de tal forma que su historia refleja el crecimiento y el ocaso de la base industrial de mi país. Actualmente Gary se encuentra aún habitada, pero su población se ha reducido mucho y se ha convertido en una ciudad relativamente pobre. Conforme crecí en este pueblo productor de hierro pude ver pobreza, discriminación y muchas otras cosas que estaban mal en el sistema económico. En particular, observé el hecho de que periódicamente había altos niveles de desempleo. Sin que sea su culpa, la gente perdía frecuentemente sus trabajos y no existía nada similar al “pleno empleo”. Las teorías

económicas que ignoraron estos fenómenos ignoraron la pobreza y la discriminación, negaron que éstos fueran lo suficientemente claros, rechazaron que existiera el desempleo o afirmaron que no eran importantes. En mi juicio, estas teorías estaban cruelmente erradas.

Cuando comencé a estudiar economía en el Massachusetts Institute of Technology (MIT), me encontré en una posición muy curiosa porque mis profesores también estaban preocupados por temas como la pobreza, la discriminación y el desempleo. Pero los modelos enseñados, las teorías sobre las que nos sosteníamos, eran lo estándar dentro de las teorías del equilibrio que habían dominado el pensamiento por 450 años. Estas teorías decían que no existía el desempleo y simplemente ignoraban la importancia del mismo. Decían que se podía separar los aspectos de igualdad y distribución de aquellos referentes a eficiencia económica y, entonces, la economía debía tratar básicamente sobre la eficiencia y el crecimiento, y realmente no debía preocuparse por otras dimensiones.

Un poco después, en los sesenta, conjuntamente con George Akerlof, un colega y compañero en MIT, encontramos estas ideas y modelos realmente inaceptables. Sabíamos que algo estaba mal, que esas teorías no estaban capturando una parte importante de la realidad de nuestras sociedades y de nuestro país. Pasamos muchas horas, muchos días discutiendo sobre qué estaba mal. Sabíamos que varios supuestos estaban claramente errados, como que en competencia perfecta, en función del precio, la pendiente negativa de la curva de demanda me da la posibilidad de vender tanto como yo quiera.

En general, identificamos una serie de supuestos en el modelo de competencia perfecta que simplemente estaban errados. Así, existían otros problemas fundamentales con el modelo de mercados perfectos, la panacea de la mano invisible: había muchas circunstancias en las que los mercados simplemente no existían. En algunos países los individuos no podían endeudarse, no podían comprar seguros contra riesgos pese a que los estaban demandando. En algunos trabajos e investigaciones exploré las consecuencias de esta ausencia de mercados. Por ejemplo, en un documento

Algunas políticas económicas se basan en desafortunados marcos teóricos y por eso fallan. El supuesto de la información perfecta, por ejemplo, simplemente está errado: hemos demostrado que pequeñas cantidades de imperfección en la información cambian radicalmente el comportamiento de la economía.

que hicimos conjuntamente con David Newbery exploramos las consecuencias de la ausencia de mercados de riesgo para una liberalización del comercio y mostramos que una de esas consecuencias -cuando hay mercados de riesgo imperfectos- eran que la liberalización pondría a todos peor.

Hoy la importancia del riesgo está siendo reconocida mayormente. Por ejemplo, como una excepción a los contenidos de los reportes de desarrollo, hace un año el Banco Mundial entrevistó gente pobre y les preguntó cuáles eran los elementos de su vida que más les impresionaban. Como resultado no solamente obtuvieron que a escala mundial la gente carecía de ingresos, sino que repetidamente se referían al hecho de la inseguridad: encarar inseguridad respecto a sus ingresos, respecto a la violencia, respecto a la salud, etc.

Los modelos que trabajamos durante ese período ponían énfasis en el hecho de que en ausencia de mercados riesgosos, una inusual apertura podría estar expuesta a altos grados de volatilidad y con esto provocar severos efectos en el bienestar de la sociedad, aún más severo de lo que la sociedad en su conjunto estaba dispuesta a aceptar. En estudios empíricos subsecuentes hemos confirmado esos resultados, pero entonces necesitamos realizar una ulterior pregunta: ¿por qué no están presentes los mercados?, ¿Por qué ninguna de esas ausencias de mercados de riesgo esta contemplada dentro de los modelos teóricos tradicionales?

Todo apuntaba a que el supuesto de la información perfecta, uno de los más importantes pues había sustentado durante 150 años a los economistas del modelo tradicional, simplemente estaba errado. Por supuesto que los economistas no creían que la información era perfecta pero era mucho más fácil escribir modelos que la asumían, y se esperaba que la economía real, en la que la información no era perfecta, fuera bien descrita por esos modelos. Esto no se basaba en ninguna teoría o conclusión empírica, solamente era una esperanza. De hecho, una de las conclusiones más importantes del trabajo que George Akerlof y yo hicimos fue enseñar que esa esperanza no es cierta, que inclusive pequeñas cantidades de imperfección en la información cambian la forma en la que la economía se comporta. Por ejemplo, si la información es imperfecta la competencia será

imperfecta; con competencia perfecta, si bajas tus precios puedes vender tanto como quieras; con información imperfecta, si bajas tus precios puede ser que tus clientes no lo sepan. Efectivamente, una de las aplicaciones de nuestro análisis era enseñar que aunque existieran muy pequeños costos de búsqueda de información, y aunque el mercado tuviera un gran número de empresas (competencia), los precios podrían estar mucho más cercanos al de monopolio que al precio estándar que los modelos de competencia predicen.

Es decir, nuestro trabajo sólo enfatiza en lo que todo estudiante de administración de empresas habla: la importancia del marketing y el acceso a los mercados. Aún así, la teoría económica tradicional niega la importancia de los temas en los que muchas personas y escuelas de negocios pasan pensando todo el tiempo. En síntesis, la teoría de competencia imperfecta reta el supuesto de competencia perfecta y por ende el trabajo o las ideas desarrolladas en Princeton que argumentan y tratan de desarrollar mejores modelos de ésta.

Otro ejemplo: la teoría económica tradicional dice que nunca ha existido la restricción del crédito, que los países pobres pueden tener acceso a créditos tal como lo tienen los países ricos y que las empresas nuevas tienen acceso al crédito tal como los tiene General Motors o grandes corporaciones; por supuesto, esto parece muy poco realista, por decir lo menos.

Las teorías que hemos desarrollado en términos de la información imperfecta explican, por ejemplo, por qué al existir restricción de crédito, y aunque existiera un exceso de demanda por créditos, los bancos simplemente no alzan la tasa de interés. La explicación es que al incrementar la tasa de interés los bancos sólo atraparían créditos riesgosos, aquellos que estarían deseosos de pagar la tasa de interés más alta con el mayor riesgo consecuente y la mayor probabilidad de no pago, en detrimento de aquellos que con una tasa de interés más baja aseguran el pago.

La teoría tradicional, como ya mencioné, ha asumido que no existe cosa alguna como el desempleo. La verdad es que si no existiera el desempleo nuestra vida sería muy aburrida porque, en cierto sentido, lo que siempre estamos tratando de

hacer es mantenernos en acción. Pero como macro-economista debo decir que la realidad es que el desempleo es algo que los gobiernos de todo el mundo afrontan. La Gran Depresión fue un evento real pese a que a algunas personas les gusta reescribir la historia y pretender que nunca ocurrió. En la Gran Depresión en los Estados Unidos, uno de cada cuatro trabajadores no tenían trabajo y no estaban disfrutando del ocio como lo afirma la teoría tradicional. En muchos casos, la idea del desempleo como ocio no era una explicación de economistas, pero las ideas y hechos que sucedían entre los economistas eran al menos para avergonzarse. Sin embargo, hay una gran escuela de pensamiento en los Estados Unidos que trata de explicar el desempleo desde el punto de vista de cierto gusto por el ocio. Si fuera así, lo que sucedió en Estados Unidos en 1933 es que cerca de la cuarta o quinta parte de la población decidió que disfrutaba más estar en la casa que trabajando. Si esa es la perspectiva, por su puesto que no hay necesidad del gobierno ni del Estado ya que la gente simplemente quiere disfrutar del ocio: déjenlos disfrutar de hacer lo que ellos desean, esa es una forma más eficiente de manejar la economía. Pero mucha de esta gente no parecía muy feliz con todo su ocio: la tasa de suicidios y divorcios subió, y como parte de toda esa alegría de ocio disfrutado, algunas protestas surgieron por todo el mundo, situación que también es difícilmente consistente con el punto de vista de que el desempleo era solamente un disfrute del ocio.

Por otro lado, las teorías que hemos desarrollado sobre información asimétrica ayudaron a explicar por qué las empresas no rebajarían sus sueldos aunque hubiera un exceso de oferta de trabajo y, por ende, el desempleo pudiera convertirse en un fenómeno persistente. La información asimétrica mundial que George Akerlof y yo estudiamos es sólo un aspecto de la información imperfecta, aunque es uno de los aspectos más importantes de ella. La información asimétrica se refiere, como ya lo mencioné anteriormente, al hecho de que algunas personas conocen más información que otras. Uno de los aspectos más importantes de estas teorías es que la información asimétrica puede ser creada: las empresas deliberadamente crean prácticas que tratan de incrementar

la disparidad de información entre ellas y otras. Así, los administradores que tratan de volverse insustituibles en las empresas pueden tornarse difíciles de ser despedidos si incrementan la información asimétrica. Puede ser que ustedes conozcan personas que crean un sistema de computación que nadie más puede decodificar; más aún, actualmente hay algunos ejemplos en algunos países donde el administrador del banco ha creado un sistema computacional que sólo él puede usar y así, aunque el banco esté quebrado, no puede ser despedido porque de otra forma toda la información del banco desaparecería. Yo no quiero impulsar a que ustedes lo hagan, pero lo que sí quiero enfatizar es que las asimetrías de la información no simplemente existen sino que son creadas por el hombre en muchas ocasiones.

Una de las principales implicaciones de esta línea de investigación es que el más importante resultado del pensamiento económico, la “mano invisible” de Adam Smith, que argumenta que los mercados competitivos por sí mismos apuntan a una eficiente colocación de recursos sin ninguna intervención estatal, está simplemente equivocada. Hay una importante función para el gobierno y en general para el Estado. La forma técnica como hemos descrito este punto es que los mercados competitivos con información imperfecta, y todos los mercados tienen información imperfecta, no son necesariamente óptimos y que, como ya lo mencioné anteriormente, existe un principio según el cual las intervenciones del gobierno en el mercado existen y mejoran el bienestar de cada miembro de la sociedad.

Actualmente, una muy importante corriente de investigación, sobre la que no tengo tiempo de hablar, enfatiza que existen imperfecciones de información que también afronta el gobierno. Pero no se trata de comparar un gobierno idealista con un mercado imperfecto, sino de comparar gobiernos con mercados, ambos encarando corrientes de información; se trata, en definitiva, de que existe un rol importante para el gobierno en las economías nacionales.



Los errores del Consenso de Washington

Una de las razones por las que este particular grupo de resultados es tan importante para la economía del desarrollo es que debilita los fundamentos intelectuales del Consenso de Washington en torno a cómo deben desarrollarse los países -y que se tornaron predominantes en instituciones económicas internacionales en Washington y en la Tesorería de Estados Unidos durante los ochentas y noventas-. Cuando se debilitaron estos fundamentos intelectuales del Consenso de Washington, también se debilitaron sus recomendaciones de políticas. Ahora trataré de describir brevemente algunos ejemplos de estas prescripciones que, desde la perspectiva de este nuevo enfoque de economía de mercado, enfatiza en la importancia del mercado pero niega que son perfectos en la forma que asume el Consenso de Washington.

Por supuesto que muchas de las recomendaciones de políticas inspiradas en el Consenso de Washington tienen mucho sustento. Pero la pregunta es: ¿qué hay de los resultados?. Por ejemplo, es obvio que los países no pueden crecer bien si experimentan hiperinflación; de ahí la importancia para los gobiernos de implementar macro políticas anti hiperinflacionistas. Pero, ¿qué tan bajo hay que llevar los niveles de inflación si para ello

hay que incrementar las tasas de interés a niveles muy altos y si con esto se está imponiendo un costo demasiado caro a la economía nacional, costo que excede el beneficio de la reducción de la inflación? Este es un ejemplo donde el efecto de los resultados se torna de lo más importante; sin embargo, hay un ápice de verdad en el énfasis del Consenso de Washington sobre el peligro de inflación en exceso, pero desafortunadamente es muy frecuente que este hecho sea llevado a extremos.

Quiero ilustrar las diferencias entre los puntos de vista del Consenso de Washington y aquellos que son sugeridos por los nuevos modelos de la economía -que difícilmente son “nuevos”, ya que tienen 20 años de antigüedad, pero con el interesante hecho de que en el mismo período en que éstas ideas eran desarrolladas para su aceptación en la academia, eran completamente ignoradas por el Consenso de Washington y, por ende, existía una gran divergencia entre la política por un lado y la investigación por el otro-. Déjenme hablar sobre dos elementos en particular: las privatizaciones y el mercado financiero globalizado.

Las privatizaciones

Sobre las privatizaciones el hecho es que cuando se trata de trasladar una empresa del Estado al sector privado debe ser necesariamente para incrementar la eficiencia y la productividad. Pero en *The Fundamental Theory of Privatization* David Newbery y yo explicamos que cuando hay información imperfecta las privatizaciones no son eficientes. En muchos casos las privatizaciones han sido revertidas, como la de las carreteras en México. De igual manera, los Estados Unidos han iniciado sólo una privatización en los últimos diez años, y fue un desastre. A propósito, recuerdo una imagen de Reagan -en algunas reuniones de los jefes de los países occidentales industrializados a las que usualmente asistía- conversando sobre la mejor manera de llevar a cabo las privatizaciones y diciendo que Gran Bretaña está privatizando 6 billones, que otros están privatizando 3 billones y así por el estilo. Pero lo real era que Estados Unidos sólo tenía un plan de 2 billones en Texas y, finalmente, salieron con una privatización en la que

nunca nadie hubiera pensado: la privatización de la fabricación de bombas atómicas. En realidad, ni siquiera la privatizaron sino que sólo privatizaron la fabricación de los principales ingredientes de la bomba atómica, y una vez que ya tienes eso, sólo es cuestión de ver en la web cómo armarla. Esa privatización en particular ha sido un desastre y ahora hay una corriente en el Congreso solicitando su nacionalización.

Bueno, lo que quiero decir es que han existido una serie de problemas con las privatizaciones, algunas de las cuales han sido ilustradas con el último ejemplo, pero lastimosamente no tengo el tiempo para entrar en detalles, así que déjenme ir hacia otros problemas que han tenido las privatizaciones en el mundo.

El primero de estos problemas se refiere al hecho de que cuando privatizas un monopolio, algunas veces encuentras que la empresa es más eficiente que cuando era manejada por el gobierno, pero más eficiente para explotar a los consumidores: el resultado es que los precios suben y los consumidores no se encuentran en mejor situación. Hay ejemplos como el que vi en África en el que un país privatizó un monopolio -obviamente con el apoyo del Banco Mundial-, y esto trajo consigo el incremento de los precios de las conexiones de internet, de tal forma que incluso la gente rica en las universidades no se lo podían permitir.

Un segundo problema tiene que ver con el desmantelamiento de las empresas. Este se ha convertido en un muy importante problema en aquellos países donde las medidas de privatización han sido acompañadas de tasas de interés muy altas. La idea de la privatización era poner empresas en una base formal y proveer mejores incentivos para inversión y crecimiento. En vez de esto, muy a menudo las empresas privatizadas antes que crear riqueza se dedicaron al desmantelamiento de sus activos. De nuevo, esto se produce por una razón muy obvia: si las tasas de interés son altas, a las empresas no les conviene invertir y es más provechoso desmantelar los bienes que consiguieron en barata en privatizaciones signadas por la corrupción.

Un tercer problema nos involucra con las estructuras de gobierno, esto es, con el problema de establecer una serie de reglas que definan el mane-

jo de las empresas públicas, quién toma las decisiones y quiénes están interesados en las decisiones que se toman. Estos problemas son verdaderos ejemplos de información. Veamos: aún con información perfecta, como es el caso de las viejas teorías económicas, los administradores de las empresas no siempre toman las decisiones que maximizan el costo de la firma; nunca deciden algo que simplemente vaya en el interés de la empresa. Los administradores de las empresas estatales deberían venderlas en el más alto costo posible, pero lo que sucede es que los administradores no siempre son bien disciplinados y están más interesados en conseguir su propio enriquecimiento más que el de los accionistas de la empresa (el Estado). Ya en las teorías modernas se reconoce que hay una distinción entre la administración y la propiedad de la misma. Así, muchas privatizaciones se dan bajo algunas estructuras legales inapropiadas que necesitan llevar a cabo un desmantelamiento antes que la creación de riqueza como producto de la venta. Las experiencias que hemos visto en economías en transición respaldan fuertemente este tipo de conclusiones. Si las vemos en conjunto observamos que cuando la privatización ocurre en países en los que las estructuras de gobierno son débiles, su impacto en el crecimiento económico es cero y, por el otro lado, cuando existen fuertes estructuras de gobierno, puede existir un efecto positivo en el crecimiento económico.

Finalmente, los dos últimos puntos ha dado pie para que la privatización haya sido muy frecuentemente asociada con corrupción, tanto que en algunas partes del mundo ha sido llamada "roberización" ("*roberization*"). La idea simplista que está detrás de los enfoques de muchas instituciones económicas cuando explican a los países las ventajas de la privatización es algo así como lo siguiente: "si tienes las empresas estatales hay un riesgo real de que las personas que están en ellas sean corruptas y estén robando la riqueza del país". Y eso era indudablemente cierto, pero tenían una muy ingenua idea sobre el proceso político; lo que avizoraban era que después de haber realizado el sermón sobre la corrupción, el proceso político y la necesidad de iniciar con el proceso de privatización, los oficiales gubernamentales

responsables de llevar a cabo el proceso dirían: “aleluya, ahora entendemos que somos pecadores, pedimos perdón por haber pecado por tanto tiempo; ahora privatizaremos de tal manera que nunca más estemos tentados a pecar”. Ese era el modelo. La realidad fue que ellos dijeron: “aleluya, ustedes nos han dado una idea que no habíamos tenido antes: ¿por qué compartir los beneficios de la corrupción con los políticos futuros?. Podemos tener ahora el valor de toda la corrupción futura. En otras palabras, si privatizamos podemos robar no sólo el flujo sino el stock y eso es mucho más. Nos han dado un nuevo vehículo para la corrupción a un nivel tan alto que nunca se nos había ocurrido antes, muchas gracias”. Luego de agradecer a las instituciones económicas internacionales por abrirles los ojos, estos grupos avanzan en el proceso de privatización.

Por supuesto, el problema es que si ese fuera el final de la historia tal vez no sería tan malo. Si los nuevos dueños, ahora particulares, que tuvieron acceso a los activos por una fracción de su valor, hubieran iniciado un proceso productivo utilizando eficientemente los recursos, todo hubiera trabajado bien. Pero de hecho lo que sucedió país tras país es que con la nueva base de riqueza, la nueva elite decidió que podía utilizarla no para iniciar un proceso de creación de riqueza sino para continuar obteniendo recursos adicionales para sí mismos mediante el debilitamiento del proceso político, por ejemplo, no pagando impuestos y sobornando a las autoridades impositivas. De ahí que con este esquema de corrupción en las privatizaciones, las elites adquirieron una base de riqueza que les permitió perpetuarlo.

Todos estos son algunos de los problemas de la privatización sobre los que un modelo de economía simplista no llamaría su atención pero que, en un modelo que se enfoca en la información imperfecta y las limitaciones de la misma, inmediatamente se resaltan. Por eso, las fallas de las privatizaciones son realmente consecuencia de fallas en la aproximación analítica a estos problemas, aproximaciones que tienen que ver con supuestos y marcos teóricos muchas veces instrumentalizados de forma tendenciosa.

Los mercados financieros

Los mercados financieros en proceso de liberalización representan otro ejemplo donde existieron problemas predecibles y que, en efecto, fueron predichos en la mayoría de los casos, pero no tuvieron eco en las políticas ortodoxas que finalmente se tomaron pues

éstas se sustentaban en teorías clásicas “irrefutables”. Por ejemplo, la noción de “banca libre” según la cual se pueden eliminar todos los roles del gobierno y las supervisiones, ha sido tratada relativamente pocas veces, aparentemente porque cada vez que se ha tratado de implementarla ha sido un desastre. Uno de los vecinos de este país, Chile, lo intentó una vez y efectivamente fue un desastre. Pero el hecho es que han existido intentos de limitar la supervisión del gobierno en la liberalización de los mercados financieros; el argumento expuesto ha sido que la supervisión del gobierno debería limitarse a los requerimientos del activo recibido y que otro tipo de intervención interferiría con la eficiencia del mercado de capitales. Eso está simplemente errado.

Tailandia es un ejemplo de cómo políticas de supervisión mal dirigidas, ideología sustentada por el Consenso de Washington porque deja de lado el rol de la información, pueden llevar a un desastre. En los ochenta, Tailandia tuvo enorme éxito en su desempeño económico basándose en un sistema financiero muy bien regulado: tenía restricciones en inversiones especulativas en bienes raíces. Estas restricciones obedecían a dos motivos: el primero se refiere al hecho de que se dieron cuenta que inversiones especulativas en bienes

Los éxitos de algunos países no se dieron por seguir los preceptos del Consenso de Washington sino por seguir políticas adoptadas en sus propios términos y condicionantes; políticas muy selectivas que, aunque adoptaron muchos temas inherentes a la liberalización, no priorizaron en las privatizaciones.



raíces eran el origen de fuertes crisis financieras y que éstas a su vez eran la fuente de mucha de la inestabilidad financiera alrededor del mundo. Asociada con el mercado de bienes raíces, una enorme cantidad de países tuvo la experiencia de crecimientos y contracciones traumáticas; los tailandeses no quisieron tener esas crisis en vista de que su economía era muy frágil como para experimentarlas. Segundo, se dieron cuenta que eran una economía pobre que necesitaba crear puestos de trabajo y era más lógico invertir en fábricas que en edificios de oficinas vacíos. Pero a Tailandia llegaron los expertos extranjeros que le aconsejaban liberalizar y que si es que el mercado les decía que era mejor invertir en oficinas vacías, que confíen en el mercado. Lamentablemente, esto es lo que hizo Tailandia. Con ironía debo decir que sin embargo, no llegaron al éxito de Norteamérica: en Texas hubo un nivel de desocupación del 30% antes que la burbuja de bienes raíces explotara, mientras ésta explotó en Tailandia tan sólo con un nivel del 20% de desocupación... ¡tal vez la próxima vez lo harán mejor! Lo que está detrás de este ejemplo es que la crisis que se inició en 1997 en el este de Asia fue de largo el resultado de la liberalización de sus mercados financieros, en la que al no dudarlo le fue bastante mal a todo ese conjunto de países.

Al mismo tiempo, las ideas sobre información de las que hablé anteriormente jugaron un rol importante en el pensamiento sobre los procesos de reestructuración. No obstante, los enfoques del Consenso de Washington proveen muy poca información sobre los roles apropiados del gobierno en el proceso de reestructura, probablemente porque en modelos con información perfecta nunca hay quiebras; después de todo, con información perfecta, quién prestaría a alguien que no va a pagar; lo que demuestra que la sola existencia del quiebre de bancos es un ejemplo más de las imperfecciones de la información.

Pero, por otro lado, los modelos macroeconómicos que eran la base de las políticas del Consenso de Washington -que fueran tan desastrosas en el este asiático-, simplemente consideraban a la quiebra cuando ésta estaba en el centro de los problemas. En el caso de Indonesia y Corea, para la época en que las quiebras fueron inducidas con las

políticas de altas tasas de interés, el 70% y 50% de las empresas fueron impactadas, respectivamente.

En resumen, el Consenso de Washington estuvo basado en un modelo económico equivocado que muy seguidamente confundía ganancias con medios. En otras palabras, tomó privatizaciones y liberalización como ganancias de por sí, más que como medios para crear una mejor economía. Ciertamente, malos modelos llevaron a malas recomendaciones de políticas y a enfoques muy estrechos. Por ejemplo, esos malos enfoques llevaron a enfatizar en un excesivo monitoreo de la banca internacional y en tasas de interés muy altas, lo que exacerbó los problemas de las economías nacionales. Modelos equivocados también llevan a estrechar el enfoque analítico, por ejemplo, en el sentido de que más que debilidades del mercado financiero, se esperaban crisis de tipo macroeconómicas, lo cual estuvo errado.

El fondo de todo esto se refiere a que -como señalé al inicio de mi presentación- han existido grandes éxitos en términos de desarrollo económico, en los países del este asiático por ejemplo, pero la mayoría de los éxitos de los países del mundo no se dieron por seguir los preceptos del Consenso de Washington. El éxito se dio por seguir políticas adoptadas en sus propios términos, bajo sus propias condicionantes; políticas muy selectivas no enfocadas sólo a un tema en particular sino a problemas generales, y aunque adoptaron muchos temas inherentes a la liberalización, no priorizaron en las privatizaciones.

“El desarrollo no es sólo crecimiento del PIB”

El enfoque que hemos desarrollado sobre la información imperfecta ha ayudado a explicar muchas de las fallas de los modelos convencionales. En cierto sentido, se trata de un ataque desde dentro en las teorías económicas convencionales, un ataque que aceptó el marco básico, el modelo utilizado por economistas durante décadas, y realizó pequeñas modificaciones a dichos modelos en una forma que nadie podría objetarlo. En otras palabras, tomó los modelos y dijo claramente que en todos ellos se reconocía que la información es

imperfecta. A partir de allí, he intentado explorar las implicaciones dentro de ese modelo de imperfecciones de la información; los resultados fueron bastante traumáticos: se enseñó que el modelo convencional que asumía información perfecta no era robusto y uno no podía sustentarse en él para ninguna recomendación de política.

Mi colega George Akerlof realizó adicionalmente dos ataques a los supuestos fundamentales de ese modelo. Por un lado, atacó los supuestos sobre el sustento y la confianza de los individuos y sobre las relaciones entre los individuos y la sociedad; por otro lado, también atacó aquél que afirmaba que las instituciones no eran relevantes. Lo que George enfatizaba era que los individuos existen dentro de una sociedad y que hay un importante constreñimiento social a las acciones de los individuos; las normas de conducta y las nociones sociales sobre justicia afectan el comportamiento de los individuos como tales, pero también el de la sociedad en su conjunto.

Éstas ideas influyen directamente en el punto de vista que sobre el desarrollo he estado elaborando en los últimos años y sobre los que ahora quiero referirme. La perspectiva sobre el desarrollo que he estado impulsando para su discusión se refiere al de la transformación de la sociedad de una manera integral. Déjenme contrastarlo con el tipo de puntos de vista sobre el desarrollo que predominaron en los modelos del Consenso de Washington. Según esos puntos de vista, las diferencias entre países subdesarrollados o en vías de desarrollo con aquellos ya desarrollados o aún con los pequeños con altos niveles de inversión, se referían a la falta de capital (luego incluyeron al “capital humano”) y a la ineficiente utilización de sus recursos. También argumentaban que los mercados aseguraban la eficiente ubicación de los recursos y, por ende, la mayor explicación para la falta de eficiencia era la intervención del Estado. Por consiguiente, la mejor forma de apoyar el desarrollo era sacar al Estado de los procesos económicos. Así se generaba una clara y simple recomendación para el desarrollo: quitar del medio al Estado, privatizar y liberalizar.

Bueno, como ustedes saben, muchos países ya han hecho esto por mucho tiempo y todavía están esperando los resultados; están esperando que el desarrollo se genere y, de hecho, es muy claro que

estas recomendaciones no son suficientes para garantizar el desarrollo.

El desarrollo tiene algunos aspectos adicionales que considerar. Como dije anteriormente, se trata en el fondo de una transformación de la sociedad, de un movimiento que cambie relaciones tradicionales y viejas formas de pensar. Por ejemplo, que cambie formas tradicionales de tratar con la salud, con educación y con los métodos de producción hacia formas modernas que involucren el reconocimiento de que el cambio es posible (uno no tiene que hacer las cosas como se hicieron el último año o la última generación o durante los últimos 50 años). Se trata de aceptar el cambio, pero también de promoverlo. Un importante ingrediente de ello es el fuerte énfasis en lo que yo llamo “las formas científicas de pensar”.

Si se aceptan estas perspectivas, las implicaciones que se derivan son muy importantes. Déjenme señalar tres: a) una de las mejores es aceptar que una economía que eleva su PIB no es una economía desarrollada; es decir, un país puede incrementar su producto per cápita desarrollando -por ejemplo- una mina en una remota esquina del país, pero no se crea ningún país desarrollado, todo lo contrario, puede permanecer subdesarrollado en todas las formas en las que una sociedad funciona; b) si es que vamos a hablar sobre desarrollo tenemos que ir más allá de la economía, más allá del modelo del Consenso de Washington, y pensar en otros aspectos de la sociedad; c) otra de las implicaciones es el cuestionamiento de la autoridad si ésta representa la forma tradicional en que se hacen las cosas; en este caso, la pregunta sobre la autoridad sería si ésta se genera por líderes nacionales o por imposición de las instituciones del exterior. De ahí que la democracia sea un ingrediente tan importante en el proceso de transformación del desarrollo: el cambio no puede ser forzado ya que parte del mismo cambio asociado con el desarrollo es la transformación en las formas de pensar, cambios que deben venir desde dentro del país como un resultado de la discusión y el diálogo. Así, una parte importante del avance en el proceso del desarrollo es justamente desarrollar estrategias que involucren tenencia y participación.

La concepción del desarrollo como transformación social nos lleva a enfocarnos en qué la pro-

mueve, qué la sostiene, qué puede canalizar el cambio y qué puede impedirlo. Ya he dado algunos ejemplos que pueden incidir en las formas de pensar el desarrollo. Por ejemplo, se afirma que los recursos naturales de por sí no llevan hacia el desarrollo, pero, al mismo tiempo, bien pueden conducir hacia corrupción en el tema de apropiación,

explotación y manejo de los mismos, lo que es contraproducente para el desarrollo. Por otro lado, se afirma que la educación es la clave para el éxito del desarrollo entendido como transformación social, pero no sólo hay que referirse a cuánta educación, sino a qué es lo que va dentro de la educación, qué calidad tiene. De lo contrario uno se pregunta, ¿educación para qué?. Por ejemplo, en Etiopía, uno de los tantos países “en vías de desarrollo”, el 85% de la población vive tradicionalmente en el sector rural; la educación ha sido normalmente vista como una forma de movili-



dad social, una forma de conseguir trabajo en la ciudad, pero esto no es parte integrante del plan de desarrollo y el nuevo gobierno ha dispuesto que la mayor parte de la gente que ha sido educada en el sector rural, debe permanecer en este sector la mayor parte de sus vidas. Si queremos contribuir al desarrollo debemos preguntar: ¿cómo puede la educación ser una vía de mejoramiento en la sociedad?, ¿cómo podemos ayudar a formar agricultores más productivos?. Estas podrían ser pautas que incidan en las reflexiones sobre el desarrollo y que permitan pensarlo como una transformación social en general y no sólo como crecimiento en el PIB.

Bajo la perspectiva que estoy tratando de argumentar, la falla del Consenso de Washington no radica solamente en que tiene el modelo equivocado de la sociedad -en términos de modelos económicos e información y competencia perfectas-, ni sólo en que no fue bien diseñado ni siquiera para países desarrollados, peor aún para países en desarrollo, sino que tampoco se enfocó hacia el desarrollo en términos de una transformación de la sociedad.

El desarrollo como transformación de la sociedad

Ya he argumentado que en el desarrollo se debe tener un conjunto más amplio de objetivos, que se enfoquen no sólo en el crecimiento del PIB sino hacia los estándares de vida, es decir, crecimiento sostenido y desarrollo de la democracia. Ahora, en los pocos minutos que quedan, quisiera tratar de elaborar cuatro aspectos particulares de esta tema que pienso son importantes en las reflexiones sobre el desarrollo que pretendan ir más allá de la economía neoclásica.

Aprender de los errores

Lo primero es que si revisamos las fallas del desarrollo, si realmente queremos estudiarlas, tenemos que pensar no sólo en países que han tenido éxito sino también en aquellos que han fracasado. Por ejemplo, los fracasos en África son asociados con conflictos civiles pues este continente se ha caracterizado por guerras dentro y entre países y, obviamente, esa clase de conflictos no crean un ambiente atractivo para la inversión, para realizar negocios y, por ende, no hay condiciones que faciliten el crecimiento económico. Pero los conflictos tienen muchas fuentes y algunas de ellas están relacionadas con la economía. Los economistas se han dado cuenta de eso y en la última década han comenzado a estudiar los factores económicos que afectan el conflicto. Entre estos factores económicos se encuentra la inequidad, la pobreza y el desempleo.

Para ilustrar mi punto déjenme hablarles sobre la crisis en Asia. Ese es un caso de cómo altas ta-

La falla del Consenso de Washington no sólo radica en que tiene el modelo equivocado de sociedad, ni en que no fue bien diseñado -ni siquiera para países desarrollados, peor aún para países en desarrollo-, sino en que no se enfocó hacia el desarrollo en términos de una transformación de la sociedad.

sas de interés, mucho más altas de las normalmente manejadas, y un excesivo gasto fiscal (déficit) provocaron una seria recesión que rápidamente se convirtió en depresión; por cierto, una parte importante de la depresión se originó en un mal manejo de la reestructura financiera que llevó a una priorización de la dolarización en la economía. El resultado era predecible, y las predicciones fueron dichas a su tiempo: si estas políticas se mantenían, se llegaría a una revuelta civil. En el plazo de cinco meses, el ambiente social y político se volcó hacia disturbios en los que se perdieron cientos de vidas humanas. Aún si no tuviéramos compasión por la gente que fue herida, su origen fue la mala aplicación de políticas económicas. Como resultado de las políticas antes descritas, los flujos de capital salieron del país ya que las inversiones no son atraídas hacia países que están encarando esta clase de revueltas sociales y políticas.

El argumento expuesto para sustentar estas políticas de tasas de interés altas fue que éstas atraerían capital hacia el país, pero esas políticas ignoraban una dimensión de la sociedad más amplia: el hecho que estas políticas llevarían a un alejamiento de las empresas en su sentido social y, lejos de lo que pretendían, convertiría a estos lugares en menos atractivos para la inversión. En definitiva, al ignorar una dimensión social más general las recetas aplicadas se convirtieron en una mala política económica.

El tema es que no se pueden separar los temas de distribución de aquellos más amplios de las políticas económicas. Si uno no persigue políticas en las que hay un amplio consenso social, si uno persigue políticas que benefician al rico a expensas del pobre, esto llevará a un conflicto social y se convertirá en un ambiente no propicio para el crecimiento económico.

Crear empleo

El segundo punto se refiere a que una parte esencial del éxito de las estrategias de desarrollo es la creación de trabajo y nuevas empresas. El empleo es importante para la cohesión social: la gente que no tiene trabajo está muy insatisfecha. Uno tiene que ser muy cuidadoso en tratar de entender qué es lo que lleva a la creación de empleos y a su des-

trucción, y tratar de adoptar políticas que aseguren que si existen fuerzas que impulsan hacia la destrucción de fuentes de trabajo, éstas deben ser contrabalanceadas con políticas que generen más empleo. Déjenme darles un ejemplo: en muchos países se han perseguido agresivas políticas de globalización, pero eso podría llevar a la destrucción de empleos, lo cual es particularmente problemático en aquellos casos donde los países tratan de competir con productos agrícolas subsidiados de Estados Unidos o Europa.

La teoría que se encuentra detrás de la liberalización del comercio es muy persuasiva y sostiene que la protección lleva a la ineficiente ubicación de recursos; así, se sostiene que la liberalización del intercambio permitirá que los recursos se muevan de sectores protegidos de baja productividad hacia aquellos de alta productividad que reflejan las ventajas competitivas del país. Sin embargo, si el país está en parte en un programa en el que las tasas de interés han sido forzadas a niveles muy altos, la creación de trabajo no se producirá. Para moverte hacia los sectores de alta productividad tienes que ser capaz de invertir. En síntesis, el empleo debe ser creado constantemente: alguien debe crear fuentes de trabajo, alguien debe crear nuevas empresas, pero si las tasas de interés son muy altas, nadie estará en capacidad de hacerlo.

Una buen manejo de lo público

El tercer tema es el manejo de las empresas estatales. Si no se cuenta con un buen esquema, los administradores de cualquier empresa usan los recursos para beneficiarse antes que para buscar la maximización de las ganancias de los propietarios de las mismas, los accionistas. Estos temas son aún más importantes en el sector público. Si no se cuenta con una buena administración pública, los administradores, o sea los líderes políticos, usarán su control para distraer los recursos hacia su interés en vez del beneficio público. Como ejemplo de esto ya describimos lo que ocurrió con las privatizaciones en muchos países. Pero ahora hace falta decir que el manejo y diseño del proceso económico es clave para evitar o incentivar la corrupción, por lo que se tiene que ser sensitivo para diseñar las políticas económicas: la corrupción no es

sólo aquella que actualmente existe sobre los bienes en juego, sino también aquella entendida en el más amplio sentido de las normativas legales.

El conocimiento puede hacer la diferencia

En cuarto lugar, uno de los aspectos que el mundo bancario ha enfatizado fuertemente como parte del proceso de desarrollo es la importancia del conocimiento. La diferencia en el desarrollo entre nuestros países no es sólo la falta de capital, sino que también existe un desfase importante en términos de conocimiento. No es raro que Corea haya enfatizado notablemente en la importancia del conocimiento como su estrategia. La importancia de incrementar niveles de conocimiento técnico es un mecanismo para cerrar esa brecha, tanto así que bastante del éxito económico de los coreanos de los últimos años ha estado precisamente basado en ello y es, además, en lo que enfatiza actualmente la política de educación de ese país.

Globalización y desarrollo

En vista de que se ha convertido en un importante elemento de juicio y porque además se relaciona con muchas de las ideas que he expuesto hoy, antes de concluir quiero decir unas pocas palabras sobre la relación entre desarrollo y globalización.

Ha sido muy frecuente la confusión entre la globalización y las políticas del Consenso de Washington. La gente ha culpado a la globalización por el fracaso de estas políticas, pero eso no es cierto. Como mencioné anteriormente, si se mira a los países más exitosos alrededor del mundo, como aquellos del este asiático, éstos han tomado ventaja de la globalización y, en algunos casos, han sido llamados "integradores". Su crecimiento está basado en exportaciones pero el elemento distintivo de la estructura de su política económica era que aplicaron la globalización en sus propios términos.

Ellos no respondieron a los dictados de nadie fuera de su país. El resultado fue que estructuraron políticas con mucha estabilidad y con un alto nivel de crecimiento económico, más que cual-

quier otro país en el mundo. En los análisis sobre la crisis del este asiático esto es pasado por alto, y se enfatiza en algunos problemas recientes; pero aún después de la crisis, el PIB per capita de estos países es ocho veces mayor respecto al que tenían hace 35 años y dos de los países inmersos en la crisis no han tenido ni un año de contracción económica en los últimos 30, mientras que los otros dos sólo tuvieron un año de crecimiento negativo.

Estos países han tenido el mayor éxito en el mundo en términos de crecimiento, estabilidad y reducción de la pobreza. De esta forma, considerando estos tres criterios, su desarrollo fue asombroso y, como dije anteriormente, el punto importante es que no siguieron los dictados del Consenso de Washington sino que tomaron las oportunidades o tomaron ventaja de la globalización, particularmente en el tema de promoción de exportaciones.

No obstante, yo creo que los problemas con la globalización son reales. Estos problemas se presentan, por ejemplo, cuando una compañía es constituida o por la injerencia de las instituciones económicas internacionales. Al respecto, pensemos por ejemplo en la Organización Mundial del Comercio, un organismo que gobierna el comercio en el mundo y cuyo resultado es un régimen fundamentalmente injusto. La agenda de las rondas de negociación es diseñada por y para el Norte. Pero la apertura comercial no sólo ha dado ganancias de forma desproporcional a los países ricos sino que los países pobres se encuentran en una situación peor. Los países subsaharianos de África, como resultado de los efectos de los términos de intercambio, se han convertido en la región más pobre del mundo y, como resultado de la última ronda de negociaciones de la OMC, sus ingresos han disminuido aún más.

Recientemente Europa ha abierto la mayor parte de sus mercados, excepto las armas, pero este hecho es deficiente en tres aspectos. Primero, no se han eliminado los subsidios en la agricultura y eso significa que los países menos desarrollados no tienen un justo acceso a esos importantes mercados -y la agricultura es una parte esencial en sus economías-. Segundo, la apertura sólo se aplica a los países más pobres del mundo en los que, por ejemplo, Ecuador no consta. Tercero, la aper-

tura de mercados sólo la ha llevado cabo Europa; Estados Unidos y Japón todavía no lo hacen.

El punto importante que quiero retomar es que estoy de acuerdo con los críticos de la globalización en el sentido de que el sistema global de gobierno ha sido fundamentalmente injusto, ha sido dominado por el Norte y ha perseguido los intereses comerciales y financieros de los países desarrollados, pero no por ello se debe rechazar la globalización. El hecho es que, como dije antes, los países más exitosos han tomado ventaja de la globalización.

La importancia de las ideas y la creatividad

Déjenme concluir con unos comentarios generales. Si bien algunas ideas nos involucran en batallas, no debemos descuidar el campo de batalla de las ideas mismas. Las políticas están basadas en ideas. Como mencioné, hay alguna evidencia de éxitos y fracasos de algunas economías, pero ésta es limitada y eso parcialmente se debe a que el mundo está cambiando. El mundo hoy es diferente de lo que era hace 40 años.

Por eso, debemos estar atentos a llenar la agenda con nuevas ideas que sean relevantes y no ser distraídos por otras menos importantes. Por ejemplo, las políticas del Consenso de Washington dicen que la distribución no es importante, que se la puede ignorar y que puede ser separada de los temas de eficiencia; afirman que hay temas que no importan pues lo que realmente determina a la economía son simplemente las leyes de la oferta y la demanda. Por ende, cualquier economista que no ha aprendido más que esas leyes, está en capacidad de ir a cualquier país y darles buenas recetas para sus problemas. Así como sus argumentos sobre el intercambio, creo que aquí también sus perspectivas están erradas.

Lo más importante es, entonces, contar con marcos de análisis (*frames*) apropiados. Las políticas dependen de los modelos teóricos en los que se inscriban. No se puede ver aquello que no está contemplado en el marco teórico; es decir, si según tu marco de análisis el desarrollo es igual a crecimiento en el PIB, vas a dejar de lado otros

factores. Pero si consideras que el desarrollo es algo más que el crecimiento del PIB, necesitas crear nuevos marcos de análisis que te permitan explorar y sugerir políticas. Así, si nos centramos en el PIB, lo hacemos en el crecimiento de la economía, pero con sólo calcular mal el PIB ya nos estamos enfocando en las variables erradas. Por ejemplo, si nos

centramos en un tipo de crecimiento económico basado en la producción, también deberíamos considerar si ese crecimiento de la producción se basa o no en el consumo de su base de recursos naturales, ya que si ese fuera el caso, esa producción no es sustentable y se debe restar del PIB la eliminación de los recursos que el país tiene. Pero eso depende del marco de análisis. Por eso, si no se tiene un esquema económico correcto se estarán tomando las decisiones económicas equivocadas. En resumen, si un enfoque simple basado en el PIB no reconoce que el crecimiento está basado en la eliminación de los recursos naturales del país, se estarán tomando decisiones equivocadas en materia de políticas económicas.

Otro ejemplo: si se tiene un marco del PIB que cuenta como gastos cosas que realmente son transferencias de capital, se puede obtener una balanza comercial que aparece equilibrada, pero que realmente es deficitaria, y eso puede ser un problema cuando una economía se dirige hacia una recesión: lo que parece una balanza comercial sana en realidad esta llevando a profundizar el pro-

Las políticas dependen de los modelos teóricos en los que se inscriban. Si según tu modelo el desarrollo es igual a crecimiento del PIB, vas a dejar de lado otros factores. Pero si consideras que el desarrollo es algo más, necesitas crear nuevos marcos de análisis que te permitan explorar y sugerir políticas.





blema. Al mismo tiempo, los marcos contables incorrectos pueden llevarme a esconder subsidios. Una vez más, tener los marcos correctos es tan importante porque permiten identificar subsidios escondidos. Esto es particularmente cierto en programas de largo plazo; por eso en los Estados Unidos se ha reformado el esquema de contabilidad pública de manera que se puedan tomar en cuenta los grandes subsidios que frecuentemente están escondidos.

Anteriormente describí las experiencias de éxito en el este asiático. Con semejantes experiencias de éxito uno pensaría que ese sería el destino de la investigación de las instituciones económicas internacionales, es decir, uno supondría que se trataría de entender qué llevó a ese reciente y enorme crecimiento económico. Pero, por alguna razón, nunca existieron recursos para tal fin. La única explicación que encuentro es que uno de los principales problemas de las ideologías de cual-

quier clase es precisamente que no llevan a fortalecer el espíritu de análisis científico. Repetidamente Japón urgió a las instituciones económicas internacionales a estudiar las experiencias del este asiático y a determinar por qué fueron tan exitosas. Finalmente se dieron por vencidas y mencionaron que no tenían los recursos suficientes para hacerlo. Así que Japón no solamente tuvo que impulsarlo sino financiarlo, ese esfuerzo resultó en el famoso estudio *East Asia, a miracle*.

De por sí, la importancia de este estudio es muy grande porque demostró las diferencias entre las estrategias del este asiático con aquellas del Consenso de Washington y fue la base para revisar algunas estrategias de desarrollo y aceptar nuevos modelos. Y este es el punto más importante que quiero enfatizar: existen modelos alternativos, no sabemos exactamente qué modelo es el correcto, sabemos que existe el riesgo de utilizar el modelo equivocado, pero existen alternativas, no hay ni debe haber una sola forma de entender la economía. Las diferentes políticas proponen riesgos diferentes y una parte importante del proceso democrático es que la elección de la alternativa debe ser realizada por el país como consecuencia de una discusión democrática.

Déjenme concluir retomando mis palabras del inicio: lo que hemos aprendido en los últimos cincuenta años es que el desarrollo sí es posible pero no es inevitable. La equidad y el desarrollo sustentable y democrático son posibles si ideamos un mejor modelo de la economía y un mejor concepto de lo que entendemos por desarrollo. Espero que la investigación que he estado describiendo por los últimos minutos contribuya al éxito de un programa de desarrollo equitativo, sustentable y democrático.

Muchas gracias.

DIÁLOGO

o

Los usos de la cultura política

Diálogo con María Luz Morán

Felipe Burbano, Edison Hurtado
y Franklin Ramírez

María Luz Morán es doctora en ciencias políticas y sociología por la Universidad Complutense de Madrid, donde ahora es profesora titular. Ha trabajado sobre elites políticas, transiciones a la democracia y cultura política. Es una de las voces más autorizadas sobre este último tema ya que su trabajo de investigación empírica lo ha acompañado de una sugestiva reflexión teórica.

Entre sus numerosas obras, fue editora de *Escritos sociológicos de Vilfredo Pareto* (Alianza, 1987), en 1995 fue la encargada de editar el número monográfico sobre cultura y política de la revista *Zona Abierta* de España y en 1998 fue editora general de los once volúmenes de *Social Knowledge: Heritage, Challenges and Perspectives* (Montreal, ISA, 1998). Con Jorge Benedicto editó *Sociedad y Política. Temas de Sociología Política* (Alianza, 1995) y fue coautora de *La cultura política de los españoles. Un ensayo de reinterpretación* (CIS, 1995) y de *Jóvenes y ciudadanos* (INJUVE, 2000), entre otras publicaciones. Entre sus obras también constan varios artículos en revistas especializadas en alemán, inglés y francés. Ha sido traductora de obras de G. Pasquino y G. Sartori. Fue Scientific Secretary de la Asociación Internacional de Sociología (ISA) y Secretaria Ejecutiva de la Federación Española de Sociología (FES). Fue miembro del comité editorial de *Contemporary Sociology*, revista de la American Sociological Association, y hoy lo es de *Historia Social y Zona Abierta*.

F. B.: María Luz, ¿puedes contarnos brevemente cómo llegas a los estudios de cultura política? ¿Cuál es la trayectoria que seguiste hasta desembocar en tu interés por este tema?

M. L. M: Mi biografía es fundamentalmente académica. Estudié sociología en la Universidad Complutense de Madrid y pertenezco a una generación que se educó en plena transición política española, y cuyos cinco años de carrera eran casi exclusivamente marxismo. Cuando acabamos los estudios se produjo la gran irrupción de la sociología cuantitativa y la preocupación por el estudio de los fundamentos y los mecanismos del cambio político. En ese momento, me embarqué en una tesis puramente teórica sobre el concepto de elite política y la relectura de la obra de Pareto, Mosca y Michels, autores que ya poca gente lee. Inmediatamente después, a partir de la revisión de estos autores, empecé a investigar la formación de la nueva elite política en España, siguiendo la tradición de algunos estudios interesantes de Juan Linz. Por cuestiones de supervivencia, razones que se comprenderán bien aquí en Ecuador -yo todavía no era profesora titular en la universidad-, trabajé durante unos años en el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), un centro estatal dedicado a la realización de encuestas de opinión. Al tiempo en que me convertía en una “experta” en la elaboración de encuestas, publiqué algunos trabajos sobre renovación, formación y trayectorias de la elite política en España.

En ese tiempo, al preparar mis clases de sociología política me encontré con una de las prime-

ras obras de Robert Putnam, al menos de las que conozco, que se llama *Las creencias de los políticos* (*The Beliefs of Politicians*). Ese fue un hecho importante para mí. El estudio era una comparación de la elite política en Gran Bretaña e Italia, pero desde el punto de vista de la cultura política. Eso coincidió con el hecho de que seguía trabajando en el banco de datos del CIS, así que empecé a recopilar datos de encuestas de opinión sobre cultura política.

Durante mucho tiempo fui puramente cuantitativa y le di vueltas y más vueltas al concepto y al muy importante banco de datos del CIS, hasta que, también por esos azares de la vida, me encontré con Jorge Benedicto, un compañero con el que he trabajado ya muchos años y que es profesor de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Jorge había tenido una trayectoria académica parecida a la mía: también fue técnico del CIS hasta que finalmente los dos logramos nuestra titularidad, ambos llegamos a ser subdirectores generales del CIS, y también ambos trabajábamos en sociología política, aunque él había entrado más por el tema electoral. Y, como casi todo en la vida me ha ocurrido conversando delante de un café, tomando un café con Jorge se nos ocurrieron dos cosas: por un lado, nos dimos cuenta que nos aburría mucho el estilo convencional con el que se abordaba la enseñanza de la sociología política y decidimos organizar un libro que se titula *Sociedad y Política. Temas de sociología política*, que reuní a profesores españoles que trabajaban la relación entre sociedad y política desde perspectivas entonces algo nuevas. Por otro lado, se nos ocurrió empezar a trabajar en los márgenes, en eso que yo llamo “las fronteras de la sociología política”, y por eso elegimos el tema de cultura política, aunque todavía desde las encuestas.

Luego conseguimos una financiación del CIS para explotación de su banco de datos. Bueno, lo que hicimos fue una revisión sistemática de todas las encuestas del banco de datos del CIS y algunas otras. Y de café en café, de reunión en reunión, cuando hacíamos nuestros cruces, nuestras tablas, nuestros juegos con el SPSS -que Jorge maneja mucho mejor que yo-, de repente empezamos a percibir que aquellas largas series de datos que construíamos nos decían bastante poco sobre al-

gunas de las transformaciones sociopolíticas más importantes en España. Sobre todo, habían dejado de decir cosas nuevas sobre algunas de las virtudes y vicios de la vida política española. Así, lo que había empezado siendo simplemente un contrato con el CIS terminó por ser el inicio de nuevos cruces entre variables y de una inicial revisión teórica del tema: por un lado, siguiendo los consejos de Pateman en su capítulo de *The Civic Culture Revisited* -una crítica filosófica al trabajo original de Almond y Verba que a mí me sigue gustando mucho¹- empezamos a hacer los grandes cruces que casi no se habían realizado en España: género, comunidad autónoma, clase social, etc., y lo que nos salía eran visiones distintas sobre la cultura política, como ya lo había dicho Pateman; por otro lado, nos embarcamos casi sin saberlo en una primera revisión teórica, todavía bastante primaria.

En ese momento (1993-1994), yo obtengo una beca para el Instituto Universitario Europeo, un instituto de la Unión Europea que está en Florencia. Allá me voy con el trabajo de cultura política acabado y con el tema del libro pendiente (me acuerdo que llevé las pruebas de *Sociedad y Política*). Y ahí disfruté un año sabático realmente privilegiado, no sólo por la belleza del lugar, sino por el profesorado y por una biblioteca magnífica. Por un lado, participo en el seminario de Klaus Eder, un discípulo de Habermas y, por otro lado, conozco, una vez más tomando café en el bar la esquina, al que llegaría a ser un muy buen amigo: Daniel Cefaï. A lo largo de muchos cafés matutinos, fui descubriendo que Daniel trabajaba en una revisión cultural de la Revolución Francesa. Teníamos muchos puntos en común porque, además, él había hecho su tesis de doctorado en Brasil sobre temas de ciudadanía y



1 Pateman, Carole, 1980, “The Civic Culture: a Philosophic Critique”, en Almond, G. y Verba, S., editores, *The Civic Culture Revisited*, Little Brown, Boston.

derechos. Establecimos una larga conversación a lo largo de un año en el que no tuve que dar clases y simplemente estuve dedicada a leer y a asistir al seminario de Eder y también al de Alejandro Pizzorno. Con todo el tiempo del mundo para leer en una biblioteca magnífica, comenzamos a intercambiar bibliografía y empezamos a discutir perspectivas. Por ejemplo, a pesar de que yo tengo una formación más francófona que anglosajona, no conocía los trabajos de cultura y política de los franceses, toda una revisión histórica muy bien hecha; a su vez, Daniel conocía mal otras cosas que yo dominaba... Realmente fue un año en que no escribí nada, pero que estuvo lleno de horas y horas de lectura y de conversación. En ese momento, además, en un instituto tan rico y con tantos invitados, apareció Clifford Geertz, un hombre de carácter tremendamente huraño, un viejo cascarrabias decimos en España, cuyo seminario me fascinó.

Volví a Madrid cargada de cajas con libros y fotocopias. Recuerdo que tuve que enviar muchos paquetes por correo porque toda la bibliografía que había ido consiguiendo no cabía en el coche. Fue una bibliografía a la que no había tenido acceso antes de llegar a Italia; eran libros de Geertz, de Gamson, toda la bibliografía sobre el vínculo entre cultura y acción colectiva, la recuperación de la lingüística que yo conocía mal, etc.

Regresé a Madrid con el proyecto de revisar de una manera mucho más radical todo el trabajo que había hecho hasta ese entonces. Tuve que volver a la vida académica, a dar muchas clases, a hacerme cargo de seminarios y de mucha burocracia académica, pero al mismo tiempo fui terminando de leer todo aquello que había conseguido en una actividad frenética de fotocopidora (creo que todos los que venimos de países con bibliotecas no tan buenas caemos en eso cuando salimos fuera). Y fue entonces cuando organicé el número de *Zona Abierta* con la intención de traducir alguna bibliografía muy valiosa que no era conocida en castellano².

2 La revista española *Zona Abierta* se caracteriza por dar un tratamiento monográfico que se pretende exhaustivo a temas de sociología y política. Que María Luz Morán haya sido la compiladora del número dedicado a cultura política dice de su dominio del tema. (N. del E.)

F.B.: ¿Eso es en el 97?

M. L. M.: Claro. Yo vuelvo a Madrid a finales del 94, lo preparo a lo largo del 95 y es un número del 96-97.

Ya en España, volví a contactar con Jorge Benedicto y empezamos a trabajar mucho más en serio en estos temas. Y yo creo que es ahí donde se produce un giro respecto a nuestro trabajo anterior. Le damos muchas vueltas al tema aunque avanzamos muy lentamente porque nuestra principal labor es la docente. Pero a lo largo de esos años, y aunque sigo con algunas cosas de élites (ya muy pocas en realidad) empiezo a centrarme en el tema de la cultura política. Por un lado, me embarco en una serie de textos de crítica a lo que yo llamo el vínculo entre la visión tradicional o convencional de la cultura política y la narración dominante de la transición política española; es decir, una crítica al trabajo de los “transitólogos” españoles. Luego, me voy metiendo en textos de carácter más teórico.

Así, entre 1995 y 1999, lo que hago fundamentalmente es una revisión de la literatura y las interpretaciones sobre la transición política española. Lo que me interesaba era, por ejemplo, analizar el puesto de “categoría residual” que se le otorga a la cultura política, al papel de la sociedad civil o a los movimientos sociales en ese discurso. De lo que se trataba era de enfrentarse a una interpretación muy desde arriba de la transición política española; aquella que más se difundió a lo largo de los ochenta y buena parte de los noventa en América Latina. Una transición que se interpreta desde una mezcla de teoría de la elección racional y análisis institucional, y que aparece muy amarrada desde el principio. Es decir, es la venta de un modelo con mucho éxito, muy rápido y muy fácil de la transición que a mi modo de ver oculta la contingencia, el papel de la sociedad civil, la intervención de los movimientos sociales y que, finalmente, no logra explicar buena parte de las características de la vida política española. Esa es, a grandes rasgos, mi biografía, aunque con muchas interrupciones.

F.B.: ¿Cuál es la importancia que han adquirido los estudios de cultura política en España? ¿Sigue

siendo un campo residual de estudios o ha ido ganando legitimidad, presencia, fuerza?

FR.: A mí me parece una buena pregunta sobre todo si pensamos en el auge de visiones institucionalistas sobre democracia. Yo creo que a partir de la cultura política ha habido un quiebre en eso... ¿Cómo lo ves tú?

M. L. M.: Yo creo -y lo he explicado ya en algún artículo- que la cultura política juega un papel muy importante en la sociología política española desde comienzos de los setenta. Y eso es debido fundamentalmente a la enorme y muy positiva influencia de Juan Linz en la sociología española. Desde hace mucho tiempo Linz vive en los Estados Unidos, pero nunca perdió el vínculo con la academia española. De hecho, es una figura muy importante para explicar el giro de los científicos sociales españoles que tradicionalmente estudiaban en Alemania o Francia y que a partir de mediados de los sesenta empiezan a ir a Estados Unidos. Los sociólogos y politólogos de la generación anterior a la mía cuentan, incluso, que la casa de Linz era todo un centro de acogida y reunión donde llegan muchos académicos españoles. Pero, además, Linz es intelectualmente muy generoso. La vinculación entre legitimidad, consolidación de la democracia y cultura política es muy importante a partir de sus trabajos en los setenta. Incluso algo antes, en pleno “tardofranquismo” -como se conoce a esa época-, Linz impulsa los estudios sobre las bases valorativas o culturales de la democracia, un trabajo muy influido por su tesis sobre la quiebra de las democracias.

Para el conjunto de la sociología política española, ese es el inicio de una corriente de estudios muy significativa. Sobre finales de los setenta,

cuando se empiezan a realizar las primeras encuestas y algunos análisis, esos trabajos comienzan a proporcionar un volumen de datos muy amplio sobre cultura política. Todo ello sirvió para que el planteamiento de la vinculación entre transición, consolidación de la democracia y papel de la cultura política tome un especial tono de relevancia en esa época. El mejor libro de esa “hornada” sigue siendo el de José María Maravall, *La política de la transición*, que se publica en 1982, en el que intenta combinar el estructuralismo -incluso con un enfoque de inspiración marxista- con la enorme importancia de la cultura política. Pero también hay otros autores (Rafael López Pintor, José Ramón Montero, y algunos otros) que asimismo trabajan durante esta época y alrededor de esos vínculos temáticos. Por lo tanto, a partir de esos trabajos la cultura política comienza a ser uno de los campos de análisis más relevantes en

Los aportes de Putnam sobre capital social y de Inglehart sobre valores posmaterialistas son importantes en la reflexión sobre cultura política, pero no rompen con la tradición clásica y comparten sus limitaciones. No introducen cambios en la concepción de la política ni llevan a cabo una renovación metodológica.



la sociología española.

Al tiempo hay otra línea de trabajo que hasta hoy sigue siendo significativa y que tiene que ver con la recuperación y aplicación de las tesis de Inglehart sobre el cambio de valores materialistas o post-materialistas. Esa línea está ligada al trabajo del profesor Juan Díez Nicolás, el encargado de aplicar la encuesta mundial de valores de Inglehart en España. Es otro de esos hombres generosos intelectualmente que hace circular los resultados de esas encuestas. Más allá de esto, hay una literatura y una serie de artículos y de libros que utilizan y revisan las tesis de Inglehart.

Paralelamente, es curioso cómo la sociología portuguesa -por lo que sé- sigue un camino muy parecido al de la sociología española en este campo. Creo que esto se debe a que en aquella época era necesario hacer ese tipo de estudios sobre cul-

tura política. Pero esa tradición continúa siendo importante en el plano europeo: se siguen publicando estudios, se siguen haciendo encuestas, se sigue acumulando un volumen de información muy notable y no despreciable, y muchos de estos trabajos vuelven sobre sí mismos, se revisan, se critican. Por ejemplo, en Italia, en Alemania o incluso en Inglaterra se publican estudios más o menos convencionales de cultura política, que conviven bastante bien con el auge de la perspectiva institucionalista. Quizás no estén en un primer plano en lo que es renovación teórica y de pensamiento, pero en ningún caso es una línea cerrada de investigación.



Como contaba antes, lo que yo “descubro” es la existencia de una tradición francesa en el estudio del vínculo entre cultura y política. Una tradición distinta a la convencional -de inspiración parsoniana y de corte institucionalista- que tiene que ver más con la recepción de la historia y con una perspectiva más antropológica. Por ejemplo, los franceses ponen énfasis en la historia cultural de las organizaciones partidistas, es decir, estudian las culturas de las organizaciones políticas a lo largo de la historia. De lo que conozco, este tipo de trabajo se ha hecho mucho más en Francia o en Italia que en España. En Francia hay gente como Marc Lazar quien hace un estudio histórico con profundas influencias antropológicas de la evolución del Partido Comunista italiano. Pero, además, en ese mismo país hay un núcleo importante y bastante multidisciplinar de profesores que establecen una crítica y un diálogo interesante en torno al tema. Son profesores que trabajan en facultades de historia, que provienen incluso de cátedras de Derecho Constitucional -curiosamente algunos son expertos en África como J.F. Bayart- para los que el problema de las culturas y de las identidades es fundamental. Se trata de una comunidad académica que parte de un tipo de aproximación muy francesa - en el buen y mal sentido de la palabra- a la cultura

política. Al menos en España el trabajo de esta comunidad académica es muy poco conocido porque su producción casi no está traducida. Prácticamente no se conoce nada y, sin embargo, hay trabajos muy pertinentes. Un ejemplo: en torno a los conflictos en África hay todo un debate entre la antropología y la historiografía francesa sobre la oportunidad de calificarlos en términos culturales o en términos más estructurales.

En ese sentido, quizá desde lo que denomino como “los márgenes” -o tal vez no tanto porque no tiene sentido hacer un *hit parade* de las perspectivas en ciencias sociales-, defiendo el aumento del tono multidisciplinario de los análisis sociales. Creo que cada vez es más evidente la pertinencia de reunir a gente que, desde distintas disciplinas y trabajando en temas muy diversos, compartan esta preocupación por introducir -sea lo que fuere o cómo la definamos- una perspectiva cultural (el problema de las identidades, de la creación de los repertorios, de la formación de estrategias de acción, etc.) en los estudios de conflicto y/o de violencia política.

Me he olvidado de algo importante. Hasta aquí he hablado siempre de la sociología política española olvidándome de la existencia de una sociología muy particular, la que se hace en el País Vasco. Lo curioso es que -y he publicado un texto sobre este tema³- mientras la cultura política sirve desde la sociología “estatal” -por decirlo de alguna manera- para apuntalar una narración triunfal de la transición política española, en el País Vasco se elabora un argumento paralelo, que también retoma el problema de las culturas políticas, para explicar precisamente lo contrario: el “fracaso” de la transición política en el País Vasco, la permanencia de la violencia y la renovación del nacionalismo vasco. Curiosamente -somos un país en donde la comunidad de científicos sociales no es tan grande, por lo que nos conocemos más o menos todos- esas dos líneas de trabajo tienen muy poca relación, se citan muy poco mutuamente. Nos encontramos, así, que la escuela de

3 Morán, M. L., 2001, “Une histoire d’incommunicabilité: récits et culture politique en Espagne et au Pays Basque”, en M. Lazar y D. Cefaï, eds., *Cultures Politiques*, PUF, Paris.

ra política. Al menos en España el trabajo de esta comunidad académica es muy poco conocido porque su producción casi no está traducida. Prácticamente no se conoce nada y, sin embargo, hay trabajos muy pertinentes. Un ejemplo: en torno a los conflictos en África hay todo un debate entre la antropología y la historiografía francesa sobre la oportunidad de calificarlos en términos culturales o en términos más estructurales.

En ese sentido, quizá desde lo que denomino como “los márgenes” -o tal vez no tanto porque no tiene sentido hacer un *hit parade* de las perspectivas en ciencias sociales-, defiendo el aumento del tono multidisciplinario de los análisis sociales. Creo que cada vez es más evidente la pertinencia de reunir a gente que, desde distintas disciplinas y trabajando en temas muy diversos, compartan esta preocupación por introducir -sea lo que fuere o cómo la definamos- una perspectiva cultural (el problema de las identidades, de la creación de los repertorios, de la formación de estrategias de acción, etc.) en los estudios de conflicto y/o de violencia política.

Me he olvidado de algo importante. Hasta aquí he hablado siempre de la sociología política española olvidándome de la existencia de una sociología muy particular, la que se hace en el País Vasco. Lo curioso es que -y he publicado un texto sobre este tema³- mientras la cultura política sirve desde la sociología “estatal” -por decirlo de alguna manera- para apuntalar una narración triunfal de la transición política española, en el País Vasco se elabora un argumento paralelo, que también retoma el problema de las culturas políticas, para explicar precisamente lo contrario: el “fracaso” de la transición política en el País Vasco, la permanencia de la violencia y la renovación del nacionalismo vasco. Curiosamente -somos un país en donde la comunidad de científicos sociales no es tan grande, por lo que nos conocemos más o menos todos- esas dos líneas de trabajo tienen muy poca relación, se citan muy poco mutuamente. Nos encontramos, así, que la escuela de

3 Morán, M. L., 2001, “Une histoire d’incommunicabilité: récits et culture politique en Espagne et au Pays Basque”, en M. Lazar y D. Cefaï, eds., *Cultures Politiques*, PUF, Paris.

pensamiento social en el País Vasco tiene una influencia mucho más francófona y mucho más antropológica. Desde el principio ellos se dan cuenta de que no es posible explicar la “excepcionalidad” del País Vasco a partir de los resultados de las encuestas. Aunque algunas encuestas del CIS tienen muestras representativas en el País Vasco, éstas no les explican ni la renovación y regeneración del nacionalismo Vasco ni tampoco la pervivencia de la violencia. De ahí que hagan estudios culturales -en el sentido más profundo de la palabra- para explicar precisamente estos fenómenos; estudios en los que se aborda, por ejemplo, prácticas espaciales, antropologías familiares específicas, el papel de la iglesia como reproductora y regeneradora del nacionalismo vasco... En fin, estudios muy cualitativos. Desde el principio algunos de esos autores -Alfonso Pérez Agote, Ander Gurruchaga o Benjamín Tejerina- se preocuparon por publicar trabajos excelentes sobre estos temas, pero se ha producido lo que llamo una “historia de incomunicación” en un ámbito muy pequeño de trabajo como es la sociología española.

F.R.: En el recuento que has hecho se observa que el tema de la cultura política esta ligado a temas de transición, de cambio, de fracturas regionales, etc. Pero estoy pensando en una asociación de esta categoría ya no tanto con el problema del cambio sino con cómo mantener la adecuación entre democracia y valores. Básicamente tengo en mente el tema de la confianza que se ha trabajado mucho desde perspectivas como la de Fukuyama, o el trabajo politológico influenciado más por el *rational choice*, o todo este monitoreo que se hace a través del Latinobarómetro. O sea, ya no es tanto el cambio. ¿Cómo ves ese problema?

M. L. M.: Desde el fin de la transición política en España se ha planteado la lectura o la utilización de las encuestas y de los estudios de cultura política precisamente para considerar otra serie de aspectos que tienen que ver con la confianza en el sistema político y su legitimidad. En cierto modo, se abandona la perspectiva dinámica y se continúa con la vieja tradición de la “foto fija” de Almond y Verba.

Estos trabajos entroncan con una línea de debate interesante, vinculada con las corrientes más institucionalistas e incluso con algunas ramas de las teorías de la elección racional, que recuperan la importancia de las bases culturales, o valorativas, de la democracia. Podríamos admitir que los trabajos de R. Putnam y de sus seguidores sobre capital social han supuesto una de las contribuciones más importantes y más difundidas a la reflexión de la cultura política en las últimas décadas, junto con las tesis de R. Inglehart sobre la difusión de los valores posmaterialistas. Pero, a pesar de su aparente novedad, creo que estos trabajos no rompen sustancialmente con la tradición clásica de los estudios de cultura política y, por lo tanto, comparten buena parte de sus limitaciones. Primero, y ante todo, porque no introducen ningún giro significativo en la concepción de la política y, por lo tanto, siguen descansando en una concepción acrítica del ideal de “sistemas valorativos” que se corresponden con la vida democrática. Y, además, porque tampoco llevan a cabo ninguna renovación profunda de los instrumentos metodológicos con los que trabajan.

Por decirlo de una manera quizá demasiado brutal: en esta línea de trabajo yo me sigo quedando con Tocqueville.

E.H.: Como yo lo veo, uno de los puntos cruciales del tema de la cultura política es que pone en juego la definición y los márgenes de la política, es decir, lo que se entiende por política siempre esta cambiando, es más, esta en el centro del debate de la cultura política. En ese sentido, me parece que las problemáticas a las que te referías están restringidas a una concepción de la política en tanto sistema político, es decir, a una visión -por decirlo de alguna manera- institucionalista del tema. ¿No se ha restringido el ámbito de discusión a una muy limitante concepción de la política?

M. L. M.: Para mi gusto, creo que, efectivamente, se ha hecho una limitación excesiva y se ha trabajado bajo una concepción restringida de la política y con una definición muy institucionalista de democracia, pero también hay gente muy buena en España que esta replanteando esos temas desde

la filosofía política. Estoy pensando en Fernando Vallespín o Rafael del Águila. Además, en departamentos de filosofía y de ética, hay todo un debate sobre las nociones de virtudes cívicas, ciudadanías políticas, etc. -ahí se me ocurren Victoria Camps o Adela Cortina, entre otros-. La recepción de los debates sobre una concepción “radical” de la democracia, la distinción entre la política y lo político –por citar planteamientos de pensadores como Ch. Mouffe y E. Laclau-, los intentos de repensar el significado de la esfera pública o el esfuerzo por superar la dicotomía tradicional entre Estado y sociedad civil son, a mi juicio, campos centrales en este esfuerzo colectivo por trascender una visión restringida de la política. En este sentido, trabajar desde el concepto de cultura política es una de las estrategias para poner en juego la definición y los márgenes de la política. Porque supone, inevitablemente, tener que trabajar con conceptos como los de vida cotidiana, prácticas sociales, repertorios de acción colectiva o universos políticos.

Sin embargo, en esta tarea una de las principales dificultades que yo encuentro es lograr pasar del debate teórico, o de filosofía política, al plano de la investigación empírica. Porque es, en ese momento, en donde se hacen más patentes las enormes limitaciones de los instrumentos teóricos y metodológicos con los que hemos estado trabajando hasta estos momentos. En concreto, son estas las dificultades a las que estoy tratando de enfrentarme en mi trabajo actual sobre la ciudadanía y los jóvenes. En este campo hay una brecha importante entre una discusión muy viva sobre ciudadanía, virtudes cívicas, bases culturales de la política, bases culturales de la democracia, democracia participativa, concepción de ciudadanías,

identidades, y las investigaciones empíricas que efectivamente se hacen. Soy consciente de que esa es una de mis grandes limitaciones.

Entonces, muchas veces nos quedamos con estudios de micro sociología, micro historia -que están muy bien-, con tesis que enfatizan en análisis del discurso o de la narración, o nos quedamos con estudios de historia cultural -que también a mí me gustan mucho-, pero hay muy poca sociología de las culturas, de los repertorios de la acción colectiva, de la formación, la utilización y el cambio de las identidades sociales y de su politización. Eso no es privativo de la academia española. Más bien yo creo que es uno de los grandes problemas a abordar desde un esfuerzo colectivo.

En todos los coloquios y conferencias siempre hay alguien que alude al pantano o el berenjenal en el que estarían atrapados los estudios de cultura política,

o sea, a lo difícil y enmarañado que puede resultar hacer análisis cultural de la política, y tienen buena parte de razón.

E. H.: Frente al pantano, tal vez sería bueno plantear el tema de forma directa. ¿Qué es lo que está en juego en la cultura política?, ¿qué implica ese fenómeno llamado cultura política?

M. L. M.: Quizás voy a plantearlo de manera muy ampulosa, pero lo que a mi juicio está en juego es la posibilidad y realidad de seguir manteniendo una concepción de ciudadanía y de vida en común que, pasando por alguna forma de transformación del espacio público de la vida social, sea planteada en términos de profundización de la democracia o de la participación e implicación de los ciudadanos. Esa es la pregunta que me interesa por encima de las agoreras predicciones de los

Lo que la cultura política pone en juego es la posibilidad de mantener una concepción de ciudadanía y de vida en común que, pasando por alguna transformación del espacio público de la vida social, sea planteada como profundización de la democracia o de la participación e implicación de los ciudadanos.



posmodernistas que postulan la imposibilidad de mantener algún tipo de comunidad universal, en la cual se garanticen los derechos humanos, determinados niveles mínimos de bienestar, el reconocimiento de las diferencias y una realización de una dimensión básica de la naturaleza del ser humano: la implicación en la comunidad.

No creo en una definición individualista y liberal como la del *homo economicus* que lo único que busca es maximizar sus beneficios. A mí me da la sensación de que desde la noción de culturas políticas -aunque no sólo desde ella, no quiero hacer una interpretación culturalista limitada- es posible abordar algunos de los problemas básicos que intervienen en los conflictos y los fracasos de las últimas décadas del modelo del bienestar, de la disminución del conflicto y de la organización de una sociedad planetaria más justa y más libre.

FB.: ¿Cómo conciliar esta idea de una comunidad más universal, que comparta más valores, con otra idea que planteaste a lo largo del seminario⁴ respecto a que la cultura es algo que también nos desune, que nos disocia? Porque si uno aceptaría la idea de que la cultura nos disocia, que la cultura nos desune -un poco el enfoque postestructural-, eso plantea otro tipo de reconstrucción de la idea de comunidad universal: no tanto tener valores compartidos cuanto tener la capacidad de traducir permanentemente una cultura a otra cultura.

M. L. M.: Exacto, ese es el tema. A mí me gusta una idea de Jean Leca, un politólogo francés, quien dice que la “ciudadanía en sí” implica la “civilidad” -aunque no me gusta este término en castellano- y la empatía, es decir, la capacidad de situarse en el lugar del otro. En ese sentido, yo creo que no es incompatible una concepción de comunidad universal con una idea de la cultura como disociación. En su momento fue importante -y

4 En la semana del 12 al 15 de noviembre, María Luz Morán dio un seminario sobre cultura política en el Departamento de Sociología y Ciencias Políticas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. El último día del seminario se realizó una mesa redonda sobre el tema en la que además de María Luz Morán participaron Xavier Andrade, Felipe Burbano y Franklin Ramírez. (N. del E.)

hoy todos lo reconocemos- plantear que la cultura es una de las más importantes líneas de fractura socio-políticas a incorporar en nuestros trabajos, aunque no la única. Yo iría más allá: hay que operar dando por sentado que las líneas de fractura se superponen y se entrecruzan, y que una única explicación -me da igual de carácter institucionalista, culturalista o economicista- no explica realmente los conflictos y los problemas de la reconstrucción de estas comunidades.

De ahí que la noción de hegemonía -que Franklin trabajó ayer en su intervención⁵- sea fundamental. No niego la existencia de luchas de poder, ni de gente de carne y hueso que anda por la calle, ni niego las desigualdades sociales y la pobreza, pero en todo conflicto o lucha de poder esta implícita también una disputa por la definición hegemónica de la realidad -por decirlo de alguna manera-. Ahí entra el problema de una relación complejísima, la relación entre cultura e ideología.

En ese sentido, la reconstrucción de una ciudadanía política -aunque la palabra pueda generar muchas polémicas- o de una comunidad o esfera de vida en común, pasa evidentemente por el reconocimiento de la existencia de la diferencia y por la capacidad de ponerse en el lugar del otro. Asimismo, la posibilidad de una vida en común democrática pasa por la idea de la tolerancia, que es un concepto que me genera mucho conflicto, pero que hay que tener en cuenta.

FB.: ¿Por qué te genera conflicto la idea de tolerancia?

M. L. M.: Porque creo que al menos en castellano “tolerar” tiene una connotación negativa de “te soporto”, “me toca aguantarte”, teñida por la idea cristiana del sacrificio. Habría que esclarecer esas connotaciones porque si no, la tolerancia implicaría cierto sentido de distanciamiento. Quizá es por eso que lo que escriben los comunitaristas - Michael Walzer, Charles Taylor y todos ellos-, me produce una sensación de incomodidad. Pienso que habría que preguntarle a un anglo parlante

5 Se refiere a la intervención de Franklin Ramírez en la mesa redonda. Ver nota 3. (N. del E.)

nativo si tolerancia en inglés tiene esa especie de desdén, esa idea de “te soporto, te tolero, pero cuanto menos contacto contigo mejor”.

En el sentido más filosófico de la palabra, tolerancia es la admisión de la diversidad, pero al mismo tiempo sigo creyendo que sí hay determinados valores últimos asociados con la libertad, la igualdad, la autonomía y el bienestar, por ejemplo, que hay que seguir defendiendo. Si no, los conflictos son difíciles o imposibles de solucionar, e incluso la vida en común se hace imposible. A la vez, soy muy consciente de que la política siempre es juego de poder.

ER: En este énfasis que das a la cultura política para entender la posibilidad de la vida pública, con la importancia del poder y las luchas por la hegemonía, al mismo tiempo yo veo que los estudios como los de opinión pública o las entradas más institucionalistas al tema -estoy pensando en los trabajos de Putnam, por ejemplo-, dejan el problema del poder y la dominación por fuera de la discusión; es como que se naturalizan esas relaciones de poder a las que te referías. A mí me parece que la contribución del concepto cultura política esta mucho más ligada a ver cómo funciona la microfísica del poder, poniéndonos foucaultianos, o como diría Bourdieu, cómo se ejerce la violencia simbólica, cómo se reproduce, cómo funcionan, cómo se legitiman las relaciones de poder. ¿Cómo vez esa entrada desde la cultura política?, ¿puede ser esa una contribución de este campo de análisis?

M. L. M.: Efectivamente, creo que lo que mencionas es la contribución fundamental de la literatura actual sobre culturas políticas. Se trata de hacer una “ecología de la política”, tomándole prestada la idea a Daniel Cefaï, que permite un análisis mucho más fino, mucho más matizado de lo que son las complejíssimas relaciones entre esferas de la vida social y política, que permite una mayor comprensión y mayor finura en el análisis de los conflictos y de los juegos de poder. Esto es importante porque todos los juegos de poder tienen una dimensión cultural, simbólica o de definición de la realidad. Las grandes contribuciones, al menos los análisis que más me gustan, van por ahí. Y en

ese sentido se vuelve primordial, una vez más, la idea de que la cultura disocia.

Pero por otro lado, y eso es algo que no hemos mencionado, no podemos perder de vista la cultura sin política, por decirlo de alguna manera. No podemos dejar de lado la enorme importancia de los mercados de bienes culturales, del consumo cultural y los juegos simbólicos en las sociedades “post-lo-que-queramos”, ni tampoco podemos hacer la vista gorda, a partir de Bourdieu y de otros muchos pensadores como García Canclini, sobre la primordial contribución de la sociología de la cultura pura y dura. No podemos negar que vivimos en sociedades en donde no sólo los consumos culturales sino las marcas de distinción, por seguir con Bourdieu, son cada vez menos materiales y más de carácter simbólico. Otro de estos elementos imprescindible, que he trabajado muy poco y que es uno de mis agujeros negros, es el papel de los medios de comunicación en la creación de opiniones públicas, culturas de la política o visiones del mundo. Después de Adorno y Horkheimer, negar estas transformaciones del mundo y pretender hacer análisis de la política, del poder y del conflicto sin introducir -repito- el análisis de algún tipo de elemento simbólico, cultural, lingüístico discursivo, me parece muy difícil.

A riesgo de ser muy repetitiva, pienso que vivimos en un mundo muy complejo ante el cual no existe una explicación única. En España decimos que hay que jugar con varias barajas. Evidentemente cuando se hace un estudio o cuando se “apuesta” por una perspectiva de análisis, hay que cortar y acotar el campo de investigación; pero siempre con una actitud de respeto y valoración de las contribuciones de otras aproximaciones. Es decir, aunque hagamos las críticas a la definición de la política de los institucionalistas o al trabajo de los teóricos de la elección racional (que últimamente están volviendo no sólo a un análisis de la cultura sino incluso al de la economía de los sentimientos como J. Elster), no podemos afirmar que la nuestra sea una aproximación mejor o más verdadera que la suya. Todos estamos embarcados en un esfuerzo común por comprender un mundo tremendamente complejo.

En una de sus últimos textos, Melucci afirma que ciertamente somos capaces de describir muy

bien el mundo que nos rodea, pero ya no tenemos modelos para interpretarlo; carecemos de nuevas herramientas conceptuales y teóricas para dar cuenta de aquellos fenómenos que se escapan a nuestro viejo utillaje. Reconocer esa propia incapacidad, admitir con humildad la insatisfacción que nos provocan nuestros propios análisis, supone un paso hacia adelante importante en esta época de incertidumbres y de cambios tan acelerados.

Y es que incluso físicamente es imposible pretender dar abasto para seguir esos cambios a través del enorme volumen de información que nos llega. Tengo un compañero que ha dejado de usar internet porque reconoce que no puede procesar toda la información que le esta llegando sobre el tema que trabaja; dice que no puede leer tantos artículos, ni toda la información, ni siquiera parte de las investigaciones y menos aún seguir las noticias de actualidad...

F.B.: Pero yo creo que hay que renunciar a esa idea de controlar todo. Aunque tener un conocimiento totalizador sea un viejo objetivo de las ciencias sociales, yo creo que más bien habría que aceptar con cierto gusto el sentirse desbordado...

M. L. M.: Claro, estoy de acuerdo contigo, pero me parece que un ejercicio importante es la modestia intelectual. Yo creo que hay que ser honrado u honrada en el trabajo que se hace; intentar controlar el proceso, las dinámicas, hacer el trabajo intelectual de un modo riguroso, ampliar las fuentes, pero siempre siendo conscientes de los límites de nuestras explicaciones y de nuestro conocimiento del mundo. No esta mal reconocer que somos incapaces de aprehender la totalidad del

mundo y que una única lógica no nos explica nada, aunque pueda proporcionarnos una aparente seguridad personal.

F.R.: Para el caso de las ciencias sociales eso plantea una reflexión sobre cómo enfrentar la desmesura de la información, qué estrategias se usan.

La cultura como caja de herramientas es una idea muy útil para los estudios de cultura política. Asimismo, desde la idea de gramáticas culturales se puede explicar cómo distintos actores reciben los discursos de la política, los "consumen", los digieren, los transforman, los emplean, en definitiva, los resignifican.



Tengo la impresión de que las ciencias duras han resuelto mejor este problema mediante el trabajo de investigación colectiva a largo plazo. Yo no sé si en las ciencias sociales la investigación comparativa, regional, desde distintas universidades, puede ser una estrategia para afrontar este desbordamiento de la información.

M. L. M.: Yo creo que hay un problema esencial en las ciencias sociales, difícilísimo de superar -y que las ciencias duras parecen haber solucionado mejor- que tiene que ver,

por un lado, ya no sólo con el trabajo en equipo sino con el trabajo en redes de investigación. Ahí tenemos tendencias muy difíciles de romper, que tienen que ver con las burocracias de los centros en los que trabajamos, con los estilos personales de trabajo y con las culturas de investigación. Por otro lado, hay una cuestión muy evidente en ciencias sociales relacionada con fenómenos de dominación intelectual: enfrentamos enormes dificultades de circulación editorial tanto de las revistas como de libros de investigación.

Al respecto yo siempre cuento lo mismo: cuando estudié en la Complutense de Madrid, más de la mitad de los textos con los que trabajaba estaban publicados por revistas o editoriales latinoamericanas; ahora en Madrid es prácticamente imposible encontrar un libro publicado en Bogotá, Buenos Aires o Santiago. Exactamente lo mismo pasa con las revistas. Ahí sí que hay un

monopolio y una hegemonía de un determinado pensamiento marcado por las revistas que sí circulan alrededor del mundo.

Cuando se asiste un congreso, conviene hacer un ejercicio muy simple: ver la bibliografía que se cita al final de las ponencias. Yo trabajé dos años en la Asociación Internacional de Sociología -cuando su presidente era I. Wallerstein- organizando una serie de encuentros internacionales. En esa época yo seguía muy interesada en los problemas de democratización, transición de la democracia, etc., y ese era precisamente el gran tema de los sociólogos y científicos sociales de Europa del Este. Algo sorprendente era que en las presentaciones de estos académicos no había ni una sola referencia a un texto escrito por un español o por un latinoamericano, ni una sola, y eso que los expertos en problemas de transiciones políticas eran precisamente sociólogos o politólogos del sur de Europa y de América Latina. Las referencias que empleaban eran totalmente anglosajonas -en concreto estadounidenses-, de autores que, en la mayor parte de los casos, sólo habían hecho revisiones de otras investigaciones mucho más directas. Entonces, si la producción de los latinoamericanos, españoles o portugueses no llega a los polacos o checos que están trabajando exactamente en los mismos problemas -salvando las distancias de los marcos culturales e institucionales- y si, al revés, la muy interesante producción de los checos o de los polacos no llega nunca a España o a Latinoamérica, ahí hay un problema muy serio de circulación de las publicaciones. Salvo dos o tres personajes de la elite de nuestras sociologías que logran publicar en la Cambridge University Press o en la New York University Press, la circulación de libros producidos en América Latina o en el sur de Europa es mínima.

Habría que organizar prácticas de resistencia colectiva o crear redes de circulación alternativa. Hay gente que lo hace, pero de forma muy individual y personalizada. Es cierto que funciona el boca a boca, es cierto que funciona el “te voy a pasar una cosa que leí en una revista”, etc., pero el problema de fondo son las redes de comunicación: por un lado estamos desbordados de información y, por otro, estamos sometidos a la dominación de las grandes revistas y de las grandes edi-

toriales. Las enormes dificultades de circulación de la información entre científicos sociales que trabajamos incluso con la misma lengua simplemente son impresionantes.

***E.H.:* Hace un rato te referías a ciertos cambios culturales que inciden directamente en las condiciones de producción del conocimiento. Ahí me preocupa la relación que tienen los estudios de cultura política con la actual hegemonía del discurso político liberal a nivel mundial. Parece que no hay un puente entre los estudios espacial y temporalmente situados de cultura política -en lo micro- y esa consolidación ideológica global. Por ejemplo, estoy pensando en nuevas formas de sociabilidad -marcadas cada vez más por las relaciones de mercado- que se van imponiendo de a poco y que, al parecer, no dejarían espacio para concepciones alternativas de la vida política.**

M. L. M.: Yo no lo plantearía así porque esa visión puede ser un tanto mecanicista. Hay discursos hegemónicos de la política, procesos de globalización muchas veces marcados por intentos homogeneizadores de carácter cultural y político, pero también hay resistencias, lecturas distintas, reproducciones y emergencias de nuevas formas de solidaridad. Como decía antes, al plantear problemas de investigación aplicada sí es más fácil abordar el estudio de lo micro, pero no creo que el discurso de la cultura política se limite a ese ámbito. A partir de la idea de gramáticas culturales que trabajamos en el seminario -y volviendo al tema del lenguaje-, el estudio de la cultura política sí explica cómo los distintos actores -incluso transnacionales- reciben esos discursos hegemónicos acerca de la política, los “consumen” -no sé si me gusta mucho esta palabra-, los digieren, los transforman, los utilizan, los emplean, en definitiva, los resignifican.

En *Talking Politics* W. Gamson dice que ante los medios de comunicación hay un proceso constante de negociación de significados. Por ejemplo -y no sé si en Ecuador sea así-, eso se ve muy bien en los anuncios de detergentes: son los mismos desde hace 50 años. Quienes los hacen saben que no hay que introducir grandes sofisticaciones en

los anuncios de algunas cuestiones básicas. Cuando van a comprar el jabón de la lavadora, las amas o amos de casa tienen un grado de racionalidad importante. En España simplemente es “Ariel lava más blanco”, y eso no ha cambiado desde hace décadas. Tal vez un cambio interesante es que ahora quien aparece poniendo el jabón en la lavadora es un hombre y no una mujer, pero el punto es que los publicistas saben perfectamente cómo la gente se apropia de los significados y, según ello, cómo variar o no su mensaje.

Ahí hay una contribución para la academia que a veces rechazamos: en innovación metodológica los estudios de mercado van mucho más rápido. Es más, sobre este tema hay algo importante que debo señalar. Por razones políticas, a mediados de los sesenta se produjo en las universidades españolas una expulsión de profesores. Para sobrevivir, algunos sociólogos se dedicaron a los estudios de mercado. Era gente tan importante como Jesús Ibáñez, quien hasta volver a la universidad -a comienzos de los ochenta- trabajó en este campo. Y él siempre decía que había aprendido bastante más de unos estudios sobre el consumo de pescado congelado que de muchos libros de la academia.

Precisamente fue Jesús Ibáñez quien, junto con Alfonso Ortí y Angel de Lucas, introdujeron las grandes innovaciones en la metodología sociológica. Ese grupo dejó de darle tanta importancia a las encuestas y se concentró en una sociología cualitativa de carácter muy innovador. Y todo ello porque sabían perfectamente que en el “consumo cultural” se producía un proceso de negociación de significados. En *Talking Politics* Gamson dice exactamente lo mismo sobre la política: hay un proceso continuo y muy complejo de negociación de significados.

En consecuencia, la idea de prácticas sociales, de experiencias colectivas y negociación sí marcan un puente. Es claro que hay que estudiar los grandes discursos hegemónicos. A mí no me convence demasiado, pero Eder -quien es muy habermasiano- sigue hablando de analizar las culturas políticas hegemónicas o de las elites y de tratar de establecer su relación con las de las demás clases sociales.

Esos procesos de negociación, resistencia y reapropiación de significados tienen una doble di-

rección. Por ejemplo, en el caso español, desde finales de la década de 1980, la recuperación de los nuevos movimientos sociales, y en particular los movimientos en contra del servicio militar obligatorio, dan lugar a un cambio radical en la percepción de la función del servicio militar. Curiosamente, este planteamiento fue aceptado mucho antes por el Partido Popular, partido conservador, que por el Partido Socialista, quien siguió pensando en el servicio militar obligatorio como una vertebración importante de la unidad nacional.

FB.: ¿En esta idea de re-negociar significados entra la idea de la cultura política como una caja de herramientas?

M. L. M.: A mí me gusta la forma en la que Ann Swindler conceptualiza la cultura como una caja de herramientas, pero esa visión encierra el peligro de una deriva en exceso utilitarista y también plantea muchos problemas de “operacionalización”. Evidentemente es una idea útil o que al menos funciona bien para realizar investigación más aplicada -por eso incorporé el artículo de Swindler en la compilación de *Zona Abierta*-. Dentro de esa perspectiva, el tema de las memorias colectivas es muy importante. Las memorias colectivas -y hablo a propósito en plural- de un pasado común o de pasados no comunes son clave para entender la formación de las identidades colectivas. Yo siempre pongo el mismo ejemplo, pues es el que me sirve mejor: la memoria sobre la guerra civil española está marcada por un profundo “nunca más” que juega un papel muy notable en la transición política: en el modo en que se concibe el conflicto, en cómo se favorece la creación de consensos entre las fuerzas políticas de la vieja oposición franquista, de las elites tecnocráticas y de las sectores más próximos o claramente franquistas. Pero las memorias juegan malas pasadas y en los Balcanes parecen haber jugado exactamente el papel contrario: las memorias de las guerras civiles y



de la Segunda Guerra mundial favorecieron el estallido de los conflictos más de cuarenta años después.

Entonces, a la hora de analizar viejas y nuevas culturas políticas, viejas y nuevas expresiones de conflicto, ¿cómo no tomar en cuenta esas cajas de herramientas, esas memorias, esos vocabularios, esa existencia de un nosotros común o de unos nosotros diferentes? A mí me parece útil la idea de caja de herramientas pero, sobre todo, la idea de gramáticas. Por ejemplo, me gusta pensar que en el mundo hispano tenemos una misma sintaxis, una misma ortografía y, sin embargo, hablamos de una manera muy diferente. Tenemos lenguajes o expresiones locales, pero somos capaces de entendernos. Marcamos las diferencias y, al mismo tiempo, podemos saltarnos las reglas de la gramática, de las comas, suprimir las mayúsculas, o como Juan Ramón Jiménez, escribir con la “j” en lugar de con la “g”. En una palabra, podemos innovar con el lenguaje, podemos jugar con él y, al mismo tiempo, seguir manteniendo relaciones comunicativas; a fin de cuenta nos entendemos, aunque nos haga gracia o nos sorprenda la manera en que otros utilizan determinados elementos de la gramática.

***E.H.:* Las herramientas modernas de la política -por seguir con la metáfora- estaban diseñadas para arreglárselas con el Estado. Pero, ¿qué pasa con la política cuando el Estado-nación moderno esta en pleno declive?**

M. L. M.: Ese es un tema sobre el que hay mucha polémica. Si pusiéramos en una balanza a los defensores de la permanencia del poder de los Estados nacionales y a sus críticos, casi tendríamos un

equilibrio. Es cierto que hay grandes procesos de globalización económica, cultural y política, y que hay intentos de construcción de unidades supranacionales -la Unión Europea es un caso paradigmático de un esfuerzo por crear algo más que un mercado común-. Pero el caso es que en la Unión Europea las dificultades para trascender el viejo marco del Estado-nación y para crear una ciudadanía europea están siendo mucho más grandes de lo que preveían los primeros europeístas. Surgen fenómenos que simplemente son claras resistencias a la integración supra-estatal. Y es que los Estados-nación siguen teniendo un papel muy importante como referentes simbólicos de ciudadanías así como siguen siendo espacios reales de ejercicio de la política como poder.

De nuevo, los procesos se muestran muy complejos. Ahí me sigue gustando Wallerstein y su idea del sistema mundo que, en definitiva, plantea que se mantiene la misma lógica básica en el desarrollo del sistema capitalista mundial que se inició en el siglo XIV o XV, aunque muy acelerada y cambiada. Por eso creo que hay que leer a los historiadores para ver que no todo es tan nuevo ni tan cambiante como pensamos: el mundo moderno y pre-moderno era mucho más fragmentado y al mismo tiempo mucho más globalizado. Sobre el tema hay que recordar los trabajos de Wallerstein, de Braudel y de los demás clásicos de la sociología histórica. Y por otro lado, la política nunca ha sido únicamente -ni siquiera en el pensamiento clásico- el arte o el ámbito estatal y hay toda una tradición de estudios de fenómenos del poder por encima o fuera del marco de los Estados-nación...

Quito, noviembre de 2001.

TEMAS



Sobre bonanzas y dependencia

Petróleo y enfermedad holandesa en el Ecuador

Guillaume Fontaine*

¿Hacia una nueva bonanza petrolera?

Tras una polémica de varios años, el inicio de la construcción de un nuevo oleoducto para el transporte del crudo pesado (OCP, por Oleoducto de Crudos Pesados) fue aceptado en noviembre de 2000 por decreto del presidente Noboa. Según se estima, esta obra de 508 Km. permitiría transportar hasta 410.000 barriles diarios de Lago Agrio (Sucumbíos) a Balao (Esmeraldas) a partir de 2003. Asimismo, la inversión inicial de aproximadamente 1.100 millones de dólares debería traer múltiples beneficios al país, entre ellos, atraer nuevamente la inversión extranjera, especialmente para desarrollar la exploración y explotación de los campos petrolíferos amazónicos. Estas estimaciones tendrán, sin lugar a dudas, importantes repercusiones sobre el desarrollo de la novena ronda de licitaciones anunciada para 2002.

Visto así, el escenario perfila una nueva “bonanza petrolera”, de la cual la prensa nacional no dejó de hacerse eco a lo largo de 2001. Este optimismo, compartido con las autoridades del país, invita a formular algunos comentarios que tomen en cuenta la relación entre la política petrolera y la política

económica ecuatoriana de las últimas décadas. Teóricamente, éstas deberían consistir en una justa repartición de las ganancias del crecimiento a fin de mejorar los indicadores de nivel o calidad de vida, en particular en el ámbito de la salud, la educación, la infraestructura de los servicios públicos y viviendas. Se trata, en primer lugar, de determinar el ritmo de producción petrolera, lo que equivale a elegir entre una política extractiva intensiva o una política conservadora. En segundo lugar, el Estado tiene que decidir de qué manera hacer fructíferas las ganancias de la bonanza, es decir, definir el nivel de inversiones internas y externas. En tercer lugar, tiene que definir el modo de redistribución de la riqueza nacional, sea por la transferencia al sector privado, sea por el aumento de los gastos públicos. Una cuarta elección abarca la naturaleza de las inversiones públicas: se privilegian los gastos de infraestructuras (vías, bienes raíces, servicios públicos) o la protección de los sectores tradicionales que están en competencia con la industria petrolera (agricultura, industria y comercio). En fin, se tiene que definir una política de cambio y una política comercial que garanticen cierta protección a los sectores que se encuentran en pérdida de competitividad¹.

No obstante, en la práctica, la libertad del Estado ecuatoriano en la determinación de la política económica queda limitada por tres ti-

* Sociólogo, Doctor de la Universidad de París 3, Sorbona Nueva (Francia). Profesor-Investigador de FLACSO-Ecuador, Observatorio Socio-Ambiental.

1 Cf. Puyana et al., 1998:16-17.

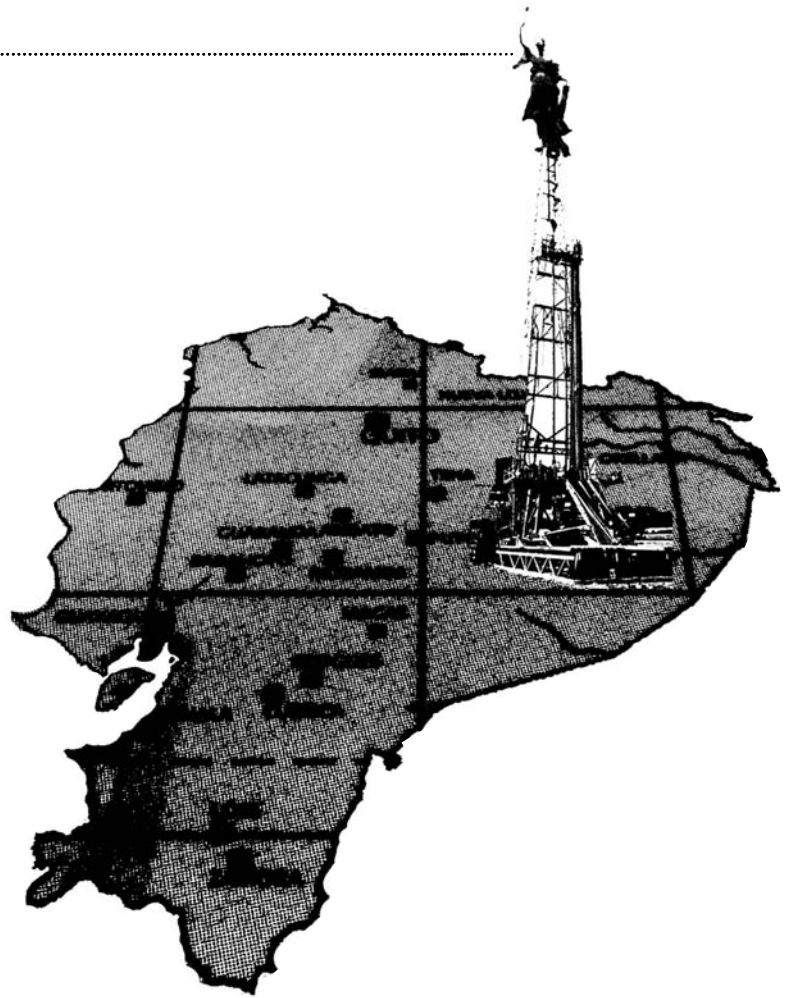
pos de presiones. Primero, el peso de la deuda y las políticas de ajustes estructurales restringen su autonomía y le obligan, en cierta forma, a producir cada vez más petróleo para cumplir con sus compromisos hacia los organismos financieros internacionales. Segundo, la tendencia a la baja de los precios del crudo -que se mantuvo a lo largo de los ochenta- y el fin de la “bonanza de precios” disminuyeron las ganancias sacadas del excedente petrolero, lo que llevó a intensificar la producción independientemente de las reservas probadas. Tercero, el volumen promedio de estas reservas y las insuficientes inversiones en los ochenta llevan al agotamiento progresivo de los hallazgos y, por otro lado, obligan al Estado a lanzar costosos programas de exploración que implican una creciente participación de las multinacionales.

Tales son las paradojas de la dependencia petrolera que los economistas neoclásicos analizaron en el llamado “paradigma de la enfermedad holandesa”. En este artículo pretendo demostrar cómo la política económica basada en la bonanza petrolera de los setenta fue al origen de la crisis de la deuda de los ochenta, crisis que llevó a la liberalización del sector de los hidrocarburos en los noventa y a una progresiva pérdida de control de la política petrolera por parte del Estado ecuatoriano. Asumo que esta evolución condiciona la redistribución de los frutos de la nueva bonanza y, por tanto, debe ser tomada en cuenta para matizar los comentarios generales sobre los beneficios esperados del crecimiento económico advertido por la intensificación de la producción de hidrocarburos.

De la bonanza petrolera a la crisis de la deuda

Los orígenes de la dependencia petrolera en Ecuador

Ecuador figura entre los países que fueron más beneficiados por el boom petrolero de los setenta². Los hallazgos en la región nororien-



tal tuvieron un efecto dinamizador sobre la economía y trastornaron las estructuras del mercado interno y, por tanto, de la sociedad. En efecto, el boom petrolero de 1973 abrió para este país una era de prosperidad que se tradujo en un aumento promedio del 9% del PIB al año en los setenta, con niveles del 25,3% en 1973 y 9,2% en 1976. No obstante, aquel crecimiento disminuyó en los ochenta y volvió a caer a un promedio del 2,1% al año, con oscilaciones entre el -6% en 1987 y 10,5% en 1988.³

Cabe precisar que en la medida que la bonanza petrolera es de naturaleza pública, siendo el petróleo propiedad de la nación, la ma-

2 El precio de referencia del barril de *Arabian light*, crudo de referencia en aquella época, pasó de 3 a 12 dólares en octubre 1973 (guerra del Kipur), luego a 34 dólares en 1979 (revolución iraníana), Cf. Ferrandery, 1999:102.

3 Estas variaciones coyunturales se explican por el terremoto de 1987 que provocó la ruptura del oleoducto principal y paralizó la actividad por varios meses.

yor parte de los excedentes fue absorbida por los presupuestos del Estado. Por lo tanto, la política fiscal adquirió una importancia decisiva para el ritmo de absorción y el grado de beneficio de la bonanza. En un primer momento, este fenómeno se acompañó del crecimiento no sólo de la intervención del Estado

La política económica basada en el boom petrolero de los 70 fue el origen de la crisis de la deuda de los 80, crisis que llevó a la liberalización del sector en los 90 y a una pérdida de control estatal sobre la política petrolera. Esta evolución condiciona la redistribución de los frutos de la nueva bonanza.



en el sector petrolero, sino también de las inversiones públicas a través de proyectos ambiciosos, altamente dependientes de los capitales foráneos y de bienes importados. Muchos de aquellos proyectos padecieron de una falta de planificación y fueron el objeto de retrasos y sobre-costos considerables. Es más, según Luis Jorge Garay, “su orientación hacia el mercado interno y su gran dependencia de insumos, bienes intermedios y bienes de capital foráneos, hizo a tales inversiones claramente vulnerables a la evolución de la economía doméstica y, al fin de cuentas, al comportamiento de las exportaciones petroleras”.⁴

Esta vulnerabilidad creció debido a la fuga de capitales provocada por la inestabilidad de la tasa de cambio, lo cual ocasionó en ciertos casos una crisis de la balanza de pagos. Por consecuencia, cuando los precios del petróleo bajaron en los ochentas, Ecuador tuvo que enfrentar serios desequilibrios económicos. De hecho, el Estado ecuatoriano entró en una espiral deficitaria por ser incapaz de mejorar sus ingresos a medidas que crecían sus gastos. De tal suerte que el déficit presupuestario se volvió crónico: entre 1971 y 1980 los ingre-

fos fiscales pasaron del 10,2 al 12,8% del PIB, mientras que los gastos públicos pasaban del 13,3% al 14,2% del PIB. No fue sino en el periodo 1989-1990 que el Estado volvió a una situación de excedente presupuestario (1,8% del PIB), después que los ingresos fiscales hubieran vuelto a aumentar del 11,3 al 16,6% del PIB (entre 1981 y 1990), mientras que la participación de los gastos públicos en el PIB bajaba del 16,1 al 14,8%. Empero, ya era tarde: la deuda externa superaba el 100% del PIB en el periodo 1987-1991 (superó los 10.000 millones de dólares).⁵

Entre tanto, en 1984 el país había entrado a negociar las condiciones de pago de la deuda y ponía en práctica una política de ajustes estructurales bajo la tutela del FMI. Estas medidas aplicadas al Ecuador pretendían poner en práctica una “política fiscal prudente”, es decir, la reducción de los gastos públicos y la retirada del Estado, así como la estimulación del ahorro interno por la sobrevaloración regular de la tasa de cambio. Las medidas se acompañaron de una liberalización de la industria petrolera, caracterizada por la apertura a los capitales privados foráneos y, por lo tanto, la creciente flexibilidad de las condiciones fiscales y reglamentarias de las actividades atañidas. Esos ajustes iban supuestamente a permitir que se generen nuevas inversiones privadas y facilitar la reforma del Estado (en particular aquella del sistema de seguridad social y la reforma fiscal). Sin embargo, como lo admite el propio Banco Mundial⁶, esta política no podía garantizar una repartición equitativa de las ganancias de la bonanza. El fracaso de esta política había de tener consecuencias duraderas, cuyos efectos se harían sentir hasta 2000 con la completa dolarización de la economía ecuatoriana.

Ecuador y la “enfermedad holandesa”

Los efectos perversos del súbito crecimiento de la producción y/o del precio del petróleo

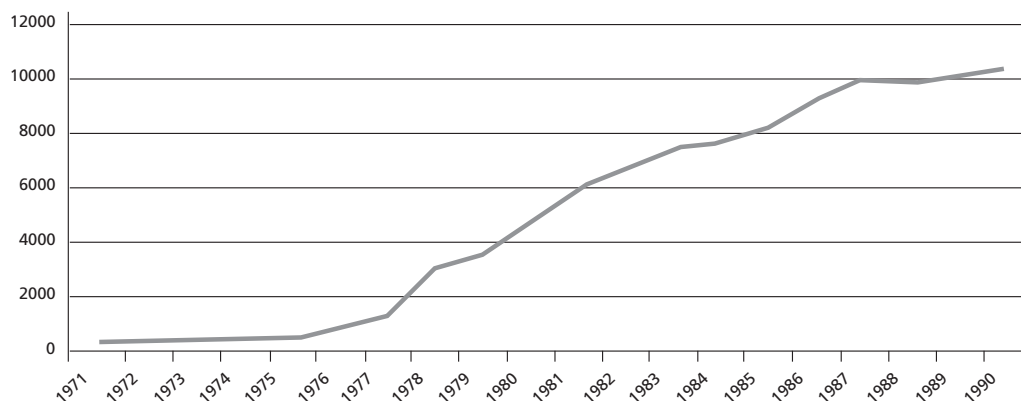
⁴ Cf. Garay, op. cit., p. 149.

⁵ Cf. Paula Gutiérrez, 1992:9-25.

⁶ Citado en Luis Jorge Garay, op. cit., p. 197.

Gráfico 1.

Evolución de la deuda externa del Ecuador en los setenta y ochenta
(millones de dólares)



Elaboración : G. Fontaine. Fuentes : Garay, 1994:256; Paula Gutiérrez, 1992:11-15.

sobre el conjunto de la economía de los países exportadores son conocidos como síndrome de la “enfermedad holandesa”⁷. Este modelo econométrico muestra que en un país fuertemente dependiente de las exportaciones de materias primarias, un alza súbita de los precios de aquellas materias puede tener efectos perversos sobre el conjunto de la economía (de allí la expresión de “enfermedad” utilizada para referirse a este tipo de choque). En efecto, en un primer momento, los efectos de la bonanza incrementan las necesidades de mano de obra y hacen subir los salarios, lo que ocasiona un “efecto de movimiento” hacia el sector próspero. Ello provoca la reducción de la producción industrial y agrícola, en el momento en que la demanda interna crece bajo el efecto del alza del poder adquisitivo global.

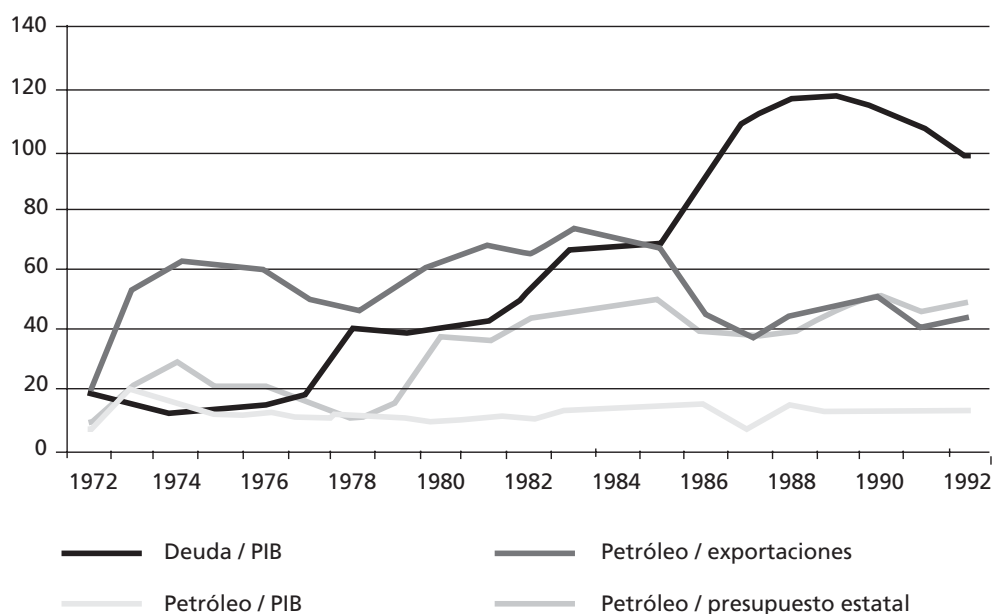
A esas alturas, semejante desfase no tiene todavía efectos inflacionarios ya que el desequilibrio entre la demanda y la oferta está compensado por el aumento de las importa-

ciones. De pronto, el aumento de las exportaciones de petróleo induce una devaluación de la tasa de cambio, lo que se traduce en aumento de los precios en los sectores de productos no-exportables como la construcción y los sectores de exportaciones tradicionales. El efecto de sustitución de los productos de importación a la producción nacional provoca entonces una inflación que puede volverse duradera, si la baja de la producción se vuelve crónica. La progresiva pérdida de competitividad de los sectores no exportadores o de exportaciones tradicionales puede provocar una “des-industrialización” o la desaparición de ciertas actividades, en particular en la agricultura.

Para los economistas neoliberales, el retorno al equilibrio de los factores depende de un triple postulado: la ley del precio único, el pleno empleo y la flexibilidad de los precios y salarios. No obstante, el postulado de una vuelta rápida al equilibrio no se verifica en la economía ecuatoriana, donde el desempleo y el subempleo coexisten con la regulación de los precios y demás obstáculos estructurales que impiden la movilidad de los factores de producción (por ejemplo, la inadecuación del sistema escolar con las necesidades del merca-

7 Sobre la bonanza petrolera, cf. Puyana y Thorp, 1998 y Puyana y Dargay, 1996, para Colombia, y Paula Gutiérrez, 1992, para Ecuador. Sobre la bonanza cafetera, cf. Wunder, 1991 y Suescún, 1998.

Gráfico 2

Participación del petróleo y de la deuda externa en el PIB, las exportaciones y el presupuesto del Estado (en %)

Elaboración : G. Fontaine. Fuentes : Perry, 1992:16-18; Fedesarrollo, 1996:24; Acosta, 1997b:87-89; Puyana et al., 1998:75.

do). Por otra parte, los boom petroleros son de carácter temporal y derivan de la inestabilidad de los precios internacionales. En fin, el sector de los hidrocarburos es muy dependiente de los capitales foráneos, lo que reduce por lo tanto el efecto de movimiento e incrementa la intervención del Estado.

De manera concreta, frente a los síntomas de la enfermedad holandesa –desindustrialización temporal y apreciación de la tasa de cambio reales– el Estado mantiene un equilibrio artificial mediante una política de estabilización de los precios y/o de apoyo a los sectores tradicionales, en el caso ecuatoriano complementada por la política de inversión social y modernización planificada. Además, el Estado es el principal beneficiario de la bonanza, ya que percibe las ganancias de la producción a través de las regalías y de los impuestos a la renta. Resulta de lo anterior que

el papel estatal es decisivo en la redistribución de las riquezas y las inversiones, en particular en sectores de productos no exportables como la construcción o los servicios. Sin embargo, en la medida que crea una dependencia hacia los ingresos del sector petrolero, la pérdida de competitividad de estos sectores debilita la economía. En fin, el carácter de renta fiscal de los ingresos petroleros hace que la contabilidad nacional y las políticas públicas se “petrolaricen” y quedan estrechamente vinculadas con las variaciones del precio del crudo, lo que afecta la capacidad de gastos, en particular la inversión.

Por lo tanto, pese a su carácter espectacular, las cifras de la bonanza petrolera enmascaran importantes debilidades estructurales que se traducen en una creciente dependencia hacia el petróleo.

8 Cf. Alicia Puyana y Rosemary Thorp, 1998:5-6.

Las debilidades estructurales enmascaradas por la bonanza petrolera

Los indicadores de la dependencia

Una decena de indicadores permiten medir la dependencia petrolera. Aquí nos servirán cuatro: el peso de la deuda externa en el PIB y el peso del petróleo en el PIB, en las exportaciones y en el presupuesto del Estado.⁹ Como bien se sabe, los fantásticos excedentes generados por los boom petroleros de 1973 y 1979 facilitaron el acceso de los países exportadores a los créditos internacionales en la década de los setenta. Es así como la deuda externa del Ecuador se multiplicó por 18 en los setenta y su participación en el PIB subió del 20 al 66% entre 1978 y 1983.¹⁰ Por otra parte, la participación del petróleo en las exportaciones y el presupuesto del Estado superaba el 40% a partir de 1980 (Cf. Gráficos 1 y 2).

Simultáneamente, la inflación fue aumentando del 9,7 al 48,5% entre 1971 y 1990, con puntas alrededor del 23% en 1973, 58,2% en 1988 y 75,6% en 1989. Asimismo, el sucre empezó a sobrevalorarse, lo que tuvo como efecto volver los productos importados más competitivos en el mercado interno y los productos exportados menos competitivos en el mercado internacional. La sobrevaloración de la tasa de cambio real se tradujo por un creciente desequilibrio entre las importaciones (que fueron multiplicadas por 7 entre

1971 y 1980) y las exportaciones de productos no petroleros (que fueron multiplicadas por 4 en el mismo período). De tal suerte que en 1980 la balanza comercial sin el petróleo era deficitaria en 1.100 millones de dólares. Mientras tanto, el déficit de las cuentas corrientes pasó de 156 a 649 millones de dólares entre 1971 y 1980. Esta tendencia no pudo invertirse en los ochenta, en el momento que los precios mundiales del petróleo iniciaban un declive duradero.¹¹

Una política petrolera truncada

Teniendo en cuenta los efectos perversos que acaban de ser presentados y los obstáculos estructurales que prohíben su superación por los mecanismos del mercado, la política petrolera ecuatoriana de los noventa se muestra como una respuesta a la crisis de la deuda. El Estado busca desarrollar aún más el excedente petrolero para pagar sus deudas, en lugar de distribuir las ganancias de la bonanza y proteger a los sectores tradicionales o estimular la economía nacional. Ahora bien, al ritmo de producción de los años ochenta y teniendo en cuenta las reservas probadas, Ecuador corre el riesgo de volverse importador neto de petróleo hacia 2010 y de no producir más allá de 2020. Esa constatación se articula con las proyecciones del consumo regional de hidrocarburos, el cual debería duplicarse entre 1997 y 2020, en particular en el sector de los transportes.¹² En este contexto, los capitales foráneos han de tener un papel cada vez mayor, lo que facilita la reforma de los contratos de asociación. Si la privatización de las empresas nacionales no estuvo todavía a la orden del día en 2000, esta reforma se traduce en una privatización parcial de facto de la industria.

La política petrolera del Estado y la política de inversiones de las empresas se articulan lógicamente según el tipo de contrato vigente en cada país. Este último es el que permite establecer la participación del Estado en las ganancias de la producción petrolera. La forma más antigua de contratos (el contrato de

9 Los otros indicadores son la baja de la tasa de cambio real, el déficit fiscal, el déficit de la balanza comercial, la evolución de la agricultura y de la industria con relación al crecimiento del PIB y la competitividad de las exportaciones.

10 Ello es anterior a la crisis de la deuda, ya que en la década de los ochenta la deuda externa apenas fue multiplicada por 1,7.

11 El “contra-boom” petrolero de 1984-1986 surgió cuando Arabia Saudita decidió aumentar sus ventas, lo que se significó el derrumbe de los precios de crudo. Éstos volvieron a los 15 y 18 dólares corrientes, es decir al nivel de 1974. Cf. Adda, 1998b:33.

12 Cf. Campodónico, 1996:306-308; EIA, 2000; OLADE, 2000.

concesión) fue desapareciendo en los setenta, cuando los gobiernos militares impulsaban una política nacionalista y se pretendía sostener la modernización del país y preservar la soberanía. Sin embargo, la crisis de la deuda acabó con estas ambiciones y la política de apertura a los capitales foráneos, impulsada

Pese a su carácter espectacular, las cifras de la bonanza petrolera enmascaran una creciente dependencia hacia el petróleo. Al ritmo de producción de los ochenta y teniendo en cuenta las reservas probadas, Ecuador corre el riesgo de volverse importador neto de petróleo hacia 2010 y de no producir más allá de 2020.



SOTE o su duplicación con lo que había de ser el OCP se volvió una de las primeras preocupaciones del Ministerio de Energía y Minas.

La mayor revisión del régimen de contratos ocurrió en 1993 mediante la ley 44, que instauró los contratos de participación en la producción y reforzó los contratos de prestación de servicios (los dos tipos de contratos vigentes en Ecuador en 2000)¹³. Al mismo tiempo, se rebajaron al 36,25% los impuestos a la renta y el control de cambio fue flexibilizado para las empresas multinacionales. El transporte, la refinación y la comercialización se abrieron totalmente al capital foráneo y se autorizó la libre importación de productos

petroleros. Desde luego, se calculó el precio de aquellos productos según los precios internacionales, aunque quedara fijado por decreto presidencial y los márgenes beneficiarios quedaran sometidos a restricciones. En fin, se otorgó la posibilidad para que las empresas socias puedan ser pagadas con petróleo crudo, según un porcentaje fijado en el momento de la firma del contrato de explotación, y disponer a su voluntad del petróleo que les corresponde.

Una particularidad del nuevo régimen de licitación de los bloques es que, en las rondas de licitaciones, el Estado se asocia con la empresa que garantiza la mayor participación a Petroecuador. Sin embargo, la postura de la empresa estatal fue debilitándose al filo de las reformas de la ley de hidrocarburos. Desde medianos de los ochenta, ésta queda sometida a un régimen especial, según el cual sus ganancias¹⁴ pasaron a ser integralmente revertidas al Banco Central y sirven concretamente para pagar la deuda externa. La reforma de 1993, al atribuir al Ministerio de Hacienda el 10% de la producción -que antes era colocado en el Fondo de Inversiones Petroleras-, incrementó el control estatal sobre la gestión de Petroecuador. Esta toma, destinada a compensar el déficit del presupuesto del Estado, tuvo como efecto desequilibrar las finanzas de la empresa nacional y frenar las inversiones prioritarias en el ámbito de la exploración.

13 La diferencia entre ambas formas de asociación del capital foráneo con Petroecuador queda en el nivel de participación en las inversiones y la repartición de las ganancias. En los contratos de participación (o contratos de asociación simple), Petroecuador y la empresa asociada asumen conjuntamente los riesgos de la exploración. En los contratos de prestación de servicio (o contratos de riesgo), los riesgos vinculados con la exploración quedan totalmente a cargo del socio, que percibe una indemnización fijada con anterioridad (en el momento de la declaratoria de comercialidad del hallazgo). En ambos casos, el Estado conserva el control de los recursos a nombre del patrimonio nacional, a través de la empresa nacional.

14 Ganancias = ingresos brutos - (regalías + gastos de la empresa y sus filiales)

Conclusión: la política petrolera ecuatoriana al alba del siglo XXI

Al inicio de la década de los noventa, la perspectiva del agotamiento a corto plazo de las reservas petroleras del Ecuador abrió un debate animado sobre las alternativas futuras del desarrollo sustentable. Para algunos era indispensable intensificar los esfuerzos de exploración, ya que el potencial de las rocas sedimentarias dejaba augurar nuevos descubrimientos en la primera década del siglo XXI.¹⁵ Para otros, no quedaba duda alguna que, pronto, Ecuador se volvería un importador neto y, por tanto, debía pensar en valorizar los productos de exportación que puedan sustituir al petróleo y que estaban disponibles en la economía (banano, café, cacao, camarón y flores).¹⁶ Otros proponían instaurar un proteccionismo educador, siguiendo el modelo de desarrollo adoptado entre los setenta y ochenta por los “dragones” del sureste asiático, a fin de lograr la transición modernizadora que había fracasado hasta entonces y en espera de una hipotética integración al comercio mundial¹⁷.

Teniendo en cuenta el grado de dependencia hacia el petróleo, vimos que la hipótesis más probable es que el Estado ecuatoriano intensifique sus esfuerzos en el ámbito de la exploración y la explotación, a fin de disminuir el riesgo de agotamiento de las reservas. Cabe recordar que los pronósticos en el ámbito de la política petrolera dependen ampliamente de factores externos y de condiciones geopolíticas del momento, que influyen sobre el precio del petróleo y, por lo tanto, en el costo relativo de la exploración y explotación. Asimismo, los hallazgos secundarios están dejados de lado, siempre y cuando hallazgos más rentables puedan estar explotados, pero se valorizan a medida que éstos últimos se ago-

tan. Ahora bien, debido a la importancia de la deuda externa y la baja tendencial de las ganancias procedentes del petróleo, el gobierno carece de los recursos financieros necesarios para llevar a cabo esa política en las mismas condiciones que las que prevalecían hasta inicios de los años ochenta, es decir, atribuyéndole al Estado un papel predominante, tanto en las inversiones como en la participación en las ganancias. A ello se añade la necesidad de modernizar los equipos obsoletos para aumentar la productividad de la actividad petrolera y para prevenir los daños ecológicos causados por los accidentes (como la ruptura de los oleoductos o de las estaciones de bombeos).

Dicho en otras palabras y cualquier sea el escenario de la política petrolera ecuatoriana a mediano plazo, lo más probable es que los próximos gobiernos se orienten cada vez más a las inversiones privadas foráneas y, por lo tanto, persigan las reformas legales inauguradas en los ochentas, las cuales buscan liberalizar los contratos de participación y favorecer las inversiones directas extranjeras a través de *joint-ventures* y de la privatización de ciertas actividades que estaban hasta ahora controladas por Petroecuador.

Bibliografía

- Acosta, Alberto et al., 1986, *Ecuador: petróleo y crisis económica*, ILDIS, Quito.
- Acosta, Alberto, 1992, *La Deuda eterna. Una historia de la deuda externa ecuatoriana*, El Conejo, Quito.
- Adda, Jacques, 1996, *La Mondialisation de l'économie*, La Découverte, París.
- Barreiro, Andrés, 1991, “Cinco frentes estratégicos para un Ecuador sin petróleo”, en Acosta, Alberto et al., *Ecuador: el reto de la economía mundial*, Abya-Yala, ILDIS, El Duende, Quito, pp. 273-327.
- Bucaram, René, 1997, “El país requiere una real transformación de la industria petrolera”, en Petroecuador, *25 años de exportación del crudo oriente. Pasado y futuro del*

15 Cf. René Bucaram, 1997:25.

16 Cf. Rodríguez Elizarraras, 1992:43-74 y Dávila Andrade, 1992:75-100.

17 Cf. Barreiro Vivas, 1991:273-372 ; Schüldt, 1992:313-344.

- petróleo en el Ecuador*, Unidad de Relaciones institucionales de Petroecuador, Quito, pp. 21-30.
- Campodónico, Humberto, 1996, *El Ajuste petrolero, Políticas empresariales en América latina de cara al 2000*, Desco, Lima.
- Cardoso, Fernando Enrique y Falleto, Enzo, 1988, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, Siglo XXI, México.
- Dávila, Osvaldo, 1992, "El Ecuador sin petróleo", en Doryan Garrón, Eduardo y López Castro, Grettel, *Transición hacia una economía no petrolera en Ecuador: retos y perspectivas*, INCAE, Quito, pp. 75-100.
- EIA, 1997, "Country Overview, Ecuador", EIA, Washington, mimeo.
- EIA, 2000, "International Energy Outlook", EIA, Washington, mimeo.
- Ferrandery, Jean-Luc, *Le Point sur la mondialisation*, PUF, coll. Major, Paris.
- Garay, Luis Jorge, 1994, *Descentralización, bonanza petrolera y estabilización. La Economía colombiana en los años noventa*, CEREC-FESCOL, S. F. De Bogotá.
- OLADE (Organización Latinoamericana de Energía), 2000, "Energía en cifras, Sistema de información económica energética (SIEE)", versión No. 12, Quito.
- Paula Gutierrez, Francisco de, 1992, "Ecuador: de la enfermedad holandesa al ajuste estructural", en Doryan Garrón, Eduardo y López Castro, Grettel, op cit, pp. 9-25.
- PETROECUADOR, 1997, *25 años de exportación del crudo oriente. Pasado y futuro del petróleo en el Ecuador*, Unidad de Relaciones institucionales de Petroecuador, Quito.
- Philip, George, 1982, *Oil And Politics In Latin America. Nationalist Movements And State Companies*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Puyana, Alicia y Dargay, Joyce, 1996, *Competitividad del petróleo colombiano. Una revisión de factores externos*, CRESET-COLCIENCIA, Bogotá.
- Puyana, Alicia y Thorp, Rosemary, 1998, *Colombia: economía política de las expectativas petroleras*, Tercer Mundo Ed.-FLACSO Mexico-IEPRI, Bogotá.
- Rodríguez Elizarraras, Gustavo, 1992, "Análisis comparativo Ecuador-México para la transición a una menor dependencia del petróleo", en Doryan Garrón, Eduardo y López Castro, Grettel, op cit, pp. 43-74.
- Schüldt, Jürgen, 1992, "Lineamientos para la transición hacia una economía no-petrolera en el Ecuador", en Doryan Garrón, Eduardo y López Castro, Grettel, op cit, pp. 313-346.
- Suescún, Rodrigo, 1998, "Commodity booms, dutch disease and real cycles in a small open economy", artículo presentado en "Seminario de teoría económica avanzada", Universidad Nacional de Colombia, mimeo.
- Wunder, Sven, 1991, *Dutch disease theory and the case of Colombia 1991*, Ph. D. Dissertation, University of Copenhagen, Institute of Economics, Copenhagen.

Partidocracia y democracia plebiscitaria

El ascenso de un “nuevo régimen” en Venezuela

Alfredo Ramos Jiménez*

Los tres años de la experiencia de Chávez en el poder bien podrían ser considerados como los años de la transición venezolana hacia un “nuevo régimen” político. Ello se desprende de un primer balance, provisional ciertamente, de una etapa histórica que para Venezuela marca el deslinde entre un pasado político, “partidocrático” o de “duopolio partidista”, y una nueva época que arranca con el nuevo siglo, portadora de una promesa de refundación de la democracia¹.

Me propongo en estas notas una aproximación al “fenómeno Chávez” como experiencia crucial en el ascenso de un régimen alternativo (en tanto institucionalidad y cultura política) a la tradicional democracia bipartidista, a fin de establecer los rasgos básicos de aquello que inicialmente y durante largo tiempo se ha venido presentando como una experiencia inédita orientada hacia la constitución de un nuevo régimen o sistema político². En la medida en que tal experiencia se ha presentado como portadora de promesas de cambio y de incorporación de la masa popular a la decisión política, resultaba un tanto contagiosa para unos cuantos movimientos

políticos en buen número de países latinoamericanos. De aquí que el juicio positivo o negativo de tal experiencia entra significativamente en el debate actual sobre el futuro de la democracia en nuestros países.

En efecto, la política del chavismo, en tanto política de transición, ha sido identificada hasta aquí como pariente cercana de las experiencias gubernamentales de Menem en Argentina y de Fujimori en Perú. Y ello desde perspectivas que acentuaban un tanto la hipótesis del excepcionalismo venezolano en la época de la transición y consolidación de las neodemocracias latinoamericanas³.

La excepción venezolana como hipótesis

Modelo de democracia para el resto de países latinoamericanos, el sistema político venezolano al parecer tenía asegurada una cierta estabilidad institucional apoyada en una relativa paz social. De modo tal que los cuarenta años de democracia bipartidista habrían servido de demostración de la viabilidad de la democracia en contextos caracterizados por grandes desigualdades sociales y por el impe-

* Director del Centro de Investigaciones de Política Comparada. Universidad de Los Andes.

1 Sobre la tesis de la partidocracia en Venezuela véase Michael Coppedge 1994, Hidalgo Trenado 1998, p. 63-100, Enrique Baloyra 1998, Alfredo Ramos Jiménez 1999, p. 35-42.

2 Cf. Alfredo Ramos Jiménez 2000, p. 13-39.

3 En la literatura política latinoamericana de corte comparativo se da por sentada la asimilación de las experiencias de Chávez, Menem y Fujimori como demostrativas de la conocida hipótesis de Guillermo O'Donnell sobre las “democracias delegativas”. Cf. O'Donnell 1992, Isidoro Chereski e Inés Pousadela 2001, p. 30-31, Alfredo Ramos Jiménez 1997, p. 59-87.



rio de una “política de clientela” en la forma “normal” de hacer política.

Asimismo, la presencia de partidos “opositores y no competidores” estaba en el origen de una “oposición leal” que servía de base para el control de las tres cuartas partes del electorado. Ello le asignaba al sistema político venezolano características de excepcionalidad frente a los estándares normales de la política democrática en nuestros países⁴. En efecto, en todas partes, y particularmente en los países centroamericanos, los movimientos democratizadores consideraban que el modelo a imitar ya estaba funcionando en Costa Rica y Venezuela.

Ese modelo bipartidista entra en crisis, al parecer terminal, con la experiencia gubernamental de Caldera y ya podía advertirse una amplia aspiración colectiva que demandaba

4 Desde las primeras elecciones en los sesenta hasta fines de los 80, los partidos AD y COPEI contaban con al menos el 80% del total electoral. Entrados los noventa y particularmente con la elección de Rafael Caldera (1993), nuevas fuerzas (La Causa R en 1993 y el MVR en 1998) comienzan a disputarle el terreno cautivo del tradicional bipartidismo. Cf. Alfredo Ramos Jiménez 2001, p. 65-75.

su reemplazo definitivo en la primera elección de Chávez en 1998. Así, la vulnerabilidad del sistema era evidente y para muchos anunciaba el advenimiento de una nueva etapa en la construcción de la democracia, destinada a romper con la experiencia del duopolio partidista. El surgimiento de una clase política emergente, llamada a sustituir a la tradicional elite política, quedaba planteado como el indicador más preciso de la época de cambios que se inicia con el fin de siglo.

Desde 1999 cabe advertir, dentro de la hipótesis de la excepcionalidad venezolana, la producción de unos cuantos cambios y desarrollos que ya estaban anunciados en la experiencia democrática precedente y que parecen estrechamente vinculados con el declive profundo que afecta a los dos principales partidos. De aquí que una nueva opción política, voluntarista y personalizada, poco a poco se fue abriendo camino, alimentada por la evidente “fatiga cívica” y el desencanto que vive el sector más numeroso de la población, el mismo que había asistido normalmente y apoyaba con su voto la persistencia del sistema en un período histórico más o menos extenso. En tal sentido, cabe plantearse la cuestión de saber si la promesa chavista configuraba una alternativa viable dentro de un contexto dominado por el desencanto y la extendida frustración social o, por el contrario, si se trataba más bien de una experiencia política personalizada de nuevo cuño, portadora de expectativas de cambio, ancladas en la misma política de clientela del “viejo régimen”⁵.

Un voluntarismo original, que se traduce en el deseo de dejar atrás los cuarenta años de “democracia corrupta”, se revela resistente ante los imperativos sociales que se van desplegando como esfuerzo colectivo y sostenido en un vigoroso “cambiamos para que todo siga igual” que -como ejercicio de supervivencia política- impulsa a las élites tradicionales. No

5 Sobre la riqueza imaginaria de un Estado arbitrario y prepotente véase Fernando Coronil 1997, sobre los orígenes de la “revolución bolivariana” cf. Manuel Caballero 2000 y Alberto Garrido 2000.

en otra forma deben entenderse tanto la abstención de una clase política, rápidamente desmovilizada en las elecciones y referéndum de 1999, como su incapacidad para hacer frente de oposición coherente ante la propuesta de Chávez en el poder.

La hipótesis de la revolución pacífica

El hecho de que un comandante sublevado se haya plegado a las exigencias de la democracia competitiva había sorprendido un tanto a la tradicional clase política, que no le concedía chance alguna para ganar las elecciones presidenciales y legislativas de 1998. El triunfo de Chávez en las elecciones de diciembre de 1998 sobre las fuerzas coaligadas de la nueva oposición democrática (AD, COPEI y otros partidos menores) marcó para la historia de Venezuela la entrada de una época cargada de incertidumbre. Como nuevo partido, el Movimiento V República (MVR) combinaba una cierta carga simbólica no muy ideologizada con formulaciones de corte corporativo, que incluía la unidad eventual entre caudillo, Ejército y pueblo, como la base sociopolítica de la así proclamada “revolución bolivariana”⁶.

Si bien es cierto que el discurso de Chávez integra todo un conjunto de reivindicaciones populares, las mismas fueron configurando una suerte de “gran rechazo” del pasado democrático bipartidista, marcando el “nuevo comienzo” que debía dejar atrás el “antes”, rápidamente identificado como la causa de la frustración y de una crisis económica agravada con la baja de la renta petrolera⁷.

La propuesta chavista de una nueva Cons-

6 Este planteamiento provenía de un sociólogo argentino, desconocido en su país, convertido en asesor del candidato Chávez, Norberto Ceresole, con claras orientaciones autoritarias y antidemocráticas. Según Ceresole, “la orden que emite el pueblo de Venezuela el 6 de diciembre de 1998 es clara y terminante. Una persona física, y no una idea abstracta o un “partido” genérico, fue “delegada” por ese pueblo para ejercer el poder, la orden popular que definió ese poder físico y personal...”, citado en Alberto Garrido 2001, p. 8.

titución se convirtió pronto y sin dificultades en el estandarte de lucha de las fuerzas auto-proclamadas del “Polo Patriótico”. Una nueva Constitución estaba llamada a cumplir la función de proyecto político del “nuevo comienzo”, en circunstancias tales que ese “volver a empezar” requería ciertamente de una organización política con capacidad para reunir en su seno a las clases emergentes y excluidas del antibipartidismo. De allí la paradoja, que reside en el hecho de que la antipolítica de tales clases debía transformarse en la fuerza política activa, cuya función no sería otra que la de apuntalar las ejecutorias del nuevo régimen. Así, la profundización del liderazgo carismático de Chávez poco a poco iría socavando las posibilidades de conformación del necesario *party government*, en tanto base política para conducir a la “revolución pacífica” o “revolución en democracia”⁸.

7 La literatura que promueve en el exterior la figura del presidente Chávez y su movimiento, como el líder que anuncia los nuevos tiempos para Venezuela y América Latina, no es desdeñable. La misma incluye trabajos que van desde el elogio interesado, aquel que identifica al presidente con el legado del libertador Simón Bolívar (Cf. Richard Gott 2000), hasta aquellos que consideran al chavismo como la fuerza de la “revolución bolivariana” en cuanto “la cuarta vía hacia el poder” y a Chávez como el “primer gran pensador revolucionario que ha producido la Patria Grande desde los años sesenta” (Cf. Heinz Dieterich 2001, p. 74). A lo que habría que agregar las elucubraciones francesas de Ignacio Ramonet (director de *Le Monde Diplomatique*), para quien el comandante Chávez debe considerarse como el apóstol de la antimundialización, “soutenu par les forces de gauche et par les deshérités” (Ramonet 1999).

Después de advertir el hecho de que “los distintos pronunciamientos de Chávez en materia económica y social no deslumbran por su precisión ni claridad”, Jorge Castañeda admite que en nuestros países latinoamericanos, “se requiere de poderes ejecutivos fuertes y democráticos, pero, a diferencia del pasado, no autoritarios, que rindan cuentas, no se perpetúen en la silla presidencial y se vean obligados a confirmar y consolidar consensos en apoyo a sus propuestas y a aceptar sus derrotas cuando las sufran”. Algo un tanto lejano de la experiencia de Chávez en el poder (Castañeda 1999).

8 El aplastante triunfo en la elección de los constituyentes (julio 1999) terminó por ubicar a las fuerzas del chavismo en una posición hegemónica que reducía considerablemente a las fuerzas, desde entonces endebles, de la oposición. De los 131 constituyentes elegidos (24 escogidos por

Si partimos del hecho de que la democracia se funda en elecciones periódicas, la misma siempre será *pro tempore* en el sentido de que requiere legitimarse de tiempo en tiempo. Este no es el caso de la revolución, para la que no existe período establecido. Ello explica en buena parte la insistencia con la que Chávez recuerda a los venezolanos su voluntad de mantenerse en el poder al menos unos veinte años. Si la “revolución bolivariana” se proponía implantar las bases de un nuevo sistema político, la acción gubernamental no reafirmaría en momento alguno la orientación de la “fuerza revolucionaria” hacia esa gran transformación de la estructura social y política, proceso que exigía la creación de instituciones políticas alternativas. Por el contrario, si se trataba de una revolución democrática, la desviación voluntarista, personalizada en el líder carismático, se constituyó a la larga en un obstáculo de peso.

Asimismo, una tal “revolución” no podía ser armada o violenta, y si bien el tono antidemocrático del discurso del nuevo régimen traducía el autoritarismo fundamental del equipo dirigente de las fuerzas del chavismo, el mismo venía vinculado con el voluntarismo de un presidente que, como en unas cuantas experiencias latinoamericanas del populismo, pretendía gobernar sin partido alguno o por encima de los partidos. Este fenómeno, cuyos precedentes más cercanos los encontramos en los gobiernos neopopulistas de Menem y Fujimori en la década de los noventa, se encarna en la experiencia venezolana en una evidente personalización de la decisión política⁹.

Desde el momento en que logra neutralizar cualquier disidencia en el seno de su partido, Chávez habría llevado al presidencialismo latinoamericano hasta sus últimas conse-

cuencias. Para ello habría de promover sea el oportunismo en el que se enquistaba un personal sumiso -que en buen número de casos recogía a militantes desencantados de los partidos tradicionales- o bien a una clase política emergente sin autonomía -como lo revelaría la docilidad del bloque mayoritario de la nueva Asamblea Nacional, el bloque parlamentario chavista, hacia los dictados del presidente.

La imposición de la voluntad presidencial por encima de su partido también está vinculada con el aislamiento del presidente, hecho que ha provocado unas cuantas incoherencias gubernamentales en la política pública. La improvisación del equipo gubernamental, que incluye unos cuantos colaboradores *free lance* reclutados entre los nostálgicos de la izquierda de los sesenta, ha debilitado un tanto las pretensiones revolucionarias del nuevo régimen. Esto además de la excesiva concentración de poderes en el ejecutivo también parece derivada de una fácil ecuación política, en la que el presidente ha hecho coincidir la “legitimidad” del régimen con la “popularidad” del presidente. Desmantelada la oposición, la decisión política se va concentrando en la persona del presidente -que cuenta con una nueva Constitución-. Si a ello agregamos la alta discrecionalidad del presidente, que ali-

9 Desde los días de la Constituyente, era manifiesto el corte personalista de la nueva política. Los venezolanos observaron, por ejemplo, la imposición presidencial en la adopción de una nueva denominación para el país. Así, la “República Bolivariana”, que poseía reminiscencias del primer movimiento subversivo fundado por Chávez y que había encontrado una extendida resistencia en la opinión pública, pasó sin mayores reparos en el seno de la Constituyente. Las “señas de identidad” chavista en el texto de la Constitución van desde la eliminación de la palabra “partido”, hasta la intención de conformar cinco nuevos poderes, incluido el “poder moral”, extraído de la doctrina del Libertador. En nuestros días, los venezolanos de todas las tendencias políticas no han logrado aún identificar ese poder dentro de la nueva división de poderes propuesto en la nueva Constitución (Cf. Hermann Petzold 2001, p.50-66). Si bien es cierto que el “ideario” de Chávez se aparta un tanto de sus ejecutorias como presidente o jefe de un movimiento revolucionario, el texto constitucional va más allá de la ideología política del presidente y su movimiento. Véase Agustín Blanco Muñoz 1998, Leonardo Vivas 1999 y Teodoro Petkoff 2000.

circunscripción nacional, 104 por la circunscripciones regionales y 3 en representación de las comunidades indígenas), sólo 6 correspondían a la oposición. El 15 de diciembre 1999 queda aprobada la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela por el 71,7% del total de 4.819.786 votantes. El nivel de la abstención era un tanto alto (55,6%). Cf. Medófilo Medina 2001, p. 126-127.

menta un evidente arbitrio presidencial en la interpretación de la norma constitucional, la tendencia hacia una concentración de los poderes, reñida con la vocación democrática del electorado, resultaría inevitable, provocando el abandono de los aliados civiles y militares de la *víspera*¹⁰.

Si en nuestros días la baja de la popularidad del presidente es un hecho innegable, la nueva institucionalidad, que se asienta en lugares claves del funcionamiento democrático (desde el Tribunal Supremo de Justicia hasta el Consejo Nacional Electoral, pasando por la politización de los altos mandos de las Fuerzas Armadas), no le ha permitido alcanzar un nivel aceptable de consolidación. Los apoyos espontáneos de los sectores más pobres de la población resultan insuficientes para adelantar políticas de innovación institucional como las propuestas en el “proyecto” de cambio original¹¹.

El discurso de un Chávez carismático y movilizador ya no es el mismo cuando se limita a condenar los “40 años de democracia corrupta” –como en los primeros días de gobierno– sin ofrecer una alternativa política viable a los sectores sociales que estaban ganados para una política de cambios profundos. Y es en este terreno donde la oposición reaparece disputándole al presidente el apoyo popular. Asimismo, el espacio de la comunicación chavista, ampliamente dominado por la imagen reivindicadora del líder carismático,

10 La lista de emigrantes de las filas del chavismo es hoy en día un tanto larga y la misma se extiende desde los compañeros de armas y cómplices de las intentonas golpistas de 1992, hasta los flamantes recién llegados al chavismo, quienes intentarían darle una faz democrática antipopulista al nuevo régimen.

11 A la lista de “promesas incumplidas” del gobierno chavista debe agregarse la impunidad de la que gozan los corruptos del viejo y del nuevo régimen. La crisis económica, que se revela principalmente en el crecimiento del desempleo y la baja del nivel de vida, afecta a las clases medias, que por lo mismo se han ido pasando a las filas de la oposición social y política. Un manejo inexperto de la economía –los ingresos por la renta petrolera son mucho más altos que en el pasado reciente– habría provocado la pauperización de la clase media urbana y está en el origen del desarrollo sin precedentes de la economía informal.

se ha visto significativamente reducido en el último año debido en parte a la creciente influencia de los medios en la discusión de los asuntos públicos¹².

Desde esta perspectiva, la propuesta y defensa de la “revolución pacífica” habría resultado a la larga insostenible. La ausencia de un “partido revolucionario”, que apuntalara la política gubernamental, dejaba la legitimidad del nuevo régimen fuertemente atada a la popularidad del presidente y se habría traducido en la indefinición del proyecto para una tal revolución¹³. Además, si nos detenemos a observar la tradición democrática de la fuerza armada, no había espacio para adelantar en una eventual revolución sociopolítica que pretenda la imposición de hegemonías autoritarias, identificables en el texto constitucional.

La cuestión de la legitimidad del nuevo régimen no es una cuestión secundaria cuando se trata de adelantar una revolución dentro de los marcos de la democracia formal. Si admitimos con Juan Linz el hecho de que “la legitimidad de un régimen democrático se apoya en la creencia en el derecho de los que han llegado legalmente a la autoridad para dar cierto tipo de órdenes, esperar obediencia y hacerlas cumplir, si es necesario utilizando la fuerza”, entonces no hay espacio para una “legitimidad revolucionaria” en la práctica de

12 Si en un primer momento, la política-espectáculo había favorecido a Chávez, la misma se revierte con el manifiesto incumplimiento de sus principales promesas. Los medios de comunicación, que habían contribuido en el declive profundo de la vieja clase política, no lograron compartir la dirección de la política con el liderazgo carismático de Chávez. De aquí la tensión permanente entre el discurso presidencial agresivo y descalificador y una opinión pública cada vez más adversa. Véase Carlos Blanco, 2001; Luis Gómez y Nelly Arenas, 2001

13 Si admitimos que la legitimidad revolucionaria debe alimentar siempre la creencia en que el gobierno cuenta con la capacidad y trabaja en el sentido de contribuir al bienestar común e individual, la decepción del electorado chavista ha ido desarrollándose en forma precipitada en el último año, cuando las expectativas van entrando en una situación de frustración colectiva. El deterioro progresivo del régimen podía advertirse desde el segundo año del gobierno. Véase Luis E. Lander y Margarita López Maya 2000.

una democracia efectiva (Linz 1987:38-39). De aquí que toda democracia legítima requiere siempre “la obediencia a las reglas de juego tanto por parte de la mayoría de los ciudadanos que han votado como por parte de los que detentan la autoridad, así como la confianza de los ciudadanos en la responsabilidad del gobierno” (Linz 1987: 39). El respeto de la Constitución y las leyes no se limita a una toma del poder legal, sino que se extiende hasta la legalidad de los actos del gobierno tanto como de los gobernados. De este modo, el derrocamiento de la democracia como sistema político siempre comienza por el desconocimiento e inobservancia de las leyes.

La imposible *accountability*

En los estudios políticos recientes sobre América Latina se ha ido imponiendo la noción, tan abstracta como sugerente, de *accountability*. La misma asume a la necesaria rendición de cuentas como la base de la responsabilidad política de los gobiernos y gobernantes democráticos. En tal sentido, los representantes elegidos están obligados a actuar en el mejor interés de los representados, tanto como los profesionales de la política en cuanto buscadores del voto de los ciudadanos¹⁴.

La responsabilidad política ante los electores y gobernados sólo es efectiva mediante un conjunto de instituciones con atribuciones de poder. Si en el texto de la Constitución de 1999 encontramos todo un conjunto de disposiciones de corte garantista sobre el ejercicio del poder democrático -por esencia, poder compartido- la dificultad del personal político para ajustar la acción a las mismas se tradujo pronto en una no vigencia de la nueva Constitución, en una situación, así llamada,

de transición hacia un nuevo régimen. De hecho, apoyándose en esa situación, el arbitrio presidencial comienza a definir la nueva “normalidad”.

La heterogeneidad y debilidad de la oposición en el nuevo parlamento que se elige en 2000 está en el origen de una nueva hegemonía de corte plebiscitario, fuertemente asentada en la persona del presidente¹⁵. De modo tal que un parlamento sin autonomía alguna, con una mayoría dependiente de la autoridad presidencial, procedería a la designación de los titulares de los órganos de control y de justicia¹⁶. Esta centralización de la estructura gubernamental volvería imposible la necesaria *accountability*. Un balance de la misma en los tres años de gobierno chavista revelaría el hecho de que tal imposibilidad ha ido minando la autoridad presidencial, disminu-

15 Entre noviembre de 1998 y octubre de 2000 se realizaron un total de siete elecciones: Congreso Nacional, gobernaciones y asambleas legislativas (noviembre 1998), elecciones presidenciales (diciembre 1998), referéndum consultivo para convocar la Asamblea Constituyente (abril 1999), elección de los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente (julio 1999), referéndum aprobatorio de la Constitución (diciembre 1999), relegitimación de presidente, miembros de la Asamblea nacional y gobernadores (julio 2000) y relegitimación de las autoridades locales (octubre 2000). La intervención personal directa del presidente en este largo proceso electoral dio a todas las elecciones características plebiscitarias en las que entraba en juego, en primer lugar, la legitimidad del presidente y sólo después la del nuevo régimen. La automatización del proceso y unos cuantos resultados incoherentes dieron base para que se hable de un fraude a gran escala. Una oposición sumamente dividida se mantuvo siempre muy distante de aportar la prueba del mismo. De ello resultaría una autoridad presidencial fortalecida, que contaba además con una mayoría holgada en la Asamblea Nacional y, al parecer, sin adversarios a la vista. La acción gubernamental, fuertemente plebiscitaria, anunciaba desde comienzos de 2001 la concentración del poder en las manos del presidente.

16 La designación de fiscal, contralor, defensor del pueblo, magistrados del Tribunal Supremo de Justicia y del Consejo Nacional Electoral que, de acuerdo con las disposiciones constitucionales, correspondía a la Asamblea Nacional, habrían correspondido en “última instancia” al propio presidente que, para el momento, controlaba las tres cuartas partes de la Asamblea. De aquí que se haya afirmado que se trataba de una elección “a dedo”. Lo que quedaría corroborado con la designación de personas afectas al régimen y con las decisiones cruciales a cargo de tales órganos

14 Esta idea está presente en unos cuantos trabajos recientes sobre los problemas de la democratización latinoamericana; véase Mettenheim y Malloy 1998, Hagopian 1998, Peeler 1998. Entre los autores latinoamericanos, Garretón 2000, Nun 2000 y Novaro 2000. Véase también Schmitter y Karl 1996, p. 37-49 y Manin, Przeworski y Stokes 1999, p. 1-26.

yendo considerablemente la popularidad de su titular.

En la medida en que las reglas mínimas de una democracia representativa se han ido dejando de lado, a fin de hacer más efectivo el liderazgo plebiscitario del presidente, el “simulacro” parlamentario acabaría con su capacidad de evaluación y control de los poderes públicos. Ya para comienzos del cuarto año de gobierno (2002), la incorporación de militares en altos cargos del gobierno revelaría una neta militarización del poder político, lo que paradójicamente coincide con la caída de la popularidad presidencial. Asimismo, la erosión del partido de gobierno y de sus aliados del Polo Patriótico amenaza con profundizar el agrietamiento de la base política del régimen chavista¹⁷.

Enfrentada a obreros y patronos, la “revolución bolivariana” ha ido perdiendo apoyos considerables tanto de sus aliados de la víspera (en el seno del MVR) como de la desmovilizada clase media, que se siente amenazada por la creciente conflictividad que alimenta el clima de tensión social provocado por el régi-

del poder público, fuertemente inclinadas a favorecer la voluntad presidencial. De aquí el amplio margen de arbitrariedad que distorsiona el carácter democrático del régimen.

17 Ello explica en parte la cotidianeidad de la denuncia de la ineptitud del presidente y de la corrupción de unos cuantos de sus colaboradores del alto gobierno. La omnipresencia de esa denuncia en los medios de comunicación convertiría a estos últimos en actores calificados de la oposición política. Los mismos medios que habían promovido la “solución Chávez” en la campaña electoral del 98 y durante el primer año del nuevo gobierno, pasaban a ser los portadores del desencanto de una mayoría social que pugna en nuestros días por devenir política. El caso es que los medios sustituyen a los partidos en la manifestación y canalización del desencanto creciente de la población. De aquí la campaña permanente del gobierno contra los medios expresada en el discurso presidencial de los meses recientes. El aislamiento del presidente quedaría confirmado con el paro general del 10 de diciembre de 2001 y la marcha general de la oposición del 23 de enero de 2002. Aislamiento que venía anunciado con el esfuerzo, tan continuado como frustrado, por hacerse con el control de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV). Con la elección del nuevo equipo dirigente de la Central sindical la “revolución pacífica” se quedaría definitivamente sin clase obrera.

men en su esfuerzo por recuperar la popularidad perdida¹⁸.

La inviabilidad de una democracia plebiscitaria

La tesis que sostiene la necesidad de sustituir la democracia representativa por una “democracia participativa y protagónica”, incluida en el texto de la Constitución de 1999, expresaba la intención oficial por desarrollar una política de cambios orientada hacia la superación de la estructura democrático-partidista precedente: si la política del “gran rechazo” había proporcionado al nuevo régimen una plataforma electoral exitosa, la misma se revelaría en el último año como fuente de contradicciones e incoherencias de la acción gubernamental, decididamente centralizadora y excluyente. De aquí que un vasto sector social, mayoritariamente de clase media, se haya volcado hacia soluciones políticas que venían apuntando en los meses recientes la necesidad de un “cambio de régimen”.

La lógica del liderazgo plebiscitario entra en conflicto con la lógica de una democratización efectiva del Estado y la sociedad, cuando el nuevo régimen comienza por desentenderse de las promesas electorales que lo habían impulsado hacia el poder. Así, la lucha contra la corrupción no pasó de ser una propuesta vacía de contenido¹⁹. La lucha contra la elevación del costo de vida encontró grandes obstáculos en una política económica re-

18 El intento presidencial, a todas luces desesperado, por comprometer a la fuerza armada en la marcha del “proceso revolucionario” coincide con la proposición de un conjunto de leyes (49), que si bien poseían alto contenido popular, resultaban inconstitucionales en la nueva relación de fuerzas. El tema es que el texto constitucional no se ajusta a la práctica del gobierno por decreto. En otras palabras, la misma institucionalidad revolucionaria prevista en la Constitución estaba reñida con la práctica plebiscitaria del gobierno de Chávez.

19 Ello puede corroborarse por el hecho de que en tres años de gobierno los venezolanos no hayan visto un solo corrupto preso, de la vieja o de la nueva república. Y ello a pesar de la permanente denuncia expuesta en los medios.

cesiva que reduce la posibilidad de creación de nuevos empleos, incrementando con ello la lista de expectativas frustradas. Ante la debilidad de los partidos de la oposición, una sociedad civil que hasta ayer se había revelado apática, si no antipolítica, promueve cada vez más las protestas de calle como la base para el surgimiento de liderazgos alternativos²⁰.

En la medida en que el liderazgo plebiscitario aparece estrechamente vinculado con las ejecutorias y capacidad articuladora del “presidente personal”, aquel vive bajo la amenaza de venirse abajo en contextos inestables de estructuración democrática. Si en una primera etapa el presidente Chávez contaba con un partido relativamente disciplinado, que se había anotado unos cuantos éxitos electorales sucesivos en el espacio de dos años, pronto el mismo habría de revelar sus limitaciones inevitables. Estas venían ligadas con una composición variopinta desideologizada, que se revelaría insuperable en el tiempo, y con la presión social democratizadora que exigía mayores espacios para la participación política.

El voluntarismo plebiscitario, exitoso en una primera etapa —los dos primeros años del gobierno de Chávez— era insuficiente en el tercer año de la experiencia chavista cuando se comenzó a producir el retorno de los partidos de la oposición a los primeros planos de la vida política. Y es que el carácter excluyente de la propuesta “revolucionaria” le impediría en todo momento ajustar la acción y decisión políticas a las reglas democráticas expresadas en la nueva Constitución. De este modo, la participación ampliada de los ciudadanos se vio escamoteada por la necesidad de imponer el proyecto hegemónico de cambios, anunciado en las plataformas político-electorales a nivel nacional y local. Además, si bien es cierto que el apoyo a esa política de cam-

20 No extrañe entonces el hecho de que los principales líderes de la oposición, aquellos que aparecen en los sondeos de opinión por encima del presidente, sean políticos noveles con gran presencia mediática. Es el caso del alcalde Mayor de Caracas, Alfredo Peña, y el diputado y animador de un popular programa de la televisión, Julio Borges, a la cabeza de un nuevo partido, Primero Justicia.

bios no se reduce al monopolio de la oferta innovadora, conseguido por Chávez y el chavismo en su primera etapa, el mismo presentaba unas cuantas debilidades para mantenerse como alternativa política viable frente a la experiencia bipartidista de los 40 años precedentes²¹.

La personalización de la decisión política, que contaba con un piso coherente en el texto constitucional, comenzó a hacerse insostenible en la segunda parte de 2001 cuando la dinámica democrática exigía cambios decisivos en las relaciones de fuerzas y, por lo mismo, se imponía una apertura de la fuerza hegemónica hacia el debate público de las decisiones portadoras de significado. La movilización desideologizada, que se había impuesto en una primera etapa sobre la plataforma, que para la ocasión se presentaba como “el proceso”, llevaría a sus principales protagonistas al anclaje del discurso en una idea abstracta de “revolución” y a la exclusión de todos aquellos que al parecer no se identificaban con la misma²².

Debe anotarse por tanto que las incoherencias, producto de la improvisación si no de la falta de preparación de la clase política emergente, habrían de constituirse en fuente permanente de inestabilidad e incertidumbre en un ambiente político lleno de turbulencias. En circunstancias tales que el recurso al

21 La propuesta de una “democracia participativa”, que reemplazaría a la “democracia representativa”, presentada por Chávez en las recientes cumbres iberoamericanas, no alcanzó nunca la relevancia necesaria para imponerse en las agendas gubernamentales de la región. Tal fracaso internacional no impediría en modo alguno la corrección de la retórica presidencial, con fuertes acentos autoritarios, despojada así de todo contenido democrático. No debe extrañar el hecho de que se encuentren coincidencias entre la propuesta de Chávez con la que había expuesto Alberto Fujimori, luego de su cuestionada reelección de 1995.

22 Ni el presidente y, menos aún, sus más cercanos colaboradores del equipo gubernamental, pudieron asertar alguna vez en la definición del “proyecto revolucionario” propuesto. Unos cuantos, tal vez los más adelantados, hablaban de “Tercera vía” y, los más, prefirieron asumir el texto de la nueva constitución, en tanto “Constitución bolivariana”, como el proyecto explícito de la “revolución”, reservando para el presidente Chávez la “debida” interpretación.

arbitrio presidencial agitaba las aguas de la controversia, llevándolas hacia terrenos que nada tenían que ver con el esfuerzo de construcción de una nueva democracia. Así, poco a poco se iría configurando el escenario que, según algunos –los partidos de la oposición– comenzaba por identificarse sea como el del “poschavismo” o bien como el de un “chavismo sin Chávez”.

La política de la transición en Venezuela no se limitaba entonces a la experiencia plebiscitaria de Chávez y del chavismo, sino que se extiende a las principales alternativas que a comienzos del 2002 anunciaban, por un lado, peligrosas desviaciones autoritarias y, por otro, la recomposición del espacio de la oposición, demasiado heterogéneo hasta entonces. Esta última incluye en un solo movimiento –del antichavismo– a las fuerzas del bipartidismo tradicional –ocupando ahora el centro sistémico partidista–, las correspondientes a los nuevos partidos, Proyecto Venezuela y Primero Justicia –inclinados hacia la derecha y con presencia notable en los sondeos de opinión–, y las de la izquierda moderada, el partido Unión (fundado por Arias Cárdenas, compañero de lucha del primer Chávez) y el Movimiento al Socialismo (MAS). De modo tal que asistimos hoy en día a un cierto “retorno de los partidos”, rápidamente “enterrados” por el chavismo en el poder. Ello replantea desde ya unas relaciones tormentosas entre los epígonos de la democracia bipartidista, con sus vicios y virtudes, y una suerte de neopopulismo, inclinado hacia soluciones plebiscitarias, demasiado provisionales y efímeras como para fundar un nuevo régimen²³.

La fuerza seductora del chavismo en el poder, que había conseguido por cierto tiempo el monopolio de la decisión en una coyuntura política tan dramática como incierta, ya no constituye en nuestros días una oferta prometedora, independientemente del esfuerzo personal del presidente por conservar los reducidos del poder y, más aún, acosado por la creciente oposición política y social. Además, a pesar de la insistencia con la que los titulares

del poder han reclamado para sí el control del espacio y tiempo de la “nueva democracia”, la misma ha pasado a formar parte de aquella lista de desengaños y promesas incumplidas de la democracia, descritas por Norberto Bobbio en un conocido texto²⁴.

Sólo en esta situación de aislamiento y de disfuncionamiento institucional debe entenderse el esfuerzo chavista de relanzamiento del Movimiento Bolivariano Revolucionario y de un autodenominado “Comando Político de la Revolución”, como intentos de radicalización de la línea política gubernamental para hacer frente tanto a la disidencia interna (MVR) como a la creciente oposición democrática²⁵. Asimismo, la pérdida de la amplia mayoría chavista en el parlamento reduce las posibilidades de control de la decisión política desde el ejecutivo, limitando con ello la iniciativa presidencial en la política pública. Si hoy en día la función del MVR, como partido del gobierno, luce disminuida, la reducción en número del equipo gubernamental –exclusión de los dirigentes moderados– dejaría a la cúpula radical, leal al líder plebiscitario, compartiendo con unos pocos cuadros militares la gestión de la política en tiempos tormentosos. La “soledad” del régimen chavista es tanto más grave cuando una política de alianzas –normales en los regímenes demo-

23 En un trabajo anterior, sobre los partidos y sistemas de partidos en los países andinos, habíamos avanzado la hipótesis de la inviabilidad política del MVR para constituirse en la fuerza hegemónica que impulsaría el proyecto de Chávez y del chavismo. Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 2001, p. 65-75.

24 De acuerdo con Norberto Bobbio, esa lista venía inscrita dentro de la contradicción entre “los ideales y la cruda realidad” de la democracia. Cf. Bobbio, 1986, p. 16-31. Una crítica a la tesis de Bobbio, en Danilo Zolo, 1994, p. 78-90.

25 El recurso a la movilización de pequeños grupos de choque, sin otro objetivo que el de asegurar el “control de la calle”, terminaría por desacreditar al gobierno, trasladando su cuestionamiento interno hacia instancias internacionales como la OEA y la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Las ruidosas manifestaciones televisadas de tales grupos armados frente a los locales de los medios de comunicación considerados adversos al gobierno, han dado base para que se comiencen a advertir desviaciones fascitoides en el seno del chavismo.

cráticos latinoamericanos- parece hoy en día descartada y no entra en la lógica de un “proceso” autoconcebido como de “ruptura con el pasado” desde sus orígenes. La búsqueda de una base obrera consistente en las primeras elecciones de la CTV, conducida torpemente, habría de desembocar en una derrota política cargada de peligros para el régimen. Y es que el sectarismo y la intolerancia chavista con aquellos que deberían considerarse los aliados naturales del “proceso”, está en el origen de unas cuantas escisiones significativas del chavismo en el poder y, lo que resulta más dramático, habrían cerrado definitivamente las vías para una eventual negociación con las fuerzas de la oposición.

La emergencia de una suerte de “democracia sin el pueblo”, que ha caracterizado a las experiencias políticas de corte tecnocrático, también resulta detectable en la experiencia chavista cuando la nueva clase política va perdiendo sus principales contactos con los sectores sociales que le habían sido fieles hasta no hace mucho. No se ha producido, por consiguiente, sustitución de elites. Trátase, más bien, de una continuidad con nuevos actores: en la medida en que Chávez y el chavismo se venían proclamando portadores del “gran rechazo” del pasado, la persistencia de este último en el presente habría terminado por deslegitimar al nuevo régimen, a tal punto que el principio democrático, fundador del “antiguo régimen” en Venezuela, sigue cumpliendo su función en el nuevo régimen chavista. El precio de todo esto es el abandono en el camino de unos cuantos objetivos de la “revolución bolivariana”.

En suma, la experiencia de Chávez en el poder no habría sido otra cosa que el ensayo fallido por introducir cambios significativos en las formas tradicionales de hacer política. Bien podría tomarse aquella experiencia como una segunda etapa de la transición postpartidocrática que, arrancando en 1993 con la elección de Caldera, se extiende hasta nuestros días. Etapa de fortalecimiento de una sociedad civil en ciernes y de replanteamiento del modelo de democracia de partidos que en

la práctica devino duopolio partidista, vigente desde el derrocamiento de la última dictadura militar en 1958.

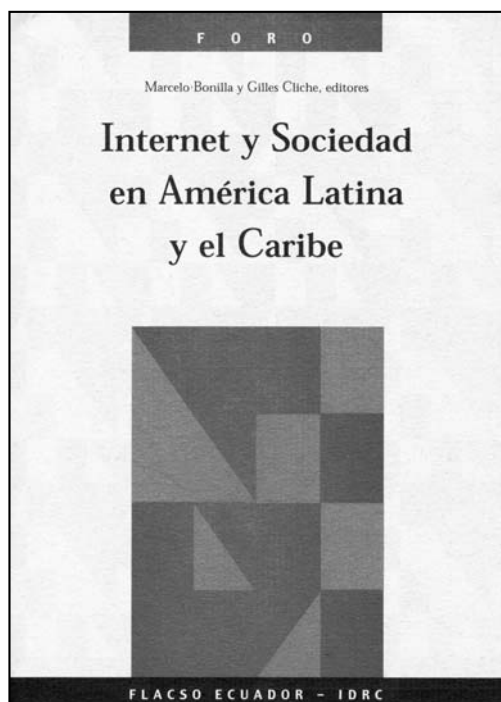
Mérida, enero 2002

Bibliografía

- Anderson, Lisa, Editora, 1999, *Transitions to Democracy*, Columbia University Press, New York.
- Baloyra, Enrique A., “Deepening Democracy with Dominant Parties and Presidentialism: The Venezuelan Regime in a Period of Turbulence”, en Kurt von Mettenheim y James Malloy, op.cit., p.38-54.
- Blanco, Carlos, 2001, “Venezuela: del bipartidismo al neautoritarismo”, en *Quantum. Revista de Pensamiento Iberoamericano*, No.2, Primavera, p. 87-95.
- Blanco Muñoz, Agustín, 1998, *Habla el comandante Hugo Chávez Frías*, IIES-FACES-UCV, Venezuela.
- Bobbio, Norberto, 1986, *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Caballero, Manuel, 2000, *La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la democracia venezolana*, Catarata, Madrid.
- Castañeda, Jorge, “Chávez no es Perón”, *El País*, España, 5 de agosto 1999.
- Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela, compiladores, 2001, *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Paidós, Buenos Aires.
- Coppedge, Michael, 1994, *Strong Parties and Lame Ducks. Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*, Stanford University Press, Stanford.
- Coronil, Fernando, 1997, *The Magical State. Nature, Money, and Modernity in Venezuela*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Diamond, Larry y Marc F. Planter, 1996, *El resurgimiento global de la democracia*, IIS-UNAM, México.
- Dieterich, Heinz, 2001, *La cuarta vía al poder. Venezuela, Colombia, Ecuador*, Hiru, Guipúzcoa.
- Garreton, Manuel Antonio, 2000, *Política y sociedad entre dos épocas. América Latina en el*

- cambio de siglo*, Homo Sapiens, Rosario.
- Garrido, Alberto, 2000, *La revolución bolivariana. De la guerrilla al militarismo*, Ediciones del autor, Mérida.
- Garrido, Alberto, 2001, *Mi amigo Chávez. Conversaciones con Norberto Ceresole*, Ediciones del autor, Mérida.
- Gómez, Luis y Nelly Arenas, “¿Modernización autoritaria o actualización del populismo? La transición política en Venezuela”, en *Cuestiones Políticas*, No. 26, enero-junio 2001, p. 85-126.
- Gott, Richard, 2000, *In the Shadow of the Liberator. Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela*, Verso, Londres.
- Hagopian, Frances, 1998, “Democracy and Political Representation in Latin America in the 1990s: Pause, Reorganization, or Decline?”, en Felipe Aguero y Jeffrey Stark, editores, 1998, *Fault Lines of Democracy in Post-Transition Latin America*, North-South Center Press at the University of Miami, Miami, p. 99-143.
- Hidalgo Trenado, Manuel, 1998, “Consolidación, crisis y cambio del sistema venezolano de partidos”, en *Politeia*, No.21, p. 63-100.
- Lander, Luis E. y Margarita López Maya, 2000, “Venezuela: la hegemonía amenazada”, en *Nueva Sociedad*, No.167, mayo-junio, Caracas, p. 15-25.
- Linz, Juan, 1987, *La quiebra de las democracias*, Alianza, Madrid.
- Manin, Bernard, Adam Przeworski, y Susan Stokes, editores, 1999, *Democracy, Accountability, and Representation*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Medina, Medófilo, 2001, *El elegido presidente Chávez. Un nuevo sistema político*, Aurora, Bogotá.
- Mettenheim, Kurt von y James Malloy, editores, 1998, *Deepening Democracy in Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- Novaro, Marcos, 2000, *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario.
- Nun, José, 2000, *Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- O'Donnell, Guillermo, 1992, “¿Democracia delegativa?”, *Cuadernos del CLAEH*, 2º serie, No. 61, p. 5-19.
- O'Donnell, Guillermo, 1992, “Transitions, Continuities, and Paradoxes”, en Scott MAINWARING et al., 1992, *Issues in Democratic Consolidation. The New South American democracies in Comparative Perspective*, University of Notre Dame Press, Notre Dame.
- Peeler, John, 1998, *Building Democracy in Latin America*, Lynne Rienner, Boulder.
- Petkoff, Teodoro, 2000, *La Venezuela de Chávez. Una segunda opinión*, Grijalbo, Caracas.
- Petzold, Hermann, 2001, “Estudio comparativo entre la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela y los proyectos constitucionales de Simón Bolívar de 1819 y 1826”, *Revista Venezolana de Ciencia Política*, No. 19, enero-junio, p. 9-71.
- Ramonet, Ignacio, 1999, “Chávez”, *Le Monde Diplomatique*, octubre de 1999.
- Ramos Jiménez, Alfredo, 2000, “El liderazgo del ‘nuevo comienzo’. Notas sobre el fenómeno Chávez”, en *Revista Venezolana de Ciencia Política*, No. 18, julio-diciembre, p.13-31.
- Ramos Jiménez, Alfredo, 1999, “Venezuela. El ocaso de una democracia bipartidista”, en *Nueva Sociedad*, No. 161, mayo-junio, p. 35-42.
- Ramos Jiménez, Alfredo, 2001, “Viejo y nuevo. Partidos y sistemas de partidos en las democracias andinas”, en *Nueva Sociedad*, No. 173, mayo-junio, p. 65-75.
- Ramos Jiménez, Alfredo, 1997, *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*, Centro de Investigaciones de Política Comparada, Mérida.
- Ramos Jiménez, Alfredo, 2001, *Los partidos políticos latinoamericanos. Un estudio comparativo*, Centro de Investigaciones de Política Comparada Mérida.
- Schmitter, Philippe C. y Terry Linn Karl, “Qué es... y qué no es la democracia”, en Larry Diamond y Marc Platner, op.cit., p. 37-49.
- Vivas, Leonardo, 1999, *Chávez. La última revolución del siglo*, Planeta, Caracas.
- Zolo, Danilo, 1994, *La democracia difícil*, Alianza, México.

Ediciones de FLACSO - Ecuador

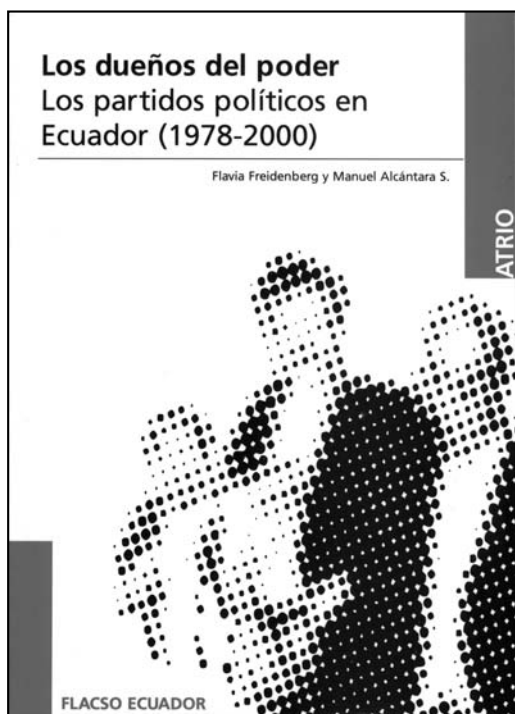


Serie FORO

Internet y Sociedad en América Latina y el Caribe

Marcelo Bonilla y Gilles Cliche, editores

A partir de una perspectiva cualitativa y etnográfica, esta obra recoge trabajos pioneros de investigación sobre cómo las nuevas tecnologías de información y comunicación -en su aplicación al sistema escolar y a iniciativas de gestión local- reproducen las pedagogías tradicionales y las formas dominantes de ejercicio del poder local. El libro es una reflexión sobre la necesidad de impulsar una cultura-internet, fundamentada en un "derecho a la comunicación y a la cultura" y un "derecho-internet", que permita la concreción de una verdadera participación ciudadana y un libre acceso al conocimiento, manteniendo un respeto a los derechos personales e individuales como la privacidad y la intimidad.

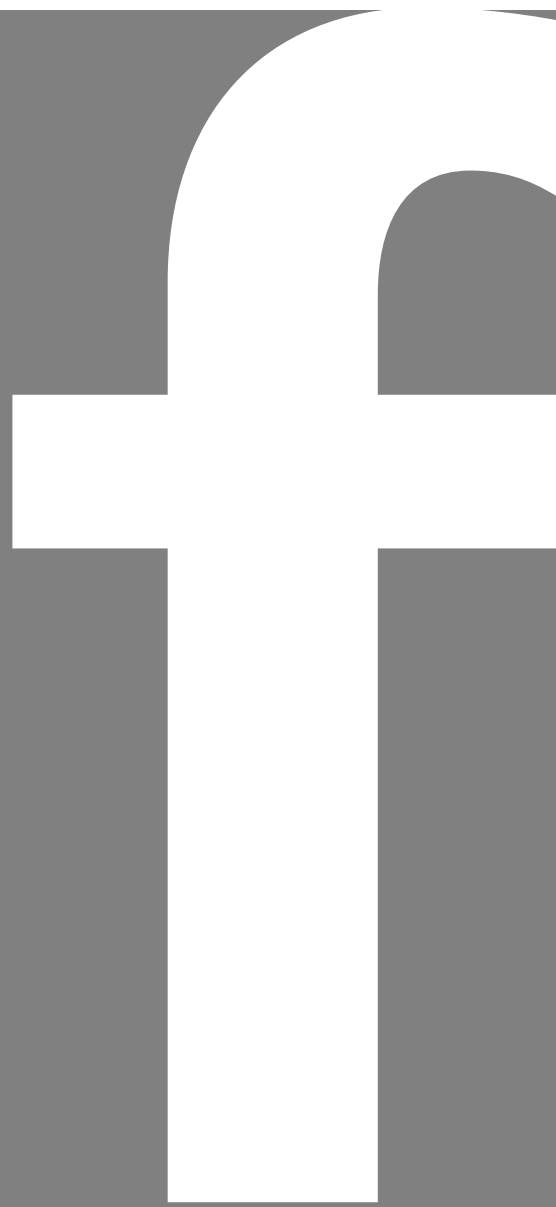


Serie ATRIO

Los dueños del poder. Los partidos políticos en Ecuador (1978-2000)

Flavia Freidenberg y Manuel Alcántara

La dificultad de los partidos políticos para articular las demandas de los ciudadanos, cumplir con sus tareas de representación política y satisfacer otras funciones relativas a la operatividad del proceso político ha sido la idea dominante en la ciencia política latinoamericana. En este libro, los autores critican esa visión y presentan una minuciosa investigación empírico-descriptiva sobre los cinco partidos de mayor relevancia en los últimos veinte años en Ecuador. Sostienen que, ya que han desarrollado una serie de funciones con las que han contribuido a la operatividad del sistema, las agrupaciones partidistas han sido uno de los ejes centrales de éste. Los autores apuestan por una visión novedosa en el estudio de los partidos latinoamericanos ya que los analizan no sólo en su relación con el entorno sino desde dentro, como organizaciones que se desempeñan en diversos ámbitos y que cuentan con sus propios actores, reglas de funcionamiento y procesos de toma de decisiones.



FRONTERA

Geopolítica del conflicto: el mundo después del 11 de septiembre

Joaquín Hernández Alvarado*

El artículo plantea que, a partir de los atentados del 11 de septiembre del año pasado, la principal tendencia en el ámbito geopolítico apunta a la configuración de un mundo en conflicto. El análisis se centra en la política exterior de los EE.UU. y las implicaciones regionales y mundiales del ataque a Afganistán. Como única potencia mundial –se habla ahora de “hiperpotencia”– los EE.UU. están configurando un mundo conflictivo donde la “disuasión convencional” ha venido a sustituir a la “disuasión nuclear” de la Guerra Fría, que contrasta con las tendencias de la administración Clinton. El concepto de seguridad nacional e internacional se convierte en el valor fundamental y en el parámetro para medir el comportamiento de los gobiernos y de los países.

El artículo analiza la relación de los EE.UU. con sus aliados tradicionales de la Unión Europea (UE). Así, contra lo que muchos estimaron después de los ataques del 11 de septiembre, se acentúa la tendencia “unilateralista” versus la “multilateralista”, lo que implica una revisión del sistema de alianzas y la importancia de organismos como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Mientras se fortalece la estrategia del “escudo antimisiles” y la posible ofensiva

estadounidense contra Irak e Irán, el apoyo al régimen de Israel en la guerra del Medio Oriente aleja a Washington de sus aliados europeos como consecuencia de la estrategia unilateralista.

Sin embargo, la situación en Afganistán y las repercusiones en sus vecinos más importantes, Rusia, Irán y China, están todavía lejos de definirse. La prolongación del conflicto palestino –de acuerdo a la estrategia del gobierno de Ariel Sharon de liquidar la posibilidad de creación de un estado palestino– compromete la imagen y acrecienta la animosidad contra el gobierno de los EE.UU. en el mundo árabe.

En América Latina, la tendencia apunta también a consolidar la línea dura de Washington, tal como se ha visto en la crisis argentina primero y ahora con el endurecimiento de la posición frente a la guerrilla colombiana y prácticamente el archivo de los diálogos de paz. En definitiva, un mundo en conflicto.

El nuevo escenario internacional: Estado Unidos y la Unión Europea

En el artículo publicado en la revista *Foreign Affairs*, “A Foreign Policy for the Global Age”, Samuel R. Berger señalaba los resultados de la política exterior de los ocho años de la administración Clinton y lo que serían, en consecuencia, las líneas básicas de la agenda

* Director del sistema de postgrado de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.

de la política exterior de los EE.UU. para el futuro: el fortalecimiento de las alianzas a todo nivel, que comenzó por integrar a los antiguos adversarios en un sistema internacional, la implantación de la paz en regiones consideradas críticas para la seguridad nacional, la adopción de una estrategia global para responder a los nuevos retos y la construcción de la más abierta y dinámica economía mundial en la historia. La visión de los EE.UU. como la única potencia mundial no implicaba una ruptura, sino que más bien fortalecía la necesidad de relación con los aliados tradicionales en términos de una agenda multilateral. En los seis meses transcurridos a partir del 11 de septiembre de 2001, sin embargo, todo lo señalado por Berger en su artículo parece haber pasado a un modesto plano o simplemente a ser dejado de tomar en cuenta.

Algunos analistas consideraron que la aparición insospechada del terrorismo y sus consecuencias -como la vulnerabilidad de los EE.UU. en su propio territorio- explicarían el paso de una diplomacia calificada de humanitaria a una realista basada en la percepción del mundo como peligroso y conflictivo. En este sentido, los años noventa no habrían sido el comienzo de ninguna nueva era sino un corto y fugaz período de entreguerras, que el ataque contra las torres de Nueva York y el Pentágono se encargó de clausurar. En todo caso, lo sucedido el 11 de septiembre fortaleció tendencias ya existentes en muchos de los miembros de la actual administración republicana, que planteaban una estrategia basada en el conflicto y donde el poderío económico-militar sería la cuestión decisiva. El conflictivo mundo actual no sería entonces el resultado de lo sucedido el 11 de septiembre, sino la expresión de intereses encontrados que pondrían en peligro la hegemonía de los EE.UU. en el mundo y que exigirían, en consecuencia, una agenda de política exterior basada en la seguridad nacional. De ahí la importancia concedida a la lucha contra el terrorismo a escala planetaria, al incremento del presupuesto de la defensa, al fortalecimiento en general de los EE.UU. y a la preferencia



por los convenios internacionales celebrados unilateralmente con cada país que se supone serían más convenientes para los intereses de Washington.

Desde este punto de vista, los acontecimientos del 11 de septiembre no podrían traer como respuesta una política internacional de los EE.UU. entendida en términos de multilateralismo. Aunque el apoyo inmediato a Bush de la Unión Europea, de los países árabes, incluido el gobierno palestino de Yasser Arafat, de los tradicionales enemigos de la Guerra Fría, Rusia y la República Popular China, de Irán y en general de casi la totalidad de los países, hizo pensar que los EE.UU. serían el líder de una vasta coalición mundial en que se compartiría información, estrategias, recursos y riesgos, la dirección de la guerra y las alianzas requeridas para la invasión a Afganistán mostraron una clara política unilateral. La propuesta de los aliados europeos de invocar por primera vez el capítulo V del Tratado de la Alianza del Atlántico Norte para la solidaridad defensiva de los países miem-

bros no fue aceptada por Washington. Incluso la destrucción del terrorismo, que fue mostrado como una amenaza mundial y no exclusivamente para los EE.UU., fue sin embargo asumida por Washington como una tarea de seguridad nacional y no como un asunto sujeto a una especie de alianza internacional de los países aliados.

El conflictivo mundo actual no sería el resultado de lo sucedido el 11 de septiembre, sino la expresión de intereses encontrados que pondrían en peligro la hegemonía de los EE.UU. y que exigirían, en consecuencia, una agenda de política exterior estadounidense basada en la seguridad nacional y el unilateralismo.



estilo de diplomacia *à la carte*, en el sentido de que EE.UU. seleccionaba a sus aliados y su grado de participación en las operaciones bélicas, independientemente de las alianzas regionales e incluso de organismos como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Previamente, los EE.UU. habían rechazado el ofrecimiento del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que por resolución número 1368 del 12 de septiembre había declarado estar dispuesto a tomar todas las medidas necesarias para responder a los atentados dentro de la Carta de la ONU. En definitiva, la administración Bush asumió

una agenda de política exterior definida por el unilateralismo en lugar del multilateralismo de la administración Clinton. Más aún, el concepto de seguridad nacional sería el parámetro para medir el comportamiento de países y gobiernos. Washington se encargaría, en consecuencia, de definir las misiones de la guerra sin consultar ni participar a sus aliados, con la posible excepción de Gran Bretaña, reservándose las negociaciones para cada caso particular.

La segunda manifestación pública de la agenda de intereses de la administración Bush fue el proyecto de presupuesto federal enviado al Congreso para el año fiscal 2002–2003 y el discurso del presidente sobre el “eje del mal”. En el proyecto, los gastos de defensa no solo alcanzaban cifras nunca antes vistas sino que implicaban además la decisión clara de mantener la supremacía exclusiva de los EE.UU. por lo menos un par de décadas más, garantizar su capacidad de intervenir en los asuntos mundiales sin estar supeditado a ningún tipo de alianzas, incluso dejando de lado alianzas tradicionales como la OTAN. Pero fue el discurso en que el presidente de los E.E.U.U. señaló la existencia de “eje del mal”, integrado por Irán, Irak y Corea del Norte, contra quienes habría lógicamente que tomar medidas a corto plazo, lo que desató las críticas de los europeos que vieron su papel e intereses comprometidos. Fue el canciller francés Hubert Védrine, que calificó al discurso de “simplista” y a la estrategia estadounidense de “unilateralismo utilitario”, quien asumió primero la crítica de la posición de la administración Bush. Otros consideraron el discurso del presidente Bush y su proyecto de presupuesto federal como “el fin del atlantismo”, es decir, el final de la alianza entre los EE.UU. y la U.E. que se había mantenido todo el siglo XX y la ruptura del equilibrio entre los antiguos aliados. Como respuesta, el secretario de estado de los EE.UU., Colin Powell, si bien insistió en que en los hechos la política exterior de Washington no podía ser entendida de “unilateral”, había que asumir un nuevo concepto de “multilateralismo”.

El nuevo escenario internacional: Rusia y China

Un nuevo escenario internacional se ha abierto con Rusia y con China como consecuencia de los acontecimientos del 11 de septiembre, sin que pueda atribuírselo exclusivamente. En términos generales, mientras Moscú ha privilegiado en su agenda los temas de acuerdo con Washington en base de concesiones mutuas -que el tiempo determinará en su real costo-, Pekín se encuentra reticente y suspicaz aunque de ninguna manera hostil.

Las relaciones de los EE.UU. con Rusia y China después de los atentados de septiembre mostraron la tendencia de Washington de negociar unilateralmente, fijando en cada caso las condiciones y las concesiones. El principio base fue el señalado por el secretario de defensa, Donald Rumsfeld: “es la misión la que determina la coalición y no permitiremos determinar la misión a quienes forman parte de ella”. Desde un principio Washington contó con la actitud de oposición tanto de Rusia como de China contra el islamismo radical. Ya en 1996, tres de las repúblicas del Asia Central, Kazajastán, Kirguistán y Tadyikistán, habían conformado con el “grupo de Shangai” una coalición destinada a luchar precisamente contra el islamismo radical. En junio de 2001, este grupo, con la incorporación del Uzbekistán, pasó a denominarse la “Organización de cooperación de Shangai”. Rusia tenía, además, una agenda pendiente contra los separatistas chechenios a los que había declarado terroristas y a quienes Moscú consideraba apoyados por Kabul.

En estas condiciones, la participación rusa en la ofensiva contra Afganistán, a través de dos de sus ex-repúblicas, fue negociada por el presidente Putin, teniendo en cuenta como intereses principales los de los dos principales exportadores del país: hidrocarburos y armamento. Desde un principio, el presidente Putin siempre estuvo dispuesto a negociar. Antes del conflicto con Afganistán, su apoyo al programa del escudo antimisiles de Bush, tan criticado en Europa, fue una muestra de

su apertura y de la necesidad de concesiones. Después del 11 de septiembre, Moscú ofreció una colaboración inusitada a Washington: apertura de su espacio aéreo a los aviones estadounidenses, oficialmente en vuelos de tipo humanitario, participación en operaciones de recuperación de aviadores derribados por los talibanes, incremento del apoyo militar a la Alianza del Norte, desmantelamiento de las bases de escucha electrónica en Vietnam y Cuba, consentimiento para el despliegue de fuerzas de los EE.UU. en las repúblicas ex-soviéticas de Uzbekistán y Tadjikistán, vecinas de Afganistán. Fue más una apariencia de concesión que una concesión verdadera, resultado de la debilidad de Rusia, de la que EE.UU. supo a su vez sacar partido sin comprometerse demasiado. En lo esencial, Bush no ha cedido: la reducción del arsenal nuclear estadounidense será realizada de acuerdo al Pentágono sin atarse las manos por un nuevo tratado Start. En cuanto a la posibilidad de cambiar unilateralmente el tratado balístico antimisiles ABM, sujeto de largas negociaciones desde épocas anteriores entre los grandes rivales de la Guerra Fría, Washington mantiene su capacidad de actuación independiente.

En el caso de China, las concesiones mutuas, reales o aparentes, no han sido tan notorias aunque la negociación se ha realizado igualmente de forma directa. La relación entre los dos países parece estar en un atascamiento, producto de los intereses en juego de cada uno que son diferentes a los de los rusos, como el caso de Taiwán, a quien los EE.UU. continúan armando a la vez que exigen de los chinos el corte de envíos militares a países considerados terroristas. La fortaleza china y su agenda de política exterior no es equivalente a la rusa. En el nuevo escenario después de Afganistán, y aparte de la protección de los EE.UU. a Taiwan, preocupa enormemente a Pekín el fortalecimiento de los lazos entre EE.UU. y Pakistán, el nuevo papel de Japón para intervenir en los asuntos de política exterior e incluso las negociaciones entre Moscú y Washington que llevarían a la aceptación

rusa para la creación del escudo antimisiles, que significa un peligro mayor para China.

El agravamiento de la situación colombiana

El discurso en que el presidente de los E.E.U.U. señaló la existencia de un "eje del mal", desató las críticas de los europeos que vieron su papel e intereses comprometidos. El canciller francés Hubert Védrine calificó al discurso de "simplista" y a la estrategia estadounidense de "unilateralismo utilitario".



Después de los acontecimientos del 11 de septiembre, los tres grupos guerrilleros que se enfrentan en Colombia figuraron en la lista de terroristas que suministró Colin Powell, secretario de estado de los EE.UU.

La puesta en vigencia de la agenda de la política exterior de los EE.UU., que privilegia la seguridad y la disuasión lo mismo que los acuerdos unilaterales, ha coincidido con el desgaste de los acuerdos de paz en Colombia, iniciados con la llegada al poder del presidente Andrés Pastrana, quien está a menos de medio año de terminar su mandato.

Cambios sintomáticos se han producido en los últimos meses. En primer lugar, el nombramiento de Otto Reich como subsecretario adjunto para América Latina, conocido político de línea dura. En segundo lugar, el giro conceptual de la guerra contra el narcotráfico -que había sido el objetivo central del Plan Colombia- a la identificación de narcotraficantes con guerrilleros y, sobre todo, a la puesta en práctica de una política destinada a desarrollar una soberanía efectiva del gobierno sobre todo el territorio colombiano. Finalmente, la identificación de intereses estadounidenses en Colombia, que llevaría a Washington a proteger directamente el oleoducto Caño-Limón-Coveñas y a la creación de un batallón especial para el asunto, con financiamiento del gobierno de Bush.

Sin relacionar de manera unilateral el agravamiento de la situación político-militar en Colombia con el fortalecimiento de una estrategia regional ofensiva de Washington, es evidente la coincidencia de ambos procesos y su probable desenlace una vez que el nuevo presidente colombiano asuma el poder, en un escenario diferente al de Andrés Pastrana en 1988 y con una opinión pública inclinada a soluciones definitivas en el interminable diálogo entre gobierno y guerrilla. Si ello es así, y dada la tendencia diplomática de la actual administración, será difícil la intervención de grupos regionales como Contadora o la que los países del Pacto Andino pudieran tener, como en el pasado, para una búsqueda de soluciones no militares en la región.

Ciudad, Estado y sistema internacional: el mundo árabe en el sistema occidental



Mark Atila*

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 pusieron en el centro de interés a las preguntas vinculadas con el Islam. Bajo ese interés, este artículo presenta una comparación entre las bases de las realidades político-sociales de Occidente y el mundo árabe. Así, abarcaré un análisis a tres niveles. Primero compararé algunos conceptos sobre la ciudad, su desarrollo y su significado; después introduciré las diferencias al interior de la idea de

* Politólogo. Deseo agradecer la ayuda brindada por la biblioteca de la Universidad San Francisco de Quito en la elaboración de este artículo.

Estado; finalmente me enfocaré en el sistema internacional y sus actuales cambios, indicando la importancia de los mismos tanto para el mundo occidental como para el musulmán.

En este artículo utilizaré ampliamente el proceso de comparación imaginativa, basado en una concepción utilizada por Robert Cox en su acercamiento a la obra de Ibn Khaldun: “el primer problema es captar las relevancias intersubjetivas, aquellas que hubieran podido ser compartidas entre contemporáneos. En otras palabras, se trata de definir el contenido ontológico de su mundo” (Cox 1992:158)¹. Así, y utilizando fuentes secundarias, en este artículo intento captar las relevancias intersubjetivas del mundo del Islam con Occidente. Es necesario justificar este manejo del argumento por el hecho de que no soy experto en el Islam y, además, porque mi interés se centra en la comparación de ciertos comportamientos del Islam frente a categorías importantes para el mundo de Occidente, todo ello enmarcado en los últimos acontecimientos mundiales.

Si bien desde un punto de vista más ortodoxo puede resultar dudoso el valor político de la categoría “ciudad”, en este artículo será tratada con igual importancia a las otras. En este argumento, la ciudad se entiende como unas de las bases más importantes de nuestras sociedades, es el bloque edificador de las categorías sobrepuestas (Estado y sistema internacional). Sin embargo, me es imposible ofrecer la incorporación de todas las bases político-

¹ Las traducciones aquí utilizadas son del autor.

sociales que podrían tener relevancia, por eso categorías como “individuo” o “familia” no forman parte de esta presentación.

Las tres categorías serán tratadas como argumentos distintos, dejando para la conclusión la evaluación de su significado y su unificación en un argumento redondo.

La ciudad

El primer nivel de análisis es uno de los lugares más importantes para la realidad humana de nuestros días, e incluso de todos los tiempos, no sólo en un sentido literario, sino por el hecho de que la mayoría de nosotros somos ciudadanos, lo cual vierte luz sobre el hecho que le brinda a la ciudad un estado particular. Aunque la travesía total del desarrollo de la ciudad traspasa el marco de este artículo, no puedo evitar enumerar unos puntos fundamentales de aquel desarrollo. Desde sus primeras apariciones, Ur, Eridú en el Medio Oriente o en el valle de México, la ciudad siempre se caracterizó por un nivel avanzado de la división del trabajo (Cox 1992): la ciudad cumplía con roles múltiples, desde los originarios roles como brindar servicio religioso, seguridad a través de la defensa y orden a través de la burocracia.

Salvo los últimos sesenta años, el desarrollo de las ciudades siguió un patrón de desarrollo parsimonioso o, como indica Olea, “el crecimiento y estructuración de la ciudad ocurrió en tiempo lento” (Olea 1993:46). Sin embargo, la ciudad siempre fue escenario y testigo de cambios profundos. Entre los puntos clave del desarrollo de la ciudad, después del auge de la ciudad-estado, están los cambios que ocurrieron en la época de la revolución dual (1780-1840) (Hobsbawm 1980). En dicho período, la ciudad se establece como un factor unificador en el marco del nacionalismo emergente. A través de la cristalización del Estado-nación, las ciudades que anteriormente estaban “encajadas en la económica regional” (Sassen 1998:xxvi) volvieron a establecerse en el nivel supra-regional,

es decir, nacional. Durante este período, la ciudad renuncia a su propia defensa y se pasa a un concepto nacional de la defensa.

En la última fase del desarrollo de las ciudades, durante el proceso de urbanización, nos encontramos con cambios aún más profundos. Primordialmente hay que anotar un crecimiento asombroso: “en toda la historia de la civilización urbana sólo cuatro ciudades alcanzaron a tener un millón de habitantes hasta antes de la segunda mitad del siglo XIX: Roma, Constantinopla, Pekín y Londres” (Olea 1993:49). Los últimos tiempos produjeron mega-ciudades, aquellas que se igualan a naciones enteras. Por otro lado, mientras los acontecimientos de las últimas décadas permitieron el ingreso de varias poblaciones a la ciudad, no se pudo incorporarlas en la comunidad “ciudadana”, lo que resultó en un distanciamiento entre la ciudadanía y la ciudad (Albrow 2000). Por último, como resultado del proceso de globalización, la ciudad volvió a ser un “lugar estratégico en escala global” (Sassen 1998:xx).

Sin desarrollar el punto, Sassen (1998) menciona un hecho significativo: las ciudades portuarias están en declinación. Lo que en realidad podemos observar es el declive de los puertos navales tradicionales, que es por lo menos una parte determinante que viene como resultado del establecimiento de los puertos aéreos. En este sentido, todas las ciudades volvieron a ser portuarias. Con estos cambios, se aceptaron también todas las desventajas: la vulnerabilidad frente al ingreso de enfermedades y las olas migratorias son sólo ejemplos de una lista amplia.

En el mundo del Islam, en cambio, uno encuentra un concepto de la ciudad diferente del que prevalece en Occidente. Las diferencias provienen de varios orígenes de los cuales aquí trataremos solo unos. En primer lugar, debemos mencionar que la ausencia de la fase nacionalista del desarrollo (véase más abajo) resulta en que las ciudades nunca pasaron por una época en la cual se presentarían como promotores de la unidad nacional. Así, la importancia de la ciudad es considerada de ma-

nera diferente. Por un lado, la ciudad es entendida como comunidad local y funciona como puerta abierta hacia “la membresía universal del Islam” (Cox 1992:160). En cambio, por otro lado, la ciudad también es vista como la “culminación del lujo” (Cox 1992:161) y sigue un paso que con seguridad resulta ser degenerativo.

En segundo lugar, la suerte de la ciudad para el Islam esta determinada por una dualidad entre dos sociedades “distintas”. Cox (1992), basándose en el obra de Ibn Khaldun, indica una oscilación entre las sociedades urbana y tribal. Ciudades brillantes como Estambul, El Cairo o Bagdad constituyen uno de los fundamentos de la sociedad musulmana, mientras en el otro extremo se encuentran las tribus no asentadas, transitando hasta hoy en lugares como el gran Sahara. Dicha oscilación se presenta como un círculo que empieza con el éxito de la ciudad para luego resultar en la producción de lujo y así en la degeneración, como he mencionado más arriba. Finalmente, “la decadencia urbana abre paso a las incursiones de grupos nómadas y a un re-inicio del ciclo” (Cox 1992:162).

El Estado

Tal como nosotros lo conocemos, el Estado empezó a formarse a partir del Tratado de Westphalia (1648), lo que marcó el final de la guerra de treinta años y a su vez el fin de las guerras religiosas entre católicos y protestantes. Dicho Tratado, a más de indicar la renuncia al Reino de Dios, establece la reconciliación entre las dos partes y obliga a los amos de un territorio dado (príncipes, duques, reyes) a designar su religión oficial. Sin embargo, el concepto básico de Estado siguió basándose en el concepto anterior (rey=autoridad divina), con una pequeña diferencia: la aceptación de una multi-polaridad en el concepto del camino hacia la salvación, permitiendo así la posibilidad de la existencia de otros países.

La base de la unificación social toma un giro, de lo religioso a lo nacional, después de un doloroso proceso de absolutismo (Hobbsbawm 1980). En este período existía una fuerte tendencia modernizadora, la cual básicamente sólo intentaba servir a los intereses del monarca, lo que trajo consigo la erosión total de las bases religiosas de la comunidad política. Aunque dinámica, la situación fue empeorando. El resultado fue una amplia búsqueda de nuevas bases, derechos y obligaciones del ejercicio del gobierno. A finales del siglo XVIII surge la nueva forma del Estado basado en un contrato social (Rousseau 1973), en la cual los nuevos ciudadanos establecen las bases de una soberanía popular. El proceso se concretó en la Revolución Francesa así como en

el formación de los Estados Unidos. Se estableció una nueva forma, se estableció el Estado moderno, secular, donde la separación de los poderes terrestres y celestes llegó a su última fase, expulsando los poderes celestes del manejo de lo terrestre. Por supuesto, la ausencia de la comunidad religiosa requirió de la formación de otro tipo de comunidad: la ideología de la nación basada en la ciudadanía, que aparece desde el primer día de la Revolución Francesa. Esta ideología de lo nacional reemplaza las ideas religiosas en el establecimiento de lo moral y, así, pone nuevas bases para el manejo político (Cassels 1996).

Si analizamos el desarrollo de los países árabes a la luz de estos fenómenos políticos de Occidente, encontramos diferencias sustanciales con el concepto primario de las forma-

Hasta 1789 la no-separación entre poderes celestes y terrestres no se presenta como un problema. La brecha aparece con la implementación del nacionalismo moderno en Europa. En el mundo del Islam, en cambio, la religión nunca ha perdido su fuerza unificadora.



ciones políticas permitidas bajo el Islam. Lo que ante todo podemos observar es la imposibilidad de una verdadera implementación del Tratado de Westphalia. El obstáculo proviene del hecho de que los conceptos políticos del Islam provienen de una fuente religiosa, el Corán. La base fundamental del concepto político es la

unidad de dios (tawhid), que es acompañado por leyes inspiradas divinamente. La unidad de dios y la leyes divinas garantizan -y dependen de- la unidad de la comunidad musulmana (Haynes 1994). Dicha unidad se manifiesta en el concepto del Umma (el establecimiento del Umma por Mahoma marca el inicio del calendario del Islam y no las revelaciones -Haynes 1994-). En su próxima fase de desarrollo, en la época de Al-Gazzali (1058-1111), los califatos se transforman a un

feudalismo maduro. Al-Gazzali estableció que “Dios y el Sultán eran absolutos” (Hanafi 1997:114). Durante la época de su establecimiento, el mundo del Islam experimentó una expansión asombrosa. En diez años ocupó la península árabe y después del establecimiento del califato se ubicó entre China y el océano Atlántico (Hanifi 1989). Dicha expansión se realizó básicamente a través de la expansión militar (Haynes 1994); sin embargo, en muchas partes se emplearon métodos pacíficos como comercio o matrimonios, como por ejemplo en el sur-este asiático (Soebardi y Woodcraft-Lee 1989).

Por consiguiente, hasta la época de la Revolución Francesa la ausencia de la separación entre los poderes celestes y terrestres no se presenta como un problema, pues hasta entonces el mundo del Occidente y el mundo musulmán habían sido manejados de manera semejante (feudalismo o absolutismo). La primera brecha fundamental aparece con la implementación de las ideologías modernas en Europa. Aquellas ideologías establecen el camino hacia el nacionalismo. En el mundo del Islam, en cambio, la religión nunca ha perdido su fuerza unificadora. Por tanto, no es sorprendente que el único país nacionalista (en su sentido original) sea Turquía; aquel país era la última sede del califato y en su emergente nacionalismo realizó un cambio total del alfabeto, al igual que uno de los primeros genocidios de gran escala contra los armenios (ortodoxos cristianos).

Desde el siglo XVI en adelante, la colonización europea bloqueó la expansión del Islam (en sentido geográfico). Primero en Asia (Gowing 1989) y después en África (Haynes 1994). Después de la Primera Guerra Mundial, el propio califato fue repartido en estados separados (Owen 1992) y ocupados por estados-nación europeos. En la época aparecen estudios hechos por musulmanes sobre el Estado musulmán en el mundo moderno. Uno de los más prominentes menciona que “un Estado-Islam aceptable no difiere profundamente de los de Ayatolá Khomeini” (Hayes 1994:66). Sin embargo, el proceso modernizador europeo pudo establecer un nacionalismo tan fuerte que eventualmente pudo emprender, en algunos casos, un proceso de descolonización (Owen 1992:22). Este casi nacionalismo, sin embargo, no pudo impedir el desarrollo de lo que Jackson (1990) llama “casi-estados”. Finalmente, a través del proceso de “indigenización” (Huntington 1997) éstas bases de unificación nacional desaparecen y dan lugar a un nuevo renacimiento islámico.

Regresando ahora a Occidente, encontramos una bibliografía creciente sobre el tema de los cambios en el rol del Estado. Aún ha-

El tribalismo urbano moderno tiene más oportunidades que peligros para el Islam: primero, el Islam maneja con éxito la existencia de tribus y, segundo, por su fase de crecimiento poblacional, el Islam se presenta como proveedor neto de flujos migratorios, una “exportación” continua de fuerza laboral.



blamos sobre los problemas del Estado como factor unificador aunque ya hay literatura sobre el fin del Estado-nación (Ohmae 2000). Por una parte, tenemos una dinámica diminutiva, desde el nivel de la nación hacia niveles inferiores, que conlleva un tribalismo renaciente (Barber 1995); por otro lado, tenemos una contraposición en el intento de establecer formaciones políticas supra-nacionales. El ejemplo perfecto podría ser la Unión Europea. Esta formación enfrenta los desafíos del mercado optando por una ampliación de las posibilidades vía la reunión de los recursos. La propuesta intenta balancearse entre dos fundamentos (localismo-globalismo), buscando un papel unificador y enfocando su atención por sobre los Estados-naciones y al nivel de la región europea. El proceso parece corresponder a una lógica que permite imaginar niveles más y más amplios que aquellos que permiten la satisfacción de la necesidad social. Este proceso proviene del nivel de la ciudad-estado, seguido por el Estado-nación y con vistas hacia el estado-“regional” (por ponerlo de alguna manera).

El sistema internacional

La formación de nuestro sistema internacional lleva consigo, nuevamente, al Tratado de Westphalia. El nuevo sistema formado en esta fecha derrumbó al sistema suzeriano (Bull 1977). Dicho sistema generalmente corresponde a una visión del mundo donde existe un solo soberano, quien desempeña los roles de máximo poder sobre lo terrestre al igual que sobre lo celeste. El papado hasta 1648, el califato o el emperador chino serían ejemplos perfectos. Este tipo de sistema internacional establece una fuerte unipolaridad desde el centro hacía afuera, a las colonias o vasallos. En cambio, el sistema establecido en Westphalia indica cierta equivalencia entre unidades supuestamente iguales.

El permiso de la existencia de unidades igualmente capaces de encontrarse con el camino hacia la salvación resultó en dos hechos fundamentales. Primero, permitió y permite cierta tolerancia religiosa: el asentimiento sobre múltiples caminos de salvación abrió camino para la aceptación de países secularizados de diferentes orígenes religiosos. Segundo, la presente inviolabilidad de las fronteras, una vez establecidas, también tiene su raíz en el mencionado Tratado. Este resultado es altamente relevante por el hecho que en el presente el Umma se encuentra fraccionado entre fronteras nacionales (Owen 1992) sin la posibilidad de la reunificación vía la tradicional forma militar -lo que además sería permitido bajo el Islam-. Así, pues, es perfectamente posible imaginarse que un día fuerzas unidas de varios partes seculares (es decir soldados cristianos, protestantes, hindúes, budistas, etc.) bajo mando de la ONU defenderían a Arabia Saudita de tropas árabes decididas a (re)ocupar las ciudades santas del Islam. Similar a lo ocurrido en la Guerra del Golfo.

Sin embargo, el hecho que parece determinante para el sistema internacional es el proceso de profundos cambios que ocurren en el presente. George Bush celebró en el 11 de septiembre de 1990 la llegada de un “Nuevo Orden Mundial”, sobre lo cual dijo lo siguiente: “fuera de los tiempos de problemas, nuestro quinto objetivo –un nuevo orden mundial– puede surgir; una nueva era, más libre de la amenaza del terror...” (Calvert 1994). Once años después, su hijo George W. Bush tiene que enfrentarse con los primeros “frutos” del nuevo orden: guerra contra el terrorismo en un orden que por suposición “es más libre de la amenaza del terror”.

En su artículo escrito sobre Ibn Khandun, Robert Cox prevé tres posibles escenarios futuros del orden mundial. Los tres escenarios son pos-hegemónico, pos-westphalia y pos-globalización². El primero aparecería en el caso de ser realizado un Tratado de Westphalia a nivel mundial, donde las distintas civilizaciones aceptarían la existencia igualitaria de otras civilizaciones. En el sistema pos-hege-

² La siguiente parte esta basada predominantemente en Cox 1992.

mónico podemos esperar nuevas interpretaciones de la inviolabilidad de las fronteras y un tiempo transitorio mientras la tolerancia westphaliana (estatal) daría lugar a una nueva tolerancia cultural.

El segundo escenario, en caso que se vuelva realidad, indicaría un cambio profundo en el estricto manejo de la territorialidad, lo cual en primer lugar daría “un alcance mayor de acción para los organismos sociales y económicos de la sociedad civil, aquellos con actividades que cruzan fronteras territoriales” (Cox 1992:154). El sistema pos-westfaliano permitiría cierta disolución de las fronteras ya establecidas, basándose en la internacionalización del Estado. El cambio de las fronteras puede indicar dos tendencias contrarias: movimientos de secesión o de unificación. Por una parte, permitiría el establecimiento de unidades sub nacionales (vascos, bretones, timorienses del este, etc.) como unidades iguales, mientras que por otra, en el otro fundamento, permitiría también el establecimiento supra-nacional. Esta segunda posibilidad tiene mucho interés para nosotros si nos ponemos a pensar en qué podría suceder si los países de habla árabe se unirían, estableciendo así un bloque basado en lo lingüístico-cultural, lo cual por su parte podría corresponder con el califato desmantelado en 1924 por Atatürk. Si ese fuera el caso, los países musulmanas podrían reunirse en un país que no ha sido visto hace casi cien años. Sin embargo, no está asegurado ni la secularización ni la aceptación de otras culturas. Además, es temible que si se concretara la posibilidad tendríamos que enfrentar un imperio que correspondería más bien a un sistema pre y no pos-westfaliano.

El último escenario prevé una situación donde la sociedad es capaz de responder a los desafíos presentados por la globalización. Como ya pasó una vez en la historia cuando las sociedades crearon un factor unificador a través de la implementación de la idea de nación que, además, fue capaz de contrabalancear las fuerzas del mercado, es decir, condicionar al mercado y establecer un mano visible para corregir los errores del mercado incondicio-

nal. Dicho proceso puede resultar en una pérdida de competitividad (en el corto plazo), pero sin embargo, es un proceso que ya resultó en la realización de proyectos nacionales unificadores como educación fiscal o seguro social.

Con todo, hay varias visiones del futuro orden mundial. Uno de ellos es el de Buzan, quien, desde las premisas del análisis de la seguridad, llega hasta la visión de un posible orden mundial formado tan sólo de dos partes opuestas, un seguro centro y una caótica periferia (Buzan 1995). Si esto fuese el resultado de los cambios en el sistema, tendríamos que enfrentarnos con un sistema altamente inestable, como resultado de la ausencia del factor balanceador, la semi-periferia (Wallerstein 2000).

Conclusión

La inestabilidad que se encuentra en cada uno de las categorías de la investigación es el hecho más importante que aparece en el transcurso del argumento arriba presentado.

La ciudad amenazada: en nuestro primer nivel de análisis nos encontramos con una ciudad amenazada por razones internas y externas (por ejemplo, por las oleadas de inmigrantes). El resultado de los cambios internos es la disolución de la ciudad como factor unificador dentro de la empresa nacional; junto a este proceso, sin embargo, se manifiestan otros peligros. El hecho de que todas las ciudades son puertos (hacia el mundo) contradice al desarrollo anterior que fue demarcado por la “desportualización” de las capitales por razones de seguridad (el caso de la capital brasilera, por ejemplo). Además, la desconexión económica entre la ciudad y su región crea una situación inédita en la cual Nueva York esta más conectada con Londres que con Nueva Jersey, lo que presenta aún más peligros en el funcionamiento normal de la ciudad. Entre los desafíos externos podemos observar un creciente tribalismo que acompaña al enriquecimiento urbano.

En cambio, comparado con el mundo occidental, estos últimos acontecimientos mencionados llegan a una suma mucho más positiva para el mundo del Islam. En primer lugar, la ciudad árabe nunca cumplió un rol de promotor nacional. La dualidad (sociedad urbana-sociedad tribal) en el mundo árabe puede desacelerar y hasta cierto punto contrarrestar el proceso de la desconexión entre la ciudad y su región. El tribalismo urbano moderno mantiene más oportunidades que peligros para el Islam. En primer lugar, el Islam maneja con éxito la existencia de tribus. En segundo lugar, por su fase de crecimiento poblacional (Hungtinton 1997), el Islam se presenta como proveedor neto de flujos migratorios, lo que resulta en una "exportación" continua de fuerza laboral. Finalmente, el tribalismo es acompañado por el proceso descrito por Israeli: "cuando una minoría musulmana se encuentra viviendo en un Estado no musulmán se mantiene en muchas formas fuera de la política (estatal) y fomenta ideas de separación que pueden ser llevadas a cabo cuando la oportunidad se presenta" (Israeli, 1989:228).

El Estado disociado: nuestro segundo nivel de análisis también nos muestra una posible situación provechosa para el Islam: el Estadonación es contradictorio al Islam como hemos demostrado arriba. Ni la ideología nacional ni la existencia de procesos de secularización política pueden ser entendidas en el marco musulmán. Así, la porosidad de los límites territoriales para nada es nueva (Owen 1992). Por tanto, podríamos decir que la posibilidad de aquella permeabilidad de las fronteras tiene provecho directo. Por ejemplo, ya no hay que intentar realizar un proceso de unificación nacional según los cánones occidentales, sino que es permitido el desarrollo de nuevos marcos conceptuales supra o subnacionales. Así, la revitalización del concepto de Umma puede presentarse de nuevo como una propuesta válida del manejo supranacional.

Entre las nuevas circunstancias hay una posibilidad del empleo de la diplomacia como herramienta de la unificación pacífica. En su inicio esta forma de unificación general-

mente toma la forma de la cooperación económica, e intenta avanzar en lo político utilizando el éxito de dicho proceso económico. Este tipo de unificación pacífica data desde los cincuenta en el intento de crear un mercado común, propuesta hecha ya en 1957. Al año siguiente éramos testigos de la unión Egipto-Siria (Owen 1992). Lo más asombroso en dicho proceso es que fue implementado paralelamente al desarrollo en otras partes del mundo como en América Latina o Europa.

En el futuro sistema: en nuestra última categoría de análisis de nuevo encontramos una imagen muy similar a los presentados en las categorías anteriores: en una parte tenemos un sistema que parece sobrepasado en nuestros días y que da lugar a nuevos desarrollos; también podemos observar que mientras el sistema (recientemente pasado) era totalmente incompatible con los conceptos del mundo musulmán. Sin embargo, los tres escenarios de posibles nuevos ordenes mundiales enumerados por Cox parecen permitir una nueva implementación de normas favorables para el Islam. Solamente en el orden pos-hegemónico se presentan posibles problemas en la realización de proyectos musulmanes.

Palabras de cierre

A lo largo del presente artículo se intentó demostrar básicamente que los cambios en tres de los puntos determinantes de nuestras vidas

Los hechos demuestran que el nuevo orden que está por venir puede ser mucho más permisible para el Islam y para sus instituciones que para el mundo occidental. Los atentados de 11 del septiembre podrían ser una primera demostración de un creciente poder en la tierra de la luna creciente.



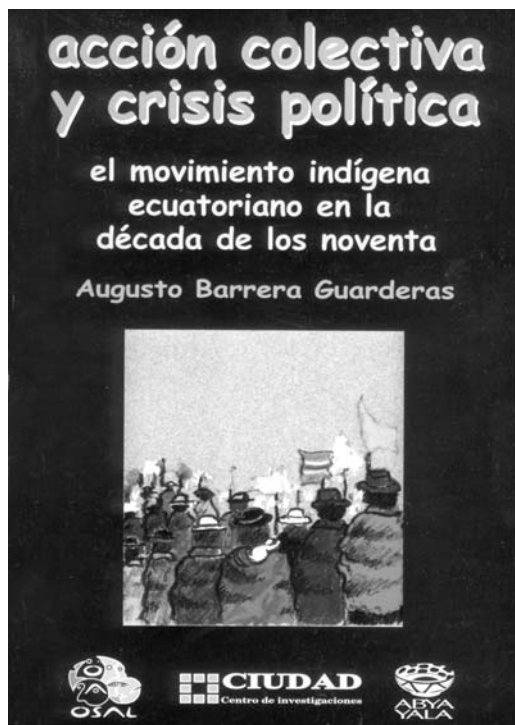
(ciudad, Estado, sistema internacional) presentan un desafío profundo para Occidente. Como hemos visto, los hechos demuestran que el nuevo orden que está por venir puede ser mucho más permisible para el Islam y para sus instituciones que para el mundo occidental. Esto da una nueva visión sobre los atentados de 11 del septiembre del año anterior: a la luz de los argumentos presentados anteriormente podrían parecer como una primera demostración de un creciente poder en la tierra de la luna creciente.

Bibliografía

- Albrow, M., 2000, "Travelling Beyond Local Cultures", en Lechner F.J. y Boli, J. editores, *The Globalization Reader*, Blackwell Publishers Ltd., Oxford.
- Barber, B.R., 1995, *Jihad vs. McWorld*, Ballantine Books, New York.
- Bull, H., 1977, *The Anarchical Society*, Columbia University Press, New York.
- Buzan, B., 1995, "The 'New World Order' and Beyond", en Lipschutz R.D. (ed.), *On Security*, Columbia University Press, New York.
- Calvert P., 1994, *The International Politics of Latin America*, Manchester University Press, Manchester.
- Cassels, A., 1996, *Ideology and International Relations in the Modern World*, Routledge, London.
- Cox, R.W., 1992, "Towards a posthegemonic conceptualization of world order: reflexiones on the relevancy of Ibn Khaldun", en Cox, R.W y Sinclair T.J., *Approaches to world order*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gowing, P.G., 1989, "The Muslim Philipino Minority", en Israeli, R. (ed.), *The Crescent in the East*, Curzon Press Ltd., London.
- Hanafi, H., 1997, "Multilateralism: An Islamic Approach", en Cox, R.W. (ed.), *The New Realism: Perspectives on Multilateralism and World Order*, Macmillan Press Ltd., London.
- Hanifi, M.J., 1989, "Islam in Contemporary Afghanistan", en Israeli, R. (ed.), *The Crescent in the East*, Curzon Press Ltd., London.
- Haynes J., 1994, *Religion in Third World Politics*, Lynne Rienner Publishers, Boulder.
- Hobsbawn, E.J., 1980, *Las Revoluciones Burguesas*, Labor, Barcelona.
- Huntington, S.P., 1997, *El Choque de Civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Buenos Aires.
- Israeli, R., 1989, "Muslim Plight under Chinese Rule", en Israeli, R. (ed.), *The Crescent in the East*, Curzon Press Ltd., London.
- Jackson, R.H., 1990, *Quasi-States: sovereignty, International Relations, and the Third World*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Ohmae, K., 2000, "The End of Nation State", en Lechner F.J. y Boli J. (eds.), *The Globalization Reader*, Blackwell Publishers Ltd., Oxford.
- Olea, O., 1993, "Catástrofes y monstrocidades urbanas", en Marina Heck, (ed.), *Grandes Metrópolis de América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Owen, R., 1992, *State Power and Politics in the Making of the Modern Middle East*, Routledge, London.
- Rousseau, J.J., 1973, *El contrato social*, Ediciones Orbis S.A., Barcelona.
- Sassen, S., 1998, *Globalization and Its Discontent*, The New York Press, New York.
- Soebardi, S. y Woodcroft-Lee, C.P., 1989, "Islam in Indonesia", en Israeli R. (ed.), *The Crescent in the East*, Curzon Press Ltd., London.
- Wallerstein, I., 2000, "The Rise and Future Demise of the World Capitalist System", en Lechner F.J. y Boli J. (eds.), *The Globalization Reader*, Blackwell Publishers Ltd., Oxford.

RESEÑAS





Augusto Barrera
Acción colectiva y crisis política. El movimiento indígena ecuatoriano en la década de los noventa
 Ciudad, Abya-Yala, Osal, Quito, 2001

A partir de lo que ha sido la lucha del movimiento indígena, el libro de Augusto Barrera ofrece una visión del Ecuador en la década de los noventa. Se trata de un esfuerzo de interpretación de doble vía: por un lado, intenta mostrar cómo el movimiento indígena ha marcado los ritmos del cambio y la vida política de la sociedad ecuatoriana en los últimos diez años y, por otro lado, busca entender los contextos y posibilidades -el libro dirá las oportunidades- en las cuales desplegó su acción. El gran desafío del estudio es justamente entender el complejo entramado de relaciones, el hacerse y constituirse mutuamente, entre la acción colectiva de los indígenas y la sociedad ecuatoriana en la última década.

El libro describe una sociedad en movimiento, en conflicto, inmersa en un intenso proceso de redefinición de sus propios presupuestos como consecuencia justamente de la acción desplegada por los indígenas. Los noventa apare-

cen en toda su singularidad histórica: un período en el cual la interacción política, simbólica y social entre los grupos blanco-mestizos y los indígenas sufre un cambio abismal, casi telúrico diríamos, en sus relaciones históricas de fuerza. La importancia del proceso se explica porque las impugnaciones surgen desde aquellas poblaciones condenadas a existir históricamente en los márgenes de la nación, aún cuando su presencia haya sido siempre central en la construcción de la identidad de los ecuatorianos. Las poblaciones indígenas emergieron en la escena nacional para romper la paradoja política de su existencia social y cultural. La paradoja puede ser planteada así: el reconocimiento que los grupos blanco-mestizos hicieron de los indios como sujetos diferentes, indescifrables, incivilizados, primitivos, arcaicos, significó su confinamiento en los márgenes del Estado y la comunidad. Es desde esa posición periférica a la nación y al Estado, pero central a la vez, de donde emerge la acción colectiva de los indígenas para trastocar los cimientos históricos de la sociedad ecuatoriana.

La mirada de conjunto que el libro lanza sobre los años noventa constituye, simultáneamente, un esfuerzo analítico por descifrar las particularidades de la lucha política indígena. Desde esta perspectiva, el libro forma parte del esfuerzo desplegado por las ciencias sociales ecuatorianas para entender cómo apareció el movimiento indígena, qué dinámicas de cambio introdujo en la sociedad y cuáles han sido hasta ahora las características fundamentales de su modo de hacer política. La ventaja del libro es la mirada de conjunto que ofrece de una década entera de luchas. Eso le permite entender los distintos momentos de constitución del propio movimiento, su capacidad de respuesta a los escenarios que se le iban presentando y, lo que es más importante, su propia dinámica de innovación e incorporación de nuevas estrategias de lucha y conflicto. Sin este esfuerzo analítico de conjunto, como sugiere la lectura del libro, difícilmente se puede tener una comprensión del significado que ha tenido la activa presencia de los indígenas a lo largo de la década.

Algunas de las preguntas que orientan la re-

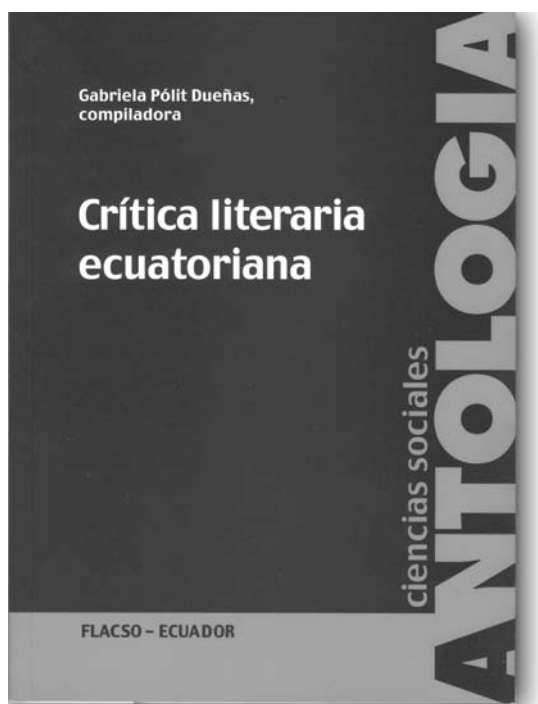
flexión de Barrera ilustran las líneas de análisis: ¿qué cambios ocurrieron en la sociedad, en la cultura y en la política para que se haya constituido el movimiento indígena?, ¿qué significado histórico tiene su aparición?, ¿cuáles han sido las claves de su estrategia de lucha?, ¿cómo se articulan sus estrategias de resistencia a la dominación -su lógica emancipatoria- con sus esfuerzos de incorporación a los espacios institucionales del sistema político y el Estado?, ¿cómo se conjuga su lucha por una redistribución de los recursos con su lucha por el reconocimiento a su diferencia cultural y étnica?, ¿cómo se relaciona el movimiento con la democracia, con “lo popular”, con el poder local y nacional? Desde estas preguntas, el libro ofrece nuevas entradas para entender, finalmente, qué está en juego en este conflicto -lo que el movimiento indígena disputa a la sociedad blanco- mestiza- y las formas -el cómo- de esa disputa. El libro muestra claramente por qué el movimiento indígena no puede ser visto como un actor social más, sino como el portador -si cabe la expresión- de un conflicto constitutivo de la sociedad nacional. Al remover los cimientos históricos de la identidad cultural dominante del Ecuador, el movimiento indígena trastocó la sociedad y la política.

En realidad, las preguntas abundan en el libro. Y abundan porque pretende ser exhaustivo, porque no quiere dejar cabos sueltos. Pero allí radica, quizá, también su debilidad. El esfuerzo de exhaustividad lleva a Barrera a plantearse muchos frentes de análisis no siempre tratados con la profundidad que se esperaría, en especial cuando aborda temas cruciales del conflicto (como el de la identidad, la nación, la multiculturalidad). El esfuerzo analítico aparece por momentos perdido en la descripción histórica de lo ocurrido en la década, pero también en la complejidad del andamiaje teórico construido para entender al movimiento indígena. De un lado está el intento por combinar dos enfoques teóricos de estudio de los movimientos sociales, el de la movilización de recursos y el de la identidad y, de otro, el empeño por relacionar -esta es la clave en su construcción analítica- acción colectiva y crisis política. La complejidad del esfuerzo teórico habría que entenderla como un inten-

to por explicar las características del propio movimiento -inédito en tantas de sus facetas- y su inserción de lucha en la escena política ecuatoriana. Por sí misma, ninguna teoría de los movimientos sociales podría explicar la dinámica de la acción colectiva de los indígenas (esa constante e ingeniosa articulación de estrategias de redistribución y reconocimiento identitario, por ejemplo).

Al mismo tiempo, el movimiento emerge a la escena en un contexto político marcado por las dificultades y tensiones de la construcción de un sistema democrático. El estudio tiene que abordar la compleja trama de relaciones que se establecen entre el movimiento indígena, las instituciones políticas y la misma democracia. Fuera de ese contexto -algunos dirán de transición democrática- son impensables los impactos del movimiento en el proceso ecuatoriano, incluso es impensable el mismo movimiento. Parte de su identidad política como actor está dada en la relación conflictiva que despliega sobre el sistema político y sobre la democracia. Como muestra el libro, se trata de un tema clave de análisis puesto que una de las dinámicas del movimiento le lleva siempre a tender puentes hacia el sistema institucional de la política, tanto desde Pachacutik -que entra en la escena electoral para copar espacios de poder parlamentarios y locales- como desde el mismo movimiento -a través de la creciente “corporativización” de las respuestas estatales a las demandas de los pueblos indios. A la vez, hay que entender la estructura interna del movimiento, sus recursos organizativos y su despliegue amplio sobre la sociedad, la cultura y las identidades. Barrera quiere mostrar cómo la acción del movimiento se articula y a la vez se expresa en una pluralidad de campos, de allí la complejidad de un enfoque teórico que intente explicarlo exhaustivamente. El libro ofrece análisis rigurosos, sistemáticos y consistentes para entender todos los espacios que articula la acción colectiva del movimiento indígena, pero no estoy seguro de que logre el mismo éxito a la hora de comprender los impactos del movimiento en los campos que lo constituyen.

Felipe Burbano



Gabriela Pólit, compiladora,
Antología de Crítica Literaria,
Flacso-Ecuador, Quito, 2001.

Crítica literaria y estudios culturales. A propósito de una antología

Para comenzar debo aclarar que no soy un especialista en estudios literarios, de modo que mi comentario es el resultado de una lectura desde otros campos de las ciencias sociales, específicamente, desde la historia y la antropología.

Eso tiene sus desventajas, pero también sus ventajas. Me permite evaluar desde fuera de la “república de las letras”, al margen de sus debates, sus disputas y ceremonias. Evaluar desde fuera. ¿Es que la crítica literaria requiere de una evaluación desde fuera? La antología misma apunta a un análisis interno, sin embargo, llama la atención que haya sido elaborada para un centro de ciencias sociales y forme parte, junto a otras antologías, de una biblioteca de ciencias sociales.

El hecho no deja de ser paradójico ya que al interior de las ciencias sociales ecuatorianas se ha ido imponiendo una matriz dura, si se

quiere “logofalocentrista”, en gran medida institucionalizada, que coloca en un segundo plano las humanidades o, si se quiere, a disciplinas que como la crítica literaria y artística - y buena parte de la historia y la antropología - son percibidas como humanidades, es decir, en el fondo, como actividades “femeninas”, de adorno.

Al mismo tiempo, es posible que exista un interés creciente de los estudiosos de la literatura por acercarse a las ciencias sociales, a sus instrumentos de análisis y sus marcos conceptuales, pero también a sus mecanismos de legitimación: no olvidemos que existe un debate abierto y aún no resuelto entre los especialistas, resultado de la influencia de los llamados estudios culturales, acerca de los alcances de los análisis literarios, que tiene que ver tanto con la ruptura de fronteras disciplinarias (como proponía Willams) como con requerimientos de constitución de un campo y con estrategias de poder simbólico en torno al campo.

Pero vamos por partes. En primer lugar están los puntos de vista de la propia compiladora: Gabriela Pólit asume la crítica literaria desde una perspectiva histórica, aunque después de la lectura de los textos antologados a mi no me queda claro si lo que marca las periodizaciones en literatura son los contextos políticos y sociales, los procesos internos al propio quehacer literario o una combinación de lo uno y lo otro. En todo caso, Pólit se muestra más preocupada por una genealogía que por una reconstrucción historicista o por una teleología. De ahí que le interesen las rupturas y los momentos de ruptura o, si se quiere, los acontecimientos (en el sentido nietzschiano) antes que los orígenes.

Existe un criterio que marca el desarrollo del texto introductorio y es el de que nuestras culturas se constituyeron históricamente como culturas del exilio. Su momento inaugural coincide con la expulsión de los moros y los judíos de Castilla, con los procesos de conquista y colonización de América y con la expulsión de los pueblos indígenas de sus territorios. Podríamos sumar a esto las grandes

extirpaciones culturales de la colonia y la república así como el proceso más reciente de constitución de ciudadanía excluyentes. Por otra parte, los grandes cambios culturales contemporáneos estarían marcados por las nuevas formas del exilio: por un lado, por el de las poblaciones migrantes, de las cuales habría que esperar la literatura ecuatoriana del futuro, al igual que en el caso de los chicanos, pero, por otro lado, por un proceso a veces imperceptible de mundanización y desprovincialización de las mentes.

Las propias posibilidades de la literatura y de la crítica literaria suponen que el escritor o el crítico se exilien de la ciudad letrada, que asuman los otros barrios de la ciudad letrada de los que habla Rolena Adorno o, si se quiere, los otros mundos posibles. Para Said (citado por la compiladora) el exilio no es un simple destierro, sino una des-territorialización que posibilita mirar desde el lugar de origen con una cierta distancia.

Cuando se habla de ruptura, en términos de crítica literaria, no se debería perder de vista la necesidad que tienen los críticos de inscribirse dentro de espacios académicos y de reflexión lo más amplios posibles. Pero, por otro lado, hay que cuidarse de lo que Bourdieu denomina como “colonización mental”, mecanismo por el cual, nos recuerda la compiladora, se da una suerte de remodelación del mundo a imagen y semejanza de los centros de poder (en este caso académicos).

El problema, entonces, no consiste en seguir las modas (ni siquiera las que se definen como políticamente correctas) sino en estar dispuestos a asumir los aportes teóricos y metodológicos producidos en otras partes (y no sólo en el primer mundo) pero para utilizarlos de modo creativo en la comprensión de lo nuestro, como herramientas antes que como modelos.

Otro aspecto que creo encontrar en la antología es el de la crítica literaria concebida como campo de fuerzas: el papel de la crítica en la constitución del canon, en la legitimación/deslegitimación de lo literario y la necesidad, destacada por Pólit, de asumir la críti-

ca de modo responsable y comprometido. Esto apunta a lo que se podría llamar el lado oculto del quehacer crítico, a su política, o mejor, a su economía política, al conjunto de intereses que están más allá de un tipo de quehacer que se presenta como desinteresado y se quiere neutro. Así, valdría la pena estudiar cuáles eran los mecanismos de legitimación coloniales y del siglo XIX y en qué se diferencian de los contemporáneos; habría que analizar el papel de las academias, de las sociedades literarias como la Jurídico Literaria o la Casa de la Cultura en tiempos de Benjamín Carrión. Asimismo, se debería trabajar la relación entre literatura, prácticas literarias y docencia y se tendría que relacionar las prácticas literarias con las prácticas más cotidianas, con los valores, criterios e intereses en disputa.

Al respecto, Robles introduce una interesante observación acerca de la forma como autores fundamentales de nuestra literatura (Humberto Salvador y Pablo Palacio) fueron descalificados en los años treinta desde un canon que se medía fundamentalmente en términos políticos. Harrison, por su parte, reconstruye la polémica que mantienen Mera y Cordero, dos conocedores del quichua, sobre esa lengua. Mientras el primero defiende sus posibilidades literarias, el segundo la percibe como una lengua en proceso de agonía. Pero lo más interesante es la coincidencia de este debate, que se desarrolla en términos literarios, y que tiene que ver con el proceso de constitución de una cultura nacional blanco-mestiza, con la cruzada civilizatoria que da paso a la primera modernidad. A mi entender lo que más preocupa no es tanto el quichua como la contaminación del castellano por el quichua. El problema que se plantea desde la “república de las letras” es parecido a lo que se plantearon los higienistas: cómo garantizar una modernidad y al mismo tiempo una limpieza étnica.

De otro lado, sobre todo en el contexto de nuestro país, no debería perderse de vista que los canales de legitimación no son necesariamente canales legítimos propios de un campo

constituido, como sostiene Bourdieu para el caso de Francia, sino que más bien son sistemas clientelares (la prensa, el prestigio y, en buena parte, los valores aristocráticos).

Me parece que los textos de esta antología pueden ser interesantes no sólo para las personas preocupadas por la literatura sino para los historiadores, antropólogos y para otros estudiosos de la cultura. Y esto porque, en primer lugar, la literatura permite vislumbrar procesos que no se manifiestan en otro tipo de documentos. Los textos literarios constituyen una fuente importante para el conocimiento histórico; contribuyen a entender las estructuras emotivas propias de una época así como su entramado simbólico y sus imaginarios, independientemente de que esos textos formen parte de una literatura colonial, nacional o imperial, como ha mostrado Said en *Orientalismos*. Los textos literarios expresan del modo más sensible la cotidianidad y el sentido común de una época. Al mismo tiempo no puede dejar de vérselos como lo que son, como textos literarios.

Para quienes estamos interesados en una genealogía de la moral resulta interesante entender la estrecha relación que existía en la colonia y el siglo XIX, entre la producción y lectura de poesía y la generación de mecanismos de socialización a la vez que de distinción al interior de la sociedad blanco mestiza. Por un lado, asistimos a la existencia de un público interesado en la poesía, iniciado en las artes de la declamación y de la versificación. Por otro lado, cabe diferenciar distintos tipos de poesía, la que se orientaba a la prédica moral, la de orientación mundana y, finalmente, en una época más cercana, la que contribuía a la formación de la subjetividad y el sujeto moderno. Las mujeres, en particular, se preocupaban de copiar poemas y leerlos en grupos de amigas o en secreto. Eso les permitía crear un mundo imaginario, distinto al del espacio cerrado, doméstico (aspecto estudiado por Goetschel).

De acuerdo a lo que se desprende de la lectura de los textos sobre la colonia, incorporados a esta antología, el campo de lo escritural

no se limitaba a los textos escritos, ya que incluía la oratoria y toda la gestualidad y el ceremonial que acompañaba a la oratoria. Rodríguez Castelo cuenta que los oradores sagrados de mayor prestigio eran escuchados en las plazas ya que el público que acudía a sus sermones no cabía en las iglesias. A más de que lo que decían era comentado varias semanas después de la prédica, alimentando (me atrevo a decir) una suerte de publicidad al interior de la República de Españoles, habría que añadir una serie de prácticas personalizadas que requerían de talento literario, aunque no se expresasen en textos, como las prácticas de persuasión, el adoctrinamiento, la confesión y el trabajo de imaginaria, concebido como una extensión o un complemento del habla. Todo un conjunto de prácticas culturales que sin ser reconocidas como estrictamente literarias ocupaban una economía de esfuerzos similar, cuando no superior, a la producción de textos.

Balseca, por su parte, muestra la relación existente entre la literatura y los campos de significados propios de una época o, si se quiere, con el sentido práctico. Tanto el liberalismo como el conservadurismo, por ejemplo, tienen en común no sólo una preocupación por el progreso y por la invisibilización de los indios, sino por el control moral de las mujeres. Algo que ya ha sido estudiado por las historiadoras y los historiadores sobre la base de documentos históricos, pero que ahora se trata de analizar a partir de la relación entre el escritor y los textos literarios.

Todo esto nos hace ver la estrecha relación existente entre los estudios literarios y una suerte de sociología o historia de la cultura. Esta debe dar cuenta, por ejemplo, de las condiciones sociales de producción, circulación y consumo de literatura, de las relaciones entre literatura y poder, o del lugar que ocupa la literatura dentro del conjunto de prácticas sociales y culturales, es decir, del lugar de la literatura en la formación de imaginarios o en la constitución de un habitus.

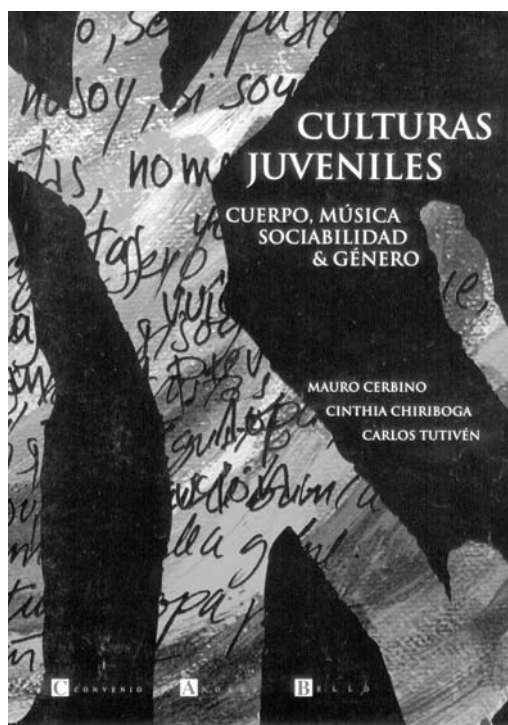
Pero en donde me siento confundido, o más bien siento que hay una confusión o un

debate, es al momento de analizar la literatura como texto. El estudio de Carvajal intenta entender no tanto la modernidad como la modernidad en literatura, o más específicamente, en poesía, y plantea al respecto un problema fundamental. Entender el carácter de nuestra modernidad, su estrecha dependencia de valores aristocráticos y de los mecanismos de reproducción de la desigualdad y la diferencia es fundamental para comprender lo que sucede en poesía, pero no es suficiente. El análisis de textos supone desarrollar un campo conceptual y una estrategia de análisis específica.

Yo entiendo la preocupación de los estudios culturales por mostrar que entre lo culto y lo no culto, entre la cultura de masas y lo ilustrado, ya no existen fronteras claras. Como han demostrado diversos autores, entre los cuales ocupan un lugar destacado García Canclini y Jesús Martín Barbero, actualmente asistimos a una circulación fluida de recursos y elementos culturales venidos de todas partes, que hace que pierda sentido defender espacios cerrados (esto es particularmente claro en el caso del arte contemporáneo), pero tengo mis dudas de que un aserto como éste pueda llevarnos a equiparar el lenguaje de la televisión con el de la literatura, y menos aún el lenguaje de los graffiti con los de la poesía, aunque muchos graffiti tengan mucho de poesía y viceversa.

Hanna Arent decía que pensar implica aislarse del mundo, exiliarse del mundo. Me pregunto si eso no es también aplicable para la poesía y para la literatura. Escribir un texto literario o un texto filosófico supone no sólo un cierto distanciamiento, sino un trabajo específico con las palabras y las imágenes, con los conceptos. E igual sucede con la lectura y más aún con la lectura crítica. Sospecho que hay un nivel de complejidad y especificidad que no puede resolverse a partir de un reduccionismo sociológico.

Eduardo Kingman



Mauro Cerbino, Cinthia Chiriboga,
Carlos Tutivén

**Culturas Juveniles. Cuerpo, música,
sociabilidad y género**

Convenio Andrés Bello/Abya-Yala,
Quito, 2000.

Culturas juveniles plantea una nueva manera de leer las prácticas y los lenguajes de los jóvenes, los mismos que en la actualidad se nos presentan como formas enigmáticas de una realidad poco aprehensible por el sentido común. Mauro Cerbino, Cinthia Chiriboga y Carlos Tutivén nos ubican ante una perspectiva de análisis en la que la complejidad ocupa un lugar central. Esta nueva mirada sobre lo juvenil implica, en primer lugar, ir más allá de los “datos”, superar las manifestaciones visibles o cuantitativamente medibles sobre los jóvenes, y reconocer que el conocimiento alcanzado hasta la actualidad ha sido más un efecto de las interpretaciones de las comunidades de investigadores que un reflejo de las realidades juveniles.

Los autores invitan a ubicar el saber sobre los jóvenes en el marco de nuevos paradigmas

que reconocen el tema a estudiar como un campo complejo, en el que las nuevas subjetividades juveniles se sitúan en el contexto de las crisis socioculturales, forjadas por la globalización, las nuevas éticas del consumo y otras estéticas constituidas por los medios audiovisuales y las tecnologías de la comunicación.

Una de las lecciones más importantes del trabajo es que el joven no puede estudiarse fuera del marco de las crisis y de la complejidad de los contextos locales y mundiales. La propuesta de abordar las culturas juveniles desde la complejidad implica una ruptura con las categorías empleadas tradicionalmente en su estudio así como la necesidad de asumir la incertidumbre como una condición para construir nuevos enfoques y retos en el desarrollo del conocimiento sobre los jóvenes.

Desde una perspectiva epistemológica, Mauro Cerbino introduce la necesidad de incluir la interdisciplinariedad con el objetivo de que rompa con los esquemas unilineales de interpretación de los objetos. Así, semiótica, sociología de la cultura, antropología y psicoanálisis, ofrecen dimensiones diversas para leer las expresiones de los jóvenes y sus complejas formas de manifestación. Conceptos comunes serán el lenguaje, la identidad, los campos simbólicos y de sentidos como constitutivos de la subjetividad.

Una primera y central forma de abordaje, que resulta no solamente una búsqueda metodológica, sino a la vez ética y política, es que la investigación se ofrece como un marco para la observación, la escucha y la reflexión interna de los propios jóvenes acerca de sí mismos y, en seguida, como una estrategia de visibilización, legitimación y participación de los mismos, más allá de los escenarios marginalizantes de la calle.

Promover la ciudadanía cultural a través de las múltiples voces de los jóvenes y de la diversidad de su ser social, es uno de los objetivos del trabajo emprendido. El mismo se presenta como un proceso al explicitar su intención de dar inicio a una manera de investigar y no de ofrecer un debate acabado.

Partiendo del enfoque semiótico, Cerbino aborda el concepto de semiosfera para explicar el campo de significaciones y sentidos dentro del cual se delimitan los lenguajes y se conforman las identidades. Las mismas no son entidades esenciales, preexistentes, sino campos de significación constituidos a partir del intercambio con los otros. La semiosfera es un espacio dentro de una frontera que hace de filtro entre lo interno y lo externo, entre el sujeto y los otros.

El libro recorre categorías conceptuales que son parte de las interrogaciones que suscita el universo sobre lo juvenil: ¿qué lugar tiene el cuerpo en las expresiones juveniles?, ¿por qué asistimos a formas de socialidad tan diversas y muchas veces enigmáticas entre los jóvenes?, ¿qué significan las prácticas de consumo para las jóvenes?, ¿de qué manera ser hombre o ser mujer influye en las preferencias culturales?, ¿son los jóvenes agentes de innovación o portadores de tradición? Estas y otras preguntas se desarrollan implícita o explícitamente en el texto a través de una serie de artículos que abordan temáticas específicas como el baile, la música, la socialidad, el género y las culturas juveniles.

Una vertiente interesante es la que aborda Tutivén al explicar la función de las agrupaciones juveniles como expresiones de socialidad de los jóvenes, en un contexto de desencanto y de crisis de los vínculos y valores sociales que emergen como efecto de la globalización, la pérdida de centralidad del Estado, la emergencia de nuevas formas de regulación de las relaciones sociales a través del mercado y los medios audiovisuales y la pérdida del rol planificador del Estado -que conlleva la privatización del mundo de la vida y el traspaso de la función de cohesión a la sociedad-.

A este pacto social racional -dice Tutivén- le sigue la comunidad emocional, representada por las llamadas nuevas tribus urbanas, ligadas entre sí por la puesta en común de los afectos y la sensibilidad. Los jóvenes en la sociedad contemporánea responden a la gramática de la vida (Habermas), donde lo que cuenta no es la racionalidad sino la expresivi-

dad, las representaciones simbólicas y los valores.

La saturación de las abstracciones, de valores impuestos desde arriba, implica que formas de vinculación no religiosas, pero movidas por la afectividad y el “divino social”, no lleguen a toda una nación, pero tengan éxito a escala local en los agrupamientos particulares. Es en los sectores populares y juveniles donde persiste esta comunidad emotiva y vital.

Las naciones, las bandas de rock, las barras de fútbol, resultan encarnaciones de esta forma de socialidad, proxémica y ritual: “el fútbol es lo que nos une (...) puedes gritar de todo lo que quieres gritar, no sientes cohibición de nada, sientes ese valor de expresar lo que tú sientes”, cita el autor a partir de un fragmento etnográfico.

Pero esta no es una característica de todas las formas de asociación juvenil: entre la clase media y alta prevalecen las lógicas del consumo, la búsqueda del éxito y la valoración del tener. La valoración monetaria y el consumo son los grandes mediadores de las relaciones sociales entre los jóvenes de sectores medios y altos; ello explicaría la carencia de ideologías y de ideales transformadores en los jóvenes.

Otra línea analítica del texto es la que introduce Cinthia Chiriboga acerca de la necesidad de abordar el estudio de las culturas juveniles desde la perspectiva de las diferencias de género, a partir de una crítica de las formas tradicionales de estudiar las manifestaciones juveniles. A lo largo de varias décadas, las

mismas se han restringido a las formas más espectaculares y visibles de dichas expresiones, excluyendo los ámbitos de la vida cotidiana y las “culturas de dormitorio”, que son más pertinentes de las experiencias de las jóvenes mujeres. La autora se pregunta cuál es el lugar de las experiencias de las jóvenes en las culturas juveniles, si son o no generadoras de culturas, o si éstas solo son un privilegio de las expresiones juveniles que se ubican por fuera del hogar.

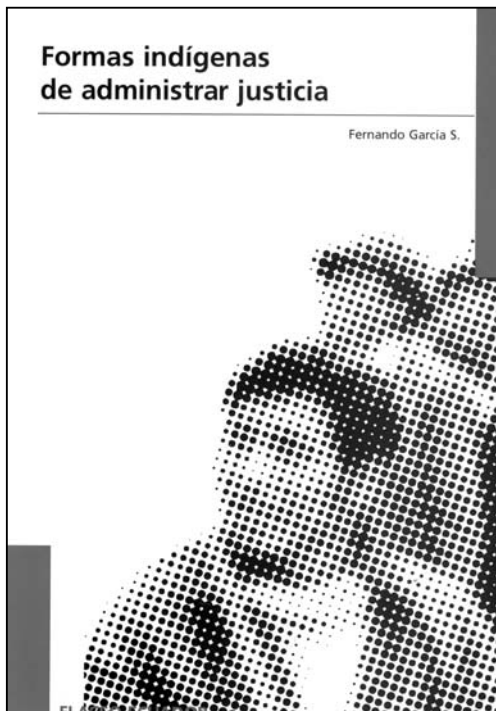
Chiriboga subraya la proposición de Apadurai de resistirse a pensar los grupos sociales como culturas y a evitar ver los agrupamientos sociales como ubicados alrededor de una dimensión cualquiera (de género, edad, estilos de vida), como si se tratara de culturas con contornos definidos.

Por último, el texto plantea una agenda de investigación sociocultural de la violencia juvenil urbana, el papel del consumo televisivo en la conformación de las identidades culturales, masculinidad y feminidad con relación a lo juvenil, los jóvenes y las nuevas tecnologías, las relaciones intergeneracionales y la función paterna, el lenguaje y los déficits simbólicos de los jóvenes, y el papel de la religiosidad y la búsqueda de la trascendencia.

El trabajo es un aporte significativo para entender a los jóvenes en su potencialidad, pero también como expresión de los malestares propios de la cultura contemporánea.

Marcia Maluf

Ediciones de FLACSO - Ecuador

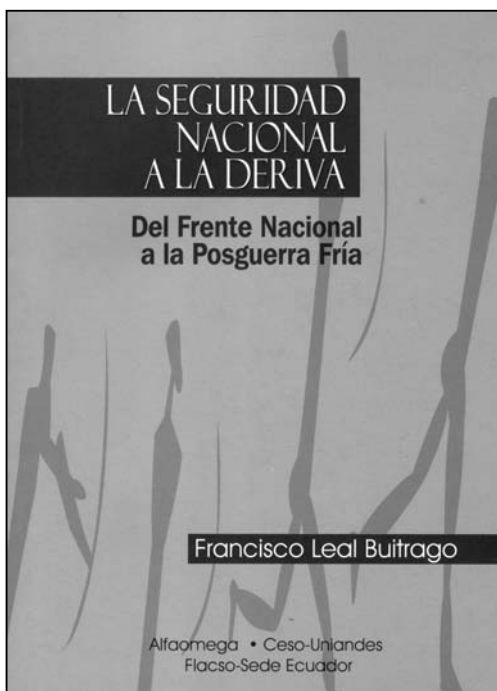


Serie ÁGORA

Formas indígenas de administración de justicia

Fernando García, editor

La Constitución Política del Ecuador vigente desde el 10 de agosto de 1998 reconoce la vigencia y práctica, al interior de los grupos indígenas, de formas de administración de justicia. Sin embargo, poco se conoce sobre estas "otras" formas de hacer justicia. ¿Continúan vigentes las formas indígenas de administrar justicia en la resolución de las transgresiones al orden social? ¿Cómo se ejerce esa administración? ¿Qué niveles de jurisdicción, competencia y autonomía manejan las formas indígenas en relación con el sistema nacional de justicia? El presente libro pretende responder estas interrogantes y aportar al conocimiento de un elemento clave en las prácticas culturales de los pueblos y, de esta manera, apoyar la vigencia de un sistema de pluralismo jurídico que reconozca la heterogeneidad cultural y jurídica al interior del orden legal nacional.



La seguridad nacional a la deriva. Del Frente Nacional a la Posguerra Fría

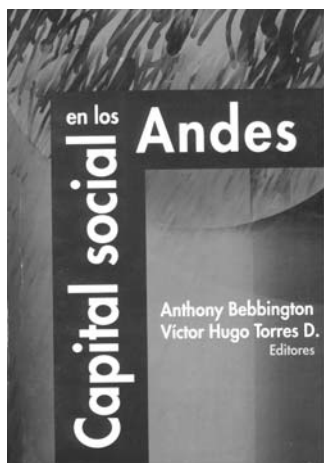
Francisco Leal Buitrago, editor

CESO–Uniandes, Alfaomega, FLACSO–Sede Ecuador

La concepción tradicional de seguridad nacional, surgida y consolidada durante la Guerra Fría, debe ser sustituida o al menos seriamente redefinida. Así lo exigen los cambios ocurridos en el panorama mundial desde la caída del muro de Berlín. Asimismo, estos cambios indican la urgencia de sustituir las prácticas políticas propias de esa época pasada. La visión tradicional de seguridad nacional en Colombia sigue vigente dada la persistencia de la subversión y la reiterada desatención de las autoridades civiles a los problemas de seguridad. El manejo político dado a la crisis nacional ha tenido serios desaciertos que han llevado a agravar en grado sumo la situación. Una solución política, como debe ser el camino a seguir, no puede dejar de lado el manejo militar inmediato del conflicto. Esa solución debe ser una política de Estado, que se oriente a subsanar los factores que en gran medida han generado la crisis.

S

SUGERENCIAS



Anthony Bebbington
y Víctor Hugo Torres, editores
Capital social en los Andes
Abya-Yala, Comunidec, Quito, 2001

Las problemáticas sobre capital social están en el centro de un debate académico, político y técnico sobre los paradigmas epistemológicos y de intervención del desarrollo. Las preguntas sobre el funcionamiento, formación, importancia, implicaciones y relaciones de redes y organizaciones sociales son claves a la hora de decantar las perspectivas, capacidades y formas de intervención de distintos actores en el desarrollo (gobiernos nacionales y seccionales, agencias de cooperación, OSGs, ONGs, etc.). Aunque a primera vista la temática pudiese ser relacionada con un campo limitado y especializado de discusión sobre lo local y/o lo rural, lo cierto es que al debate sobre capital social concurren reflexiones transversales sobre cambios culturales, políticos, sociales y económicos de escala global (relaciones entre Estado y mercado, visiones del desarrollo, producción y comercialización en economías de enclave, articulación de mercados, orientación y dedicación de redes y organizaciones sociales, formas de sociabilidad, culturas políticas, identidades sociales, cambios institucionales en gobiernos locales, formas democráticas de participación y representación política, etc.).

Dentro de este campo de debate, el libro editado por Anthony Bebbington y Víctor Hugo Torres pone a discusión cinco artículos que toman al capital social como perspectiva de análisis para tratar temas del desarrollo. Desde una aproximación teórica, en cada artículo hay una problematización operativa del concepto "capital social" en relación con cada uno de los casos y las temáticas específicas de los artículos. Así, a lo largo del libro encontramos un trabajo conceptual discontinuo y enriquecedor sobre capital social referido a la gestión de recursos naturales de organizaciones campesino-indígenas, al desempeño institucional de OSGs, a la vida rural, al Estado y la sociedad civil, a redes sociales y formas de asociación, a gobiernos locales y a mecanismos institucionales de participación. Es decir, cada artículo incorpora matices al uso conceptual y operativo de la categoría "capital social", mientras que, al mismo tiempo, va estableciendo un diálogo teórico con aportes y críticas a los debates anteriores que provienen de Pierre Bourdieu, James Coleman, Robert Putnam y -últimamente- el Banco Mundial, entre otros.

Por otro lado, *Capital social en los Andes* presenta distintos casos y temas que son analíticamente bien iluminados desde la perspectiva del capital social. Así, bajo una temática definida como la "intensificación de las estrategias de vida", el primer artículo es un análisis comparativo de seis experiencias de organizaciones rurales bolivianas y ecuatorianas, que da pie a pensar en cómo la "acumulación de capital social" contribuye a crear "islas de sostenibilidad" en "mares de desarrollo no sostenible".

El segundo artículo presenta tanto una metodología para medir el desempeño institucional como los resultados de su aplicación en algunas OSGs del Ecuador. Es un trabajo de Galo Ramón a partir de un "Diagnóstico y censo de las organizaciones de segundo grado y tercer grado indígenas y negras del Ecua-

dor" que sirve como primer paso de una análisis más detallado sobre el tema y como insumo para reflexionar en torno a cómo crear capital social según distintos contextos sociales, políticos, económicos, culturales e institucionales.

El tercer y el cuarto artículos enfatizan en las alianzas, redes, interacciones, eslabonamientos e intermediaciones que se identifican en el análisis de distintas instancias en asimismo distintas experiencias de desarrollo. En el primer caso se enfatiza en las redes sociales y las vinculaciones con agentes externos en la paradigmática experiencia de desarrollo de Guamote, y en el segundo se hace un análisis del manejo de la Junta de Aguas de Porotog en Cayambe.

El último artículo, desde la temática del gobierno local, está dedicado a pensar a los municipios como actores del desarrollo local. Se trata de otra entrada analítica permitida por el capital social y que está circunscrita a cómo se pueden modificar las relaciones clientelares y patrimonialistas a partir de gestiones municipales que impulsen la creación de capital social y la institucionalización de acciones colectivas participativas y democráticas. En este artículo, a manera de visión general del libro, Víctor Hugo Torres sostiene que "el desafío es construir capital social en contextos de economías neoliberales en las que prima la racionalidad individual que favorece la pérdida de las identidades culturales, desconoce las iniciativas que se dan fuera del mercado y pulveriza la organización social". Un desafío que abiertamente se muestra como necesario y urgente, y que parte de una actitud reflexiva no sólo sobre los temas de siempre del desarrollo local y rural, sino con una perspectiva renovada, la del capital social, que permite a su vez replantear esos temas.

E.H.



Franklin Ramírez Gallegos
La política de desarrollo local. Innovación institucional, participación y actores locales en dos cantones indígenas del Ecuador
Cuaderno de Trabajo No. 90, CIUDAD, FORUM, PGU, Quito, 2001

En dos momentos de reflexión, el *Cuaderno de Trabajo No. 90* del Programa de Gestión Urbana (PGU) aborda las implicaciones y efectos de los procesos de innovación política de los gobiernos locales de Guamate y Cotacachi para las condiciones de vida de las poblaciones que viven en esos cantones. Los dos momentos analíticos refieren, por un lado, a los mecanismos, dinámicas y especificidades de los programas de participación impulsados por esos dos municipios y, por otro, a los impactos de esa innovación institucional en los poderes locales y en las condiciones de desarrollo local.

Los casos estudiados son, quizás, los que mayor resonancia pública y académica han tenido. Se trata de dos cantones con mayoritaria población indígena, cuyos gobiernos municipales, a partir de la irrupción del movimiento indígena en la política nacional, son manejados por indígenas desde hace dos mandatos. Los mecanismos de participación impulsados por estos dos municipios manejados por miembros del movimiento indígena muestran un correlato "propositivo" en la gestión pública,

en contraposición a adjetivaciones que desde el imaginario blanco-mestizo tildarían a las organizaciones y demandas indígenas como excesivamente "confrontacionistas".

Teóricamente, este trabajo se respalda en una problematización conceptual en torno a cómo la gobernabilidad democrática y la participación ciudadana establecerían condiciones para el desarrollo local. Las aristas de este tipo de aproximación se conectan necesariamente con un doble proceso señalado explícitamente en el trabajo: las transformaciones de los Estados-nación a partir de las dinámicas de la globalización y la "vitalización de los territorios subnacionales, las identidades locales-étnicas y el apuntalamiento de las ciudades como los espacios políticos por excelencia". Asimismo, no se puede entender las innovaciones institucionales de los gobiernos locales promovidas por representantes del movimiento indígena ecuatoriano, si no se las ubica dentro de contextos y coyunturas políticas y económicas clave, lo que también es observado por el trabajo de Franklin Ramírez.

Metodológicamente, el trabajo analítico se respalda en información secundaria recogida de otros trabajos más descriptivos o de caso, en torno a los procedimientos, manuales, principios y marcos operacionales de la gestión participativa en esos dos cantones. Así, luego de establecer paralelismos en los modelos de gestión, se presentan argumentos conclusivos acerca de las implicaciones de la innovación política en el desarrollo local.

La política de desarrollo local se inscribe en una discusión por demás importante para las gestiones municipales y seccionales indígenas y no indígenas del país y la región, pero también nos sumerge en un campo de debate sobre lo político y lo local que no necesariamente se circunscribe a los casos estudiados, sino que aborda dinámicas políticas, económicas y culturales de nuestras sociedades de fin de milenio.

E.H.



Varios autores,
Cultura política, gobierno local y descentralización,
(cinco tomos)
FLACSO-El Salvador,
San Salvador, 2001.

Los cinco tomos de esta colección son el resultado del proyecto de investigación "América Central: red institucional de apoyo al municipio y cultura política en torno a la descentralización", coordinado por FLACSO-El Salvador. La investigación se basa en una encuesta aplicada a 5323 centroamericanos entre los meses de mayo y julio de 1999, distribuidos de la siguiente manera según cada caso: 1197 en Guatemala, 1450 en El Salvador, 1248 en Nicaragua y 1428 en Costa Rica. En unos casos la información recopilada en la encuesta es complementada por entrevistas en profundidad, con lo cual se busca superar de alguna manera el sesgo cuantitativista de los estudios de opinión. Los cinco tomos corresponden, así, a cada caso estudiado además de un primer tomo de análisis comparado. En este ámbito, vale decir que si bien el formulario de encuesta fue mantenido en cada caso para facilitar la comparabilidad, los ajustes a cada realidad nacional permiten leer cada tomo como una obra en sí misma. Además, en cada uno de los tomos se pasa revista al contexto nacional de debate sobre descentralización y cultura política.

El estudio inició con una definición operativa de cultura política como “el conjunto de actitudes, valores, creencias, comportamientos y representaciones compartidos en diversos grados por los miembros de una sociedad, con relación al poder, a las instituciones y normas que regulan el funcionamiento del Estado y la forma de relacionarse que tiene la población con éste último, y que establecen el contexto en el cual se genera el pensamiento y sentimiento de la ciudadanía (socialización)”. Una definición que reconoce lo profuso del debate sobre cultura política, pero que retoma las raíces más institucionalistas y parsonianas de Almond y Verba y de R. Inglehart para viabilizar una investigación comparada.

Los principales hallazgos del estudio tienen que ver, por un lado, con los niveles de información (aspecto cognitivo) de los centroamericanos respecto a los procesos de reforma del Estado, específicamente sobre la descentralización y los gobiernos locales, y por otro lado, con las actitudes, valores, creencias y representaciones compartidas respecto a esos temas. De forma desagregada, se busca conocer las valoraciones sobre democracia y sistema político (legitimidad, tolerancia, apoyo y oposición al autoritarismo, la percepción sobre corrupción y las preferencias por el centralismo), los elementos de cultura política en la relación entre los ciudadanos y los gobiernos nacional y local, las valoraciones y percepciones sobre participación, y los niveles de conocimiento, opiniones y actitudes en torno a la descentralización.

Visto en conjunto, este proyecto de investigación comparada no es necesariamente innovador si se toman en cuenta los múltiples estudios de cultura política que utilizan más o menos la misma definición operativa del concepto y la misma estrategia comparada mediante encuestas. No obstante, sí resulta sugestivo relacionar la problemática de la descentralización y los gobiernos locales con la cultura política, pues con ello se intenta dar atención a dinámicas sociales y culturales que muchas veces resultan ignoradas en reformas políticas y económicas verticales. Efectivamente, los resultados que se obtienen permiten mapear las condiciones políticas y de opinión pública respecto a los procesos más generales de reforma del estado a escala regional. Sin embargo, tratar de entender las matrices culturales que permean y contriñen las acciones políticas necesitará de estudios más cualitativos según cada caso, pues el gran aporte de estos cinco tomos es que permiten dar una mirada pausada y de conjunto sobre las preferencias agregadas de los ciudadanos, más no las formas en las que éstas se han construido social, histórica y situacionalmente. De todas formas, este conjunto de libros se vuelven una referencia necesaria para estudios y agendas políticas futuras, así como para motivar nuevos análisis comparados desde otras regiones en donde se están llevando a cabo procesos de descentralización. Precisamente para ello, los autores han incluido anexos técnicos así como el formulario de las encuestas. *EH*



Luciano Martínez
**Economía política
 de las comunidades indígenas**
 ILDIS, Abya-Yala, OXFAM,
 FLACSO, Quito, 2002

“Las comunidades indígenas de la Sierra atraviesan actualmente por una situación de “crisis de reproducción”, esa es la primera frase del libro de Luciano Martínez que a la vez le sirve de hipótesis a lo largo de su trabajo. Por otro lado, el último párrafo evidencia el camino recorrido por sus argumentos: “Hacia el nuevo milenio, las comunidades indígenas seguramente cambiarán si es que no han cambiado más allá de lo que suponen los cientistas sociales. El entramado social de la nueva ruralidad no podrá prescindir de ellas, pero es importante que su presencia vaya más allá de las demandas fácilmente satisfechas por las modas de turno en la ayuda al desarrollo”. Como se ve, la reflexión llevada a cabo por Martínez liga la mencionada crisis de reproducción con las empresas del desarrollo y los cambiantes contextos políticos, sociales, culturales y económicos que marcan pautas para una “nueva ruralidad”.

Economía política de las comunidades indígenas utiliza información recogida por el autor a lo largo de 15 años de investigación en comunidades indígenas entre Imbabura y Chimborazo. La aproximación metodológica se fundamenta en un análisis

sis cualitativo de las formas de vida y reproducción de las comunidades indígenas. Así, los momentos analíticos se concentran en los cambios en el manejo y control de los recursos comunales y la mano de obra (trabajo asalariado en lugar de trabajo agrícola comunal, por ejemplo), las alteraciones de los ejes articuladores basados en la "solidaridad" entre familias y en la comunidad, y las nuevas lógicas y reivindicaciones de las organizaciones indígenas y campesinas que negocian con el Estado, las ONGs y las OSGs, la gestión de proyectos antes que las transformaciones estructurales sobre el problema de pobreza en la vida rural.

Se trata de entender las innovaciones en las modalidades de reproducción social y económica de las comunidades indígenas andinas, alejándose explícitamente de una romantización utópica e ideológica de las mismas, y más bien haciendo un énfasis en las heterogeneidades internas y entre comunidades de distintas latitudes en los mismos Andes. Asimismo, se trata de inscribir esas innovaciones en nuevos contextos respecto a mercados laborales, inversión especulativa del capital, repliegue del Estado y expansión de ONGs y OSGs, descentramiento de la política y posicionamiento axial de las lógicas de mercado en la vida social (rural).

Por ello, la mirada desde una "economía política" resulta por de-

más acertada para conjugar analíticamente distintas aristas de reflexión que podrían ser vistas diferenciadamente desde la economía, la sociología política, la antropología o la historia. Del mismo modo, la mirada analítica puede ser útil para entender otras dinámicas de reproducción social ya no diferenciadas por lo étnico, pero que se puedan ubicar bajo las coordenadas de los problemas del desarrollo y/o de las agendas de investigación sobre el cambio social en general.

Pero no sólo llama la atención la interesante mirada respecto a un proceso de cambio social (en este caso, de las comunidades indígenas), sino que el libro condensa información particularmente útil para investigaciones parciales o más amplias en torno a otros temas. Por ejemplo, los múltiples datos construidos sobre la familia indígena, el mercado laboral flexible, el uso, control y mercados de tierras, la evolución programática de las organizaciones sociales y políticas de indígenas y campesinos, las lógicas de intervención de las ONGs, las dinámicas de migración interna y externa, las disputas políticas en torno a la reforma del Estado, etc., recogidos por el autor como elementos para apuntalar sus hipótesis, bien pueden ser utilizados para ilustrar otras argumentaciones sobre los mismos u otros temas y desde distintas aproximaciones. *EH*

Maestría Andina Comunicación y Sociedad con mención en Políticas Públicas para el Internet

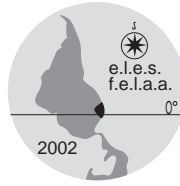


FLACSO
SEDE ACADÉMICA DE ECUADOR

IDRC  CRDI

Adquisición de solicitudes de admisión: hasta el 29 de marzo de 2002 • Inicio de clases: 4 de julio de 2002

Informes: FLACSO Sede Ecuador • Páez N19-26 y Av. Patria • Telefons: (593-2) 2232-029 / 030 / 031 • Fax: (593-2) 2566-139
mcerbino@flacso.org.ec • flacso@flacso.org.ec • www.flacso.org.ec • Quito - Ecuador



IX Foro Estudiantil Latinoamericano de Antropología y Arqueología VI Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Sociología -del 21 al 26 de julio de 2002-

Se convoca a estudiantes de sociología, ciencias políticas, antropología, arqueología, historia y carreras afines a participar como ponentes u oyentes en el VI Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Sociología (ELES) y en el IX Foro Estudiantil Latinoamericano de Antropología (FELAA) que se realizarán en la sede de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE). En consideración a la afinidad de las disciplinas y dado que ambos encuentros coinciden en Ecuador este año, los organizadores decidimos juntar esfuerzos y realizarlos dentro de las mismas fechas y espacios.

Ejes Temáticos

FELAA

Eje principal:

- abierto

Ejes para las mesas de trabajo:

- Identidad
- Etnicidad y política
 - Política
- Sociedades pluriculturales
 - Interculturalidad
 - Género
 - Cultura popular
 - Cuerpo
 - Ciudad
 - Epistemología
 - Arqueología
- Patrimonio cultural

ELES

Eje principal:

- ¿Existe América Latina?
- Canibalismo científico o colonialismo teórico.
- Hegemonía, conflictividad y luchas sociales

Ejes para las mesas de trabajo:

- Actores y movimientos sociales
 - Estado, política y sociedad
- Neoliberalismo, globalización y alternativas
 - Poder, violencia y conflictos
 - Cultura, identidad y minorías
 - La sociología en América Latina
 - Sociología y vida cotidiana
- Premodernidad, modernidad y postmodernidad
 - Ecuador, entre lo nacional y lo regional

Las ponencias deberán inscribirse dentro de uno de los ejes temáticos propuestos. Los interesados deberán enviar un resumen hasta el 8 de mayo en el caso del ELES y hasta el 15 de junio en el caso del FELAA. La versión definitiva deberá enviarse máximo hasta el 12 de julio.

Organizan: Estudiantes de antropología y sociología de la PUCE y estudiantes de sociología de la Universidad Central de Quito.

Consultar más información en:
eles_felaa_quito2002@yahoo.com
www.geocities.com/felaaecuador
www.geocities.com/eles2002ecuador

Contenido de ICONOS 12 - noviembre 2001

COYUNTURA

**“Choque de civilizaciones”,
fundamentalismo islámico y geopolítica
de la nueva guerra fría**
Marc Saint-Upéry

**Reforma fiscal deja intacto el problema
del endeudamiento externo**
Fander Falconí y Hugo Jácome

DOSSIER

**El círculo vicioso de la transición: de la
democracia formal a la poliarquía**
Pablo Andrade

**Una democracia en busca de actores:
reflexiones sobre el proceso político
ecuatoriano a partir de la transición**
Francisco Sánchez López

La crisis política en Colombia
Pedro Santana

Reconstruyendo la democracia en Perú
Carmen Rosa Balbi y David Scott Palmer

DEBATE

**“Hay que romper los paradigmas que
hemos construido”**
Fernando Henrique Cardoso

**Más allá de la democracia dialógica.
Apuntes sobre modernidad,
reflexividad y política**
Natalia Catalina León G.

DIÁLOGO

**De antropólogos y antropologías
Diálogo con Axel Ramírez**
Mauro Cerbino

TEMAS

**La Bruja, la Tunda y la Mula: el diablo y la
hembra en las construcciones de la
resistencia afro-ecuatoriana**
Paloma Fernández-Rasines

**Como insulina al diabético:
la selección de fútbol a la nación
en el Ecuador de los noventa**

Franklin Ramírez Gallegos
y Jacques Ramírez

FRONTERAS

Anatomía de la crisis argentina
Juan Jacobo Velasco

**La convertibilidad en Argentina:
lecciones de una experiencia**
Alfredo Calcagno, Sandra Manuelito
y Daniel Titelman

RESEÑAS

Ursula Poeschel-Renz
“No quisimos soltar el agua”
**Formas de resistencia indígena
y continuidad étnica en una comunidad
ecuatoriana**
1960-1965, Abya-Yala, Quito, 2001
Víctor Bretón

Víctor Bretón
**Cooperación al desarrollo
y demandas étnicas**
Flacso, Quito, 2000
Emilia Ferraro

SUGERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arjun Appadurai
**La modernidad desbordada. Dimensiones
culturales de la globalización**

Javier Auyero
**La política de los pobres. Las prácticas
clientelistas del peronismo**

Santiago Castro-Gómez, Oscar Guardiola y
Carmen Millán, editores
**Pensar (en) los intersticios. Teoría y prácti-
ca de la crítica poscolonial**

José Olavarría,
**Y todos querían ser (buenos) padres;
Hombres a la deriva; Hombres: identi-
dad/es y violencia.**